



*Dama*  
de  
**TREBOLES**

OLIVIA  
ARDEY

Lectulandia

1884. Ethan Gallagher está decidido a retomar las riendas de su vida. Pero lo que no sospecha es que, gracias a un naípe, regresará a su rancho con dinero en los bolsillos... y con la enigmática Linette convertida en su esposa.

La vida en común no es fácil para dos extraños unidos por un matrimonio de conveniencia y, nada más llegar a Indian Creek, empiezan los problemas. Ethan tratará de descubrir qué secretos oculta esta hermosa mujer tras su silencio y su actitud esquiva. Por su parte, Linette deberá asumir el reto de traspasar la coraza de orgullo del rudo irlandés y algo mucho más difícil: enseñarle a amar.

Cuando la pasión da paso al amor y sus vidas empiezan a unirse, Ethan tendrá que enfrentarse a la decisión más dura de su vida: ¿ayudará a su esposa a reencontrarse con su pasado arriesgándose a perderla, o cargará con el peso de seguir a su lado sin contarle nunca la verdad?

**Lectulandia**

Olivia Ardey

# **Dama de tréboles**

ePub r1.0

Ablewhite 04.05.17

Título original: *Dama de tréboles*  
Olivia Ardey, 2009

Editor digital: Ablewhite  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Dedicado a Antonio, a Bruno y a Jaime.  
Gracias a los tres por quererme tanto

Tampoco seas cínico con respecto al amor,  
porque frente a toda aridez y desencanto, el  
amor es perenne como la hierba.

MAX EHRMANN.

*Kiowa Crossing, Colorado*  
*Junio de 1884*

—¿Quiénes son?

—Mi difunta hermana Cordelia y la huérfana que adoptó, Linette —respondió Rice McNabb con desgana.

El retrato de las dos mujeres que presidía la estancia desde lo alto de la chimenea, a Ethan Gallagher le resultaba una presencia inquietante. Creía sentir en la nuca su mirada reprobatoria por dedicarse a un entretenimiento tan mundano en el que antaño debió de ser su saloncito de lectura y labor. Se volvió para estudiarlas; la madre aparecía retratada, erguida y severa, en una silla de respaldo alto. Sobre su pecho descansaba un medallón en el que se adivinaban los rasgos de un hombre. Ese detalle, junto con el vestido negro y el gesto adusto se lo dijeron todo: viuda, sin duda.

Un poco rezagada, observó a la hija vestida en tonos grises. Su aspecto carente de encanto, más propio de una misionera que de una jovencita en edad de ser cortejada, parecía ideado para desagradar. Con todo, le intrigó el contraste entre el rostro y su atuendo. Era rubia, y lamentó que el pintor no hubiese insistido en retratarla con el cabello suelto, pues aquel peinado tirante rematado en dos trenzas que caían sin gracia a ambos lados de la cara estropeaba el conjunto. La imagen hablaba por sí sola: una joven a la que se le negaba el derecho a resaltar sus encantos, quizá en virtud de la falsa creencia, pero bastante extendida entre algunas mujeres, de que la coquetería y la belleza invitan al pecado.

—Gallagher, su turno.

Aquella voz lo devolvió a la partida de *poker*. Deseaba acabar cuanto antes y perder de vista aquella casa. Observado por los jugadores que ya habían abandonado, se sentía incómodo. Hubiese preferido prescindir de público. Solo los dos: McNabb y él.

Se juró que aquella era la última vez que jugaba en su vida, cualquiera que fuese el resultado. Acababa de entender la insensatez de someter su dinero a los vaivenes del azar. Llevaba ya seis meses conduciéndose de manera estúpida. Y era demasiado inteligente para correr riesgos innecesarios, demasiado orgulloso para creerse fracasado, demasiado hombre para comportarse como un niño al que hubiesen negado un capricho.

Pero ya era tarde para retirarse. Ojeó sus naipes: un dos de tréboles y trío de damas, nada mal.

Tratándose de damas, volvió a las del retrato y, esquivando a la difunta, se concentró en la chica que, con las manos en el regazo, irradiaba una impuesta

contención. Resultaba extraña la ausencia de contacto físico entre ambas. Gallagher recordó a su madre, tan afectuosa y espontánea; de haberse retratado con su hija, aparecería tomándola de la mano. Pero no era el caso. Se veía de lejos que el cariño no era algo que estas dos damas quisiesen mostrar. Tal vez porque no lo había.

Atisbó el anaquel de la chimenea cubierto por un paño bordado en el que leyó lo que creía recordar como una cita de la Biblia: «Me llenarás de alegría con tu presencia». La elección no podía haber sido más desafortunada, porque la imagen de aquella Linette reflejaba cualquier cosa menos alegría.

«Deséame suerte, encanto, y alégame el día», rogó en silencio.

—Una —pidió.

Deslizó la carta por el tapete con la vista fija en los arañazos que adornaban la cara de McNabb; este pareció adivinarle el pensamiento.

—Un regalo de una belleza poco dispuesta —aclaró con cinismo, acariciándose las marcas.

El comentario suscitó una risotada general que Ethan Gallagher no secundó. Se limitó a levantar una esquina de la carta y el pulso se le aceleró. Aquella damita de gris era una joya, pese a aparentar inocencia sabía lo que hacía. Le había regalado la dama de tréboles, la del *shamrock*, la única que le faltaba.

Elevó la apuesta en veinte dólares y concedió a su contrincante unos segundos de cortesía. Aunque pisaba aquella casa por primera vez, sabía que McNabb arrastraba fama de jugador temerario. El reloj de pared que lucía un disparo en plena esfera, gracias al cual jamás señalaría otra hora que las doce y diez, daba fe de ello.

Este vio la apuesta y subió veinte más. Con un movimiento de cabeza, Gallagher la sostuvo. Habían acordado de antemano que era innecesario mostrar el dinero sobre la mesa, entre caballeros bastaba con la palabra dada. Pero no estaba de más asegurarse.

—No hace falta que le recuerde, McNabb, que cobro mis ganancias en el momento.

El aludido asintió con una mirada huidiza que no hizo sino confirmar sus sospechas acerca de la falta de solvencia de su oponente.

Unos pasos inquietos sobre su cabeza quebraron el silencio. McNabb no estaba casado y la hermana no podía ser.

—Veamos —acertó a decir McNabb.

Destapó despacio un *full* de reyes y ases. Las miradas de admiración de los presentes le hicieron recuperar algo de aplomo. Inquieto en su asiento se dispuso a averiguar la mano de Gallagher, convencido de que no podía superar la suya. Este empezó a destapar sus cartas: un dos de tréboles..., dama..., dama. McNabb comenzó a lucir un semblante mortecino. Dama... y dama.

Se levantó una nube de murmullos y Gallagher hizo una breve pausa para que su contrincante asumiera la situación. Regaló un guiño al *poker* de damas; por una vez en su vida las mujeres dejaban de causarle problemas. Cogió la de tréboles y la



contempló durante un segundo antes de guardarla en el bolsillo de su camisa.

—Caballeros, no perdamos más tiempo. McNabb, mi dinero.

—Señor Gallagher, le adelantaré estos cien dólares —dijo depositando sobre la mesa dicha cantidad—. En cuanto a los cien restantes —prosiguió con media sonrisa nerviosa—, tengo una propuesta para usted que no podrá rechazar.

Gallagher los unió al resto de billetes en un fajo; una pequeña fortuna que guardó sin dejar de mirar a McNabb. Se acercó con lentitud a él y, sin esfuerzo aparente, le atenazó la garganta con una mano. El rostro congestionado quedó a escasas pulgadas del suyo.

—Señores —se dirigió al resto de jugadores—, este asunto es entre el señor McNabb y yo. Si son tan amables, agradeceremos que nos dejen a solas.

Los tres hombres entendieron al instante que su presencia no era bienvenida y abandonaron la casa sin rechistar.

—¿Y bien? —preguntó aflojando la presión.

Decidió mantener la sangre fría. Aquel hombrecillo sudoroso era listo, iba desarmado sabiendo que así protegía su vida pues, quien disparase contra un hombre en esas condiciones sería ajusticiado de inmediato. Dada la situación, consideró preferible cobrar la deuda, aunque fuera en especie, que dejarse llevar por la ira que le empujaba a acabar con aquel tipo.

—Señor Gallagher, si me escucha con atención... considerará mi oferta mucho más ventajosa que los cien dólares que en este momento me es imposible entregarle. Es usted un hombre soltero y deduzco que con mucho éxito entre las damas —argumentó entre bocanadas, tratando de ser convincente—, pero en este territorio la presencia de mujeres es escasa.

Lo liberó con súbita brusquedad y McNabb trastabilló como un títere al que hubiesen aflojado los hilos.

—Continúe —exigió.

Tal vez la compensación ideada por aquel sujeto explicaba los ruidos del piso superior, aunque de ningún modo pensaba renunciar a semejante cantidad de dinero a cambio de un placer pasajero, por tentadora que fuese la compañía.

—Si me disculpa, entenderá la naturaleza de mi propuesta —añadió saliendo de la sala.

Oyó pasos rápidos en el piso de arriba y lo que parecía una discusión. Poco después, el hombre apareció con una joven a la que arrastraba de un brazo. Entre forcejeos y empujones, la colocó frente a un inexpresivo Gallagher.

Aquello cambiaba las cosas, no era el tipo de mujer que esperaba.

—Como le dije —continuó McNabb intranquilo—, mi hermana falleció hace dos semanas y deja una hija. Desde hace siete días, vivimos bajo el mismo techo; no nos unen lazos de sangre y, como comprenderá, la situación es del todo inadecuada para el buen nombre de mi..., digamos, sobrina.

Ethan Gallagher examinó a la chica, «Linette», recordó. Por lo visto, los pasos

nerviosos pertenecían a la joven del cuadro, aunque había crecido. Deseó poder ver mejor su rostro, pero se lo impedía su postura cabizbaja.

—No entiendo qué tiene que ver la señorita con los cien dólares que me debe —dijo sin dejar de contemplarla.

—Pues bien, ella es su pago. Le aseguro que se trata de una joven intacta...

La joven levantó la cabeza de golpe y fulminó con odio a McNabb. Ethan Gallagher no pudo por menos que sorprenderse de su reacción y, cuando asimiló el comentario vejatorio, propinó un puñetazo a aquel individuo en plena cara que quebranto su equilibrio. Ella dio un paso atrás y lo miró asustada.

—Trate a la señorita con el debido respeto, McNabb. Esto es solo una caricia comparado con lo que le puedo hacer si continúa hablando de ese modo.

Sin entender por qué, el pulso se le aceleró por primera vez en presencia de una mujer. Sus ojos, claros como un cielo de junio, lo miraban con una vehemencia que reflejaba a la par ira y angustia.

Con el dorso de la mano, Rice McNabb barrió la sangre que comenzaba a manar de su nariz.

—Discúlpese —ordenó Gallagher en tono bajo y fiero.

—No era mi intención ofenderte. Te ruego que aceptes mis disculpas —obedeció entre dientes.

—Ahora —continuó sin alzar la voz—, con mucha claridad, quiero que me explique qué tiene que ver esta dama con su deuda.

—No me ha dejado usted..., en fin, al fallecer mi hermana, me he convertido en su tutor legal. Mi propuesta va unida a una condición: ella solo saldrá de esta casa si usted la acepta como legítima esposa. Yo, en calidad de tutor, estoy dispuesto a no oponer objeción a dicho matrimonio.

«Matrimonio», la palabra reverberó en la cabeza de Ethan Gallagher. La suerte le había sido propicia y ahora contaba con dinero suficiente para hacer frente a buena parte de su deuda. Tenía ante sí la clave para retomar las riendas de su vida y esta vez se iba a dejar de exigencias. No volvería a cometer el error de no conformarse con una mujer mediocre. Los matrimonios, en aquel territorio, solían concertarse por interés; no tenía ganas de galanterías ni intención de recorrer Colorado a la caza de candidata, y casarse a ciegas podía acarrear un funesto resultado. La ocasión parecía prometedora. Un rancho no era hogar para un hombre solo. Dada la escasez de mujeres, una joven bien parecida y dispuesta a trabajar a cambio de nada valía una fortuna. Parecía sana y en poco tiempo se acostumbraría al trabajo; además, resultarla mucho más barata que una empleada. Bien mirado, de momento todo eran ventajas. En cuanto a inconvenientes, solo reparó en una posibilidad.

—Señorita...

—Dempsey —aclaró.

—Bien, señorita Dempsey, debo saber una cosa antes de seguir. No me andaré con rodeos: ¿oculta usted un embarazo y por ese motivo se presta al matrimonio?

—Acabo de decirle... —comenzó McNabb.

—¡Cállate! —atajó Gallagher—. Su palabra no tiene ningún valor. ¿Señorita?

—No —respondió muy serena—. Y no he dicho que vaya a aceptar.

Gallagher, que esperaba una reacción de escándalo o indignación, solo obtuvo una respuesta directa de aquella mujer que le sostenía la mirada con dignidad. Si se sintió ofendida por la impertinencia de la pregunta, no lo dejó traslucir. En sus ojos no vio otra cosa que nobleza y resignación. Sospechó que aquel no era el primer insulto que recibía.

—McNabb, déjenos a solas. Debo hablar en privado con la señorita Dempsey.

Aquel cerró la puerta tras de sí, molesto por verse obligado a obedecer órdenes en la que consideraba su casa. Durante un par de minutos, solo se oyeron sus pasos recorriendo al vestíbulo. Gallagher dedicó ese tiempo a observarla con interés; le había gustado su manera de responder. Ahora reparaba en que era bastante alta, porque siendo él de una estatura considerable, ella le llegaba a la altura de la boca. Y bajo aquel vestido anodino se adivinaba una figura de formas prometedoras. Aunque lo mejor se concentraba en su rostro de rasgos delicados y serenos; como en el cuadro, pero con una mirada llena de vida.

—Señorita Dempsey —expuso con franqueza—, lo único que me mueve a proponerle matrimonio es la necesidad de conseguir una esposa que me ayude en el trabajo y cumpla con sus obligaciones como tal, en todos los sentidos. Su vida no tendría nada que ver con la que ha llevado hasta ahora, un rancho no es esta casa.

Diciendo esto se detuvo a contemplar los daguerrotipos familiares que, como mudos espectros del pasado, abarrotaban las paredes enteladas. Su vista se paseó por los muebles elegantes, la vajilla de porcelana y los cortinajes de brocado oscuro; nada ostentoso, aunque denotaba un ambiente acomodado. Linette le adivinó el pensamiento.

—No se deje engañar por lo que ve. Aunque no he carecido de comodidades, tampoco he llevado una vida regalada.

—Me gustaría conocer sus motivos, si es que ha pensado en aceptar mi proposición.

—Las razones que me mueven a considerar su propuesta —adujo con serenidad— son dos: quiero un hogar y una familia. Si es eso lo que usted me ofrece, quizá acepte.

—No la engañaré. Le ofrezco un trabajo duro y solitario; a cambio, le proporcionaré lo que usted desea. El matrimonio implica hijos —advirtió.

—Eso espero —dijo sorprendiéndolo con aquel aplomo—. Veo que estamos de acuerdo. Pero antes tendría que aceptar usted dos condiciones: la primera, que no vuelva a jugar a las cartas nunca más.

—No habrá más juego —sonrió con sorna, eso ya estaba decidido—. ¿Y la segunda?

—La boda debe celebrarse hoy mismo.

Ethan Gallagher comenzó a irritarse. Era él quien tenía que quebrar una deuda y de pronto se encontraba aceptando condiciones. Quizá tuviese razón, mejor sería resolver el asunto sin demora, más tarde podría arrepentirse.

—Por mí no hay inconveniente, cuanto antes mejor —concluyó abriendo la puerta del salón—. McNabb, la señorita Dempsey ha aceptado. Celebraremos la boda esta misma mañana —se acercó a la ventana que daba a la calle—. Además, consideraré como parte del pago el coche y el caballo que veo desde aquí.

El aludido hizo amago de protestar, pero se rindió a la exigencia asintiendo con un gesto.

A Linette le entristeció comprobar que para aquel hombre no valía siquiera cien dólares, y sospechó que su vida a partir de entonces no sería fácil. Se consoló con la certeza de que nada podía ser peor que el futuro que le esperaba en Kiowa Crossing. Con curiosidad, examinó a su futuro esposo. Era muy alto; delgado, pero musculoso y ancho de hombros. Alzó la vista para observar mejor su rostro de rasgos duros; jamás había visto unos ojos castaños más penetrantes. Con ese atractivo debía causar desmayos entre las mujeres, por ello le inquietó pensar qué le movía a proponer matrimonio a una desconocida. Suspiró resignada, ya que a pesar de las dudas que le suscitaba, era su única elección.

—Si le parece bien, la dejo durante un par de horas para que recoja sus cosas.

—¡No! —suplicó—. Se lo ruego, no me deje sola. Si me espera, bajaré en un minuto, no hay mucho que recoger.

Aquella reacción sorprendió a Gallagher, pero optó por no contrariarla.

—McNabb, ¿conoce a algún juez? —Al verlo asentir con la cabeza, continuó—: Pues vaya a avisarlo para que esté todo preparado. Esperaremos aquí a que usted regrese.

Rice McNabb se encerró unos minutos en la estancia contigua, salió con unos documentos bajo el brazo y partió en busca del juez.

Linette giró sobre sí misma y, levantándose las faldas, subió la escalera a toda prisa.

Ethan la contempló mientras ascendía el primer tramo. Acababa de reparar en un detalle desconcertante: iba a casarse con él y no le había preguntado ni su nombre.

—Una cosa más, señorita Dempsey. —Sus palabras hicieron que la muchacha se volviese en el rellano—. Mi nombre es Ethan Gallagher.

Sus intensos ojos azules lo miraron de frente durante un par de segundos, asintió con la cabeza y desapareció de su vista.

Linette atravesó veloz el corredor del primer piso con aquel apellido resonando en sus oídos. Tendría que habituarse a él, porque a partir de ese día sería también el suyo. Un nuevo nombre, ojalá que fuese el definitivo.

No había tiempo que perder. Temía que aquel hombre se echara atrás, o algo

mucho peor, que McNabb se resistiese a dar su consentimiento. A toda prisa, agarró un bolso de viaje del dormitorio de Cordelia. No pensaba llevarse nada que no le perteneciera, pero aquello no contaba y ella ya no estaba para dar su opinión. Ya en su dormitorio, tomó el contenido de los cajones de la cómoda y lo introdujo sin miramientos en el maletín. Resultaba demasiado pequeño pero tampoco poseía baúl. Decidió llevar solo la ropa menos voluminosa. Ya vería la manera de que el señor Gallagher le proporcionara cualquier cosa que resultase imprescindible en el rancho.

Intentó no olvidar nada importante. Poco había que pensar, en realidad nada tenía que considerarse propio. ¡El libro! A toda prisa abrió el cajón de su mesilla de noche. Acarició la tapa con un suspiro de alivio, dando gracias por no haberlo olvidado, y forzó el maletín hasta que lo ubicó en un lateral. Abrió de nuevo el armario. En su equipaje no cabía ni una prenda de abrigo, pero el invierno que daba lejano y lo importante era salir de aquella casa cuanto antes. Consiguió meter un par de zapatos y, ya sí, dio por finalizado su equipaje.

Sentada en la cama, dio un último vistazo: aquellas cuatro paredes habían sido su refugio durante los últimos ocho años. Acarició la colcha de croché cuya confección la mantuvo ocupada tantas tardes en silencio. A través de la ventana, contempló el oscuro callejón y se consideró afortunada, iba a vivir en el campo. Imaginó espacios amplios y luminosos, deseando oír el murmullo de las hojas cuando las zarandea el viento, ver la hierba moverse en los prados como un inmenso mar verde que cambia de tono a merced de La brisa. Como cuando era niña.

Y debía ser valiente para enfrentarse a la nueva vida que aquel desconocido le brindaba. Se lo había advertido con toda claridad, «no espere otra cosa que trabajo». No lo esperaría, estaba dispuesta a aceptar sus condiciones y a conformarse con lo que le ofreciera.

Algo le decía en su interior que aquel hombre era una buena elección. Lo supo desde el momento en que lo vio por primera vez. Muy a su pesar, hubo de reconocer que cuando la miró con aquellos ojos del color de la corteza del abeto sintió un escalofrío. Su cuerpo era tan grande que invitaba a recostar la mejilla en su pecho y dejarse envolver entre sus brazos gozando de su protección. Mejor no pensar en ello porque de su actitud dedujo que jamás cabría ninguna posibilidad de ternura entre los dos. Sus palabras fueron rudas y su actitud hiriente. Solo le faltó examinarle la dentadura. Pero llevaba años resignada, qué más daba una herida más. Pensó en sus padres y rogó que permanecieran a su lado, convencida de estar haciendo lo correcto. Temió que la rechazase al conocer su pasado, pero no tenía por qué enterarse. No parecía hombre de muchas palabras. Ella haría lo mismo, callar y obedecer, la misma actitud que mantenía desde su adopción.

Debía afanarse en no contrariarlo el mismo día de la boda con esperas innecesarias. Con el maletín en la mano, se detuvo en el quicio de la puerta. «Adiós, Cordelia, hasta siempre». Se sintió culpable por considerarse dichosa de abandonar aquella casa. La viuda Dempsey le enseñó a ser una dama, le proporcionó cobijo y, a

su modo, afecto. Hasta le dio su apellido. Todo cuanto era se lo debía a ella. Incluso tuvo la paciencia de enseñarla a leer y a hablar con corrección. Siempre le estaría agradecida, pero su decisión era firme pese a las disposiciones de su madre adoptiva.

Guardó un par de retratos de la cómoda y supo que ya lo llevaba todo. No, todo no. Desconocía el trecho que debían recorrer hasta su nueva casa. Tal vez fuese conveniente tomar algo de la cocina antes de salir. Si la distancia era larga podrían comer por el camino. A partir de ahora debía pensar no solo en ella, sino también en las necesidades de su esposo. Le inquietó pensar en que tuvieran que dormir durante el viaje, pero descartó la idea. Llegado el momento, ya vería cómo afrontar la situación con serenidad, porque aquel hombre no parecía encerrar maldad.

Tomó el gorro de la percha y cerró la puerta con cuidado, consciente de que con ese gesto abandonaba para siempre su vida en Kiowa Crossing. Era hora de emprender un nuevo rumbo y el señor Gallagher la estaba esperando.

—Eso es todo. A partir de este momento quedan ustedes unidos en matrimonio, con los derechos y obligaciones para ambos que dicho compromiso conlleva.

Ethan Gallagher asintió sin variar el semblante taciturno que había lucido durante el enlace. Una vez firmaron ambos, guardó el contrato matrimonial y estrechó la mano al juez.

Entendió la obstinación de McNabb en ejercer de testigo, a fin de cuentas se trataba del tutor de la que ahora era su esposa y tenía sentido que quisiese asegurar su futuro. Pero le intrigó tanta insistencia en quedarse con una copia del certificado.

—Señores —saludó Ethan a los dos testigos tocándose el ala del sombrero—, si nos disculpan, mi esposa y yo tenemos por delante veintiuna millas de viaje.

Ni se molestó en darles la mano, McNabb no le inspiraba respeto alguno y el otro era un anónimo escribiente del juez.

Linette sospechó con tristeza que aquella ceremonia fue la más tensa y fría que debió de celebrarse en Kiowa Crossing en mucho tiempo. No hubo anillos, ni palabras cariñosas; tan solo en el momento de asentir, cuando aquel hombre le tomó la mano y vio la terrible quemadura que desdibujaba su palma de una manera lastimosa, le dirigió una mirada interrogante. Eso fue todo, ni siquiera un beso rápido con el que sellar su compromiso.

Ethan solo deseaba acabar cuanto antes con aquel engorroso trámite mediante el que se unía a una desconocida. Se había dejado llevar por una corazonada. Por primera vez se sintió vulnerable en presencia de una mujer y eso le sugirió que su flamante esposa debía de encerrar alguna cualidad fuera de lo común. Pero de ser cierto, la tenía tan oculta que todo su aplomo empezaba a diluirse. Por su cabeza bailó la idea de que pudiera ocultar un turbio asunto o que pretendiese cualquier suerte de engaño, pero la desechó. De algo estaba seguro: su mirada era noble y eso bastaba para estar tranquilo. Tiempo habría para conocer los verdaderos motivos que la

habían llevado a contraer matrimonio con tanta precipitación y sin oponer reparo.

—Habrán de disculparme, pero no les acompañaré hasta el coche. He de resolver un trámite ineludible con el juez —arguyó McNabb con una sonrisa de satisfacción.

Linette se detuvo, no pudo evitar una replica a aquel comentario cuyo verdadero significado solo conocían ellos dos.

—Por fin lo ha conseguido, señor McNabb —dijo con calma.

—Así es, y que obtengo vale mucho más que lo que dejo marchar.

Gallagher apenas presto atención a la extraña despedida. Poco afecto podía esperarse entre dos personas que apenas se conocían. Sospechó que para McNabb suponía un triunfo el haber conseguido casar a su inesperada pupila, pues con ello eludía la obligación de mantenerla.

Linette apartó la vista y siguió a su esposo hasta el Surrey de dos plazas que perteneció a la viuda Dempsey.

Gallagher cargó en el diminuto portaequipajes la bolsa de mano de Linette y lo que parecía un mantel anudado como un fardo. Le extrañó su exiguo equipaje, aunque tampoco esperaba voluminosos baúles rebosantes de vestuario. Ató al caballo con el que había cabalgado a Kiowa a la trasera del coche y, una vez acomodados en el pescante, agitó las riendas.

Aquella insólita mañana del 21 de junio acababa de decidir su futuro. Podía haber regresado a Indian Creek arruinado, pero retornaba con esperanzas renovadas y una mujer a su lado que, para su sorpresa, mantuvo la vista al frente al abandonar Kiowa Crossing sin atisbo de despedida. A trote ligero fueron dejando atrás las casas acomodadas que conformaban el paisaje urbano; Linette en ningún momento volvió la cabeza, como quien no dejara nada en aquella ciudad.

Ya lejos del último suburbio, ella pareció relajarse y adoptó una postura más cómoda. Ethan, pendiente del caballo, la observaba de tanto en tanto. Durante el breve trámite en la casa del juez, se fijó en el gorro de tela que caía a su espalda. Si entonces le pareció anticuado, ahora que lo llevaba en su sitio anudado bajo la barbilla no pudo evitar pensar que un gorro como aquel debió de utilizar su abuela cuando partió de Irlanda.

—Linette, ¿no es así? —Rompió el hielo—. ¿Qué edad tiene?

—Veintitrés años. —Dudó antes de preguntar—. ¿Y usted?

—Seis más. —Hizo una breve pausa—. A su edad, la mayoría de las mujeres ya tienen varios hijos. ¿Por qué no se ha casado?

—Mi madre adoptiva nunca consideró el matrimonio como algo adecuado para mí.

—Debo entender entonces que esta es la primera proposición que recibe.

—Si, así es.

—¿No ha tenido pretendientes? ¿Nunca la han cortejado?

—No.

—¿A qué se dedicaba entonces? Quiero decir... —preguntó sin entender.

—Durante unos años ayudé a la señora Dempsey. Ella atendió a los soldados heridos en la guerra. Al enviudar, regresó a Kiowa. Desde entonces, ejercía de comadrona y asistía a enfermos. Y, en los últimos meses, me dediqué a atenderla a ella durante su enfermedad.

—Entiendo. —Optó por no insistir—. ¿Qué le paso en la mano? —recordó de pronto.

—No lo recuerdo, debí de hacérmelo siendo muy pequeña, pero no me causa ninguna molestia. No me impide trabajar, si es eso lo que le preocupa.

—No lo he dicho con esa intención —replicó áspero.

Ethan Gallagher era muy reservado y respetuoso con la intimidad ajena, pero le incomodaba la actitud de Linette. Contestaba con las palabras justas, con un tono lacónico que no dejaba entrever emoción alguna. Desde que se conocieron, ella no había mostrado ni una sonrisa, ni un mal gesto. La única parte de su rostro que permitía adivinar algún sentimiento eran sus ojos y, con aquel gorro horrendo, quedaban fuera de su vista.

—Señor Gallagher —dijo volviendo el rostro hacia él—. Si le apetece que paremos a comer, he traído algo de pan y jamón asado; aunque si prefiere continuar, por mí no hay inconveniente.

Ethan, pese a que no acostumbraba realizar paradas en un trayecto tan corto, convino en hacer un receso. El viaje que un jinete recorría en apenas una hora, en vehículo rodado suponía el doble de tiempo. Pero tendría que armarse de paciencia porque el Surrey constituía parte de sus ganancias.

—De acuerdo, pararemos un poco más adelante.

Por lo menos era previsora, pensó. Y por primera vez se había dirigido a él, pero había algo que no encajaba y de inmediato supo qué era.

—Linette, ahora que estamos casados sobran los formalismos. Deberíamos tutearnos. Y mi nombre es Ethan —le recordó.

—Ethan —pronunció pensativa—. Es un bonito nombre.

—Linette también lo es.

—Nunca he conocido a nadie con ese nombre.

—Yo tampoco —aseguró—. Es irlandés.

—¿Eres de ascendencia irlandesa?

—Mis abuelos emigraron desde Irlanda. Mi padre nació en Chicago, pero siempre se consideró irlandés. Por tanto, yo también lo soy.

—Entonces, eres católico.

—A mis padres no les quedó más remedio que adaptarse a las circunstancias. Indian Creek no es Denver, no hay mucho donde elegir. El predicador que tenemos es metodista, el anterior era presbiteriano, ¿qué más da? No creo que Dios nos lo tenga en cuenta y tampoco me preocupa.

—¿Tienes hermanos? —preguntó con curiosidad.

—Una hermana mayor que yo, y tuve un hermano al que no conocí. ¿Y tú, de



dónde es tu familia?

—Nunca lo he sabido. Mis padres murieron y no tuve hermanos.

Ethan advirtió que la pregunta la había incomodado. Tal vez resultaba inoportuna dada su condición de adoptada.

—Puede que seas irlandesa. Pedí ayuda a la chica del cuadro, tú me enviaste a la dama del *shamrock* y gané la partida —le explicó tocándose el bolsillo de la camisa donde guardaba el naípe—. Puede decirse que estamos casados gracias a ella.

Linette lo miró halagada al saber que se había fijado en ella antes de conocerla. Y él respiró satisfecho al ver que había conseguido despertar su atención.

—¿Qué es el *shamrock*? No lo había oído nunca.

—Es el nombre del trébol en gaélico, el símbolo de Irlanda. También es el hierro con el que marco mis reses.

—Dicen que los tréboles atraen la buena suerte.

—Esos son los de cuatro hojas. El trébol de la baraja tiene tres hojas, como el *shamrock*.

—Aunque tenga tres hojas, a mí me ha traído la buena suerte —afirmó pensativa—. Te recuerda tus raíces, ¿verdad?

—La vieja patria; es importante no olvidar de dónde procedes. —Linette bajó la cabeza y él lamentó el comentario—. Pero significa también mi presente y, desde esta mañana, el futuro. Los sucesos más importantes de mi vida llevan la marca de un *shamrock*.

Los labios de Linette esbozaron entonces una tímida sonrisa.

Ethan adentró el coche por un sendero a la derecha del camino y, tras un breve trecho, paró a orillas del río Colorado. La ayudó a bajar, soltó a los dos caballos y los acercó a la orilla para que bebieran. Una vez saciaron su sed, los ató bajo la sombra de un grupo de chopos temblones. Linette se había sentado apoyada en un árbol y él hizo lo mismo manteniendo cierta distancia.

Mientras comían, Linette fue consciente de que no dejaba de estudiarla.

—¿Por qué has accedido a este matrimonio? —le espetó Ethan de golpe.

—Te has ofrecido a proporcionarme lo que más deseo.

—No sabes nada de mí. ¿Y qué habría pasado si la partida la hubiese ganado otro?

—Entonces, habría tenido que pensarlo —respondió deteniendo la vista en sus ojos.

—Y conmigo no lo has pensado.

—Me bastó con verte la primera vez. —Ethan ladeó la cabeza con arrogancia—. No te equivoques, algunas personas no damos importancia a la apariencia física. Tus ojos me dijeron lo que necesita a saber.

—¿Y qué te dijeron? —preguntó entre la intriga y la decepción.

—Que eres un hombre íntegro y puedo confiar en ti.

Ethan no replicó. Algo tenían en común. Empezaba a descubrir que, bajo su

apariencia insignificante, escondía un fuerte temperamento.

Linette terminó su comida y decidió liberar una idea que le rondaba en la mente desde hacía rato.

—Imagino que debes de haber tenido otras oportunidades. Lo deseable es casarse por amor. ¿Nunca has estado enamorado?

—No, no lo he estado nunca. Y debes saber una cosa: no suelo responder a preguntas personales —puntualizó mirándola a los ojos con dureza—. En cuanto a eso, será mejor que no albergues fantasías románticas porque no sé lo que es el amor, ni lo busco, ni me interesa. No esperes de mí otra cosa que protección y compañía.

—Yo sí he conocido el amor. Las personas que llegan a sentirlo deben de ser muy afortunadas.

—Creía que no habías tenido tratos con hombres —apostilló suspicaz.

—Vi amor en mis padres —precisó Linette sin amedrentarse—. Pero te aseguro que podré vivir sin él.

Ethan se levantó dando por concluida aquella conversación que lo había puesto de mal humor. No acostumbraba dar explicaciones y no pensaba hacerlo, aunque se tratase de su esposa. Tomó una cantimplora de la silla de su caballo y se dirigió a la orilla con intención de llenarla. Aprovechó para mojar la cabeza y se peinó con los dedos.

Mientras, Linette recogía los restos de la comida y se preguntaba cuál sería el motivo de aquel carácter amargo. Un rato antes le había parecido más comunicativo y ella se había confiado. En adelante, debería ser más cuidadosa.

Se levantó y se dirigió al Surrey, ya que del semblante hosco de su nuevo esposo acababa de deducir dos cosas: que debía limitarse a conversaciones banales y que el descanso se había acabado. Ethan le tendió la cantimplora, ella bebió y se la devolvió sin hablar. Reanudaron la marcha y el silencio reinó entre ellos durante más de media hora.

—¿Falta mucho para llegar? —preguntó Linette transcurridas dieciséis millas.

—Un par de millas más y habremos llegado a Indian Creek. ¿Lo conoces? —Ella negó con la cabeza—. Mi rancho está a tres millas de allí. No esperes riquezas. No nos faltará de nada, pero mi situación tampoco me permite derrochar. Habrás de conformarte con lo que tengas.

—No dispongo del ajuar que debería aportar al matrimonio —confesó azorada—. Me avergüenza presentarme en tu casa con las manos vacías.

—Eso carece de importancia. —Él no había reparado siquiera en ese asunto—. Mi casa cuenta con todo lo necesario. ¿Es eso todo lo que tienes? —preguntó señalando el equipaje con la cabeza.

—Todas mis pertenencias están ahí detrás.

—Y tu madre adoptiva, ¿no te dejó nada?

—Me legó la casa, pero la acabo de perder —respondió con sencillez—. He renunciado a ella al casarme contigo.

Ethan no dejó traslucir la sorpresa que le acababa de provocar aquella revelación.

—¿Has renunciado a la propiedad de una casa en Kiowa para casarte con un desconocido?

—No me ha quedado más remedio. Mi madre adoptiva me la legó con la condición de permanecer soltera. Pero ella ya no está, y yo siempre he querido tener un hogar, no una casa vacía.

—¿Y qué pasará ahora con la casa? —inquirió sospechando la respuesta.

—Pasa a manos de su hermano.

—Ahora entiendo su alegría tras la boda —adujo indignado por la facilidad con que había conseguido su propósito aquel embaucador—. De todos modos, podías haber mantenido la propiedad mientras esperabas alguna propuesta.

—No quería permanecer ni un minuto más bajo el mismo techo que el señor McNabb.

—Eso puedo entenderlo —aseguró—. Pero, dada su afición a buscarse problemas, no tardará en irse de la ciudad. Una vez sola, habrías podido escoger al hombre adecuado para casarte.

—Acabo de hacerlo —respondió muy segura.

Con aquella afirmación, que dejó a Ethan pensativo, dio por terminada la conversación. Dejaron atrás la última arboleda hasta Indian Creek. Frente a ellos se extendían los prados del valle del Colorado y, a lo lejos, la silueta nevada de las Montañas Rocosas desdibujaba la línea del horizonte.

Linette alzó la vista al cielo y de nuevo pidió ayuda a sus padres. La agradable brisa poco a poco se tornó en desapacible viento racheado. Se anudó bien el gorro y bajó la vista hasta su regazo. El hombre que iba sentado a su lado era su nuevo esposo y su presencia imponente le transmitía seguridad y a la vez desasosiego.

Durante las siguientes dos millas no pronunciaron palabra alguna.

—¡Qué viento más fastidioso! —protestó Elisabeth.

Como pudo, se apresuró a anudarse el sombrero a las puertas del hospital St. Joseph. El primer día del verano, Denver había amanecido con un sol radiante, pero desde el mediodía las rachas de viento amenazaban con empañar el resto de la jornada.

Recorría el acomodado barrio de Capitol Hills pensando en su amiga Leda. En unos días anunciaría su compromiso con Allan Rossental. Cuando le dio la noticia en tono de confidencia, parecía entusiasmada con su futura boda. Se mostró ilusionada y deseosa de instalarse en su nueva mansión, pero no vio en ella a una mujer feliz. Leda acabó reconociendo que había escogido de entre sus pretendientes al señor Rossental por ser un buen partido, incluso la regañó en tono bromista por ser una romántica soñadora.

Leda tenía razón. De una cosa estaba segura: ella jamás haría algo así. No

necesitaba la compañía de un marido ni su protección, y mucho menos su fortuna. El día que tomase tan importante decisión lo haría por amor.

En cuanto giró la primera esquina de la calle Quince, aceleró el paso al reconocer a lo lejos a su padre.

El señor Watts había trabajado tiempo atrás como ingeniero en las minas de Colorado, pero con el paso de los años invirtió parte de sus ganancias en la explotación minera, motivado en parte por el deseo de poder compartir más tiempo con su esposa y su hija. La tragedia de su hermano Edward le hacía valorar la vida en compañía de los seres queridos. Cada día, a media tarde, regresaba desde sus oficinas en la calle Larimer deseando encontrarse con sus dos tesoros más preciados, y con una sonrisa descubrió que uno de ellos se aproximaba a paso veloz.

—¿De dónde vienes con esas prisas? —preguntó ya a la puerta de casa.

—¿Papá, qué día es hoy? Sabes que vengo del hospital —le recordó Elisabeth, besándole la mejilla—. Con el sol que hacía esta mañana y mira ahora qué nubes.

—Olvidé que era sábado. Debiste haber llevado la sombrilla por si acaso.

—No he salido de paseo, papá —se quejó colgándose de su brazo.

Clifford Watts abrió la cancela del jardín e hizo pasar a su hija. Casi sin darles tiempo a subir los tres escalones, se abrió la puerta principal sin necesidad de llamar. Pero, en esa ocasión, no les recibió La señora Mimm, que desde hacía veintiocho años se ocupaba tanto de las labores de la casa como de la cocina. Era la propia señora Watts quien los esperaba sonriente con la puerta abierta de par en par. Elisabeth besó a su madre en la mejilla y atravesó el corredor con aire distraído al tiempo que se quitaba el sombrero.

—Mamá, voy a ver si a la señora Mimm se le ocurre alguna idea para arreglar mi vestido verde hoja —comentó ya en la escalera.

—¿Le sucede algo? —preguntó Clifford preocupado.

Su esposa sonrió sin dejar de contemplarla.

—Quién sabe lo que pasa por la cabeza de una chica a esa edad —suspiró.

Clifford Watts se encogió de hombros, tomó a su esposa por la cintura y se encaminó al salón.

Rachel Watts lo contempló mientras le servía una copa de *brandy*. Arrellanado en el sofá, se sumió por unos instantes en sus pensamientos con la mirada perdida en un punto indeterminado de la chimenea. La mujer se sentó a su lado y le acarició la mano en silencio. Entonces él reparó en su presencia y, con una sonrisa triste, tomó la copa que le ofrecía.

—Piensas en ellos, ¿no es así? —preguntó Rachel.

—Todos los días. Ha pasado tanto tiempo..., pero cuando os veo a ti y a Elisabeth, no puedo evitar pensar en la vida que les arrebataron. Y, sobre todo, en la niña.

—Clifford —dijo apretándole la mano—, no pienso permitir que pierdas la esperanza. Se lo debemos a Edward y Marion.

El señor Watts la besó en la mejilla agradecido. El tesón de su esposa lo animaba a continuar con una búsqueda tan ingrata.

Elisabeth entró en el salón con su libro de lectura en la mano y acomodó en una butaca junto a la ventana. Su padre no dejaba de contemplarla mientras giraba la copa entre sus dedos.

—Arabella sería ahora más o menos como tú —comentó con tristeza.

Cerró el libro, se sentó a su lado y le tomó la mano entre las suyas. Le dolía oír a su padre cada vez que utilizaba ese tono melancólico.

—Papá, no hables así. Seguro que se ha convertido en una mujer tan hermosa como tía Marion —intentó animarlo—. Ya verás como el día menos pensado tenemos noticias de ella.

—Han pasado dieciocho años, cariño. Cada día albergo menos esperanzas de encontrarla. ¿Quién sabe si todavía sigue con vida?

—Pues vamos a averiguarlo y seguiremos buscando hasta que demos con ella —aseguró Elisabeth con firmeza—. ¿Has tenido noticias de los periódicos?

—Ninguna desde hace meses, y las anteriores ya viste que no nos condujeron a ninguna parte.

—Mañana mismo te acompañaré al *Rocky Mountain News*, al *Denver Times* y al *Republican*. Volveremos a publicar anuncios en los tres.

—Ya lo hemos intentado en Colorado sin resultado —objetó.

—Pues escribiremos a todos los periódicos del Oeste, desde Montana hasta Missouri —insistió.

Rachel apoyó la decisión de su hija.

—Elisabeth tiene razón. Dondequiera que esté, Arabella debe saber quiénes fueron sus padres y que tiene una familia deseando abrazarla.

—Vosotras ganáis —se rindió con una sonrisa.

En cuanto llegaron a Indian Creek, Linette presintió que allí se encontraría a gusto. Reunía todo el encanto de las pequeñas comunidades, tan diferentes de una ciudad mediana como Kiowa Crossing. Ni demasiado tranquilo, ni ruidoso en exceso. Lo bastante bien abastecido como para no necesitar desplazarse, pero tan poco concurrido como para disfrutar del placer de pararse a conversar. En definitiva, un pueblo corriente. Y a Linette le gustó.

Tal como el carro fue enfilando la calle principal, notó sobre ella un montón de miradas curiosas, pero su esposo no parecía dispuesto a perder el tiempo en presentaciones.

Un par de hombres paseaba en dirección contraria. Por las estrellas de sus chalecos supo que se trataba del *sheriff* y un ayudante. Al llegar a su altura, Ethan los saludó con un gesto, pero no paró pese a que ellos sí lo hicieron mirando hacia el coche con descaro. Y no fueron los únicos que se detuvieron a su paso.

Al final de la calle, se levantaba un hotel con una fachada tan blanca y elegante que hacía desmerecer los edificios cercanos; y, frente a este, un almacén general. A su entrada se distinguían apilados barriles y mercancías; contaba además con un ventanal escaparate tras el que se exhibían los objetos más delicados o novedosos. El último edificio, que a Linette le pareció un inmenso granero, era el almacén de maderas. A partir de ahí, la calle se bifurcaba en dos caminos.

Justo a la puerta del almacén maderero, Ethan detuvo el coche, bajó de un salto y ató al caballo.

Linette decidió estirar las piernas. Mientras se alisaba la falda, dio un vistazo a su alrededor y, a cierta distancia, se fijó en una joven menuda que paseaba bajo una sombrilla de encaje con la cabeza muy alta. Linette supuso que con aquel porte no podía ser de allí; quizá se encontrase de paso, camino de Denver.

Apartó la vista para no parecer impertinente y vio que Ethan se disponía a entrar en el almacén.

—Tengo un asunto que debo resolver y me llevará un poco de tiempo...

No acabó la frase. Se quedó mirando al frente mientras se colocaba el sombrero. Linette giró la cabeza y comprobó que la rubia de la sombrilla y él se estudiaban a distancia el uno al otro.

—Mientras esperas —continuó Ethan—, ve a la tienda. Si ves algo que necesitas di que lo apunten en mi cuenta.

La joven entró en el establecimiento, no sin antes saludar a Ethan con un leve movimiento de cabeza. Linette volvió el rostro hacia su esposo y con malestar bajó la vista porque él todavía miraba al frente como si la elegante mujer no hubiese desaparecido. Reparó entonces en su modesto vestido y por primera se avergonzó de lucir un aspecto tan austero.

Ethan giró en redondo, pero una voz a sus espaldas lo detuvo.

—Ethan Gallagher, ¿has olvidado tus modales?

Ambos miraron hacia la puerta de la tienda y allí, sacándose con cuidado unos guantes calados, se encontraba la joven de la sombrilla. Se acercó a ellos con una cadencia estudiada y a Ethan le brillaron los ojos.

—Harriet, te presento a la señora Gallagher mi esposa.

—¿Tu esposa? —Hizo una pausa para mirarla de soslayo—. Felicidades entonces.

Sus ojos le parecieron más duros, pero aquello solo duró un segundo porque cuando Linette quiso darse cuenta se dirigía a ella con una sonrisa afable.

—Me alegro de conocerla, señora Gallagher, esto es toda una novedad.

—Llámeme Linette, por favor —añadió tendiéndole la mano.

Alzó la vista hacia su esposo a la espera de que interviniese, pero no parecía dispuesto a hacerlo.

—De acuerdo, Linette. Yo soy Harriet Keller. Y será mejor que nos tuteemos, ¿no te parece? —Echó un vistazo a Ethan y estrechó la mano de Linette—. Ethan y yo nos conocemos desde hace años.

Linette estaba incómoda, tanto por el intercambio de miradas como por aquella familiaridad excesiva, y decidió acabar con la conversación.

—Voy a la tienda —dijo en voz baja.

Harriet Keller la observó alejarse y con rapidez volvió la cabeza hacia Ethan, que le sostuvo la mirada impasible. Ella le dio la espalda y siguió a Linette.

Ethan se encaminó de nuevo al almacén maderero paladeando con satisfacción la cara que se le había quedado a Harriet al saberlo casado.

Linette entre tanto curioseaba sin intención de comprar, no pretendía ocasionar gastos a su nuevo esposo y más cuando él le había advertido de su precaria situación. Aun así, se paseó ante una amplia mesa donde se exhibían todo tipo de tejidos.

—Una maravilla, ¿verdad? —comentó Harriet a su espalda—. Aquí disponemos de las mejores telas y adornos. No por ser este un pueblo pequeño debemos descuidar nuestro aspecto, ¿no crees?

Linette asintió por cortesía, pese a advertir la insolencia del comentario.

—Son muy bonitas, desde luego —respondió—. Sobre todo esta azul.

—No hay duda de que tienes buen gusto, has ido a escoger la más costosa.

—¿Es muy cara?

—Tres dólares la yarda, pero como verás merece su precio. ¿Cuánto cortamos? —preguntó con las tijeras en la mano.

—No te molestes, por favor —la frenó apurada—. No había pensado gastar tanto dinero. Tal vez más adelante.

—Puede que se agote. Yo no lo pensaría mucho.

—Lo tendré en cuenta. Adiós, señorita...

—Harriet —interrumpió—. Ha sido un placer conocerte, Linette. Espero verte pronto.

Linette se despidió con un murmullo, avergonzada por haber escogido un tejido tan caro. A la salida tropezó con Ethan y, con la excusa de acomodarse en el coche, se marchó de allí con un profundo alivio.

Ethan tomó una caja de munición y la dejó sobre el mostrador.

—Así que te has casado —comentó Harriet abriendo el libro de cuentas—. ¿Dónde la has conocido?

—En Kiowa.

—¿Amiga de la familia, tal vez?

—Se puede decir que la conocí gracias a una dama de tréboles.

—¿Una dama de tréboles? —Harriet no se molestó en disimular la risa—. No podía ser otra, desde luego: insulsa como un trébol. No sé qué has visto en ella.

—Un trébol puede tener mucho valor —replicó con dureza.

—Un trébol no vale nada, no merece la pena ni detenerse a aplastarlo con el zapato.

Ethan se maldijo por no haber mantenido la boca cerrada. Harriet era una experta en hacer daño donde más dolía. Firmó junto a la anotación y salió sin despedirse.

De camino al coche no dejaba de darle vueltas. Harriet había escupido su veneno sobre su nueva esposa y sobre él a partes iguales, porque conocía de sobra la marca del rancho Gallagher. Y sí, tenía valor mucho valor.

Cuando se acomodó junto a Linette, la miró de reojo. Apenas la conocía, pero le inspiraba confianza. Había hablado con ella de asuntos íntimos que jamás comentó con Harriet, pese a conocerla de toda la vida. Acarició con un leve roce la mano de su nueva esposa y con amargura lamentó no haber sido capaz de descubrir años atrás el verdadero rostro de Harriet Keller.



Linette todavía estaba aturdida, aunque solo la había rozado. No daba muestras de ser un hombre afectuoso. Quizá era su manera de transmitirle coraje.

Como a dos millas y media de Indian Creek, en la siguiente bifurcación, avistaron un letrero con las iniciales «R. S.».

—Por ahí se va al rancho Sutton. Linda con el mío. Esta tarde volveremos, quiero que conozcas a mi familia.

—Podríamos pasar ahora, ya que estamos aquí.

—A estas horas los chicos están en la escuela y prefiero que los conozcas a todos.

—¿Es la hermana de la que me hablaste?

—Sí. Se llama Emma y tiene diez años más que yo. Está casada con Matt, mi cuñado. Tienen cinco hijos.

—¿Cinco? Su casa debe de ser muy alegre con tantos niños.

—Lo es, pero no son tan niños. Su hijo mayor es casi de tu edad, tiene diecinueve años.

—Es un muchacho, yo tengo veintitrés.

Ethan se encogió de hombros. Por lo visto a ella le parecía mucha diferencia.

—¿También crían reses?

—Como todos los rancheros, pero no muchas. Se dedican a la cría y venta de caballos de rancho.

—¿Qué diferencia hay? Creí que todos los caballos eran iguales.

—Pues no lo son. No es lo mismo una yegua de paseo que un caballo de tiro como este. —Señaló al que tenían ante ellos—. Las monturas de rancho, como el caballo que ves ahí detrás, reciben un entrenamiento especial para conducir ganado. No todos sirven.

Linette se obligó a callar. A punto estuvo de decir que los caballos que ella mejor conocía eran al principio broncos<sup>[1]</sup> salvajes, hasta que se les domaba para conducir a un jinete al lomo, cuanto más rápido mejor. Pero si él se enteraba de su experiencia, no tardaría en hacer preguntas.

Tras una breve pugna silenciosa, la curiosidad pudo con la discreción de Linette.

—¿Hace mucho que conoces a Harriet?

—Bastante, pero no es asunto tuyo.

Linette recordó su advertencia acerca de las preguntas personales. La sospecha de que Harriet se trataba de un asunto personal le causó una incómoda desazón.

Miró al frente y a lo lejos divisó una enorme portada rotulada «Rancho Gallagher» junto al emblema de un trébol.

—A partir de ahí —Ethan señaló el letrero—, comienzan mis tierras. Es un rancho muy grande, demasiado quizá.

—¿Puedo preguntar una cosa?

—Puedes.

A Ethan le irritó su excesiva cautela.

—¿Por qué has dicho que es demasiado grande?

—Porque da mucho trabajo, más del que puedo soportar. Necesitaría más peones.

—Y ahora no puedes permitirte contratar a más gente —comprendió Linette.

—No siempre las cosas marchan bien y los últimos años han sido duros. Pero pronto empezaremos a ver resultados. Más adelante contrataré a más hombres.

—¿Más adelante?

—No sabes nada de esto, ¿verdad? —preguntó mirándola por un momento—. En un rancho se crían reses; cuando crecen y engordan, se venden. En eso consiste el negocio. Cuando venda el ganado, dentro de dos meses, dispondré de liquidez y podré contratar a alguien más. Pero, hasta entonces, lo más importante es que todo el personal pueda cobrar sus salarios. Si alguien debe trabajar sin recibir nada a cambio es el patrón.

Linette apreció su punto de vista, lo consideró de una gran honestidad. No se había equivocado al juzgarlo.

—No me importa trabajar duro —aseguró para tranquilizarlo.

—Mejor así, porque no dispondrás de ayuda y tendrás mucho de qué ocuparte.

—Tendrás que enseñarme, nunca he pisado un rancho.

—Dejemos eso para más tarde. No creo que te cueste mucho aprender.

—¿En qué consistirá mi trabajo?

—Enseguida lo sabrás —aseguró.

El sendero empezó a ascender y en cuanto tuvo ante sus ojos el que sería su nuevo hogar, el corazón de Linette se llenó de júbilo. Sobre una pequeña colina se elevaba la casa de sus sueños. Su aspecto era mucho más imponente de lo que había supuesto. El tejado a dos aguas destacaba en un color oscuro y en la parte superior distinguió una ventana con mansarda, poco habitual en ese tipo de construcciones. Salvo la parte trasera, toda la casa estaba rodeada por un porche sostenido sobre elegantes postes hexagonales que se ampliaba en la fachada delantera. En las laterales contaba con barandilla y, al frente, tres escalones lo separaban del nivel del suelo. Un banco y una mecedora conferían a aquel espacio un aspecto acogedor. Para su extrañeza, las fachadas estaban pintadas de blanco —hecho poco usual en una casa de campo—, salvo las ventanas y postigos que mantenían el color de la madera.

Alejadas de la casa, se alzaban varias construcciones para aperos y arreos, establos y un granero.

El rancho cubría una gran extensión de zona verde. Tan solo un par de árboles en la parte trasera y otros tres junto a los establos destacaban en aquella extensión de hierba. Pero, como a media milla de distancia, se veía una amplia zona boscosa que trepaba montaña arriba. Y, a su alrededor, prados, inmensos prados y pastos a uno y otro lado del camino hasta donde alcanzaba su vista. Su nuevo hogar era hermoso. Más de lo que había llegado a imaginar.

Mientras paraba el Surrey, Ethan observó orgulloso la expresión exultante de Linette antes de preguntar:

—¿Qué te parece?

—Es blanca —acertó a responder ella.

—Ah, eso. Sí, es extraño. Mi madre siempre quiso una casa sureña. En realidad, no da más que trabajo, porque hay que repintarla de tarde en tarde.

—Es preciosa —aseguró mirando a su alrededor—. Todo lo es.

—Si no has visto nada —alegó él satisfecho—. Baja, tengo que presentarte; después te enseñaré todo esto.

Ethan cogió el escaso equipaje y se dirigió hacia la casa. Linette lo siguió sin dejar de admirar cuanto la rodeaba.

—No está Grace —comentó Ethan haciéndose a un lado para que entrase—. Debe de estar en la parte de atrás.

Al traspasar la puerta, Linette se vio en una enorme cocina. No la esperaba tan bien provista y se alegró de contar con horno además de fogones. A un lado, observó una alacena y le encantó la ventana sobre el fregadero desde la que se divisaban los pastos. En la pared contigua, otro par de ventanas situadas sobre la zona destinada a comedor llenaban la estancia de luz. Se encontró ante una gran chimenea y una mesa larga con varias sillas. A la vista del mobiliario, imaginó que hubo un tiempo en que aquella casa debió de estar habitada por bastantes personas. Pero no había sillones ni otro tipo de mueble que invitase a la comodidad. Sin duda, el trabajo era demasiado absorbente.

—No hay un salón —comentó Linette.

—No, no lo hay —dijo molesto—. Ya te dije que esto no se parecía en nada a tu elegante mansión.

—No importa, de verdad —se excusó arrepentida por haberlo comentado—. ¿Y las habitaciones?

—Pasa y verás mi habitación, que será la tuya —le informó con hosquedad.

Se adentraron por el corredor que discurría bajo una escalera hasta el que, a partir de ese momento, sería su dormitorio. Pese a que toda la casa denotaba cierto desaliño, la habitación le encantó. La impresionó el armario repujado, también la cama y la cómoda, así como las mesillas auxiliares que contaban con bellas tallas.

Ethan dejó la bolsa de Linette sobre la cama y la hizo seguirlo hacia la habitación contigua.

—Este dormitorio ahora no se usa. Lo utilizo como despacho, para llevar las cuentas del negocio, ya sabes.

Linette observó una cama con el colchón al aire. Junto a ella y bajo la ventana, un escritorio atestado de papeles y una silla con reposabrazos. Había también una estantería con libros de cuentas numerados en el lomo. Ethan se desató el cinto y dejó el revolver sobre un pequeño armario que completaba el mobiliario.

—Arriba está el desván —comentó Ethan—. Ya lo verás en otro momento.

—¿Puedo colocar mi ropa en tu armario? —preguntó tratando de no molestar.

—Tendremos que compartirlo. De todos modos, creo que sobraré sitio —concluyó mirándola de arriba abajo.

Ethan la hizo salir para enseñarle los alrededores. Linette tomó buena nota de sus obligaciones. En un primer momento, se sintió abrumada. No pensó que tendría tanto trabajo. Debía encargarse de la casa, de las comidas, de la ropa y de las provisiones. Y además, hacerse cargo de los animales de corral y de un pequeño huerto.

Le presentó a Aaron y Grace, un matrimonio que llevaba empleado en el rancho toda la vida. Ambos la recibieron con alegría. Aaron trabajaba como peón y, en ausencia de Ethan, asumía las tareas de capataz. Su esposa Grace ayudaba por el cariño que sentía hacia el dueño del rancho. En cierto modo, casi lo consideraba como un hijo. Grace echaba una mano en todo lo que podía, pero con más de sesenta años estaba más que claro que no resultaba suficiente.

—A los peones ya los irás conociendo. Están en los pastos. Tengo trabajo, volveré a la hora de cenar.

Sin más explicación, se adentró en el establo más cercano a la casa y lo vio salir al trote a lomos de un appaloosa.

Linette se quedó parada a las puertas de la casa sin saber muy bien qué hacer. No podía evitar sentirse decepcionada al verse tratada como una empleada, pero era hora de emprender su trabajo con optimismo.

Entró en la cocina y dio un vistazo general. Aquello pedía una limpieza a gritos. Lo primero que haría sería fregar a conciencia los cristales y confeccionar unas abrazaderas para las cortinas. Quería luz a su alrededor, mucha luz.

Paso después por el dormitorio, también allí hacía falta una buena limpieza y mucho orden. Deshizo el equipaje y, al guardar sus vestidos, comprobó que tampoco él contaba con demasiada ropa. Lamentó su situación económica y se propuso hacer todo lo posible para cambiarla. Su esposo no se arrepentiría de haberla escogido. Decidió comprarse unas botas cuanto antes: sus botines y zapatos no resultaban el calzado más adecuado para aquel lugar.

Se sintió un poco tonta al guardar su libro en el fondo del armario, pero le daba vergüenza que él descubriera el aprecio que tenía a un pasatiempo tan infantil.

Dispuesta a emprender sus nuevas obligaciones, revisó la alacena y encontró un delantal. Y, puesto que se acababa de convertir en una ranchera, tomó la decisión más descarada de su vida: en el rancho, el corsé quedaba desterrado. Lo reservaría para las visitas al pueblo.

El resto de la tarde paso volando. Entretenida en averiguar donde se guardaba cada cosa, limpiar la cocina y hacer la cama con sábanas limpias, Linette se encontró con que había llegado la hora de cenar.

De camino al rancho Sutton, se la veía contenta y con ganas de conocer a la

familia de su nuevo esposo. Ethan decidió aprovechar que se mostraba más habladora que de costumbre.

—¿Y tú?, no me has contado nada. ¿Siempre has vivido en Kiowa?

—La viuda Dempsey me adoptó hace ocho años. Hasta entonces, viví con mis padres de un sitio a otro.

—¿Eran misioneros? —quiso suponer Ethan para explicarse la sobria vestimenta de su esposa.

—Cuando ellos murieron, vivíamos en Montana —evitó responder.

Pronto vislumbraron una gran casa de madera. Parecía una sencilla construcción con tejado a dos aguas, pero había sido ampliada con un ala en la parte posterior, lo que le daba el aspecto de una gran «T». Frente a ella había varios cercados y zonas valladas, dentro de las que pastaban caballos y potros. Y, un poco más lejos, distinguió varias cuadras y graneros separados entre sí.

Ethan frenó el Surrey junto a un establo del que salía un muchacho alto y desgarrado con un cubo de maíz en la mano.

—Joseph, ¿dónde está tu madre?

—En casa, creo —respondió, mirando a Linette con cara de sorpresa.

—Ve a llamarla, he de daros una noticia.

Linette bajó y se desanudó el gorro dejándolo caer a su espalda.

El muchacho intuyó que la noticia tenía que ver con la chica. Dejó el cubo en el suelo y fue hacia la casa.

Pronto lo vieron correr de vuelta y tras él, su madre secándose las manos en el delantal. Ethan tomó a su hermana por los hombros y la besó en la mejilla.

Emma Sutton permaneció agarrada a la cintura de su hermano mientras observaba a Linette. Suponía que por fin había decidido sentar la cabeza y venía con su prometida. Las solteras disponibles en Indian Creek eran demasiado viejas o demasiado jóvenes, e intuía que las correrías de su hermano por Kiowa tenían que ver con faldas. Pero nunca hubiera imaginado que se decidirla por una chica como aquella.

—Bueno, ¿no nos vas a presentar? —preguntó acercándose a Linette—. Yo soy Emma Sutton, la hermana de Ethan.

—Emma, te presento a mi esposa: Linette Gallagher.

—¿Te has casado? ¿Cuándo? —preguntó con los ojos muy abiertos—. No sabía que... ¿No pudiste esperar a casarte aquí? Nos habría gustado acompañaros.

—Fue algo precipitado. Nos hemos casado esta mañana, en Kiowa Crossing. Linette vivía allí.

—Un día muy especial —dijo Emma en voz baja.

Los hermanos Gallagher se entendieron con una mirada. Pero Emma no añadió nada más. Sabía que su hermano se negaba a celebrar desde hacía años el 21 de junio. Se acercó a su nueva cuñada y le tomó las manos.

—Linette, me alegro mucho de conocerte. No sabes las ganas que tenía de ver

casado a mi hermano.

—Yo también me alegro —aseguró Linette devolviéndole la sonrisa.

—Joseph, ye a avisar a tu padre y a Albert.

Ethan presenciaba las presentaciones cruzado de brazos, sin demasiado interés. Su nueva esposa parecía gustar a su familia, y eso era lo único que importaba. Pero en cuanto se acercaron su cuñado y su sobrino, se acercó a ellos y su saludo consistió en una sucesión de palmadas y amagos de golpe entre los tres. Linette se sorprendió ante la actitud jovial de su marido, que agarraba al chico por el cuello en tanto este intentaba zafarse a base de codazos.

—Matt, esta es mi esposa, Linette. Nos hemos casado hoy.

Este miró de reojo a Ethan con media sonrisa y se dirigió a Linette con gesto afable.

—Es un placer conocerte. Perdona mi aspecto, pero estaba con un caballo —dijo estrechándole la mano—. Soy Matthew Sutton. Y, ahora, Ethan: ¿nos vas a decir cómo has conseguido atrapar a esta bella dama? —preguntó girándose hacia él.

—Linette, este es mi sobrino Albert —dijo Ethan evitando responder.

—Es un placer —contestó sonriente.

—Lo mismo digo, Albert —respondió admirada.

Era casi tan alto como su padre y su tío. Más que un muchacho parecía un hombre, y muy atractivo.

Al conocer a Matt, Linette entendió el aspecto de aquellos chicos. Pese a superar los cuarenta años era rabiosamente apuesto y los hijos hablan heredado sus rasgos. Unas cejas espesas y la barba incipiente endurecían su rostro, pero su expresión era amable. A su lado, a Ethan aún se le veía más serio. Si en él la sonrisa era una rareza, en Matt por el contrario afluía a cada instante.

—Os quedareis a cenar —convino Emma—. Vamos, Linette, tienes que conocer al resto de la familia.

Durante la cena, Linette se ofreció a tomar en brazos al más pequeño de la casa, Tommy, para que Emma pudiese terminar su plato. Mientras entretenía al bebé, charló con las chicas: Patty, una bonita niña de diez años, y Hanna, de dieciséis. Los cinco hermanos tenían el cabello rizado, negro como el ala de un cuervo, y en las dos chicas caía brillante a sus espaldas. Con los ojos grises claros, se parecían tanto entre ellos que nadie se atrevería a poner en duda su parentesco. En cambio, Emma se parecía mucho a Ethan. Era tan alta como Linette y, pese a ser madre de cinco hijos, lucía una espléndida figura.

—Vamos, Linette —dijo Emma dejando los cubiertos sobre el plato—. ¿Qué tal si me ayudas a acostar al pequeño?

Su madre lo cogió y lo acercó a Matt para que le diese un beso de buenas noches. Tommy se despidió de todos moviendo la manita. Emma tomó a Linette por la cintura

y la llevó con ella hasta el cuarto de los niños.

—Toma, ve quitándole la ropa mientras voy a por una toalla húmeda.

Jugueteando con él, consiguió que colaborase en la tarea de desnudarlo. Cuando Emma volvió, la sorprendió haciéndole cosquillas en la barriguita y en las plantas de los pies, lo que al bebé le hacía reír a carcajadas.

—Te gustan los niños, ¿verdad? —le preguntó mientras aseaba a su hijo.

—Claro que me gustan. ¿A quién no?

—Luego crecen y entonces dan más problemas. Pero no los cambiaría por nada del mundo. Imagínate: con los mayores ya criados y cuando nadie lo esperaba, mira qué regalo nos envió el Cielo.

Emma hablaba aseando al bebé con la destreza de quien ha criado a cuatro hijos.

—¡La tela azul! —no pudo evitar exclamar Linette cuando miró sobre la cómoda.

Emma echo un vistazo a su izquierda y reparó en la pieza de tela que permanecía plegada sobre el costurero desde hacía días.

—¿Te gusta? La compré con intención de coserle una falda a Hanna, pero no veo el momento.

—Sin duda es la más bonita que hay en la tienda. Pero demasiado cara. Además, ¿para qué necesito un vestido nuevo en el rancho?

—Pero, mujer... Se que vallar los pastos ha constituido un gasto enorme, pero no creo que suponga una ruina añadir a vuestra cuenta un dólar y treinta centavos —replicó.

Emma pensó que la situación económica de la pareja quizá fue se más delicada de lo que suponía.

—No puede ser. Creo que estás confundida. La señorita Keller me dijo que costaba tres dólares la yarda.

—Pero ¡¿qué...?! Debe de tratarse de un error, no le demos más vueltas.

Emma prefirió cambiar de tema. Ya averiguaría el motivo de semejante muestra de hostilidad, aunque lo intuía.

Entre las dos le pusieron al pequeño el pañal y la camisita de dormir. Una vez en la cuna, no tardó en cerrar los ojos.

Cuando Linette volvió a la mesa, la conversación giraba en torno a las bodas y al momento de abandonar la casa familiar. Hanna aseguraba que ella permanecería siempre junto a sus padres, y Matt reía diciéndole que se lo recordaría el día que apareciese con un novio, comentario que la hizo enrojecer como una amapola.

Linette, sentada junto a Matt, mantenía la actitud queda de un lirón. Él notó que a ojos de su esposo no parecía existir.

—Por fin una rubia en la familia —preguntó para entablar conversación—. ¿Tus antepasados son británicos o alemanes?

—No lo sé. No conocí a mis padres y fui adoptada cuando era muy pequeña.

—No pretendía ser entrometido —añadió en tono de disculpa.

—No tiene importancia —dijo Linette con sinceridad—. ¿Y tú? Tu acento no es

de Colorado.

—Soy tejano.

—Es asombroso cómo se te parecen tus hijos. Estarás orgulloso, son todos guapísimos.

Linette bajó la vista aturdida porque, sin proponérselo, acababa de alabar también la belleza de su cuñado.

—Mi padre era inglés, de Gibraltar; él nos legó a todos los ojos grises. Pero el cabello lo hemos heredado de mi madre, que era portuguesa —añadió divertido ante su repentino ataque de timidez.

—¿Gibraltar? —preguntó con curiosidad—. Jamás lo había oído. Matt le explicó la decisión de sus padres de abandonar la diminuta colonia inglesa en busca de espacios extensos y su llegada al territorio de Texas, donde su dominio del español les permitió conseguir trabajo de inmediato. Linette aprendió un montón sobre la geografía de Europa, La batalla de El Álamo y La independencia de Texas.

Mientras conversaba con ella, Matt la juzgó con ojos masculinos y llegó a la conclusión de que, bien por ignorancia o por ingenuidad, no era consciente de su atractivo; en tal caso, no mostraría ese exceso de modestia. Sintió una repentina simpatía por su nueva cuñada, pues nada en ella resultaba arrogante o vanidoso. Y se sorprendió al ver que suscitaba en él un afecto paternal; no en vano debía de ser solo un poco mayor que su hijo Albert.

Ethan, enfrascado en una discusión trivial con sus sobrinos varones, de tanto en tanto lanzaba miradas furtivas hacia Linette, que parecía encontrarse muy cómoda hablando con Matt. Con él no sonreía nunca y acababa de descubrir que, cuando lo hacía, se le formaban unos deliciosos hoyuelos en las mejillas que le gustaban más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

—Me pregunto cómo decidiste instalarte en Colorado —continuó Linette deseosa de seguir charlando.

—Amaba Texas, pero siempre soñé con vivir en un lugar rodeado de bosques y verdes prados. En el último transporte a Dodge City, decidí que ya estaba cansado de arrear ganado. Llegué a Colorado, conocí a un irlandés extraordinario, que más tarde se convertiría en mi suegro, y me contrató de inmediato como capataz.

—Te enamoraste de este territorio, ¿verdad? Es difícil no hacerlo —aseguró.

—Me enamoré de Colorado y de un par de ojos castaños desde el primer día que llegué —dijo señalando con la barbilla a su esposa—. Y decidí que aquí fundaría mi verdadero hogar. Las consecuencias de esa decisión las tienes ante ti, sentadas alrededor de la mesa.

Linette le sonrió agradecida porque aquella era la conversación más larga que había mantenido en mucho tiempo.

Emma llevó el café a la mesa atrayendo en ese momento la atención de todos. Y Hanna, a la que le encantaban las historias románticas, sacó su tema preferido.

—Mamá, cuéntenos cómo te casaste con papá —pidió con voz suplicante.



Su madre se hizo de rogar un poco. Linette la miraba sorprendida, Ethan divertido y su esposo orgulloso. Por fin, accedió ante los ruegos de las chicas, ignorando las protestas de sus dos hijos varones, que se sabían la historia de memoria.

—Pues tenía yo diecinueve años cuando tu padre llegó al rancho Gallagher. Yo empecé a fijarme en aquel capataz. Él tenía veinticinco años y era el hombre más apuesto que había visto en mi vida. —Su esposo la miraba encantado—. Pero no se fijaba en mí.

—Eso creías tú, pero yo hacia mucho más que fijarme —dijo esquivando con el codo un golpe de su cuñado.

—Te fijaste tú y cincuenta más —interrumpió Ethan—. Tu madre era la chica más perseguida de aquí a Arkansas y la abuela me obligaba a acompañarla para espantarle a los pretendientes. Yo odiaba tener que ir con ella a todas partes.

Linette escuchaba la historia, imaginando a su esposo de niño.

—La verdad es que, aunque esté mal reconocerlo, yo era bastante guapa por entonces.

—Aún lo eres —atajó su esposo, besándole la mano.

—Una tarde, para provocar a tu padre, cité en casa a tres pretendientes a la vez.

—¡Qué emocionante! —aseguró Hanna—. ¿Y te dejó el abuelo?

—El abuelo sabía que esos tres no tenían nada que hacer —dijo sacudiendo la mano.

—Si el viejo Robert llega a sospechar que podía haber algo entre tú y alguno de aquellos idiotas —afirmó Matt—, te hubiese encerrado en la alacena y a día de hoy aún estarlas allí.

—Seguro —corroboró—. A veces pienso que mi padre sabía lo que estaba tramando mejor que yo.

—Papá era más inteligente que todos nosotros juntos —dijo Ethan con voz grave. A Linette le intrigó la melancolía que emanaba de la voz de su esposo.

—Así que estaba yo en la puerta de casa y aquellos tres esperando en el porche. En eso apareció Matt, que regresaba de los pastos. Siempre montaba un mustang negro como el carbón. A lomos de aquel animal, su porte era poderoso. —Ambos se sonrieron—. Sin bajar del caballo, se acercó a los tres chicos. No sé qué les diría, pero se fueron tan rápido como pudieron.

—Todo un carácter el de tu padre —añadió Ethan entre risas—. Yo tendría entonces nueve años y estaba riéndome en lo alto del cercado; me dirigió una mirada asesina que me hizo salir corriendo con aquellos tres.

—Yo estaba furiosa, no era asunto suyo y se comportó para mi gusto con una actitud demasiado paternal. Así que me puse frente a tu padre con los brazos en jarras. Él bajó del caballo de un salto y se me acercó tanto que casi me muero del susto.

—No era susto lo que yo vi —añadió Matt con su más cadencioso acento tejano. Su mujer le dio un golpecito de reproche en el hombro.

—¿A que no sabes qué me dijo, Linette? —Ella negó con la cabeza—. Con la cara pegada a la mía y yo todavía sin palabras, me soltó con una voz que asustaba: «Vamos a hablar con tu padre, nos casamos la semana que viene». Imagínate qué declaración de amor.

—¿Y después? —preguntó Patty anhelando que la historia no acabara.

—Lo que viene después —dijo mirando a Matt con media sonrisa— no se puede contar. Venga, a la cama todos vosotros.

Linette se quedó admirada con aquella pareja que después de veinte años parecían estar en plena fase de cortejo. Notó una punzada de envidia y se juró que algún día conseguiría tener una familia como aquella.

Ethan se alegró de llegar a casa, el día había resultado agotador. Al entrar en la cocina, observó a Linette mientras encendía un farol. No había pensado hasta ese momento en su nueva situación: estaba casado y esa era su noche de bodas. Lo que menos le apetecía era lidiar con una joven inocente, pero al imaginar el cuerpo de ella bajo el suyo empezó a excitarse. Hacía demasiado tiempo que no disfrutaba de ese tipo de placer y ya iba siendo hora. Aquella mujer era esbelta pero apuntaba unas bonitas curvas. Se preguntó cómo sería su cuerpo.

Se acercó a ella y torció el gesto al ver que daba un respingo.

—Mírame —ordenó.

Linette se giró hacia él, aunque mantuvo la mirada baja.

—¿Has besado a un hombre alguna vez?

Ella levantó la vista y negó con la cabeza. Ethan se recreó en la contemplación de aquellos labios que aún no conocían el calor de otra boca y sintió un extraño deleite al saber que sería el primero y el único en probarla. Jamás había tenido ante sí a una mujer tan inexperta. Se acercó sin tocarla y, al comprobar que no se apartaba, decidió continuar. Rozó sus labios y la besó con suavidad. Volvió a besarla con delicadeza una y otra vez. La sintió suspirar entre sus labios y la acercó hacia él tomándola por la cintura.

—¿Te gusta?

Linette asintió con la cabeza y volvió a ofrecerse a él. No esperaba que fuese tan cuidadoso. Había temido la llegada de la noche pero aquel contacto sutil invitaba a seguir. Durante un buen rato, Ethan continuó acariciándola con leves roces. Al ver que le complacía, entreabrió la boca y comenzó a mordisquearle los labios con una lentitud exquisita. Se retiró un momento para contemplarla: con el rostro alzado hacia él y los ojos cerrados, era pura tentación.

—Quiero verte. —Ella abrió los ojos confundida—. Deshazte las trenzas.

Linette obedeció, aunque las manos le temblaban. Ethan entrelazó los dedos en su pelo admirando todos los matices de su larga melena ondulada. Se preguntó por qué ocultaba tanta belleza bajo un peinado como aquel y de nuevo la atrajo para volver a

besarla con idéntica suavidad.

—Tienes que hacerme a mí lo mismo que yo te hago —murmuró en sus labios.

Linette se armó de valor y le devolvió la caricia, besando sus labios con torpe timidez.

—Ahora vamos a ir un poco más allá —susurró.

Ethan le tomó los brazos y los colocó alrededor de su cuello. Con cuidado, le entreabrió los labios y profundizó el beso. Linette pareció sorprenderse en un principio con aquella invasión, pero las sensaciones que su boca le provocaban eran tan asombrosas como inesperadas y lo estrechó rogando en silencio que no parara. Ethan se excitó al verla entregada en su primera vez y comenzó a acariciarle la cintura, las caderas, la espalda. Pero al acercarse a sus senos, ella se tensó y se retiró de golpe.

Estaba yendo demasiado deprisa y se obligo a mantener la calma. Con lentitud la soltó y se quedó contemplando sus labios húmedos.

—Ve al dormitorio, te sentirás más cómoda si yo no estoy.

Linette entendió lo que le pedía. Era una de sus obligaciones como mujer casada y agradeció que no la obligase a desnudarse en su presencia.

Ethan se sentó a esperar. Pasados unos minutos, entró en el dormitorio y le costó reconocer a la mujer que tenía delante. Estaba un tanto rígida. Descalza, con el camisón blanco y el pelo suelto, le pareció de una belleza extraordinaria. Mientras se quitaba la camisa y el cinturón, no dejó de observarla. El fino tejido del camisón dejaba entrever la leve sombra de sus pezones que coronaban una maravillosa redondez agitada por la respiración contra la tela. Ella no dejaba de mirarlo mientras él se desnudaba. Parecía asustada, pero no apartaba la vista de su pecho. Ethan no pretendía intimidarla. Por ello, se quitó las botas, pero se dejó los pantalones puestos.

Linette tenía la garganta seca y el corazón le latía cada vez más fuerte. El miedo empezó a apoderarse de ella pero trató de no pensar.

Ethan recorrió su contorno con ambas manos, pese a que la sintió temblar. Acarició unas caderas redondeadas que acababan en una cintura breve. Subió por el largo talle hasta alcanzar sus magníficos y erguidos pechos, a la medida de sus enormes manos. La miró por un instante y la deseó de tal modo que la atrajo por la nuca y volvió a besarla con pasión. Linette se tensó al notar que la delicadeza se convertía en urgencia. Ethan la rodeó con los brazos y se dejó caer en la cama con ella en brazos. Aferrándola cada vez con más fuerza, comenzó a acariciarla. Había dado rienda suelta a su deseo y sus esfuerzos se centraron en no perder el control antes de tiempo, olvidándose de sutilezas. Estaba demasiado cansado y llevaba mucho tiempo esperando. La besaba con tal ardor que le impedía respirar. En un giro rápido, se colocó sobre ella y le alzó el camisón sin miramiento.

Linette tiritaba de miedo bajo el peso de su cuerpo, se sintió atrapada e indefensa y todo el pánico que creyó controlado se adueño de ella. El terrible recuerdo de aquel indeseable sobre ella, su repulsiva boca sobre la suya y su lucha feroz por apartarlo,

hizo que comenzara a respirar como si le faltara el aire y a empujar a Ethan, pero él no parecía darse cuenta.

—¡Déjeme...! ¡Me da asco! ¡Lo odio! ¡Nunca me tendrá! ¡Nunca! —gritó con auténtico terror.

Aquellos gritos devolvieron a Ethan a la realidad. Se revolvió descontrolada, presa de un ataque de pánico. Él se hizo a un lado, su excitación se esfumó de modo instantáneo al verla en tal estado. No entendía nada, hacía un momento se había entregado a sus besos y ahora se abrazaba las rodillas con la mirada perdida. Tenía veintitrés años, no era ninguna chiquilla. ¿A qué venía entonces tanto pavor?

—¡Cálmate! —le gritó—. No te estoy pidiendo nada que no me corresponda por derecho.

Linette no contestó, se limitó a mirarlo como si no lo viese. Ethan notó cómo se le subía la sangre a la cabeza. Se sintió estafado. Ni siquiera podía echarla de su vida porque estaban casados. Se levantó de un salto y apretó los puños.

—¡Fuera! —Linette lo miró aterrorizada—. He dicho que te vayas. Si no eres capaz de cumplir con tu parte del trato, no te quiero en mi cama.

La levantó cogiéndola de un brazo y la empujó hacia la puerta. Linette no tuvo conciencia de lo que estaba pasando hasta que se encontró descalza en medio de la cocina. Necesitaba aire. Salió de la casa con paso vacilante y, en cuanto estuvo bajo las estrellas, comenzó a respirar hondo. El pecho le dolía, hubiese deseado llorar, pero no pudo. A trompicones, se encaminó al granero. Por suerte había luna llena y no necesitó más luz para orientarse. Se dejó caer sobre un montón de heno y rezó para que la noche pasase rápido.

Ethan no necesitó ni dos minutos para comprender lo que acababa de hacer. Se maldijo por haber perdido el control, jamás lo hacía, pero de nada servía arrepentirse. Buscó a Linette por la casa y no la encontró. Al ver la puerta principal abierta de par en par, la rabia se apoderó de él. No la quería en su cama, pero en la casa había otros dormitorios. ¡Qué bajo concepto tenía de él si pensó que la obligaba a dormir a la intemperie!

Tomó el farol de la cocina, que aún permanecía encendido, y buscó a Linette en el granero. La aborrecía por su rechazo, pero no merecía un trato tan duro. La tomó en brazos, ella ni siquiera abrió los ojos. En dos zancadas llegó a casa y la depositó sobre la cama sin ningún miramiento. Ella se acurrucó todavía temblorosa. Ethan apartó la vista, acabó de desnudarse y se tumbó de espaldas a ella. Toda su vida apartándose las mujeres de encima y, por segunda vez, se veía rechazado por la que él había elegido.

Solo quería dormir y olvidar aquella pesadilla.

Cuando despertó en aquella cama, Linette tardó en recordar dónde se encontraba y por qué. Con alivio comprobó que él ya no estaba. Tan deprisa como pudo, se aseó y vistió. Recalentó el café sobrante de la noche anterior y se obligó a acompañarlo con una galleta dura de la despensa.

Por un momento creyó haber sufrido un mal sueño, pero con amargura recordó que el miedo fue real.

Sin dilación se puso a trabajar, aliviada al estar sola. No quería pensar en el momento en que tuviera que enfrentarse de nuevo a él. Al vaciar los bolsillos de la ropa sucia, encontró la dama de tréboles. Guardó el naipe pensando que merecía la pena conservarlo, al menos como agradecimiento por haberla alejado de McNabb.

A media mañana, recibió la visita de Grace. Con paciencia, ella le enseñó a realizar las tareas más complicadas y le descubrió partes del rancho que desconocía. Linette no se amedrentó ante los animales, pese a ser su primer contacto con aves de corral, cerdos y una vaca lechera. También aprendió a realizar la colada ahorrando esfuerzos innecesarios.

—¿Tendré que cocinar también para los peones? —preguntó un tanto preocupada.

—No, comen en sus casas —la tranquilizó Grace—. Aaron y yo siempre hemos vivido en nuestra propia casa, en el pueblo. Y hace años que no viven peones en este rancho. Gideon y Bart están casados.

—Y los otros, Si no lo están..., ¿por qué no viven aquí?

—Da gracias, tendrás menos trabajo. Fred tiene alquilada una habitación en casa de los Robbin. Y los otros dos se alojan en casa de la viuda Lokehed. Por lo visto les ofrece algo más que alojamiento, pero... ¿quién la culpa? —Se preguntó con media sonrisa—. Los inviernos son muy fríos por aquí y qué mejor que un hombre para mantener el calor..., o dos. —Soltó una carcajada.

Linette escuchaba boquiabierta pensando en la cara que habría puesto Cordelia en caso de escuchar semejante conversación.

Grace se ofreció a ayudarla con la comida cuando llegó Emma. Nada más verla, Linette se obligó a sonreír y a mostrarse animosa. A la vista de la cara de preocupación de su cuñada, rehusó su mirada enfrascándose en la preparación del guiso que tenía entre manos.

Emma sintió pena por aquella chica. Derrochaba buenas intenciones y un denodado empeño por hacer las cosas bien. Tal vez su silencio se debiera a un exceso de timidez, pero su mirada no la engañó. Linette sentía una profunda congoja. Supuso que el motivo se debía al cambio tan brusco. Emma había crecido allí, pero no debía resultar fácil para una dama de ciudad adaptarse al aislamiento y a la dura soledad de la vida en un rancho.

—Pensé que os veríamos en la iglesia —comentó—. Es domingo, Linette. Intenta realizar las tareas durante la semana, hoy es un día para descansar.

—Trataré de hacerlo —aseguró—, en cuanto me organice un poco.

No quería que sospechasen que no tenía la menor idea de dónde estaba su esposo. Hasta el momento, no reparó en que por el bien de ambos tendrían que hacer un esfuerzo por guardar las apariencias. Se armaría de valor y lo comentaría con él. Sabía por experiencia que la mejor actitud para vivir tranquila era tratar de pasar desapercibida, ya que las habladurías no harían sino complicar más su adaptación.

Grace y Emma se despidieron de ella. Al quedarse de nuevo a solas, reflexionó sobre su situación. Trabajo para estar entretenida no le iba a faltar. Tampoco lo consideró excesivo: solo requería de cierta organización y disciplina. Por suerte para ella, esas eran dos virtudes que le habían inculcado hasta la saciedad.

Mientras ponía la mesa oyó el trote de unos cascos y las manos comenzaron a temblarle. Mantuvo la cabeza gacha cuando él abrió la puerta y entró en la cocina.

—Mírame —ordenó. Ella alzó la vista—. Vas a escucharme con atención. A partir de ahora, límitate a realizar tu trabajo y apártate de mí tanto como puedas.

Linette se retorció las manos en un intento por disimular el temblor. Esa actitud irritó a Ethan de tal modo que tuvo que apretar los dientes para no sacudirla por lo hombros. Hubiera deseado encontrarse ante cualquier tipo de respuesta menos aquella dócil sumisión.

—Me equivoqué contigo. Creí que eras una mujer de verdad, pero me he encadenado a una maldita criatura temerosa y huidiza. Tendré que asumir la condena de soportarte.

Linette hundió los hombros y asintió en silencio. Ethan observó que ella se encerraba cada vez más y más en sí misma, levantando una coraza invisible por la que parecían deslizarse sus hirientes palabras como lo harían por una ladera helada.

—Y ahora siéntate y come —continuó mirándola con dureza—. Y así lo harás todos los días porque flaquear es un lujo que no te puedes permitir. Tu trabajo es duro y cumplirás con él cueste lo que cueste.

Obedeció sin rechistar y se sentó a la mesa. Él también lo hizo. Se sirvió y comió ajeno a su presencia. Linette se obligó a comer; hacerlo con el estómago cerrado era un suplicio, pero tenía razón, no podía debilitarse.

Ethan, sin siquiera tomar una taza de café, se levantó dispuesto a abandonar la casa de nuevo.

—El 4 de Julio habrá un baile y asistirás te apetezca o no —añadió de espaldas a ella.

—Nunca he ido a un baile, no sé bailar —murmuró Linette con un hilo de voz.

—¡Pues lo harás! No voy a exponerme a habladurías. Y trata de no avergonzarme delante de todo el mundo.

Linette aceptó la humillación con entereza, pero se sintió insignificante y notó cómo los ojos le escocían. Respiró hondo. Cuando levantó la cabeza, él ya se había marchado. Tenía trabajo que hacer y sabía por experiencia que lo mejor para no pensar era mantener las manos ocupadas.

Pasaron las horas y acabó con todas las tareas casi sin darse cuenta. Sin hacer nada no podía estar. Tomó su libro y subió al desván. Abrió la ventana y dejó que la luz y el aire inundasen la estancia. Allí se encontraba a gusto y decidió que lo limpiaría a fondo como el resto de la casa. Curioseó el interior de dos baúles y encontró vestidos que quizá pudiese recomponer. Al mover un viejo maniquí de costura lleno de polvo, descubrió una máquina de coser. Singer había construido un imperio vendiendo a plazos esa maravilla que liberaba a las mujeres de la esclavitud de coser a mano. Se alegró de contar con una porque, dada la situación, no podía asumir su coste.

Tras limpiar con un trapo viejo el banco de la ventana, se sentó con el libro en el regazo y contempló los pastos. Estaba muy cansada, no había parado de trabajar y durante la noche apenas había dormido. Apoyó la cabeza y cerró los ojos.

Ethan se aproximó a la casa y desde el caballo le pareció ver abierta la ventana del piso alto. Hacía años que nadie subía allí. Con rabia intuyó quién debía de andar explorando en las alturas. Al verla recostada se le calentó la sangre, por lo visto estaba ociosa.

Subió los escalones de dos en dos y abrió la puerta de golpe.

Linette se había quedado medio dormida y se sobresaltó con su llegada. De un salto se puso de pie, ocultando el libro detrás de ella.

—¿No tienes trabajo?

Ethan no levantó la voz, ni dio muestras de estar alterado, pero su voz baja y peligrosa acompañada de una mirada feroz evidenciaban su irritación. Se acercó a Linette y ella retrocedió pegándose a la pared con las manos a la espalda.

—¿Qué escondes ahí? —preguntó tendiéndole la mano abierta.

Linette sacó el libro de su espalda y se lo tendió.

—Es mío. Por favor, no me lo quites —suplicó.

A Ethan se le erizó el vello al ver sus ojos indefensos. Tomó el libro y lo abrió movido por la curiosidad. Comprobó que se trataba de una antología de cuentos ilustrada con grabados en los que aparecían princesas ataviadas con ricos vestidos. La miró a los ojos y se lo devolvió en silencio. ¿Qué clase de extraña inocencia escondía aquella mujer para considerar un tesoro un libro propio de una niña? Sin decir ni una palabra, le dio la espalda y la dejó sola.

En cuanto salió de su estado de aturdimiento, Linette cerró la ventana, dejó el libro en el alfeizar y bajó tras él. Debía esforzarse en cumplir con sus obligaciones y no irritarlo aún más.

Ethan no estaba en la cocina. Respiró más tranquila y comenzó a preparar la cena sin dilación. Cuando entró de nuevo, ella mantuvo la vista en los fogones, pero al acercarse a la alacena no pudo evitar fijarse en él. Se había quitado la camisa dejando a la vista su ancha espalda.

Él notó que Linette no le quitaba la vista de encima.

—Me es indiferente si te incomoda verme así. Esta es mi casa y hago lo que

quiero —le espetó con una mirada de advertencia.

—No eres el primer hombre que veo desnudo de cintura para arriba.

Ethan se giró con una lentitud que asustaba.

—Explícame eso —exigió.

Linette continuaba mirándolo sin asomo de turbación. Parecía preocupada.

—Tienes el brazo herido.

Sorprendido, giró el brazo y al hacerlo contrajo el rostro por el dolor. Hacía dos días de aquella escoriación y ni se acordaba de ella, pero tuvo que reconocer que presentaba un feo aspecto.

Linette se acercó y le tomó el brazo para examinarlo más de cerca.

—No me toques —dijo apartándose de ella con rudeza.

—Se ha infectado —comentó frunciendo el entrecejo—. ¿Cómo te lo has hecho?

—Me quemé con una soga hace un par de días.

Linette le tomó el brazo con cuidado y lo giró para verlo con más luz. Ethan continuaba asombrado al ver que lo estudiaba sin prestar el menor caso a su actitud esquiva.

—¿Desde cuándo no lo has curado? —lo regañó con gesto severo—. Ya veo, ni lo has limpiado ni lo has curado. Una quemadura infectada... —Cabeceó en gesto de reproche—. Siéntate.

Diciendo esto entró hacia los dormitorios. Enseguida salió con una toalla, jabón, palangana y varios paños. En un momento, puso agua a calentar. Entonces él entendió que se disponía a curarlo y le molestó.

—Más vale que te metas en tus asuntos y me dejes en paz —advirtió.

—Siéntate.

Ethan giró la cabeza con una mirada fiera.

—Por favor, siéntate —insistió—. Confía en mí, sé cómo hacerlo.

No era una orden ni una súplica, la voz de Linette transmitía seguridad. Se sentó y la observó mientras ella se ponía de puntillas y rebuscaba con interés entre los estantes de la alacena.

Ethan no esperaba que actuase con tanta diligencia. Con prontitud llenó la palangana de agua templada, se colgó al hombro una toalla e hizo tiras de un paño blanco de algodón. Le lavó la quemadura con un cuidado exquisito, aparentando no oír sus quejidos y maldiciones. Le extendió un ungüento con pericia y mientras lo vendaba Ethan miró a su alrededor. La cocina no había estado tan limpia en muchos años y todo parecía en orden. Olía como una casa, no como un establo. Por lo menos, servía para trabajar y tenía buenas manos, de eso no había duda, a la vista del alivio que le acababa de proporcionar.

—Aún me debes una explicación. —Ethan no dejaba de darle vueltas. Su falta de pudor chocaba con su inexperiencia a la hora de besar—. Tengo derecho a saberlo —insistió irritado por su silencio.

—No, no lo tienes —rebatía ella con calma—. Renunciaste a ese derecho el día



que me advertiste que tus asuntos personales no eran de mi incumbencia.

Y sin más explicación, terminó de recoger los útiles de la cura y se marchó hacia el dormitorio.

Ethan se quedó solo y atónito. Esa respuesta no era propia de una jovencita asustadiza. Su esposa era una mujer inteligente capaz de dejarlo sin palabras. Y muy reservada. Demasiado parecida a él.

El lunes Linette se levantó contenta de tener seis días de trabajo por delante, porque los domingos se convertían en jornadas largas y solitarias. Durante las noches, incómoda como estaba compartiendo la cama con su esposo, contaba con tiempo para pensar. Pese a que él siempre se acostaba dándole la espalda, a ella le solía costar conciliar el sueño.

Con espíritu práctico, optó por no atormentarse con pensamientos pesados y mirar cara al futuro. Ya que la familia se había convertido en una idea lejana e inalcanzable, decidió centrar todos sus esfuerzos en su nuevo hogar. Y, en adelante, haría lo posible por levantar aquel rancho. Por ejemplo, se sentía orgullosa de su destreza para la repostería. Cordelia se había esmerado en enseñarla y las escasas visitas que recibían alababan las tartas de Linette, por lo que ella estaba dispuesta a mostrar sus habilidades en el hotel del pueblo a la primera oportunidad.

Aquella mañana, cuando salió a ocuparse de las aves, vio venir un jinete en dirección a la casa. Se hizo sombra con la mano y al comprobar que se trataba de su esposo continuó con su tarea.

Volvía a casa cuando vio que Ethan enganchaba el Surrey y se acercó. Acarició el lomo de aquel caballo con cariño. Al ver a otro caballo atado a la trasera, supuso que no volvería a verlo más.

—Este coche aquí es un estorbo —explicó él con sequedad.

—Lo sé.

Comprendía que el dinero era más necesario que un coche de paseo, pero la apenaba desprenderse de él, más por el caballo que por el vehículo.

—El caballo... ¿también? —preguntó.

—No necesito un caballo de tiro —comentó observando cómo asomaba la tristeza a los ojos de su esposa—. ¿Te encargabas tú de él?

—Un muchacho se ocupaba a diario de limpiar la cuadra y de pillarlo, pero hace años que estaba en casa. ¿Puedes llevarme al pueblo? —preguntó desechando aquellos recuerdos que la entristecían.

Ethan asintió con la cabeza y continuó enganchando los arreos como si ella no estuviese presente. Linette entró en la casa y se quitó el delantal, se adecentó el peinado y se puso el corsé. Cuando salió, Ethan ya la esperaba en el coche.

Recorrieron las tres millas hasta el pueblo como dos extraños. Cuando llegaron a las primeras casas, Linette se dedicó a observar todo lo que el primer día le pasó

desapercibido. Indian Creek era más grande de lo que había imaginado. A su derecha vio la escuela cerca de una arboleda, y más adelante se erigía el más alto de los edificios del pueblo, la iglesia. Se elevaba del nivel de la calle por cuatro escalones, contaba con porche y un pequeño campanario. En la parte posterior, se ampliaba por medio de un gran salón con ventanales. Y tras él, una enorme explanada que se extendía hasta la arboleda de la escuela. Ambos edificios destacaban por sus paredes de madera blanca, pintadas con pulcritud. Pero la puerta y la ventana de la iglesia, así como el ojo de buey del campanario, estaban decorados con pintura roja y verde que ponían una nota de alegría entre tanta blancura.

Frente a la iglesia se levantaba la herrería, que anunciaba venta y alquiler de caballerías. Esta parte era la más ancha de la calle. Casi podía decirse que se abría a modo de plaza sin llegar a serlo. A esa hora, el pueblo se encontraba bastante concurrido, tanto de caballerías como de personas circulando arriba y abajo o paradas ante los negocios.

A las puertas de la herrería, Ethan frenó el coche.

—No tardes, tengo demasiado trabajo para perder el tiempo esperándote. ¿Sabes montar? —Ella asintió—. Más vale así, montarás a mi espalda.

—Tengo que hacer un recado —murmuró sin levantar la cabeza.

Linette optó por marcharse cuanto antes. No era más que un caballo viejo, pero prefería no estar presente cuando se deshicieran de él. Se acercó al animal, le rodeó el cuello con los brazos ante las miradas furtivas de Ethan, incómodo ante aquella muestra de cariño. Y mientras le rascaba la testuz, le susurró unas palabras en voz baja.

Ethan frunció el ceño apretando la mandíbula y la cogió por el brazo.

—¿Qué lengua es esa? —inquirió con voz letal.

Linette lo miró asustada. Los ojos fieros de Ethan le dijeron que acababa de cometer un gravísimo error.

—Lakota —murmuró—. Una lengua Sioux.

—¿Dónde la has aprendido?

—Mis padres... mis padres eran lakotas —dijo temerosa.

Pero el recuerdo de sus padres hizo aflorar su orgullo. Alzó la cabeza y lo miró de frente con la barbilla temblorosa.

—Y yo también lo soy, o lo fui —añadió con tristeza.

—¿Indios? —masculló él incrédulo—. Tú no eres india, ni mestiza. —Estaba furioso y aturdido, esa era la consecuencia de haberse unido a una desconocida—. ¿Piensas que voy a creerte? No eres más que una sucia embaucadora.

Se adentró con los puños apretados en la herrería dejándola con la palabra en la boca. Linette se dirigió al hotel a paso ligero. Ahora sí era fundamental encontrar una manera de ganarse la vida. Quizá no la dejase volver a poner los pies en sus tierras.

Rodeó el edificio. La puerta de la cocina debía de quedar en la parte trasera y, dado el propósito que la llevaba hasta allí, no consideró oportuno entrar por la puerta

principal.

La recibió una mujer regordeta que insistió en que se tutearan y la llamase Alice. En aquella cocina estaban abrumados de trabajo, hecho que Linette aprovechó con sabiduría a su favor. No les costó ponerse de acuerdo y, antes de salir, ya habían apalabrado un encargo para el día siguiente.

La casualidad hizo que coincidiese allí con el doctor Holbein. Recordó entonces el brazo herido de Ethan. Quizá aquella noche ella no tuviese ni un techo bajo el que refugiarse, pero no podía evitar preocuparse por el aspecto de la quemadura de su esposo.

—¿Doctor, conoce a la señora Gallagher? —Alice se encargó de las presentaciones. El médico la miró con una sonrisa de sorpresa—. Linette, el doctor Holbein es nuestro ángel guardián.

—Me alegro de conocerla.

—Es un placer. Si no le importa, me gustaría hacerle una consulta. Le espero fuera. Adiós, Alice —se dirigió a la mujer—. Mañana vendré en cuanto pueda.

Linette se marchó y Alice la contempló pensativa mientras el doctor le examinaba un corte en la mano al que ella se empeñaba en no dar ninguna importancia.

—Me gusta esa chica, doctor. Sabe negociar y no duda en arrimar el hombro si es necesario. Me ayudará con los postres. —El médico sonrió y una mirada pícaro asomó detrás de sus lentes—. Ha venido como una bendición, ya ve cómo estamos. Me parece que será una buena esposa para ese ranchero.

—Me marcho —concluyó él guardando su reloj en el bolsillo del chaleco—. Y tú hazme caso y no mojes esa herida.

El doctor Holbein rodeo el edificio y encontró a Linette esperándole junto a la puerta principal.

—¿Qué querías comentarme? —Le pareció que ella se sorprendía—. Vamos, conozco a tu esposo desde que llevaba pañales y, si a él lo tuteo, a ti también. Eres una niña a mi lado. Dime, ¿qué te preocupa?

—Ethan se quemó con una soga y creo que se le ha infectado. Le aplique un ungüento, pero no sé si será suficiente.

—Parece que tienes experiencia —dijo mirándola con curiosidad.

—Mi madre... —Se le atragantó la palabra— me enseñó.

El doctor asintió satisfecho, abrió su maletín y le entregó un tarro.

—Lávala todos los días con agua y jabón y ponle esta pomada.

—Doctor, agradezco su amabilidad, pero... no puedo aceptar. No tengo con qué pagarle... —comenzó a decir incómoda.

—Te contaré una cosa —dijo acercándose a ella conmovido por su franqueza—. Desde que murió mi querida Lorna, como a diario en el hotel, pero Alice se preocupa en exceso por mí... —continuó en tono de confianza atusándose el bigote—. Opina que los dulces no me convienen. Vamos a hacer un trato: tú te quedas la medicina y a cambio me haces una tarta entera para mí solo, sin que ella se entere.

Linette sonrió agradecida y él le tendió el tarro como si ambos fueran cómplices de una travesura.

Con la toalla caliente sobre su rostro, Rice McNabb pensaba que cada persona había nacido con un propósito en la vida. Y el suyo era disfrutar de todo tipo de lujos. Con los ojos cerrados, se abstraigo del bullicio callejero que llegaba hasta la barbería de Castle Rock a aquellas horas de la mañana.

—No puedo creerlo, después de tantos años y... todavía continúa la búsqueda.

Recibió el comentario como una molestia inevitable al tiempo que el barbero comenzó a enjabonarlo. Detestaba a ese tipo de hombres que buscan hacer partícipes a los demás de las noticias, en lugar de limitarse a leer el periódico en silencio. Pero una barbería era el lugar idóneo para entablar conversación.

—¿Algún fugitivo? Por lo visto las cosas en Dodge City cada vez están poniéndose más feas —comentó el barbero.

—Una niña, pero ya hace años de eso.

—No será tan niña entonces.

—No lo creo —respondió con sorna el del periódico—. Si sigue con vida, claro está.

El tema despertó la curiosidad de McNabb, pero la navaja afilada sobre su cuello aconsejaba permanecer muy quieto y con la boca cerrada.

—¿Quién la busca? —continuó el barbero deslizand la navaja con maestría.

—Su familia, por lo visto. Pero a saber de dónde son. Quizá ni siquiera de Denver.

—¿No lo dice?

—No, quien disponga de información debe contactar con la redacción del *Republican*, pero no dice más.

—Ahora creo recordar —comentó el barbero pensativo—. ¿No será la misma que buscaba aquel loco del bastón?

—Claro que es la misma. Recuerdo a aquel pobre hombre, casi ni se le entendía al hablar.

—Nadie lo tomaba en serio. Por lo visto era el padre, pero la historia resultaba imposible, una auténtica locura. Una niña jamás habría sobrevivido. ¿También comenta lo de la quemadura? Él insistía mucho en ese detalle.

El comentario hizo que McNabb se removiese en el sillón.

—Ya termino —lo tranquilizó el barbero al verlo inquieto.

—¿Una quemadura? —preguntó.

—Esa joven, porque de estar viva ya debe de ser toda una muchacha, tiene una mano quemada —comentó el hombre pasando página—. En fin, afortunado el que la encuentre.

—No entiendo por qué —comentó McNabb.

—No creo que una familia busque a esa chica durante años solo para conocerla. Y mantener una búsqueda así cuesta dinero. Debe de tratarse de gente acomodada.

—Puede que sí —comentó el barbero—, de lo contrario ya habrían abandonado hace años.

—Pero es imposible que la encuentren —agregó el del periódico, mirando al barbero a través del espejo—. Según aquel pobre chiflado, desapareció en Wyoming en 1866. En el caso improbable de haber sobrevivido, podría estar en cualquier parte y este es un país muy grande.

El barbero corroboró asintiendo con la cabeza y el hombre pasó página para comentar una noticia referente a un grupo de cuatreros que merodeaban por Colorado Springs.

McNabb quería saber más, eran demasiadas las coincidencias.

—Y dice usted que se busca a esa niña desde hace tiempo.

—Mucho —respondió el hombre mirándolo por encima de los lentes—. Hará unos seis años que ese pobre sujeto estuvo por aquí preguntando por ella. Recorría pueblo por pueblo indagando sobre su paradero. Y este anuncio sigue apareciendo por lo menos una vez al año.

—No me había fijado, creí que ya habría desistido —añadió el barbero—. Watts, me parece que así decía llamarse aquel infeliz.

—Si me permite... —rogó McNabb alargando el brazo hacia el diario.

—No recuerdo bien todos los detalles —comentó el hombre—, pero no he olvidado su relato sobre aquel ataque indio. ¿Que niña de cinco años habría podido salir con vida de aquello?

El tipo le paso el periódico. McNabb estiró el cuello mientras le aplicaban la loción y leyó con interés. Se buscaba a una joven que tendría veintitrés años, con la mano izquierda quemada. Quien tuviese cualquier información sobre ella, podía ponerse en contacto con la redacción. «Watts», se repitió mentalmente.

—Insistía en que nunca apareció el cuerpo —continuó el hombre—. Lo más seguro es que acabaran con él las alimañas. En fin, ¿quién sabe?

McNabb devolvió el ejemplar del *Republican* y pagó los diez centavos con aire distraído, dejando una propina que el barbero agradeció.

—Caballeros —se despidió colocándose el sombrero hongo.

Ya en la calle, reparó sobre la azarosa situación: en una semana, se había convertido en propietario de una casa de considerable valor y había conseguido deshacerse de aquella advenediza. Pero ahora se arrepentía de haberla despachado tan a la ligera. De no mostrarse tan poco dispuesta, todo habría marchado sobre ruedas. O puede que no. Tal vez no fuese la misma persona de la que hablaba el periódico. Aunque la quemadura que lucía en la mano aquella arisca no podía ser simple casualidad.

No fue mala idea acudir a Castle Rock en busca de timbas. ¿Qué mejor sitio para el juego que aquel territorio de minas? Además, le convenía permanecer durante un

tiempo lejos de Kiowa Crossing, a salvo de sus acreedores. Pero, de momento, el *poker* no era lo más importante. Tendría que desplazarse hasta Denver e indagar. De haber alguna familia Watts adinerada, tal vez fuesen parientes del excéntrico del bastón. O tal vez contestara al anuncio. Así tantearía primero el grado de interés de aquella gente. Respiró con profunda satisfacción: de una manera o de otra, ya se las ingeniaría para que aquella casualidad le resultase rentable.

Linette regresó a la herrería a toda prisa, donde suponía que él la esperaba, salvo que hubiese decidido abandonarla a su suerte ahora que conocía su secreto.

Ethan conversaba con el doctor mientras este le alzaba la manga y le examinaba la herida. Cuando llegó junto a ellos, el medico felicitó a Linette por sus cuidados y se despidió de la pareja.

—¿Presumiendo de buena samaritana? —ironizó Ethan atravesándola con una mirada gélida.

Subió al caballo y, sin ayudarla, esperó a que ella lo hiciera por su cuenta. A Linette le costó, al no poder asirse al cuerno de la silla. Tras el segundo intento, Ethan quitó de mala gana el pie del estribo y ella por fin pudo montar agarrándose a su camisa, gesto que aún lo irritó más. Sin darle tiempo a acomodarse, él clavó espuelas y Linette se tuvo que aferrar a su cintura para no salir despedida.

El regreso se le hizo eterno. Al llegar al establo casi se cayó al suelo al verse obligada a desmontar sin ningún punto de apoyo. Ethan bajó de un salto y desensilló al appaloosa sin prestar atención a Linette, que esperaba a su lado sin saber qué hacer.

—¿Puedo quedarme? —preguntó con la vista en el bajo de su falda—. Si lo prefieres, recogeré mis cosas.

—¿Y eso a qué viene? —preguntó con el ceño fruncido—. Lo que tienes que hacer es volver al trabajo, y rápido.

—Crecí en un poblado lakota. No quiero avergonzarte por ello —comentó en voz baja—. Si anulas el matrimonio, lo entenderé.

—Eso te gustaría, ¿verdad? —masculló con furia contenida—. Pues... ¡olvídalo! Lo teníais muy bien pensado esa rata de McNabb y tú pero, mira por donde, os ha salido mal la jugada.

—No sé de qué hablas.

—¡Ya está bien de tonterías! —dijo tirando la silla al suelo con rabia—. Conmigo deja de fingirte inocente porque me tienes hartos. Eres una embaucadora, pero te quedarás. ¡Mírame! —le ordenó con tono fiero a la vez que la sacudía por los hombros.

—Por favor —suplicó.

—Me consideras un idiota, ¿verdad? Tu tío, por decir algo, ¿o es tu amante? —Linette tembló al oír aquello—, me engatusó para cargar contigo, así se quedaba con la casa. De un plumazo anulaba la absurda disposición de la viuda y de paso evitaba

pagarme mi dinero. Tú te niegas a consumir el matrimonio haciéndote la mojigata y ahora me sueltas lo de los indios. Si creíais que así anularía el matrimonio y te dejaría libre para volver con él y disponer de la casa a vuestro antojo, estás muy equivocada. ¿Habíais planeado venderla y repartiros el dinero? Pues es una lástima porque no verás ni un dólar. Y si se te ocurre volver con ese tipo, cometerás adulterio.

—No sabes lo que dices. Yo no he mentado en mi vida —alegó.

—Te creí honesta y me equivoqué. Tu amigo y tú encontrasteis a un tonto que se dejó engañar con demasiada facilidad. Pero te juro que os vais a arrepentir de esto, por lo menos tú. En cuanto a McNabb, ya le llegará su momento, no lo dudes.

Linette giró sobre sus talones camino de la casa. Discutir con él era del todo inútil.

Ethan estaba indignado, odiaba la rivalidad existente entre alemanes, irlandeses y escandinavos que parecían querer repartirse Colorado como si fuese un pastel. Y aún detestaba más a quienes se consideraban por encima de los que tenían una piel más oscura.

—No me des la espalda. —El tono hizo estremecer a Linette, que frenó en seco—. Además de embustera eres mezquina. ¿Por qué supones que tengo prejuicios contra los indios? No me importan ni el color ni los ancestros, trato a las personas por igual y respeto a todo el que me respeta. Hace años que acabaron las guerras indias y por aquí no causan problemas; Matt les compra broncos y son gente de palabra. Me juzgas sin conocerme. Utilizar ese argumento ha sido un gesto muy sucio.

Linette bajó la cabeza y encogió los hombros, pero no se movió de sitio. Él la alcanzó en dos zancadas, se situó tras ella y, con un giro brusco, la colocó frente a él.

—Firmamos un compromiso en casa del juez, ¿recuerdas? Aunque te niegues a cumplir con tu parte del trato, debo encargarme de tu protección y tu sustento. Yo soy un hombre de palabra, no como tú.

Linette alzó el rostro hacia él con expresión de derrota.

—¿Y quién me protege de ti?

Ethan no respondió. Lo estaba desafiando con inexplicable docilidad. De pronto, solo podía pensar en poseer a aquella extraña mujer que aunaba sumisión y rebeldía. Se inclinó sobre su boca, pero al rozar sus labios abrió los ojos. La asió con firmeza y la apartó bruscamente. Ella abrió los ojos aturdida.

—¿Te gusta verte rechazada? Ahora ya sabes lo que se siente.

Linette bajó la vista temblorosa y corrió hacia la casa. Ethan recogió la silla de montar y dio un puñetazo al portón del establo que asustó a los caballos.

Harriet contemplaba la calle a través de la puerta abierta de la tienda con la ingenua esperanza de encontrar en el exterior algún entretenimiento. La tarde estaba resultando más tediosa de lo habitual. En las últimas dos horas no había traspasado el umbral ni un alma.

Con desgana redondeaba sus uñas con una lima, cuando por fin entró el primer cliente. El hombre la saludó con un leve roce del ala del sombrero y ella respondió con un ligero movimiento de cabeza.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó con amabilidad.

—Clavos. De los más largos.

Harriet hizo un mohín dando la espalda a aquel sujeto. Jamás se acostumbraría a los malos modales de aquellas tierras ni a la brusquedad con que se conducían sus convecinos. La parquedad de palabras y la grosería imperante no hacían sino reafirmar su idea de que su sitio no estaba allí. Y, como de costumbre, maldijo la hora en que su padre tuvo la feliz idea de establecerse en aquel rincón perdido en medio del Oeste.

Extrajo de una cajonera de madera con tiradores de latón uno de los largos cajones y lo colocó sobre el mostrador.

—Cincuenta —la apremió el recién llegado.

Harriet dedicó a su cliente una mirada tan breve como desdeñosa. Por lo visto, la cortesía no debía de ser su fuerte. Pero ella sabía muy bien cómo tratar a ese tipo de hombre. Colocó ante ella un ejemplar viejo del *Republican* de Denver y se dispuso a contar los clavos uno a uno. Cuando los tuvo todos, los envolvió en la hoja de periódico y cobró en metálico. Con una sonrisa entregó el paquete y sostuvo la mirada torva que el hombre le dedicó por la lentitud con que lo había atendido. «Paletos», pensó, «y además exigentes».

Alzó el pesado cajón, lo introdujo de nuevo en su sitio y se acodó en el mostrador, dispuesta a dejar pasar las horas hasta que el retorno de su madre la librase de aquel aburrimiento.

Fue entonces cuando reparó en el periódico que aún permanecía abierto ante ella. Un anuncio recuadrado en negro llamó su atención. Tuvo que leerlo varias veces para cerciorarse. Con súbito interés cerró el ejemplar para comprobar la fecha. Era un número de hacía meses. Volvió al anuncio y meneó la cabeza con un bufido de incredulidad. Desde luego, las casualidades existían. Y por lo visto, el mundo, o por lo menos el que ella conocía, parecía ser del tamaño de un huevo de perdiz.

—Veintitrés años..., rubia... —leyó en voz alta—. Una cicatriz en su mano izquierda...

Releyó el breve texto varias veces para asegurarse. Demasiadas coincidencias: la apocada señora Gallagher se ajustaba como un guante a aquella descripción. Al final iba a resultar que su mano deforme, en lugar de vergüenza, iba a convertirse en su salvoconducto para encontrar un futuro mejor. «¿Para qué querrían localizarla?», según el anuncio hablan pasado años desde la desaparición.

La cabeza de Harriet comenzó a especular a toda velocidad. Sin duda era gente adinerada. De ser una cuadrilla de harapientos no se molestarían en buscar una boca más que alimentar, por grande que fuese su amor por la desaparecida.

Un regusto ácido comenzó a subirle desde el estómago hasta la boca. La sola idea



de ver a aquella mujer —que con tanto agrado ocupaba el puesto que ella rechazara por denigrante— convertida en una dama de ciudad, bastaba para reconcomerla por dentro.

Con una insensatez fuera de toda lógica, aquella Linette había renunciado a su posición en Kiowa para partirse el espinazo como ranchera. Que trabajase, si ese era su deseo. Pero el destino o la casualidad parecían querer devolverla a un ambiente acomodado. Harriet apretó los dientes ante semejante injusticia. Era a ella a quien debían lloverle oportunidades para marcharse de aquel horrible lugar y, por ironías del azar, la ocasión se empeñaba en llamar a la puerta de la persona equivocada. Y no se atrevió ni siquiera a pensar en que toda aquella historia pudiese aportar alguna fortuna al rancho Gallagher, porque de ser así se esfumaría la única esperanza que en secreto mantenía respecto al futuro de aquellas tierras.

Dobló el periódico con rabia y lo escondió en el fondo del cajón más bajo del mostrador. El anuncio se había publicado hacía meses y con suerte no quedarían más ejemplares rondando por Indian Creek. Aquella idea la tranquilizó. Por su parte, se guardaría muy mucho de dar a conocer la noticia. Su boca permanecería sellada. Tal vez así la flamante señora Gallagher no se enteraría jamás del contenido de aquel aviso. Quizá no fuese ella la mujer buscada, pero mejor no tentar a la suerte.

El 4 de julio, a primera hora de la tarde, el ambiente festivo impregnaba cada rincón de Indian Creek. La arboleda era un bullicio, los niños corrían de un lado a otro y tanto mujeres como hombres, agrupados en corros, comentaban novedades y rumores. Las mujeres aprovechaban para alabarse unas a otras y de paso observar detalles que poder copiar en los vestidos de las demás.

No era pueblo de desfiles y cabalgatas, eso quedaba para las ciudades. Desde hacía años, la celebración consistía en un baile que comenzaba al atardecer y que se alargaba hasta bien entrada la madrugada. Hacía más de un mes que no llovía apenas, por lo que se optó por trasladar el festejo a la explanada grande.

Linette se hizo visera con la mano y buscó entre el gentío. Las dos semanas que llevaba en Indian Creek no habían sido las mejores de su vida, pero tampoco las peores. Estaba decidida a vivir cada día sin pensar en el siguiente. Como de costumbre, su esposo la ignoró dejándola sola en cuanto llegaron al pueblo. Ella hubiese preferido quedarse en casa, pero Ethan la obligó a acompañarlo. No quería aparecer solo en la fiesta, aunque se olvidó de ella en cuanto llegaron al pueblo.

Conforme a sus advertencias, Linette se esmeró en cuidar su aspecto. Desterró el gorro anticuado y las trenzas apretadas. Pero su viejo vestido marrón oscuro: demasiado ancho y sin apenas vuelo, distaba de los vistosos modelos del resto de mujeres.

Al frente del cuarteto de músicos descubrió a Aaron, lo saludó agitando la mano y él le correspondió con unos acordes de *fiddle* que arrancaron aplausos de los más

jóvenes, ansiosos por empezar a bailar.

Se acercó a Emma, que charlaba con Grace con el niño en brazos. Al comienzo de la primera pieza, aprovechó para quitarse de en medio y buscó asiento en uno de los bancos colocados bajo los álamos. Cerca de ella, un nutrido grupo de señoras de edad, de las que rara vez bailaban, se consagraban a su pasatiempo preferido: observar y criticar.

—¿No baila?

Linette miró hacia su izquierda. Una sonriente pelirroja la miraba con ojos vivarachos. Unas cuantas pecas sobre la nariz le daban un aspecto juvenil que contrastaba con su avanzado estado de gestación.

—No sé bailar —confesó Linette con cierta vergüenza mirando hacia otro lado.

Con aire acelerado vieron acercarse a Joseph, acompañado de una jovencita rubia que cargaba en brazos al pequeño Tommy.

Joseph se sentó de forma tan atolondrada que hizo tambalear el banco.

—Vaya, lo siento —rio esquivando un codazo de la pelirroja—. ¿Ya os conocéis?

—La verdad es que no —contestó Linette.

—Te presento a Doreen McRae, es la esposa de Gideon. Y esta Minerva Owen. Minnie, Doreen, esta es mi tía Linette Gallagher.

—Me alegro de conocerte, todos me llaman Minnie —sonrió tendiéndole la mano.

—Yo también, Minnie.

—Es un placer conocerla, señora Gallagher —dijo Doreen con cortesía.

—Para mí también y, por favor, llámame Linette.

—Ya empieza la música —comentó Joseph mirando hacia la planada—. ¿Linette, puedes quedarte con Tommy?

Ella tomó al pequeño de los brazos de Minnie, que no tardó en correr junto a Joseph hacia el espacio habilitado para el baile.

—Tenía intención de pasar por tu casa —se excusó dirigiéndose a Doreen—, pero he estado muy ocupada poniéndome al tanto de todo.

—No te disculpes —aseguró con una sonrisa—, soy yo quien debería haber pasado a presentarme; Gideon insistió en ello, pero ya no puedo montar. Ya me ves, apenas puedo moverme.

Doreen era una chica encantadora de la misma edad que Linette y ambas congeniaron de inmediato. Era hija de un profesor que, al enviudar envió a su hija a una prestigiosa Escuela de Señoritas de Baltimore. Al morir su padre, sola y sin familia, decidió embarcarse en la aventura más apasionante de su joven existencia. Y, desdeñando las proposiciones de varios admiradores, se aventuró a responder al anuncio de un vaquero del lejano Estado de Colorado que solicitaba esposa. Cuando Gideon apareció en Indian Creek casado, poca gente creyó que aquella chica culta y elegante se adaptaría a la dura vida del Oeste. De eso hacía ya dos años.

—Te aseguro que fue la mejor decisión de mi vida —aseguró mirando

embelesada a su esposo, que se acercaba hacia ellas.

Gideon era un hombre alto con complexión de vaquero: cuerpo fibrado y musculoso a fuerza de pasar horas a caballo y a derribar terneros con las manos. Sorprendía en su cara de tipo duro aquella sonrisa de niño.

—Señora Gallagher, veo que ya conoce a mi esposa —dijo quitándose el sombrero—. Vamos, cariño, el doctor insiste en que debes pasear.

Gideon ayudó a levantarse a Doreen, que obedeció entre protestas, y Linette los contempló alejarse cogidos del brazo.

Minnie Owen se acercó a ella con un par de vasos de limonada.

—Pensé que te apetecería —dijo tendiéndole uno de ellos.

Linette notó que Minnie le mostraba especial simpatía. Y se alegró de ello, ya que durante todo el baile había podido notar la mirada despectiva de Harriet Keller.

—No le hagas ningún caso —dijo Minnie mirando hacia Harriet, que en ese momento no apartaba los ojos de ellas.

Linette se centró en jugar con el pequeño evitando entrar en el tema.

—A mí también me detesta —continuó la chica, sosteniéndole la mirada a distancia—, pero no se atreverá conmigo.

—Soy nueva aquí —adujo Linette—. No es fácil hacer amigos de buenas a primeras.

—Pues ya tienes una amiga. No eres la única —concluyó en tono confidencial—. Joseph me lo contó todo, yo también soy adoptada.

Linette sintió que acababa de nacer un vínculo que la unía a aquella jovencita decidida, por encima de la diferencia de edad.

Joseph las saludó desde lejos aprovechando un intercambio de parejas y Linette observó que los ojos de Minnie brillaban al verlo bailar.

—Veo que os lleváis muy bien —comentó observando que no dejaba de buscar al muchacho entre la multitud.

—Es mi mejor amigo —aseguró—. A él no le importa..., ya sabes. Es un gran chico.

—¿Te gusta bailar con él?

—Claro —rio sonrojándose—, y no solo con él. Mi madre siempre lo dice, si algo bueno tiene el Oeste es que aquí las mujeres somos algo muy valioso.

Linette tuvo que darle la razón, a la vista de cómo revoloteaban los hombres alrededor de cualquier cosa con faldas. Incluso las solteras, la mayoría de las cuales aún asistía a la escuela, se permitían el lujo de desdeñar las galanterías de una numerosa corte de jóvenes que morirían por recibir tan solo una sonrisa.

El centro de la explanada parecía un torbellino de faldas que giraban sin cesar. Pocos eran los que, a la sombra de los robles, contemplaban las evoluciones de las parejas.

Ethan, apoyado en un tronco con los brazos cruzados, se limitaba a observar con desgana. Lejos quedaban los años en que disfrutaba de fiestas como aquellas.

Además, la mujer que en ese momento debía llevar entre sus brazos, no sabía bailar. Mejor así, porque no podía presumir de esposa, ya que su vestido ramplón gritaba a los cuatro vientos la precariedad económica del rancho.

El pequeño Tommy empezó a gimotear en brazos de Linette, ella lo acomodó sobre su antebrazo y, para tranquilizarlo, empezó a moverse recostándolo sobre su hombro.

—Te están saliendo los dientecitos, por eso te duele tanto —le susurró.

Ethan la miraba molesto. Cada vez la aborrecía más por negarle sus favores. Y también la amabilidad y el afecto que mostraba a todo el mundo. A todos, menos a él.

Vio que acariciaba la encía de Tommy con la yema del dedo y el niño callaba aliviado. La visión del dedo de Linette dentro de la boquita entreabierta de Tommy le hizo sentir un cosquilleo en el estómago. El pequeño sonrió intentando imitarla y Linette le atrapó un dedito pequeño entre sus labios. Aquel detalle de inocente ternura excitó a Ethan de un modo devastador. Hubiese deseado que ella tomase su dedo entre sus labios. Necesitaba saber cómo era el tacto de aquella boca entreabierta, disfrutar de su cálida humedad. Se llamó a sí mismo estúpido por sentir que un bebé le estaba arrebatando unas caricias que solo le pertenecían a él. En dos zancadas se colocó ante ella y le arrebató al niño de entre los brazos casi de un zarpazo.

—Vamos —la apremió entregando el bebé a Minnie.

—Lo siento —dijo alzando la vista—, ya sabes que no sé bailar.

—Esto es una pérdida de tiempo —concluyó con un gesto para que se diese prisa.

Linette farfulló una excusa para despedirse de Minnie que observaba atónita la inexplicable descortesía de Ethan. Este rodeó la iglesia a toda prisa seguido de Linette. Desató a los dos caballos, tendiéndole a su esposa las riendas con rudeza.

—Harías bien en mirarte al espejo antes de mostrarte en público —murmuró con desprecio.

Ethan montó y se puso en camino sin darle tiempo a replicar. Estaba avergonzado por no poder costearle un nuevo vestuario como ella se merecía. Y, furioso consigo mismo, se maldijo por descargar su rabia contra ella con un comentario tan cruel.

Durante un minuto, Linette permaneció junto al caballo con la cabeza baja. De todos los reproches que había tenido que soportar, este había sido sin duda el más humillante. Pero nada podía hacer. Su esposo se avergonzaba de ella y no sabía cómo remediarlo. Porque la viuda Dempsey, con su afán por mantenerla alejada del pecado, la había convertido en una dama hacendosa y respetable. Una dama que, con veintitrés años, aún no sabía comportarse como una mujer.

Desde la explanada, unos ojos contemplaron la partida de los Gallagher. Fingiendo escuchar las galanterías de un admirador Harriet contemplaba con disimulada satisfacción la cara de disgusto de Ethan y el semblante desolado de su nueva esposa.

Bien entrada la noche, en el piso superior del almacén de las Keller aún permanecían las luces encendidas.

Harriet, sentada frente al tocador, cepillaba su brillante melena mientras soportaba a duras penas los reproches de su madre.

—Emma Sutton me ha pedido explicaciones por lo sucedido. Estaba muy disgustada, incluso se atrevió a recordarme que Kiowa no está demasiado lejos y lleno de tiendas mejores que la nuestra. No quiero ni pensar qué pasaría si perdemos clientes. No debiste mentir a esa mujer en el precio de esa tela.

—Debió de entenderme mal, ¿por qué no me crees? —Giró el rostro hacia su madre con los dientes apretados.

—Porque te conozco demasiado bien. Hija —dijo dulcificando el tono—, hiciste muy bien al rechazar a ese Gallagher. Quién sabe qué vida de penurias hubieses tenido que soportar en aquel rancho. Olvídate de él.

—Nunca me interesó la vida que me ofrecía.

—Mejor así. —Se llevó el índice a los labios, pensativa—. Creo que te precipitaste al desdeñar a aquel contable del banco.

La sola mención puso furiosa a Harriet. Su antiguo pretendiente ahora llevaba la contabilidad de la empresa cervecera Neef Brothers. De no haberse mostrado tan exigente, él no habría acabado casándose con la hija del doctor Holbein y, a día de hoy, sería ella la que disfrutaría de una mansión en Denver en lugar de esa sosa.

—Y recuerda una cosa —concluyó su madre en tono de advertencia—: lo más importante es mantener la clientela.

En cuanto la viuda Keller salió del dormitorio, Harriet estampó con rabia el cepillo contra la puerta. El negocio, el maldito negocio y sus beneficios. Su madre no pensaba más que en ver el cajón rebosante de dólares mientras ella se pudría en aquel pueblo del diablo.

Y, encima, ahora simpatizaba con aquella mosquita muerta. No la soportaba, con ese aire de inocencia y su ridícula sencillez. ¡Pues claro que debía desairar a la nueva señora Gallagher! A ver si se arrepentía de una vez y huía lejos de allí.

¡Qué demonios! El mundo no giraba alrededor de Ethan Gallagher. Ella era demasiado lista para descubrir el último as que guardaba bajo la manga. Su madre enfermaría con su partida, pero acabaría cediendo a sus ruegos e insistencias, y le permitiría pasar una temporada con sus tíos en San Luis. Tal vez allí encontrase un marido acorde a sus necesidades. Talento y encantos no le faltaban para seducir a cualquier hombre. Una vez casada, su madre ya no supondría la pesada lacra que, aferrada a ella con la excusa del cariño, interfería en su vida convirtiéndola en un martirio.

Acercó el rostro al espejo y retirando el pelo de la cara estudió su cutis. Aquellas arruguitas apenas perceptibles alrededor de sus ojos la mortificaban, aunque por

suerte poseía un rostro agraciado y elegante. Y su cuerpo menudo no dejaba adivinar su verdadera edad. Lejos de aquel pueblo, nadie se atrevería a sospechar que ya había cumplido los veintiocho años. ¡Una solterona! Se estremeció solo de pensarlo.

A media mañana, Ethan se removió inquieto en el sillón, alzando la vista del libro de cuentas. Hincó los codos en el escritorio y, al entrecruzar los dedos bajo la barbilla, dejó caer el lápiz que rodó sobre el tablero de roble. Le era imposible concentrarse. En su cabeza solo había lugar para una imagen: la visión de Linette con la melena suelta cayendo a su espalda.

Pronto se cumpliría un mes de su llegada al rancho y las noches se habían sucedido desde entonces con idéntica rutina. Se evitaban el uno al otro con una habilidad que parecía ensayada. Por tácito acuerdo, jamás coincidían ni en el momento de irse a dormir ni a la hora de levantarse. Los días que él tenía más trabajo, al llegar a la cama la encontraba dormida. Por el contrario, las tareas atrasadas parecían abrumar a Linette cuando veía que él se acostaba más temprano de lo habitual. Él solía levantarse al alba, cuando ella aún dormía; pero si la adivinaba despierta, se dedicaba a remolonear hasta que la oía salir del dormitorio. No quería, no podía flaquear. Se había jurado no tocarla, pero no deseaba otra cosa. Desde que su quemadura sanara, habían cesado las curas. Ya no había existido más contacto físico entre ellos. Cerró los ojos recordando el tacto de sus dedos. ¡Cómo lo echaba de menos!

Aunque ese día Ethan se había levantado muy temprano, ella se le había adelantado. Al salir al porche, comprobó que no estaba solo. Sentada en los escalones, Linette aferraba con ambas manos una taza de café. Él la contempló envuelto en una asombrosa turbación, recorriendo con la mirada desde el perfil de su cara hasta sus brazos desnudos. Se fijó en el camisón blanco que apenas alcanzaba a cubrirle las rodillas. Se obligó a contener el deseo de acariciarle la melena que, libre de toda atadura, se desparramaba sobre sus hombros en un claroscuro de ondas de color rubio.

Ella debió de presentir su presencia porque alzó el rostro y buscó su mirada. Ethan se estremeció por unos instantes. ¡La deseaba tanto! Su cuerpo le pedía sentirla agitarse sometida bajo el suyo. Al mismo tiempo, le inspiraba una necesidad irrefrenable de protegerla como a un objeto delicado. Era hermosa, increíblemente hermosa.

Atormentado por aquella imagen, maldijo en silencio. La puerta del estudio se abrió, haciéndole salir del trance.

—¿Se puede saber qué quieres? —preguntó airado.

Se incorporó con brusquedad para colocarse frente a la ventana, de espaldas a Linette que, con la escoba en la mano, dudaba si entrar o no, tan sorprendida como él.

—Pensé que ya estarías en los rediles —se excusó bajando la vista.

De reojo, intentó averiguar qué trataba de esconder de manera tan apresurada. Parecía un niño pillado en falta por la maestra.

—Tengo anotaciones que hacer —farfulló.

—Entonces, no te molesto más. Más tarde iré al pueblo, quedé en llevarle una tarta a Alice. Me comentó que le harían falta algunas docenas de huevos, ¿te molesta que le lleve algunos? —preguntó indecisa.

Ethan accedió de mala gana. Aunque el intercambio de bienes era algo habitual entre rancharos y granjeros, ver a su esposa ocupada en elaborar repostería para el hotel suponía en cierto modo un golpe para su orgullo.

Linette salió del porche y volvió a sus tareas. Cuando acabó de esparcir unos puñados de maíz en el corral de las gallinas, se dirigió al huerto. Necesitaba tres manzanas para la tarta.

A la sombra del enorme manzano, pensó que no tenía derecho a quejarse de su suerte. Peor debieron de pasarlo los pioneros que habían poblado aquellas tierras cincuenta años atrás.

Grace le había contado que los primeros árboles frutales llegaron a Colorado plantados en enormes cubas. Varias carretas recorrieron miles de millas por el camino de Oregón cargadas con aquellos plantones, aunque no todas llegaron a su destino. Imaginó las penalidades que debieron de padecer las aventureras familias que se adentraron con aquellas caravanas rumbo a lo desconocido.

Tal vez sus verdaderos padres, sus padres blancos, fueron pioneros. Pero por mucho que lo intentara, le resultaba imposible recordar nada de ellos; ni sus caras, ni sus voces... nada, ni un solo recuerdo.

Cogió una manzana y se puso de puntillas para alcanzar unas cuantas más.

—¿Demasiado altas para ti? —la sorprendió la voz de Albert tras ella—. Deja, yo te ayudo.

Linette se hizo a un lado y el muchacho, en un par de saltos, alcanzó dos enormes manzanas que colgaban a una altura inaccesible para ella.

—Una más y es suficiente —sonrió ella agradecida—. Menos mal que has venido.

—¿Y mi tío? —preguntó entregándole la última.

—Con sus cuentas.

—Entonces, no me entretengo más. A ver si entre los dos conseguimos que ese quarter —dijo refiriéndose a uno de los caballos— aprenda de una vez su trabajo.

Estuvo tentada a seguir al muchacho. Ella había presenciado la doma de broncos salvajes en infinidad de ocasiones, pero sentía gran curiosidad por conocer cómo una montura cualquiera se convertía en un apreciado caballo de rancho. Aun así, entró en la cocina. Tenía una tarta que cocinar y supuso que Ethan no se alegraría de tener la como espectadora.

Una hora después, con la cesta colgada del brazo, se adentró en el establo y chasqueo la lengua con fastidio. No le quedaba más remedio que pedir ayuda porque nadie se había preocupado de enseñarle a ensillar un caballo.

Dejó la cesta en el suelo con cuidado de no golpear los huevos y la tarta. Fue en busca de Aaron, pero no lo encontró por los alrededores de la casa.



Como a diez yardas de la cerca, contempló cómo Ethan y Albert trajinaban con el caballo. Maravillada, se acercó para ver de qué modo hacían que el animal respondiera a las órdenes. En ese momento lo entrenaban para que, en cuanto notase el tirón de la soga anudada al cuerno de la silla, comenzara a arrastrar.

Un cascabeleo inconfundible la hizo palidecer. Ellos, demasiado concentrados en su tarea, no se habían percatado. Linette no lo dudó. Extrajo el cuchillo de su bota y con un movimiento de muñeca rápido y certero lo lanzó junto al pie izquierdo de Albert. El muchacho dio un brinco, miró al suelo y luego, con la boca abierta, se volvió hacia Linette. Ethan tiró la soga al suelo y corrió hacia él.

—¡San Patricio! —exclamó.

Al igual que su sobrino, se giró hacia ella sobrecogido.

—¡Dios Linette! —murmuró Albert con voz ahogada.

Tomó el cuchillo y limpió el filo en la pernera del pantalón sin dejar de mirar aturdido a la serpiente de cascabel que aún coleaba a sus pies partida en dos. Linette se aproximó hasta ellos con un brillo de orgullo en la mirada.

—¿San Patricio? —preguntó alzando la vista hacia el muchacho.

—Cosa de irlandeses. Creen que los protege de las serpientes —aclaró escéptico.

Linette le tendió la mano y él le entregó el cuchillo con un gesto tan solemne que la hizo ruborizar.

—Estoy en deuda contigo —comentó anonadado—. ¡Menuda puntería! Esta vez tu san Patricio no ha estado muy despierto —miró a su tío—, si no llega a ser por ella...

Cerró la boca porque Ethan lo fulminó con una mirada centelleante.

—No exageres. Además llevas botas, no corrías tanto peligro —lo acalló ella restando importancia a lo sucedido, mientras devolvía el cuchillo al interior de su bota.

Ethan, quieto como un roble, contemplaba la escena todavía impresionado por lo que acababa de ver. Aún no se había repuesto del profundo impacto que le había causado Linette aquella mañana y descubría una faceta desconocida en ella. Su esposa era un continuo enigma. Le molestó comprobar una vez más la falta de confianza que mostraba hacia él.

—Basta por hoy, Albert. Vuelve a casa —anunció en un tono tan pausado como autoritario.

—¿No quieres que lo lleve al establo? —preguntó señalando al caballo con la cabeza.

—En realidad, yo venía a pedirte ayuda para ensillar un caballo —interrumpió Linette—. Podría llevarme este, si no te importa —inquirió a Ethan con la mirada.

Él asintió. Se cruzó de brazos y con la cabeza indicó a Albert el camino de su casa.

Durante un par de minutos, Ethan y Linette permanecieron frente a frente en absoluto silencio. El chico pasó entre ellos y se en camino de vuelta a casa tras

reiterar su agradecimiento a su tía.

—¿Dónde aprendiste a lanzar el cuchillo? No me lo digas: los indios.

Linette ya estaba preparada para una reacción semejante. Bajó la mirada, lo que irritó más a su esposo, que la tomó por el brazo de una manera tosca.

—Solo eres una salvaje que pretende esconderse tras ese ridículo disfraz de damita de ciudad —añadió con cinismo.

—Yo no finjo. —Linette alzó el rostro orgullosa.

—Ah, ¿no? Una dama que duerme cada noche junto a un hombre desnudo sin escandalizarse... ¿O es que eres tan fría que no te afecta?

—¿Preferirías que durmiéramos en habitaciones separadas? —preguntó ella con mucha calma—. En ese caso, tendrías que soportar muchos comentarios burlones a tu alrededor. Y eso supondría un golpe demasiado duro para tu orgullo, ¿no crees?

—Nadie tendría por qué enterarse, a menos que tú fueses contándolo por ahí —la provocó—. Tal vez a ti no te parezca una humillación que se sepa que no eres capaz de comportarte como una verdadera mujer.

—¿A mí? —Lo miró con tanto desprecio que a Ethan se le encendió la sangre—. Yo no tengo nada que perder. Tú y tu amiga ya os encargáis de humillarme lo suficiente para que nada de lo que los demás digan de mí pueda dolerme.

Ethan sintió cómo la rabia se apoderaba de él al escuchar ese comentario que lo relacionaba con Harriet Keller.

—Buena puntería y una lengua afilada, esas son tus únicas cualidades —replicó resentido—. Pero no tienes ni idea de cómo desenvolverte entre gente civilizada.

Linette supo que esa gente civilizada a la que se refería no era otra que Harriet. Se había superado a sí mismo, ningún comentario podía dolerle más.

—Tienes razón. Tan solo sé leer, escribir y lo justo de aritmética. No sé nada de ese mundo tuyo, y lo poco que conozco no me gusta. Se muy bien la crueldad que puede llegar a demostrar el hombre blanco. En cualquier caso, no te creas mejor que yo —replicó con dureza.

—No me juzgues —advirtió en tono amenazante—. Y deja de disimular, el disfraz de huerfanita desvalida ya no engaña a nadie.

Aquello acabó con la paciencia de Linette. Rígida y con los brazos pegados al cuerpo, apretó los puños hasta clavarse las uñas. Intentó controlarse, pero no fue capaz. Se abalanzó con violencia sobre Ethan y lo golpeó sobre el pecho con las palmas abiertas. El inesperado ataque no consiguió moverlo del sitio, aunque lo dejó boquiabierto.

—¿Quién juzga a quién?! —gritó furiosa.

Sin darle tiempo a reaccionar la tomó por los brazos y la atrajo hacia él. Linette jadeaba roja de ira mientras Ethan la mantenía inmovilizada y la contemplaba apretando la mandíbula.

—No soy un ser desvalido —acertó a mascullar junto a su cara—, soy una mujer.

«Una mujer». Una hermosa mujer de larga melena rubia y ojos de ángel que se

atreví a luchar entre sus brazos como una leona. Linette ni siquiera pudo girar la cara cuando se abalanzó sobre sus labios. El primer contacto fue duro, ella exhaló un gemido y él se apoderó de su boca con decisión. Estaba furiosa, pero cada beso era una explosión nueva y extraordinaria que despertaba todos sus sentidos. Ethan notó que aflojaba la tensión y continuó besándola con sensualidad.

Lejos de acobardarse, a ella le resultó algo tan excitante que respondió del mismo modo. Su atrevimiento cogió a Ethan por sorpresa. Cada vez la deseaba más. La estrechó contra su pecho y alargó el beso hasta que Linette, en un arranque de cordura, le obligó a soltarla. No podía permitir que jugase a su antojo con ella, después de cómo la había tratado.

—Suéltame, no puedes...

—Sí puedo.

El matiz arrogante de su voz aún la enfureció más; cada vez que la tocaba, cedía entre sus brazos como una estúpida.

—Aprendes rápido —jadeó él lamiéndole el labio inferior.

Cuando por fin aflojó la presión, Linette se apartó sin contemplaciones. Muy seria, tomó el caballo de las riendas para alejarse sin mirar atrás. Estaba muy enfadada y motivos no le faltaban.

Ethan no la perdió de vista. Sabía que se había ensañado con ella de una manera injusta, pero al menos había conseguido destapar su carácter. Se sentía demasiado confuso con todo lo ocurrido. Por un lado, estaba resentido y, por otro, anhelaba tenerla. Necesitaba hacerla suya. Disfrutó del recuerdo de su boca. Sus labios sabían a ella. Y noto cómo se endurecía su sexo con una intensidad casi insoportable. Aquella mujer enigmática lograba encenderlo como ninguna lo había hecho.

Rice McNabb todavía no podía creer la manera tan oportuna en que la suerte se había decidido a acompañarlo en las últimas semanas. Su paso por Castle Rock había sido todo un éxito. Con el descubrimiento de los filones de riolita, aquel pueblo se había convertido en un hormiguero, y los mineros eran hombres solitarios con mucho alcohol en el cuerpo y demasiado dinero en los bolsillos. El aburrimiento les llevaba a entretenerse malgastando sus ganancias en interminables partidas de *poker* a las que se entregaban con una insensatez que jamás mostrarían los jugadores de oficio. Gracias a ellos había salido de allí con los bolsillos bien llenos. Y, además, con la esperanza de un negocio mucho más apetecible. Ese era el único motivo que le había llevado hasta Indian Creek. De no haber sido por la información conseguida en Denver, jamás hubiese puesto los pies en aquel lugar. Por nada del mundo hubiese asumido el riesgo de un encuentro fortuito con Gallagher. Solo de pensarlo le entraban sudores.

Empujó las puertas batientes del *saloon* y se estiró el chaleco entrecerrando los ojos para adaptarse a la claridad del día. Recorrió la calle principal mirando a ambos

lados. Diversos edificios dedicados a actividades comerciales y artesanales flanqueaban la ancha calzada de tierra rojiza. Casi todos ellos contaban con la habitual fachada falsa y, entre unos y otros, se intercalaban las viviendas. Un bonito lugar. Pequeño, y como había supuesto, dado a rumores y chismes. ¡Qué mejor sitio que el *saloon* para conocer los entresijos de la vida del tal Gallagher! Por fortuna, este no frecuentaba el establecimiento; un detalle más de que la suerte estaba a su favor. Y no le costó nada averiguar quién sería la persona idónea para ayudarle en sus propósitos.

A esas horas, el almacén general rebosaba de clientela femenina. En época de celebraciones, todas las mujeres del pueblo se esmeraban para estrenar vestido. Y el verano resultaba especialmente festivo. Primero venía el día de la Independencia y, más tarde, en agosto, la celebración que todos consideraban más suya: la que conmemoraba la fundación de Indian Creek.

Nada más entrar en la tienda, McNabb supuso que la rubia que se afanaba en contentar a la nutrida corte de mujeres era la persona que buscaba. Esperó a que se vaciara la tienda curioseando entre las mercancías.

Se hizo a un lado cuando la joven se acercó junto a una clienta y las saludó tocándose el sombrero hongo con un ademán elegante. Harriet lo estudió de arriba abajo, al tiempo que mostraba a la señora unos novedosos pantalones de minero recién llegados desde San Francisco. La clienta tomó en el aire un par de ellos para calcular el tamaño adecuado.

—Son invención de un alemán —significo Harriet.

Sonó tan reverente como si todos los descendientes de alemanes desperdigados por el mundo, incluidos ella misma y el señor Levi Strauss, fuesen primos carnales del káiser Guillermo.

—Observe que llevan unos remaches en los bolsillos para impedir que se desgarran —continuó con las alabanzas.

—Me quedo con estos —decidió la mujer calculando los remiendos que le evitarían aquellos remaches.

Una vez atendidas, las mujeres abandonaron la tienda dejando tras ellas un plácido silencio. Harriet reparó en la presencia del desconocido. Tenía el aspecto de un hombre de ciudad.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó solícita.

—La señorita Keller imagino. Permita que me presente: Rice McNabb —dijo tendiéndole la mano—. Me encuentro de paso. Tal vez haya oído hablar de mi sobrina, Linette Gallagher.

—La conozco, pero no suele venir mucho por el pueblo —Harriet le estrechó la mano estudiando sus ojos diminutos—. Si desea verla, es probable que la encuentre en su rancho.

—Solo quería saber si se había adaptado a su nueva vida en el campo.

Harriet se entretuvo en ordenar el mostrador sin hacerle demasiado caso.

—Tengo entendido que usted estuvo prometida al señor Gallagher.

—Cierto es que me propuso matrimonio —dijo con una mirada altanera—. Aún no entiendo cómo tuvo la descabellada idea de pensar que yo aceptaría.

—Salta a la vista que usted es una auténtica dama —comentó con tono cómplice.

—Resulta muy halagador tener a un hombre siempre detrás. Pero, como podrá comprender, le respondí que no entraba en mis planes casarme con un vaquero.

—Conociéndolo, imagino que su negativa no fue muy bien recibida. Es usted muy hermosa.

—Y usted un perfecto adulator, señor McNabb —añadió con una lenta y estudiada caída de pestañas—. No, no aceptó bien la negativa. Es un hombre poco acostumbrado a que le lleven la contraria.

—Me han dicho...

—La gente habla demasiado —advirtió con ojos entornados.

—Dicen que usted le planteó que se deshiciese de sus tierras.

—Lo hice —confesó—. Pero se negó a venderlas. Allá él.

—Por suerte para el señor Gallagher, ha encontrado una mujer dispuesta a pasar su vida rodeada de ganado.

Harriet apretó la mandíbula pensativa. Tan solo hubiese sido necesario esperar un poco más de tiempo. Solo y despechado, Ethan habría acabado claudicando y vendiendo el rancho. Y ahora aparecía esa estúpida mujer dispuesta a echar al traste todos sus planes.

—Piense una cosa, señorita Keller. Si mi sobrina lo abandonara, supondría un nuevo golpe para su orgullo. Seguro que acabaría vendiendo las tierras. Puede que entonces decidiera regresar ante usted con los bolsillos llenos de dinero.

—Olvida que es un hombre casado.

—Con sus encantos, no creo que le costara nada seducirlo y convencerlo para que anulara el matrimonio.

Harriet no se ofendió por el comentario; al contrario, lo consideró un elogio.

—¿Qué le hace suponer que yo estaría dispuesta a seducir a un hombre casado? ¿Y qué hay de su sobrina? Déjese de rodeos, señor McNabb. Hable claro.

—Si ese matrimonio se deshiciese, usted ganaría un marido rico. Ese rancho es uno de los más grandes del Estado, vale una fortuna. Y mi sobrina se vería obligada a volver a casa.

—¿Qué gana usted con todo esto?

—Parece ser que Linette no está tan desamparada. Una vez se haga cargo de sus bienes, sería el momento de reclamar mi papel como tutor legal. Yo la ayudaría a administrar su patrimonio.

—Ya veo —dijo con intención de acabar la conversación—. Señor McNabb, lo que me propone es un disparate y no tengo ganas de perder el tiempo. Buenos días.

—Piénselo, señorita —concluyó despidiéndose con una inclinación de cabeza—. Hay mucho dinero en juego. Pregunte por mí en Kiowa Crossing si cambia de

parecer.

Harriet, una vez a solas, recapacitó sobre la situación. Así que la señora Gallagher se acababa de convertir en heredera. ¡Al diablo con ella! Lo importante era conseguir que Ethan Gallagher vendiese el rancho. Sería una auténtica delicia lucirse colgada de su brazo. ¡Era tan atractivo! Con un traje elegante y fortuna en el banco, sería el sueño de cualquier mujer. Y se la llevaría de allí, tal vez al Este. Cuanto más lejos, mejor.

Quizá debió ser menos puritana y dejarse vencer en el juego del tira y afloja. Tampoco habría sido la solución con un hombre como él, mujeres de ese tipo le sobraban. Pero no ahora. Era el tipo de hombre tan estúpidamente honesto como para mantenerse fiel a su esposa.

Mejor olvidar el asunto. No sería tarea fácil conquistar a Ethan Gallagher y mucho menos después de haberlo humillado. En cuanto a su querida esposa, si había elegido convertirse en una esclava, no sería Harriet Keller quien le impidiese disfrutar de ello.

El verano estaba resultando muy caluroso. Después de cenar, cuando la temperatura bajaba, apetecía sentarse en el porche a disfrutar de la noche. Cuando Linette regresó del granero con una enorme canasta entre los brazos, encontró a Ethan reclinado en la mecedora con los brazos detrás de la cabeza y los pies apoyados en la barandilla. Al verla subir los escalones, se enderezó de golpe.

Linette no había olvidado el incidente del cuchillo. Desde entonces, hablaba solo lo justo y evitaba encontrarse con él. Pero la soledad le resultaba insoportable y necesitaba compañía, aunque fuera la suya. Se sentó a su lado y comenzó a deshojar una mazorca de maíz.

—¿Piensas desgranarlas todas? No son horas —comentó Ethan al ver el canasto rebosante.

—Me mantiene entretenida.

Ethan, incapaz de limitarse a mirarla de brazos cruzados, cogió una mazorca de mala gana y le entregó a ella el desgranador de madera. Linette introdujo la primera mazorca pelada en el hueco dentado del desgranador, y con un movimiento rotatorio fue soltando los granos de maíz.

—He visto varios libros en el cuarto de las cuentas —comentó ella sin dejar de desgranar.

—¿Los has ojeado? —Linette asintió sin mirarlo—. Tu libro de hadas ya debes de sabértelo de memoria.

—Casi de memoria. No he tenido otro, salvo la Biblia, claro.

—Claro, cómo no.

Linette empezaba a ser inmune a su sarcasmo.

—Me gusta mucho ese de Swift, el que narra la historia de un hombre que llegó

solo a una isla.

—No me extraña, Swift es irlandés —aseguró con orgullo—. Veo que has hecho algo más que ojearlos.

—No he descuidado el trabajo —se apresuró a excusarse.

—Ni yo lo he sugerido —sentenció lanzando la mazorca al canasto—. Mi preferido es *Moby Dick*. Siempre soñé con surcar los mares como el capitán Ahab.

Ethan, pensativo, guardó silencio.

—Parece que te sientes encadenado a estas tierras. Es curioso, yo que siempre viví de un lado para otro, lo único que deseo es atarme a este lugar.

—Nunca te habías mostrado tan locuaz. —La observó con curiosidad. Linette se encogió de hombros—. Y sí, me habría gustado viajar.

—No creas que no te entiendo, yo también me sentí prisionera en casa de Cordelia.

—En cambio aquí te sientes libre —añadió sin dejar de contemplarla—. ¿Por qué?

—Porque es lo que quiero. Por primera vez en mi vida, he podido decidir por mí misma.

Ethan la observó durante largo rato. Aquella no era la joven huidiza que tanto lo irritaba con sus prolongados silencios. Linette trató de no mostrarse inquieta, aunque lo cierto era que sentir su intensa mirada sobre ella la agitaba por dentro.

—Me has entendido mal. No me siento prisionero en mi propia casa. —Respiró hondo—. Fueron sueños de muchacho.

—¿Soñaste también con volar por los aires?

—¿Bromeas? Y mucho menos en una cesta —negó con escepticismo—. Eso son locuras del tal Verne, aunque las cuenta de una manera apasionante. He leído esos libros cientos de veces.

—Jamás lo hubiese imaginado.

—Lo suponía —añadió con cinismo—. Imaginaste que un hombre que se gana la vida engordando ganado no conocería siquiera la existencia de la letra impresa. El placer de la lectura no es algo reservado a las gentes de ciudad.

—No te considero un ignorante —repuso enseguida—. Seguro que sabes mucho más que yo.

—En verano, el trabajo ocupa todo mi tiempo —le explicó en tono conciliador, arrepentido de haberle hablado con excesiva acidez—. Pero durante el invierno, los días son fríos y las noches, demasiado largas. Habrás observado que no bebo, por tanto no frecuento el *saloon* ni las tabernas. La soledad se lleva mejor en compañía de un libro.

—¿Por qué no bebes?

—¿Preferirías que lo hiciera? —preguntó burlón.

Linette se sonrojó, bajó la cabeza y contrajo el rostro al recordar el fétido aliento y las manos temblorosas de Rice McNabb.

—Mi abuelo era demasiado aficionado a la bebida —continuó Ethan— y mi padre creció entre gritos y peleas, por ello jamás probó una gota de alcohol. Nos educó para que no corriésemos el peligro de caer en ese tipo de debilidades.

—¿Ya no lees?

—Haces demasiadas preguntas. —La miró a los ojos—. Ahora te toca a ti, nunca hablas de tu vida. ¿Por qué la viuda no te compró más libros? Ese que tanto te gusta está bien para una niña como Patty, no para una mujer de tu edad.

Linette se removió incómoda. Ethan alzó las cejas para indicarle que esperaba una respuesta.

—Aprendí a leer con quince años —confesó con la vista fija en el desgranador—. Y Cordelia consideró que otro tipo de lecturas podrían ser dañinas.

Empezó a entender su extraña conducta. Su esposa se había dado de bruces con las costumbres de los blancos a la edad de quince años y se vio obligada a aprender a vivir en una sociedad desconocida de la mano de la viuda Dempsey. Ahora parecían encajar las piezas del complicado rompecabezas que tenía ante sí. Aquella vieja amargada se esmeró en convertirla en una joven insegura incapaz de apartarse de su lado, de ese modo se aseguró criada y dama de compañía hasta el día de su muerte. Comprendió que Linette se aferraba a aquel libro infantil como un tesoro porque debió de encontrar en sus páginas la única manera de escapar de aquel ambiente opresivo y carente de afecto.

—Nunca te refieres a ella como tu madre —intentó sonsacarla.

—Porque esa palabra murió con la única madre que he conocido.

Ethan adivinó por la expresión afligida de su rostro y el deje altivo que se refería a la india lakota que la crio. Rara vez hablaba de su vida entre aquellas tribus.

—¿Cuándo me contarás cómo llegaste a vivir entre los sioux<sup>[2]</sup>?

—Solo sé lo que me han contado. —Cerró los ojos y sacudió la cabeza—. Es una historia sin ningún interés.

—A mí me interesa —aseguró con tono imperativo.

Linette eludió contestar y durante un momento permaneció pensativa.

—Entonces no me hacían falta libros, mi madre era una gran contadora de historias. Yo no tengo ese don —cabeceó con añoranza—, por eso siempre me imaginé leyendo en voz alta para mis hijos en las noches de invierno.

Ethan sintió un repentino acceso de ira. A la vista de cómo le repugnaba su contacto, los hijos no eran más que una quimera absurda.

—Mejor que deseches esa idea: tener hijos es algo que entre tú y yo queda descartado —zanjó con inusitada crueldad.

Tuvo que tragarse la sucesión de comentarios hirientes que pugnaban por salir de su boca, porque la tristeza que descubrió en los ojos de Linette le impidió continuar.

—Lo sé —aseguró en voz baja.

—Puede que algún día los echés de menos —la provocó.

—No. Ya no.



Una vez más se instaló entre ellos un silencio espeso y sombrío.

—Renuncias a tus sueños con mucha facilidad —la instigó Ethan de nuevo.

—Los niños deben nacer en un hogar en el que reine el amor. —Lo miró muy seria—. Jamás tendría un hijo para obligarlo a crecer sin el afecto que se merece.

—Confundes el respeto y la compañía con un sentimiento que solo existe en tu imaginación.

Linette sintió que el corazón se le encogía. A ratos tenía la vana esperanza de conseguir de él algo más que un rato de conversación amable. Pero albergaba tanto rencor hacia ella que tendría que conformarse con vivir junto a un extraño durante el resto de su vida.

Se levantó, y al hacerlo su rostro se contrajo en una mueca de dolor.

Ethan se inquietó, pero no hizo ademán de ayudarla. Intuyó que se trataba de dolores musculares. Desde hacía varias noches, despedía un intenso olor a linimento al acostarse.

—Si tú quieres, podría leer en voz alta para ti —comentó Linette apartando a un lado el cesto de las mazorcas.

—Tal vez, ya hablaremos de ello más adelante.

—Buenas noches.

La observó entrar en la casa. Parecía muy cansada, no era propio de ella dejar sin recoger el montón de hojas de maíz. Agotada, pero incapaz de pedir ayuda. Se notaba que la habían aleccionado durante años para no protestar ni emitir una queja. ¿Qué hacía él ahí sentado? Debería estar dándole friegas que aliviasen su dolor, tendrían que ser sus manos las que recorriesen su cuerpo descubriendo cada rincón.

«Podría leer para ti», recordó. Se imaginó sentado junto al fuego con ella en el regazo; su voz iluminaría las oscuras noches de invierno. Linette leería en voz alta y él, con los ojos cerrados, viajaría de su mano a países lejanos. Se vio besándola en el cuello, y a Linette protestando entre risas al tomarla en brazos antes de perderse en ella, para noche tras noche retornar juntos a un mismo libro que no conseguirían terminar jamás.

Pero todas aquellas imágenes, intangibles como motas de polvo en un haz de luz, desaparecieron al tiempo que se puso en pie y se aferró a la seguridad de las ideas sensatas. Esa mujer no era más que un sueño; su esposa lo rechazaba como a un apestado. Aún era pronto para retirarse, ni siquiera había oscurecido. Podía haberse quedado un rato más conversando con él.

Era inútil intentar engañarse. Cómo iba a hacerlo si cada vez que entablaban conversación se recreaba en herirla sin motivo. Creyó que con sus puyas la haría reaccionar y solo había conseguido entristecerla.

Ethan apoyó las manos en la barandilla del porche con la mirada fija en el horizonte. Con el tiempo, el resentimiento no sería más que un mal recuerdo y aprenderían a darse un trato correcto y respetuoso.

Tal vez fuese mejor así.

Linette aún reía cuando rodeó el edificio. Los continuos malentendidos entre Alice y los empleados chinos de la lavandería daban lugar a situaciones tan cómicas que convertían la cocina del hotel en el lugar más divertido del pueblo.

Frente a la tienda, se quedó contemplando el cartel que rotulaba el negocio. El edificio estaba construido a la manera clásica del Oeste, con la enorme falsa fachada cuadrada que enmascaraba el modesto tamaño del edificio. Con grandes letras en elegante cursiva, el rótulo de «almacén general» no hacía sino remarcar la falsedad imperante en aquellas tierras. Linette pensó en lo grande que le quedaba aquel nombre tan rimbombante a una sencilla tienda de pueblo. Pese a los ocho años que llevaba inmersa en aquella sociedad, nunca acabaría de entender tanto afán por aparentar.

Reconoció a Doreen McRae, que salía en ese momento de la tienda.

—¡Doreen! —exclamó—. ¿Cómo has venido?

—En el carro de Emma. Anda, deja que me coja de tu brazo.

Cada día que pasaba, Doreen se movía con más dificultad. Linette la acompañó hasta la casa del doctor.

—Podrías regresar con nosotros. El doctor Holbein se ha ofrecido a llevarme de vuelta —comentó Doreen.

—He venido a caballo, no te preocupes por mí.

—Linette, no sabes cuanto me alegro de tenerte cerca —comentó apretándole el brazo—. En casa estoy muy sola. Ya sabes, durante el día Gideon está en vuestras tierras y yo casi no puedo moverme. ¡Si al menos pudiese montar!

—Yo también me alegro —aseguró Linette con una sonrisa—. Trataré de encontrar tiempo para pasar a verte más a menudo.

Doreen miró hacia su izquierda y frunció los labios con fastidio al ver que se aproximaban el reverendo Barttlet y su esposa. Eran buenas personas, pero resultaba insufrible su empeño en mostrarse ante los demás como ejemplo de virtud.

El reverendo llevaba además las cuentas del aserradero, ya que la generosidad de sus feligreses no era suficiente para mantener a una familia. La madre y la hija trataban de aparentar una vida ociosa como correspondía a su condición, pero era un secreto a voces que se dejaban la vista a la luz del candil confeccionando sombreros para un establecimiento de Denver.

El reverendo Barttlet era muy alto y flaco. No resultaba extraño que más de un forastero lo confundiera con el enterrador, equívoco que a él le causaba gran enojo. Le faltaban la mitad de los dientes; a su esposa, en cambio, parecían sobrarle de tan apiñados y dispares como los tenía. Al llegar a su altura, se detuvieron a saludarlas.

—Señora Gallagher —dijo la mujer—, qué alegría verla por aquí. Debe saber que la hemos echado de menos en nuestra congregación muchos domingos. Suponíamos que, una vez casado, veríamos más a Ethan por la iglesia. Lo que nunca imaginé es que asistiría sin usted.

—He estado muy ocupada —aclaró muy serena—. Pero descuide, a partir de ahora, mi esposo y yo haremos lo posible por asistir juntos al sermón.

—Dios sabe que con oraciones no se saca un rancho adelante. Seguro que sabrá disculparla —intervino Doreen con una sonrisa desafiante—. ¿No cree, reverendo?

El hombre asintió incómodo. Tras una breve despedida, se alejaron calle adelante cogidos del brazo.

—No has debido decir eso —le reprochó Linette.

—¿Quién se cree que es para hablarte así? Me tienen harta con ese aire de superioridad. Trabajar con las manos no es ninguna vergüenza. Aquí la mayoría lo hacemos.

Linette la tomó del brazo de nuevo, admirada por su valentía.

Encontraron al doctor Holbein cerrando con llave la puerta de su consulta.

—Doreen, cuando quieras nos vamos.

—Es usted tan amable, doctor.

—De momento no tengo nada que hacer, así que déjate de agradecimientos —la acalló—. Parece que nadie se pone enfermo últimamente en este pueblo.

—Eso está bien —dijo Linette.

—Si sigue la cosa así, me moriré de hambre.

—No, si yo puedo evitarlo.

Levantó un poco la tapa de la cesta y tanto el doctor como Doreen curiosaron en su interior. Él cerró los ojos para disfrutar del delicioso aroma a tarta de manzana.

—Linette, tú serás mi perdición —aseguró con un gesto solemne.

Y los tres se echaron a reír.

Ethan se caló el sombrero a salir del banco. Mientras guardaba en la alforja el sobre con el dinero de los salarios, observó a Harriet y Matilda, la hija del predicador. Paseaban del brazo muy entretenidas en sus chismorreos, mirando con descaro hacia la consulta del doctor.

Ethan advirtió con pesar un remiendo en la falda de Linette, e intuyó hacia quién iban dirigidas las burlas. No eran tan pobres. Podía permitirse el lujo de hacerse no una, sino varias faldas nuevas. Pero su cabezonería era desesperante.

De todos modos, no pensaba tolerar que su esposa fuese objeto de la crueldad de la señorita Keller. Tomó la montura de las riendas y, al cruzarse con ellas, las fulminó con una mirada de advertencia. Las risas cesaron de golpe. Harriet giró la cabeza chasqueando la lengua; levantó la vista hacia las ventanas del piso superior del *saloon* y se quedó sin habla. Un par de mujeres apenas cubiertas por un corsé, le lanzaron una mirada descarada y se besaron en la boca. El hombre que apareció tras ellas, las rodeo con ambos brazos y dedicó a Harriet una sonrisa provocativa mientras con la lengua se recorría lascivamente los labios.

«¿Dos mujeres hacen esas cosas? ¡Oh, Dios! Y Jason Smith... ¡con dos

mujeres!»), pensó temblorosa. Se trataba de él, seguro. Días atrás se había presentado en la tienda y ya entonces la había impresionado. Ese sí que era un hombre con agallas: se atrevía a desafiar a todo Indian Creek exhibiéndose con aquel par de furcias a plena luz del día.

Durante el resto del paseo no escuchó ni una palabra del incesante parloteo de Matilda.

Entre tanto, Ethan llegó hasta la consulta del médico y observó que a Linette se la veía alegre. Tal vez echaba de menos el ambiente bullicioso de Kiowa, mucho más entretenido que la monotonía de un rancho. Reconoció a regañadientes que tampoco él se esforzaba por ser una compañía agradable.

Al ver a Doreen se le ocurrió la idea.

—¿Qué tal doctor? —saludó con la cabeza—. Señoras.

—De haber sabido que venías, te hubiese encargado las compras —comentó Linette.

—Y yo me habría quedado sin mi regalo —protestó el doctor. Linette disimuló una sonrisa, ante la divertida mirada de Doreen. A Ethan le intrigaba saber qué se traían entre manos los tres, pero no preguntó.

—He venido al banco, pero ya iba de regreso...

—Yo también. Tengo el caballo en la puerta del almacén, ¿vienes? —preguntó dubitativa.

—Enseguida te alcanzo. Quiero hablar un momento con Doreen, pero espérame y volveremos a casa juntos.

Linette, de camino al almacén, supuso que tanta amabilidad se debía a la presencia de extraños.

—Señor Gallagher, ¿quería hablar conmigo? —preguntó Doreen cuando Linette ya no podía oírlos.

—Sí. Verás, mi esposa pasa demasiados ratos sola en el rancho. —Ella asintió con un suspiro de resignación—. Si contase con algún libro de su gusto, se encontraría más entretenida, y los que hay en casa son todos de viajes.

—¡Oh! No se preocupe. Esta misma tarde buscaré un par de novelas.

—No me refería a eso. Quisiera encargarme un libro para ella, pero no sé qué puede gustarle. Tú eres una mujer instruida y tal vez se te ocurra alguno, algo propio de mujeres —explicó con evidente incomodidad.

—Déjelo en mis manos, sé de uno que entusiasmará a Linette. A la señora Gallagher, quiero decir —rectificó.

Ethan la estudió divertido, otra damita de ciudad que se empeñaba en guardar las normas de cortesía.

—Yo tengo pensado viajar a Denver la próxima semana para pasar unos días con mis nietos, si te parece podría comprarlo —intervino el médico—. Conozco una librería bastante importante.

—Se lo agradecería.

—No se hable más. Doreen, cuando te lleve a casa me anotas el título de ese libro.

—Gracias a los dos —dijo Ethan tocándose el sombrero—. Una cosa más: me gustaría que esto quedase entre nosotros.

—Descuida —confirmó el doctor.

Cuando Ethan se alejaba, Doreen lo vio saludar con la cabeza al predicador y a su esposa.

—Doctor, ¿usted cree que mi pequeñín será guapo? —preguntó con la vista fija en el matrimonio Barttlet.

—Estoy seguro, a la vista de los padres que tiene.

—Créame, a ratos me asaltan las dudas. No puedo entender cómo de esa pareja tan horrorosa pudo salir una hija como Matilda.

—Dime una cosa Doreen —preguntó el doctor sofocando la risa—. Tú eras el terror de ese internado de señoritas donde te educaste, ¿verdad?

Clifford Watts estudió la carta pensativo. Volvió a abrirla y la releyó. Tras dudar un momento, la arrugó y la lanzó a la papelera. No estaba dispuesto a pasar una vez más por una situación como aquella. Con decisión se levantó del escritorio y tomó la chaqueta y el sombrero. Se despidió de sus empleados sin dejar de pensar en el contenido de aquella misiva y supo que había hecho lo correcto.

Cuando llegó a la altura del Fillmore Block, contempló su tosca fachada de ladrillo. «Bloque», qué nombre más acertado para una construcción tan ramplona. Los edificios de negocios proliferaban en Denver y, salvo los más grandes y ostentosos, las mayoría eran de factura sólida y sin ornamentos.

Pensó en su propia casa, un edificio bello a la par que sobrio, con planta alta y buhardilla. No desentonaría en ningún barrio elegante de Nueva Inglaterra. Aunque poco valor tendría aquella espléndida edificación si no tuviera a las dos personas que eran el alma de su hogar.

En el cruce de la calle Welton con la Diecisiete, se detuvo a las puertas del hotel Albany, donde había reservado mesa. Optó por variar el semblante antes de entrar. Su esposa Rachel era demasiado perspicaz para pasar por alto cualquier preocupación, pero la carta que había recibido esa misma mañana lo había obligado a volver al único pensamiento que lo entristecía desde hacía quince años.

Juró a su hermano en el lecho de muerte que seguiría buscándola, pero la tarea cada vez resultaba más descorazonadora. Años y años recibiendo pistas falsas, siguiendo rastros que no conducían a ninguna parte, o teniendo que soportar las vilezas de más de un desalmado que vela en la desgracia de la familia una oportunidad para lucrarse. Como la carta que acababa de recibir.

Decidió no pensar más en ello. Ya en el *hall*, enseguida localizó a su esposa Rachel.

—Llegas un poco tarde —le reprochó.

Se acomodó a su lado en el sofá y ella le ofreció la mejilla para recibir un beso.

—Me entretuve caminando más despacio de lo normal, supongo. ¿Y Elisabeth?

—En el St. Joseph, no creo que tarde.

—Y esta niña, ¿por qué se empeña en esa labor en el hospital? —protestó—. Podría asistir contigo a las reuniones de la Sociedad de Socorro de Señoras, como hacen otras chicas.

—Parece que no conozcas a tu propia hija. Ella es mucho más feliz con esos niños que asistiendo a ese tipo de reuniones.

Clifford optó por no insistir.

—¿Qué te preocupa? ¿Algún problema en las minas? A su esposa no conseguía engañarla.

—En el *Rocky Mountain News* se recibió una respuesta al anuncio y, desde la redacción, me la han hecho llegar esta misma mañana.

—¿Qué dice? ¿Son buenas noticias? Vamos, cuéntamelo todo —lo apremió ilusionada.

—Querida, mejor no te hagas ilusiones. En cuanto la he leído, la he tirado a la papelera. Querían dinero.

Ella le acarició la mano tratando de consolarlo. Para ambos suponía una nueva decepción. Se sentó de lado para quedar frente a él.

—Cuéntamelo —le rogó con cariño.

—Se trataba de un anónimo. Decía tener información que solo me daría a cambio de una buena suma. Solo eso. Me sugería que lo fue se pensando, que más adelante volverla a contactar conmigo.

—¿Nada más, ni una firma? —Él negó con la cabeza—. ¿De dónde venía la carta?

La sagacidad de su esposa no había disminuido ni un ápice con el paso de los años. Con media sonrisa, pensó que, en el caso de que algún día el filón de las minas se agotara, no tendrían problemas para sobrevivir si ella ofrecía sus servicios a la Agencia Pinkerton.

—Desde Castle Rock —respondió recordando el dato.

—Pues eso es una noticia extraordinaria. Significa que por lo menos alguien la ha visto cerca de aquí.

—Si no se trata de un estafador sin escrúpulos —matizó él.

—¿Tú crees que alguien perdería su tiempo si al menos no hubiese visto a una muchacha que pueda parecerse a ella? —argumentó—. Sea quien sea, debe haber visto u oído algo referente a una joven de sus características. De lo contrario, no te escribiría, porque debe de suponer que sin pruebas concluyentes no conseguirá ni un centavo.

—Siempre tan optimista, querida. ¿Qué haría yo sin ti? —le agradeció con cierta tristeza.

—Te aseguro que si la misma carta hubiese procedido de otro Estado lejano no tendría tantas esperanzas. Algo me dice que la situación ha mejorado bastante.

Clifford meditó sobre las conclusiones de Rachel. Puede que tuviera razón y aún les quedase una pequeña esperanza. Pero no podían hacer otra cosa que esperar nuevas noticias de aquel informante anónimo.

A varias manzanas de allí, Elisabeth Watts cruzó la calzada esquivando los carruajes, carros y los ómnibus de pasajeros que circulaban en ambos sentidos. Desde la construcción de la estación de ferrocarril de la Union Pacific, la calle Diecisiete se había convertido en una de las más transitadas de Denver. Caminaba ajena al bullicio de la calle, sin dejar de pensar en el hombre que acababa de conocer. En realidad, estaba molesta consigo misma. Seguro que el señor Collins había notado la impresión que le había causado. Y no quería ni recordar su semblante divertido cuando la hermana Margaret los presentó. Todavía se moría de vergüenza, porque él debió de reconocerla. Hacía días de aquello, pero cómo iba a olvidar el momento en que levantó la vista del libro y, a través del ventanal, lo vio trabajando en el tejado. Era la primera vez que veía la espalda desnuda de un hombre y no pudo evitar quedarse ensimismada con la cabeza ladeada y la boca abierta. Cuando él la miró por encima del hombro y le sonrió, ella casi enterró el rostro en el libro, pero ya era tarde para fingir que no lo había visto. Creyó que se trataba de un albañil ocupado en la reparación del tejado. Su madre tenía mucha razón cuando insistía en que no hay que fiarse nunca de las apariencias.

En cuanto entró en el Albany, se encontró con sus padres.

Tras saludar a su hija, Rachel se levantó para preguntar al jefe de sala si su mesa ya estaba lista.

Elisabeth se sentó a esperar. Bullía por preguntar a su padre y no veía la manera de hacerlo. Al fin, se decidió por la más sencilla.

—Papá, esta tarde he conocido en el hospital a John Collins —lo miró de reojo—, dice que te conoce.

—Collins... claro. Un buen muchacho. ¿Y cómo es que estaba en el hospital? ¿Le pasa algo?

—Nada de eso, ayudaba en una reparación. Según me ha contado la hermana Margaret, su padre construyó una parte del hospital. Y ahora, siempre que los necesitan, acuden a cualquiera de los dos hijos. Se ocupan de los arreglos y se empeñan en hacerlo de manera gratuita. ¿No te parece un gesto noble?

Elisabeth deseaba a toda costa conocer la opinión de su padre sobre aquel joven y de paso averiguar todo cuanto pudiese sobre él.

—Es un detalle por su parte, desde luego. Tiene dinero suficiente y puede permitírselo. Según tengo entendido, desde la muerte de su padre, dirige junto a su hermano la empresa familiar. Se dedican a la construcción de edificios.

Rachel les apremió desde la puerta del restaurante para que la acompañaran. Clifford se levantó y le ofreció el brazo a Elisabeth.

—¿Aquí en Denver? —preguntó jugueteando con una cuenta de su bolsito.

—Y en los alrededores. Se enriquecieron con el auge que tuvo esta zona durante la fiebre del oro.

—No entiendo por qué se ocupa en persona si dices que se trata de una empresa próspera. ¿No cuentan con bastantes empleados?

—Conocí a su padre. Siempre quiso que sus hijos supiesen en qué consistía su negocio y, desde jóvenes, los hizo trabajar no solo en el despacho sino en las propias obras. Por lo visto, los hermanos Collins no dudan en arrimar el hombro siempre que es necesario o cuando consideran que algo no se realiza a su gusto.

Elisabeth recordó su ancha espalda bronceada. Aquello explicaba por qué, pese a su imagen de caballero, lucía la constitución propia de un trabajador manual.

—¿A qué viene tanta pregunta? —Se detuvo Clifford con una expresión suspicaz.

—Bueno, simple curiosidad —respondió con aparente desinterés.

Su padre la miró de reojo. «Seguro, simple curiosidad».

—¿Saldrás esta tarde? —preguntó cuando llegaron a la mesa donde Rachel los esperaba ojeando la carta.

—Prefiero hacerte compañía —contestó con una mirada cariñosa. ¿Quién pensaba en pasear con otros pretendientes, cuando no podía apartar de su cabeza la sonrisa de John Collins?



Al llegar al rancho Sutton, Minnie encaminó el pequeño Buggie hacia los establos. Cuando pasaron ante el cercado más cercano a la casa, todos los hombres se encontraban ocupados en la doma de un bronco. Matt, a lomos del animal, de mostraba gran experiencia además de una asombrosa forma física, pues soportaba los saltos y coceos del animal sin ser derribado. Entre tanto, Albert y los peones jaleaban y daban instrucciones atentos a una posible caída.

—¿Te fascinan los caballos, a que sí? —preguntó Minnie bajando del coche.

Linette sonrió y volvió la vista hacia el redil sin perder detalle.

—No puede negarlo —respondió Emma junto a ellas—. No os esperaba hoy, pero ya que estáis aquí, ¿qué tal si me echáis una mano con las verduras?

—He venido a ver esa falda de montar que me comentaste. Más tarde vendrá Ethan para llevarme al pueblo.

—Este me va a tener que explicar de dónde viene —murmuró Emma.

Cruzada de brazos, esperó a que Joseph, que en ese momento descabalgaba junto al redil, tuviese una buena excusa para ausentarse del rancho en horas de trabajo.

—He estado ayudando al doctor Holbein —espetó sin arredrarse.

—El doctor, el doctor... —rezongó su madre—. Aunque en la escuela os hayan dado vacaciones, tu trabajo está aquí. ¿Entendido?

Matt, desde el cercado, intuyó lo que se avecinaba. Cuando consiguió que el caballo, ya dócil, se pusiera al paso, saltó la cerca y se acercó secándose la frente con la badana. Puso la mano sobre el hombro de su esposa tratando de impedir una discusión.

—Emma, el doctor Holbein me ha comentado que está muy contento con el chico. Creo que deberías estar satisfecha de él —replicó mirando a su hijo con orgullo.

Joseph agradeció de corazón la oportuna intervención de su padre. Ambos sabían que era del todo imposible que cumplierse su deseo de convertirse en médico. Los estudios supondrían un desembolso que se prolongaría durante varios años. Y lo sintió por su padre, porque le constaba que para él constituía una preocupación no poder hacer realidad sus ilusiones.

Emma no replicó. Aunque le molestaba que Matt fuese tan permisivo con el chico, sabiendo que no podían hacer frente a semejante gasto. Tomó a Linette del brazo y se dirigieron a la cocina.

Linette estaba aprendiendo de Grace a elaborar las conservas para el invierno, pero le preocupaba no acertar con las cantidades. Por eso tomaba buena nota de los consejos de Emma.

Minnie se entretuvo pelando tomates, pero en cuanto aparecieron por la cocina Hanna y los niños, perdió todo interés.

—Vamos, vamos..., salid al patio que aquí tenemos mucho trabajo —las

reconvino Emma.

—Señora Sutton, me llevo a Tommy —advirtió Minnie.

—Gracias, tesoro. Hufff..., qué silencio cuando se van —exclamó Emma.

—Esto casi está —dijo Linette tapando un bote—. Emma, acuérdate de la falda.

—Qué cabeza tengo, ni me acordaba de ella.

Secándose las manos en el delantal, se metió en el dormitorio y al instante volvió con una falda pantalón en las manos. La sostuvo sobre el cuerpo de Linette comprobando a ojo la talla.

—Yo creo que me estará bien. Gracias Emma.

—Ni la llegué a estrenar. Matt me la trajo de Denver hace un par de años. Pero, ya se sabe, los hombres no entienden de tallas.

—Ya llega tío Ethan —avisó Patty asomando la cabeza por la puerta.

Linette se quitó el delantal, plegó la falda y salió con ella en la mano. En el patio, los chicos charlaban en grupo: Joseph fanfarroneaba ante las chicas con un rifle nuevo.

—Joseph —indicó Linette sin prestar demasiada atención—, tienes que anclar mejor el rifle en el hombro. Mantén la cabeza recta y no elevés tanto el cañón.

Todos, incluida Emma, se quedaron con la boca abierta. Linette continuó sacudiendo unas motitas de polvo de su nueva falda de montar, ajena a sus miradas de asombro.

—¡Cuándo se enteren en la escuela de que tengo una tía que lanza cuchillos y sabe disparar! —exclamó Patty.

Todos rieron, incluida Linette, que no entendía por qué un hecho tan simple despertaba tanta admiración.

Ethan descabalgó junto a la cerca y ató el caballo. Miró a Linette y, tal como esperaba, la alegría se esfumó de su rostro. Su esposa solo sonreía en compañía de los demás, en sus momentos felices no había sitio para él.

Emma enseguida percibió el cambio de actitud de Linette. Y conocía lo suficiente a su hermano para saber que llegaba muy enfadado.

—Diablos, tu esposa es una caja de sorpresas —comentó intentando aliviar la tensión.

Justo lo que necesitaba oír en ese momento. A Ethan le ardió la sangre en las venas. Matt se acercó y la mirada torva de su cuñado le indicó que se avecinaba una discusión. Linette también lo intuyó y se aproximó hasta él a fin de desaparecer de allí cuanto antes.

—¿Qué hacía un hombre en el pueblo preguntando por ti? —inquirió con dureza.

—¿Un hombre? —preguntó ella muy extrañada.

—Las noticias vuelan. Un tío tuyo.

Todos observaban a la pareja sin atreverse a intervenir. Pero el semblante de Matt revelaba que estaba a punto de perder la paciencia.

—¿Rice McNabb? —preguntó Linette con pánico.

—Todo parece indicar que era él. ¿Piensas explicármelo o no? ¿Qué os traéis entre manos?

—¿Qué quiere de mí? —Se removió nerviosa—. Ya tiene lo que quería, se quedó con la casa. No permitiré que me haga daño.

A Ethan le impresionó su mirada indefensa. Una vez más se había equivocado al dudar de su honestidad, pensando que podía ser cómplice de un sujeto como McNabb.

Matt hizo un gesto a Emma para que se llevase a las chicas de allí. Se acercó a Linette y le rodeó los hombros con un brazo en un gesto protector.

—Nadie va a hacerte daño —aseguró con cariño.

—Mi mujer no necesita que nadie la defienda —intervino Ethan con tono amenazante—. Para eso me tiene a mí.

—¿A ti? —rebatió al límite de su paciencia—. ¿Haciéndole pagar por todos tus problemas? ¡Bonita manera de defenderla!

—Deja de entrometerte.

—Lo primero que tienes que hacer es empezar a comportarte como un caballero y mantener en privado los asuntos que tengas que discutir con tu esposa.

Ethan se acercó a él con la lentitud de un animal al acecho y, con mucho cuidado, le apartó el brazo que cubría los hombros de Linette. Ella intentó evitar un enfrentamiento sujetando a Ethan, pero él le apartó la mano.

—Vuelve a tocar a mi mujer y te parto las piernas —susurró tan bajo que apenas se oyó.

Matt cabeceó apretando la mandíbula. No podía creer hasta qué punto llegaba la obcecación de su cuñado. Se acercó a una pulgada de su cara y lo atravesó con una mirada cargada de peligro.

—Como te atrevas a hacerle daño, con tus piernas no tendré ni para empezar.

Joseph corrió a separarlos seguido de Minnie, que se había quedado blanca al ver la escena.

—¡Basta! Papá, déjalo —dijo interponiéndose entre ambos.

—Y recuerda que las palabras duelen como latigazos —continuó Matt—. Tú lo sabes mejor que nadie.

—Eso ha sido un golpe muy bajo —añadió Ethan.

Los dos sabían que Matt se refería a las humillantes palabras con que Harriet rechazó su oferta de matrimonio.

—Ha sido un recordatorio y una advertencia —concluyó con aspereza.

Ethan giró en redondo, montó y desapareció del rancho levantando una nube de polvo.

Durante todo el camino, Linette permaneció seria y callada.

Minnie frenó el Buggie a las puertas de la tienda y se atrevió a romper el silencio.

—¿Cómo piensas volver al rancho? —La miró preocupada—. Puedo esperarte y llevarte de vuelta. De verdad, no me importa.

—De ningún modo. Ya me las arreglaré, no te preocupes. Me hace falta media libra de azúcar y luego pasaré por el hotel a ver si Alice necesita algo. Me daré prisa —trató de sonreír mirando las nubes plomizas que se avistaban hacia el norte—, no me apetece mojarme.

—Puedo entrar por ti a comprar el azúcar.

—Esa no es la solución —confesó con tristeza—. Huir de los problemas no acaba con ellos.

Minnie la observó entrar en la tienda. Apreciaba a Linette y le dolía verla tan triste.

La viuda Keller y su hija estaban ocupadas atendiendo a un par de ancianas. Linette, mientras esperaba su turno, curioseó en el estante de los libros.

—Pensaba que no sabías leer —comentó Harriet removiendo unas cajas en la estantería contigua—. Como te criaste en una tribu...

—Veo que estás bien informada —dijo con ironía.

Lo último que necesitaba después del desagradable incidente del rancho Sutton era aguantar los sarcasmos de Harriet.

—Siempre lo estoy. ¿Te llevarás alguno? Demasiado farragosos para ti, me imagino —continuó con su tonillo insultante.

—No. Me basta de momento con los libros de mi esposo.

—Ah, pero ¿Ethan lee?

Linette se revolvió como una fiera. Su esposo podía ser desconsiderado e injusto con ella, pero no estaba dispuesta a permitir que nadie abriese la boca contra él, y menos esa mujer.

—Siendo una persona tan bien informada, deberías saber que le apasionan las novelas de aventuras. Siente especial predilección por Herman Melville —advirtió con una mirada desafiante—. Me parece que no le conoces tan bien como supones.

Harriet alzó las cejas. Con un ligero parpadeo le dio la espalda y se parapetó tras el mostrador. Su madre debió de intuir la tensión, porque se afanó en atender cuanto antes a Linette. Los escándalos no eran buenos para el negocio.

En cuanto salió, Harriet corrió tras ella.

—¡Oye tú! —le gritó—. No eres más que una recién llegada. Conozco a tu marido mejor de lo que piensas y ten cuidado: con un solo dedo puedo hacer que vuelva de rodillas ante mí.

—Inténtalo —la retó Linette mirándola por encima del hombro—. Lo subestimas.

—No me subestimes tú a mí —amenazó—. Puedo ser muy convincente.

—Aunque así fuese, tendrías que contentarte con las migajas, porque todas las noches regresará a mi cama.

—No me hagas reír, le repugna que le toques con esa mano desfigurada.

—Recuerda esto —advirtió sin responder a la provocación—, yo soy la única

señora Gallagher.

Y sin mirar atrás, cruzó la calle hasta el hotel con la cabeza bien alta. Ethan la observaba desde la distancia, abrumado por una mezcla de arrepentimiento y culpabilidad. En cuanto cayó en la cuenta de que tendría que volver al rancho caminando, fue en su busca. Pero cuando regresó a casa de Matt, Linette ya se había ido. Para colmo, tuvo que soportar los reproches de Emma, que casi lo echó de allí con cajas destempladas.

En los últimos tiempos no hacía más que comportarse como un idiota y lo único que había conseguido era tener a toda la familia en contra y sentirse como un intruso en su propia casa.

La había juzgado injustamente. A fin de cuentas, según los chismorreos, el que parecía ser McNabb solo había preguntado por ella. No podía apartar de su pensamiento la mirada asustada de Linette. Quizá ese hombre pretendía perjudicarla de nuevo. Esta vez tendría que tragarse su orgullo e intentar arreglar las cosas, no soportaba verla tan infeliz.

Cuando llegó a la altura del almacén de madera, Linette ya había rodeado el hotel. Tras amarrar el caballo, se apoyó en la fachada del almacén dispuesto a esperarla. Amenazaba tormenta. Si tardaba en salir, entrarla a buscarla.

—¿Contemplando la punta de tus botas, Gallagher?

Alzó la vista, frente a él se encontraba Harriet Keller, la persona que menos le apetecía ver en ese momento.

—Espero a mi esposa —explicó de mala gana.

—Esa pobre mujer. —Chasqueó la lengua con fingida compasión—. Trabaja demasiado, con esos brazos tostados y las manos tan estropeadas.

—Esas manos —advirtió en tono muy bajo—, demuestran que no le tiene miedo al trabajo. Puede estar muy orgullosa de ellas, aunque no sean tan blancas como las tuyas.

—No lo dudo —aclaró en tono conciliador—. Parece valiente. ¿Quién lo iba a decir?

—Aléjate de ella —dijo en tono amenazante.

Miró hacia el hotel, dando por zanjada la conversación. Harriet se acercó y se puso de puntillas. Sus bocas quedaron muy cerca. Ethan intentó echarse hacia atrás, pero se lo impedía la pared.

—Parece que me tienes miedo. —Sonrió seductora—. ¿Ya no recuerdas lo que hubo entre nosotros?

—Entre tú y yo no hubo más que palabras.

—Hubo bastante más.

—Solo fue una estúpida pérdida de tiempo y poca cosa más —aseguró—. Le das demasiada importancia.

—Antes no pensabas así —musitó casi en sus labios—. Te gustaba besarme.

Ethan se estremeció y cerró los ojos cuando sintió el calor de sus labios. Pero

pensaba en otra mujer, en otra boca que recordaba tan dulce y lejana.

—Linette... —susurró.

Harriet se apartó de golpe y le dio una sonora bofetada. Ethan abrió los ojos y la retuvo por la muñeca mientras la miraba con rabia contenida. Un zumbido atravesó el aire y un destello plateado seguido de un golpe seco junto a su cabeza lo hizo reaccionar. De reojo distinguió el cuchillo de Linette clavado en la pared a dos pulgadas de su cabeza.

No, eso no podía estar pasándole a él. Miró al frente. Allí estaba ella, muy quieta, con los puños apretados a los costados. Los miraba con un desprecio que le hizo palidecer. Nunca había visto en sus ojos una mirada tan fiera y a la vez tan herida.

Harriet entró en cólera y comenzó a maldecir e insultar a Linette.

—Condenada asesina —masculló asustada—. No sé qué viste en esa sucia salvaje. Menos mal que ha fallado.

—Ella nunca falla —aseguró para sí tomando el cuchillo.

Sabía de sobra que el cuchillo se había clavado justo donde Linette había querido. Cuando volvió a girar la cabeza, ella ya desaparecía al galope inclinada sobre el cuello del caballo en una postura temeraria. ¡El caballo! Ethan cerró los ojos y de su boca salieron todos los exabruptos que conocía. Linette se había largado a lomos de su semental. Lo acababa de dejar en ridículo, solo y sin caballo.

Cuando Linette descabalgó, le temblaban las piernas. Incapaz de dejar escapar un sollozo, permitió que las lágrimas corrieran por sus mejillas por primera vez en muchos años. Se abrazó al cuello del appaloosa de Ethan con los ojos cerrados. El inquieto semental ni se movió, parecía entender toda la rabia y la desdicha que encerraban aquellos gemidos en lengua lakota.

Más serena, pensó que de nada servían las lamentaciones. Acarreó un cubo de agua y surtió de heno el pesebre. El pobre animal estaba sudoroso y no tenía ninguna culpa.

Fue directa a la casa. Los nubarrones oscurecían la tarde, así que encendió el quinqué y se ató el delantal para que a la hora prevista no faltara comida dispuesta sobre la mesa. Era lo que se esperaba de ella.

Mientras enjuagaba las verduras, oyó un fuerte relincho. Y maldijo a Ethan. El caballo, cualquiera que fuese, no tenía por qué pagar toda su rabia. No había necesidad de clavarle el bocado tirando de las riendas con tanta violencia.

Tal como esperaba, la puerta no tardó en abrirse con brusquedad.

—¿Quién te has creído que eres para llevarte mi caballo? ¡Contesta!

Linette no se giró; tuvo que agarrarse con fuerza al borde del fregadero para evitar el temblor.

—¡Basta!

Su grito llegó con el destello de un relámpago. Durante el tiempo que tardó en

llegar el trueno, una ráfaga de viento bandeó las cortinas.

—¿Qué has dicho?

El cielo tembló al mismo tiempo que Linette giraba en redondo.

—¡Basta! —gritó—. ¡He dicho basta! Se acabó, Ethan Gallagher. No voy a permitir que vuelvas a humillarme. Mientras me quede un soplo de aliento, juro por Dios que nadie me va a volver a pisotear.

Ethan se quedó de una pieza. Nunca la había visto llorar. Pero no pensaba dar explicaciones ni mucho menos disculparse. No tenía motivos para avergonzarse de sus actos. Una rabia amarga le fue envenenando la sangre al sentirse juzgado.

—Yo te creí un hombre honesto y ni siquiera eres capaz de cumplir con el compromiso del matrimonio. —Las palabras salían de su boca a borbotones—. Me educaron para vivir con honor, para tener valor y orgullo. Sí, a mí. Y tú, que tan perfecto te crees, no sabes nada de todo eso. ¿Y te atreves a despreciarme? ¡Me das asco! No eres más que una marioneta en manos de esa buscona.

Uno a uno, los insultos fueron lacerando el amor propio de Ethan dejando tras cada palabra una herida.

Fuera, la tormenta veraniega comenzó a arreciar alternando rachas de fuerte aguacero con otras menos intensas.

—Te equivocas —masculló con la mandíbula tensa—. Eres tú la que no cumples con tus obligaciones como esposa. No tienes derecho a exigirme algo que tú eres incapaz de dar.

—Es eso. Muy bien. —Se arrancó el vestido con ambas manos haciendo saltar todos los botones—. ¿Qué tengo que hacer para que no me sometas a la humillación de verte en manos de la primera mujer que se cruza en tu camino?

Sin dejar de mirarlo, se lo sacó por los pies. Y, ante la atónita mirada de Ethan, desenlazó el corsé con manos temblorosas y lo lanzó a un lado. En un par de zarpazos se arrancó la enagua, la camisa y el calzón. Totalmente desnuda, solo cubierta por medias y botas, le sostuvo la mirada con desprecio.

—Vamos, tómame. ¿No es esto lo que querías? Si este es el precio que tengo que pagar para que dejes de deshonrarme en público, tómame ahora mismo todas las veces que quieras. ¡Hasta que me lastimes! ¡Hasta que me rompas por dentro y no sienta nada!

Ethan tuvo que tragar saliva. Nunca la había visto desnuda. ¡Dios, era tan hermosa! Cerró los ojos y apretó los dientes. Maldito deseo. Pese a lo incómodo de la situación, sintió cómo se endurecía su miembro hasta que el dolor resultó insoportable. Mientras viviera, no podría olvidar la redondez de sus senos erguidos, el delicioso ombligo en el centro de su cintura estrecha, la curva de sus caderas, el vértice de rizos rubios entre sus muslos... Respiró hondo. Una vez y otra más, hasta que pudo mirarla de frente.

—No te ofrezcas como una ramera.

—Es así como me haces sentir —confesó ella con la voz quebrada—. Mi cuerpo

es lo único que te interesa de mí. Me odias porque no he sabido darte lo único que a tus ojos tiene algún valor. El resto no vale nada, ¿verdad? Porque no poseo una sangre irlandesa tan pura como la de los Gallagher.

—No es necesario que te ensañes con ellos. Todos están muertos. Vomita todo tu desprecio contra mí porque soy el único que queda vivo —murmuró con un deje amargo.

—¿A qué estás esperando?

Ethan se acercó a ella y le acarició la barbilla. Bajó la mano mientras le rozaba un pecho con los nudillos, le sostuvo la mirada. Contuvo el aliento al comprobar cómo el pezón se endurecía con aquel leve roce.

—No quiero un sacrificio. —Ella giró la cara—. Si alguna vez te entregas a un hombre, hazlo cuando sientas que no hay nada en el mundo más importante que él.

Linette no pudo reaccionar hasta que oyó el portazo. Cerró las ventanas aterida de frío. Como pudo, hizo un fardo con toda su ropa, tomó el candil y fue hasta el dormitorio.

Cuando se lanzó de bruces sobre la cama, estalló todo el dolor contenido. El golpeteo irregular de la lluvia en los cristales apenas logró silenciar sus sollozos. Por primera vez en mucho tiempo, lloró sin ahogar los gemidos. Golpeó la almohada con los puños mientras su cuerpo se sacudía sin que nada fuera capaz de serenarla. Derramó mil y una lágrimas. Porque supo esa noche que el hombre capaz de causarle tanto dolor había conseguido instalarse a hurtadillas en su corazón. Estaba enamorada y era inútil resistirse.

A unas yardas de la casa, con los brazos a los costados bajo el aguacero, Ethan recordaba su cuerpo desnudo. Tan cerca y tan inalcanzable. Durante años había vivido en soledad. Lo que necesitó de las mujeres supo cómo conseguirlo. No era fácil compartir lecho y techo con Linette deseándola tanto. Porque no codiciaba solo su cuerpo, la deseaba a ella. Se engañaba a sí mismo. Sí existía algo más que la compañía y el respeto. Un sentimiento profundo y desconocido que le arañaba en el centro del pecho cada vez que recordaba sus lágrimas. ¿Lástima? ¿Compasión, tal vez? No, no se trataba de eso.

Si duro fue el desprecio de Harriet por no poseer fortuna, mucho más doloroso era sentir que Linette lo rechazaba como hombre. No confiaba en él. Lo consideraba capaz de una traición sin siquiera otorgarle el beneficio de la duda. Un desengaño más que añadir a la larga lista de fracasos que constituía su vida adulta.

Ella llegó junto al emblema del pasado y del presente. Podía haberlo sido de su futuro juntos. Pero el *shamrock* solo había servido para recordarle que el afecto nos convierte en seres vulnerables. No era más que un estigma de muerte y abandono, porque todas las personas queridas nos acaban dejando. Ella también.

Estaba solo y morirla solo. El último Gallagher.

Recordó su infancia feliz y se obligó a borrar de su mente la imagen de los hijos que nunca llegaría a tener. Cayó de rodillas, pero los charcos no reflejaron su imagen.



Solo vio niños corriendo escaleras arriba y abajo, sonrisas inocentes que se dibujaban en su imaginación con dolorosa nitidez. Vio pequeños que se aferraban a su cuello en busca de consuelo mientras su mano enjugaba montones de lágrimas cándidas. Y allí estaba ella. Feliz entre risas infantiles, mediadora en disputas estridentes, confidente de mil y un secretos. Ella, rodeada de pequeños traviosos de mirada clara y risueña. Con la mirada de Linette.

No, no podía. De rodillas en el fango, supo que no debía consentir que Linette renunciase a sus sueños. Aunque sin ella, el resto de su vida no sería más que un inmenso vacío, solitario y sombrío como la boca de un pozo.

A la mañana siguiente, Linette mordisqueaba una rebanada de pan untada en jalea con la mirada fija en los pastos. La tormenta había cesado y un tímido sol se dejaba ver entre las nubes. Se sentó ala mesa y tomó un sorbo de café. La jornada se presentaba larga y dura. Y estaba muy cansada. En la cama, había llorado hasta caer rendida.

Oyó la puerta y supuso que era él. Alzó la cabeza con la espalda bien erguida, ya nunca se doblegaría ante nadie. Pero al verlo entrar tuvo que desviar la mirada con un nudo en la garganta, porque sus expresivos ojos castaños habían perdido el brillo.

Ni la miró cuando se adentró por el pasillo. Con la ropa todavía húmeda y briznas de heno por todas partes, parecía un perro apaleado. La noche en el establo seguramente no había sido la más cómoda de su vida.

Linette tuvo que contener las lágrimas. Lágrimas de ira, porque estaba loca de celos. Y de compasión, porque no quedaba vestigio en él del hombre decidido y fuerte a quien amaba. Por primera vez, habían dormido separados. La cama le había parecido grande y vacía sin Ethan a su lado.

Lo oyó mover la cama del cuarto de cuentas. Era extraño, la caja donde guardaba el dinero para pagar los jornales cuando no lo tenía en el banco no solía sacarla más que en fechas de pago.

Ethan volvió a la cocina con el torso desnudo y la camisa en la mano. Olía mal, iba despeinado y sin afeitar. Sus ojos lucían unas profundas ojeras cuando la miró y sin decir palabra depositó unos cuantos billetes sobre la mesa. Sobre estos, apiló diez relucientes dólares de plata. Antes de depositar la última moneda, leyó con una mueca plena de tristeza el lema que enmarcaba el águila<sup>[3]</sup>. Cuando se había perdido la confianza en las personas, qué poco sentido tenía confiar en Dios.

—Aquí tienes tu libertad —dijo acariciando con el índice la efigie del anverso—. Hay más que suficiente para alquilar un coche y para un billete de tren. En la herrería encontrarás quien te lleve de vuelta a Kiowa.

Linette giró la cabeza y se cruzó de brazos.

—Una vez allí —continuó Ethan—, puedes tomar un tren hacia Denver, o en dirección a Kansas, si lo prefieres. En cualquier sitio saldrás adelante; eres una mujer

de recursos y no te costará emprender una nueva vida sin necesidad de depender de nadie.

Linette volvió la cabeza y le sostuvo la mirada. Ethan sintió una punzada en la boca del estómago; sus ojos hinchados y enrojecidos delataban que durante la noche había pasado horas llorando.

—Mi libertad la elijo yo —alegó muy serena—. Y no pienso ir a ninguna parte. Si crees que te voy a dejar el camino libre para estar con ella, te equivocas.

Linette respiró hondo y volvió la vista hacia la ventana. Ethan le tomó la barbilla con suavidad, pero ella lo apartó de un manotazo.

—Vete —insistió él—. No debes renunciar a tus sueños encadenándote a estas tierras. Aquí no encontrarás lo que buscas.

—Lo has destrozado todo —le reprochó mirándolo con dureza—. El futuro, mis ilusiones... Solo fue el estúpido sueño de una ilusa ignorante. ¡Qué fácil te será a ti en cambio rehacer tu vida!

—Una vez me dijiste: «No se deje engañar por lo que ve» —afirmó en tono grave—. Ahora te lo digo yo a ti. No te dejes engañar por lo que te muestran tus ojos, mira con el corazón.

—Yo podría hacerlo, porque tengo corazón —replicó con dureza—. Tú no, porque no tienes.

Ethan salió de la casa sin molestarse en replicar. Linette apoyó los brazos sobre la mesa y recostó la cabeza ahogando un sollozo. Todo iba de mal en peor. Tras un par de minutos, se enderezó con un suspiro. Ya estaba bien, el llanto no solucionaba nada.

Tomó el dinero, se trataba de una buena suma. De momento lo guardaría, ya vería en qué emplearlo. En cualquier cosa menos en un billete de tren.

Una hora después, encontró a Aaron limpiando el corral de las gallinas.

—Deja eso, Aaron, puedo hacerlo yo —protestó.

—Ya está hecho —zanjó apoyando ambos brazos en la pala—. Y he regado el huerto en cuanto hemos llegado.

—¿No entras a tomar café? —Agradecida, puso la mano en su antebrazo—. Grace acaba de hacerlo.

—Gracias, ahora no —se excusó mirando hacia el frente—. Voy a ver qué pasa.

Linette volvió la cabeza hacia el grupo formado junto al porche, donde Ethan y los peones comentaban a viva voz las tareas. Linette subió los escalones, pendiente de la conversación.

—Bart ha tenido que ir al pueblo a devolver un caballo a la herrería —explicaba Ethan.

—¿Un caballo? —preguntó Fred, uno de los peones.

La mirada torva de Ethan le oblige a cerrar la boca.

—Cuando vuelva, que se vaya directo a los pastos del este. Aaron, ve allí con Benjamin y Fred. Gideon, tú te vienes conmigo —continuó—. Connor, tú te vas con Ramón a repasar la cerca del sur.

—Señor Gallagher, nosotros dos solos con todo el ganado, no sé si es una buena idea.

—No discutas, no llegan ni a cincuenta cabezas. Podemos con ellas de sobra.

—¿Qué tal si nos acompaña Benjamin? —sugirió Aaron—. Bart no creo que tarde.

—No. La verdad es que nos haría falta un hombre más —pensó en voz alta—. Puede que me acerque al rancho Sutton. De todos modos, solo vamos hasta el cruce de Lone Tree, allí nos espera el capataz del rancho Schweiger para recoger el ganado. Son cinco millas atravesando el valle.

—Iré yo —concluyó una voz desde lo alto del porche.

Los seis hombres giraron la cabeza a un tiempo. Linette sostuvo la mirada de Ethan con los brazos en jarras. Aunque se había lavado y afeitado, no tenía muy buen aspecto.

—Una mujer no conduce ganado —sentenció él dándole la espalda.

—¡Oh, algunas sí! —intervino Aaron—. En mis tiempos, vi mujeres venir desde Texas...

Ethan se giró hacia él con una mirada atravesada, así que decidió dejar la historia para otro momento.

—He dicho que voy yo —repitió Linette con calma—. Hace falta un vaquero más, ¿no es así? Pues ya lo tienes.

Si su esposo creía que iba a poder con su tozudez, estaba muy equivocado, porque a obstinada no la ganaba nadie. Y pensaba de mostrarle que ella era el tipo de mujer capaz de llevar un rancho. Se iba a arrepentir de haber pensado en mandarla lejos.

—La señora Gallagher viene con nosotros —cedió—. Cada uno a su trabajo.

Cuando los peones se marcharon, Linette entró en la casa a preparar algo de comida para llevar.

—Un momento —la detuvo Ethan—. ¿Qué pretendes demostrar?

Linette volvió sobre sus pasos sin dejarse intimidar por aquel tono grave.

—No tengo nada que demostrar —mintió.

Tenía intención de demostrarle que valía mucho más que esa estúpida muñeca de porcelana, pero no pensaba decírselo.

Ethan enderezó la espalda y al hacerlo emitió un quejido. Tomó aire y cuando el dolor paso volvió a mirarla.

—Como quieras. Pero eres un peón más y aquí mando yo. No se discuten mis órdenes, no lo olvides.

—El mustang —decidió Linette.

Gideon, a la vista del humor que lucían los patrones, ensilló el caballo sin rechistar.

—Los quarters son más dóciles. Este es difícil de controlar si se pone nervioso —

sugirió Ethan.

Linette alzó las cejas desafiándolo con una mirada de soslayo y montó a horcajadas. Ethan, al acomodarse en la silla, tensó la mandíbula para ahogar un quejido y con la cabeza indicó a Gideon que abriese camino.

Salieron hacia el este y subieron la loma para rodear el bosque. Ethan cada vez estaba de peor humor. La noche tirado sobre el heno con la ropa mojada le estaba pasando factura. Los dolores lo estaban matando y lo que menos necesitaba era a Linette a su lado en pie de guerra. La miró con disimulo. Para colmo de males, al trote sus pechos parecían cobrar vida propia.

—No llevas corsé.

—Si usase corsé no podría trabajar —escupió girándose como una fiera—, tendría que estar todo el día paseando bajo una sombrilla.

Ethan masticó un juramento, sería un milagro que no saliera el tema. Intentó cogerla del brazo, pero Linette se escapó al galope. A gran velocidad, se inclinó sobre el cuello del caballo para esquivar una rama. A él se le paró el corazón al ver lo cerca que había estado de quedarse viudo y salió tras ella.

Gideon prefirió quedarse atrás, algo le decía que aquel iba a ser un viaje memorable.

—Como vuelvas a hacer eso te envío de vuelta a casa de una patada en el trasero —le advirtió tirando de sus riendas—. Estoy seguro de que sabes montar incluso oculta en el flanco del caballo, así que se han acabado las exhibiciones.

—Esas acrobacias son propias de comanches —dijo desdeñosa por su ignorancia—. ¿Aún no te has enterado de que soy lakota?

Azuzó al mustang y sin mirar atrás lo dejó con la palabra en la boca.

El traslado de las reses fue una de las experiencias que más disfrutó Linette desde su llegada al rancho. Le encantó cabalgar junto al ganado a través del valle. Gideon le explicó que así se acortaban unas millas y además no se levantaban esas nubes de polvo, tan desagradables para los vaqueros. Durante casi todo el camino fue conversando con él. Supo que Ethan había decidido vender cuarenta y seis vacas de cría y dos toros a un ganadero de Lone Tree que había perdido un montón de cabezas envenenadas por trébol. Linette quiso saber más y pensó que lo correcto era enterarse por boca de Ethan.

Se puso a su altura y su aspecto la preocupó. Su rostro contraído reflejaba que debía de soportar un fuerte dolor.

—No sabía que los tréboles eran venenosos —comentó.

—El trébol dulce es una mala hierba. No tiene nada que ver con los tréboles a los que te refieres.

—¿Puede ocurrir que tus vacas se envenenen con esa hierba? —preguntó preocupada.

—Por suerte, en el rancho no crece trébol dulce.

—Gideon me ha comentado que vas a vender las vacas a muy bajo precio. No

entiendo por qué dice que es un buen negocio y que ni sabes lo que haces.

—Estas vacas de cría son viejas. Solo aguantarán un par de partos más; después, solo valdrán para hacer salchichas. En el Schweiger hacen falta y a mí me sobran. Voy a sacar por ellas mucho más de lo que me pagaría cualquier cliente.

Ethan clavó espuelas y la dejó atrás dando por concluida la conversación.

Durante el resto del camino, Linette se limitó a observar las maniobras de Ethan y Gideon para agrupar el ganado. Entendió por qué una silla de montar del Oeste era tan diferente de las sillas clásicas de paseo. Al ser tan largas, distribuían mejor el peso sobre el lomo del animal, que tenía que aguantar al jinete durante largas jornadas. Además de ser más cómoda para caballo y vaquero, facilitaba los movimientos de este y evitaba caídas.

Contempló admirada cómo uno y otro mantenían el equilibrio al hacer un quiebro para agrupar alguna vaca que se apartaba del resto. Aprendió a rodear<sup>[4]</sup> el ganado para que ninguna se alejase del grupo. Ethan la colocó a la cola para azuzar a las que se quedaban rezagadas. Pero no se atrevió a imitarlos en sus carreras y frenadas bruscas; con los pies en los estribos, estiraban las piernas echando la espalda atrás con una tranquilidad que a Linette le pareció demasiado arriesgada.

Pero en cuanto llegaron al cruce de Lone Tree, desapareció su entusiasmo. Su esfuerzo no había merecido ni una palabra de alabanza por parte de Ethan, ni siquiera una mirada de admiración.

Ethan cobró de manos del capataz la cantidad acordada, molesto por las miradas curiosas que su esposa despertaba entre los vaqueros del rancho Schweiger. Gideon, tras saludar a los hombres, regresó junto a Linette que esperaba un poco rezagada.

Antes de montar, Ethan observó que Linette se había desabotonado el vestido. Hacía mucho sol y no llevaba sombrero. Debió haberlo previsto antes de salir. Por el cuello le caían gotas de sudor que corrían hacia la abertura del escote. La vio secarse la frente con el antebrazo y torció el gesto. Gideon, en un arranque de caballerosidad, se desanudaba el pañuelo para ofrecérselo.

No soportaba la idea de que algo suyo entrase en contacto con la piel de otro hombre, ni siquiera su sudor. Con la mano indicó a Gideon que parase, y sin decir ni una palabra le entregó su badana con una mirada torva. Ella se secó el sudor y se la devolvió.

—Caballeros —anunció Linette entregando la bolsa de la comida a Gideon—, ahora que no llevamos ganado, regreso por mi cuenta. Tengo mucho trabajo que hacer.

Ethan no la detuvo. Se limitó a montar mientras la contemplaba cabalgar cada vez más lejos.

Durante las tres primeras millas, Ethan apenas cruzó unas palabras con Gideon. En lo más profundo del valle, pararon a comer junto al riachuelo.

—¿Doreen y tú también discutís? —preguntó tumbándose sobre la hierba.

—Alguna vez —rio por lo bajo—. Son peleas de enamorados.

—¿Tú también crees en eso? —preguntó escéptico.

—¿En el amor? Desde luego. Creo que Doreen y yo estábamos destinados el uno para el otro —aseguró con una sonrisa—. No podría mirar a otra mujer porque pienso en ella cada minuto del día.

—Y ¿cómo te diste cuenta? —preguntó con interés—. ¿Cómo supiste que era ella?

—Lo supe en cuanto le di la mano para ayudarla a bajar del tren. Lo vi en sus ojos.

Ethan reflexionó sobre ello durante el resto del camino.

No tardaron mucho rato en llegar al rancho. Una vez allí, llevaron los caballos a refrescar y cambiaron de montura. Y Gideon salió hacia el este para continuar el resto de la tarde en los pastos.

Ethan entró en casa y encontró a Linette ya aseada. Estaba preciosa con el pelo suelto y ropa limpia. Y hecha una furia. La miró de reojo, mientras ella se afanaba con la aguja. Aunque montaba con mucha soltura, los bajos se le habían enganchado en los matorrales. Tenía motivos para estar enfadada. Su tozudez solo le había reportado llegar a casa agotada y un montón de agujeros que remendar.

—Un vestido no es la ropa más adecuada para arrear ganado —comentó Ethan revolviendo en la alacena.

Linette perdió la paciencia. Eso saltaba a la vista, no hacía ninguna falta que se lo recordara.

—La próxima vez cabalgaré desnuda.

«¿Desnuda?». Ethan tuvo que hacer un esfuerzo por no dar un puñetazo en la pared. Cogió una botella de linimento y la colocó sobre la mesa ante las mismas narices de Linette. No hacían falta palabras, con el gesto se lo decía todo.

Ella dejó la costura a un lado, indignada por su actitud arrogante. Cogió la botella y salió de la casa con ella en la mano. Ethan la siguió sin entender qué se proponía. Enseguida lo supo.

—Que te dé las friegas ella —masculló estrellando la botella contra la pared del granero.

Se había quedado muy a gusto, pero no tardó en arrepentirse de la escenita de la botella. En parte, estaba muy preocupada por los dolores musculares de Ethan. Aunque trataba de ocultarlo, su rostro era un reflejo de su padecimiento. Y, para colmo, cansada como estaba, había tenido que cabalgar en busca de más linimento. Pensó en acercarse al rancho Sutton, pero no tenía ganas de dar explicaciones, así que fue a casa de Doreen a pedirle prestado. A fin de cuentas, pronto se enteraría de la discusión por Gideon.

Cuando Ethan regresó de los pastos, ella todavía estaba fuera. Cogió una toalla y jabón y se marchó al río. Necesitaba un baño caliente, era el mejor alivio para los

dolores. Pero su cuerpo requería agua fría, porque en su cabeza campaba Linette desnuda a lomos de un caballo. Durante toda la tarde, no había pensado en otra cosa que en cabalgar con ella, asiendo las riendas con una mano mientras la otra ceñía su cuerpo desnudo pegado al suyo. Llegó a sentir el calor de su espalda en el pecho y sus nalgas golpeándole los muslos.

Mejor fría que caliente, necesitaba agua muy fría.

Durante largo rato se dejó mecer por la corriente. Se sumergía una y otra vez. Se enjabonó a conciencia y volvió a zambullirse hasta que el dolor se hizo insoportable. Porque, tal como imaginó, el agua del río al anochecer no fue el mejor remedio para sus músculos agarrotados.

Al volver a casa, el plato lo esperaba en la mesa. Se sentó y cenó sin demasiado apetito. Aún no había terminado cuando Linette le plantó delante la botella del linimento. Ethan alzó la vista del plato.

—No te has afeitado —señaló muy seria.

—¿Estás pensando en besarme? —preguntó sarcástico. Linette lo acuchilló con una mirada—. Entonces, ¿qué más te da?

Ethan llevó el plato y la taza al fregadero. Tomó la botella y se metió en la habitación.

Linette se debatió durante un rato entre la compasión que le provocaba verlo así y lo resentida que estaba con él.

Al entrar en el dormitorio, Ethan se estaba dando friegas en el pecho y los hombros. Ella se situó a su espalda para desvestirse. Ya en camisón, se giró a mirarlo. Se había sentado en la cama y, desnudo, se masajeaba los músculos de las piernas.

—Tumbate. —Él fingió no oírla—. Vamos, el orgullo no va a solucionar tu dolor de espalda.

Tuvo que rendirse a la evidencia. La miró de reojo mientras llevaba la sábana hacia atrás y se tumbó boca abajo con los brazos en cruz. Linette se sentó en el borde de la cama, vertió un poco de linimento y se frotó las manos para calentarlas. Ethan emitió un suspiro de alivio cuando comenzó a recorrerle la espalda.

—¿Dónde te duele? Tienes muy mala cara.

—Menos los dientes, todo lo demás —aseguró.

Los dos sabían que ese «todo» incluía también el alma. Aun así, Linette no podía dejar de verlo en la pared de la tienda con Harriet pegada a él.

—Ahora entiendo por qué no te causa reparo la desnudez.

—Si te refieres a mi vida entre los indios, te aseguro que no van desnudos. No son tan salvajes como te imaginas.

—Ya me estás juzgando de nuevo.

—Con el torso descubierto, he visto a muchos hombres. Completamente desnudo, solo he visto a uno —alegó—. No me avergüenza porque, en este momento, te veo como a un enfermo.

Eso no era del todo cierto. No había disfrutado tanto hasta esa noche; gozó cada

vez que sus manos recorrían su dura musculatura. Por fortuna, estaba cubierto de linimento. De no haber sido así, a duras penas habría resistido la tentación de besar su espalda, su nuca, sus hombros... Sacudió la cabeza para no pensar más en ello.

Linette continuó con el masaje por las piernas. Luego, volvió a sentarse y le frotó hombros y brazos.

—No fui muy amable contigo al principio —confesó él en voz baja—. Esto mismo debí hacerlo yo cuando tú tenías dolores.

Los dos guardaron silencio, ninguno habría podido resistir ese tipo de contacto. Para él hubiese supuesto una tortura. Para ella, un sufrimiento innecesario.

—Tus manos son auténtica magia —aseguró.

—¿No te da asco mi mano quemada? —preguntó con inquina.

Ethan se incorporó con tanta violencia que la sobresaltó. La agarró por la muñeca con furia.

—¿Tan mezquino me consideras? Si es así, ¡lárgate de una vez! No tenemos nada más que decirnos.

Linette le agarró la mano para que la soltara, pero él la apretó con más fuerza sin dejar de mirarla.

—He cometido muchos errores en mi vida, ¿me oyes? —continuó—. Pero tengo la conciencia muy tranquila, nunca me he conducido de una manera innoble. No te he dado motivos para que me juzgues con tanta crueldad.

—Me lo dijo Harriet —aclaró soltándole la mano—. Ella me dijo que te repugnaba que te tocara con mi mano quemada.

—¡Harriet! ¡Siempre la maldita Harriet! Ante semejante muestra de mezquindad, tendrías que ser capaz de sacar tus propias conclusiones antes de declararme culpable.

Linette empezó a pensar que tal vez Ethan no tuviese la culpa de lo sucedido. Aquella mujer la había retado un rato antes. Y, desde luego, la creía lo bastante retorcida como para tramar aquella escena con tal de demostrarle de lo que era capaz.

Ethan le tomó de nuevo la mano, esta vez con delicadeza.

—Lo único que lamento de esta cicatriz es el inmenso dolor que debiste de sentir cuando te quemaste la mano siendo una niña.

—No te preocupes por ello. No guardo ningún recuerdo —lo tranquilizó.

Sabía que su dolor era sincero, Ethan era incapaz de fingir. Dio por finalizado el masaje y lo tapó con la sábana y la colcha.

—Aunque hace calor, trata de aguantar. Lo que necesitas es mantener los músculos calientes.

—¿Eso significa que me dejas dormir aquí?

—Es tu cama, si sobra alguien...

—Tú no vas a ninguna parte —advirtió agarrándola por la cintura.

—También es mi cama —claudicó tumbándose a su lado—. Ahora descansa.

En cuanto cerró los ojos, Linette se dejó vencer por el cansancio acumulado.

—¿Estás dormida?



Con un murmullo ininteligible le hizo saber que apenas aguantaba despierta.

—Linette..., gracias.

Y esa noche, Linette se entregó al sueño con una sonrisa triste en los labios. Por primera vez desde su llegada, la llamaba por su nombre.

Tres días después de la venta del ganado, Linette, desde la cocina, escuchaba los hachazos en la parte trasera. Desde el día del viaje, habían cruzado tan pocas palabras que sobraban dedos en una mano para contarlas. Ni la mesa compartían a la hora de cenar.

Linette remató la labor. Por fin tenía todas las abrazaderas nuevas para las cortinas.

Rodeó la casa y se quedó mirando a Ethan con las manos a la espalda.

—Cuando encuentres un momento, necesito que claves un par de escarpas en las ventanas.

Ethan clavó el hacha en el tocón y la miró con curiosidad. Ese tono tan amable era toda una novedad.

—Ahora es buen momento.

Se secó el sudor de la frente y se embutió la camisa por la cabeza. Linette lo vio ir hacia el barracón que en otros tiempos alojaba a los peones y deseó que algún día Ethan consiguiera volver a ver ese barracón lleno de hombres, en lugar de herramientas, aperos y telarañas.

Cuando él entró en la cocina, Linette probaba el efecto de las nuevas abrazaderas.

—¿Dónde las quieres?

—A los lados, a esta altura más o menos.

Ethan, que disfrutaba al ver cazuelas humeando en la cocina y del aroma a comida recién hecha, no hizo ningún comentario. Mientras clavaba la segunda escarpia, se preguntó de dónde sacaba Linette el tiempo para labores tan delicadas. Le parecieron flores, se fijó un poco mejor y distinguió que eran tréboles unidos por las hojas. La observó de reojo, Linette sonreía satisfecha. Las abrazaderas daban un nuevo aspecto a la ventana y la cocina parecía mucho más luminosa.

—Desde que llegaste, esta casa te pareció demasiado modesta —pensó en voz alta.

—¿Cómo puedes decir eso? Durante años viví en un tipi de piel de bisonte. Además —añadió—, los muebles son muy elegantes. ¡Si hasta tengo una máquina de coser!

—¿Funciona ese trasto?

—¿Llamas trasto al mejor invento del siglo? Claro que sí, solo hizo falta engrasarla.

Ahí tenía la explicación: él que creyó que pasaba tanto tiempo en el desván porque se había construido allí arriba un mundo hermético a su medida. Tuvo que

reconocer que había dado demasiadas cosas por supuestas. Si no hacían un esfuerzo por ser más comunicativos, poco iban a cambiar las cosas. La solución era bien sencilla.

—La trajeron desde el Este y los muebles, también —le explicó—. Mi madre siempre quiso una casa grande y confortable. Lo primero que hicieron fue comprar la cocina, un lujo para aquel entonces, y mi padre prometió construir un salón más adelante. Pero no fueron buenos tiempos. Lo prioritario era mantener el rancho a flote y el salón nunca llegó. Ya lo tienes —anunció—. ¿Quieres también en las otras ventanas?

—Sí, por favor.

Ella lo siguió hasta la otra pared y le apartó la cortina para facilitarle el trabajo.

—¿Fueron pioneros? —preguntó para que siguiese con el relato.

—En cierto modo. En realidad vinieron al morir mi hermano. Estudiaba en West Point. Era el orgullo de mis padres. Imagínate, el hijo de un irlandés en la academia.

—¿Murió en el frente?

—No, fue un accidente. Tuvo muy mala suerte, un error con la munición. Mis padres decidieron iniciar una nueva vida para olvidar y vinieron al Oeste con mi hermana. En el Este disfrutaban de una posición acomodada, pero lo vendieron todo y con aquel dinero compraron estas tierras. Por eso el rancho tiene tantos acres. Yo nací en esta casa.

—Debe de ser muy duro perder un hijo —comentó impresionada.

—Durísimo, mis padres siempre lo tenían presente —dijo rematando de un golpe el último clavo.

Ethan salió de casa. Linette se quedó muy seria. Era extraño, rara vez hablaba de su familia. Arregló el fruncido de las cortinas y se hizo atrás para contemplar el efecto. En silencio, se felicitó a sí misma: la cocina parecía otra.

Se preguntó por qué tardaba tanto en guardar el martillo, pero la respuesta se la dio el golpeteo sordo del hacha y salió en su busca.

—Falta mucho para el invierno, no es necesario que hagas eso ahora —comentó en un intento por romper el muro de hielo que ambos habían levantado.

—En verano los días son más largos. Hay que aprovechar estas horas de luz para aprovisionarnos de leña.

Linette entendió el razonamiento, aunque no dejó de considerarlo una excusa. Permaneció junto a él de brazos cruzados. Ethan se había despojado de la camisa, su piel brillaba por el sudor. A Linette le dolía verlo agotarse de ese modo tras una larguísima jornada con el ganado.

—¿Tienes más familia en el Este?

—Mi padre tenía un hermano, pero acabaron perdiendo el contacto. Durante los primeros años se escribieron varias cartas. En la última que recibimos, mi tío contaba que se acababa de unir a la secta de un tal Smith<sup>[5]</sup> y que tenía tres esposas.

—¿Tres esposas? —preguntó incrédula.

—Sí, al parecer esa gente admite la poligamia, pero andaban huyendo como proscritos. Lo último que supimos de él es que se dirigía con sus tres esposas hacia el Lago Salado. —Ethan se quedó mirando la cara de estupor de Linette—. Mi padre siempre dijo que su hermano debió de considerar que una sola mujer le complicaba poco la vida y por eso decidió complicársela con dos más.

—¿Y qué decía tu madre? —preguntó sorprendida por el tono bromista.

—Le daba un codazo y mi padre se echaba a reír. Y entonces mi madre reía también.

Ethan se quedó pensativo con una mirada triste. Linette lo notó y decidió sacarlo de aquellos pensamientos.

—¿Tocas el violín? Arriba he visto uno.

—No, aunque Aaron se empeñó en enseñarme sin resultado. Ese *fiddle* lo trajo mi abuelo desde Irlanda. Es lo único que conservo de la vieja patria. Eso, una caja de música y una vieja cuna. —Hizo una pausa—. Tres trastos inútiles.

Zanjó la conversación clavando el hacha. Accionó la bomba del lavadero y metió la cabeza debajo. Linette contempló cómo se secaba el cuerpo y los brazos con la camisa sucia.

—Voy a por una camisa limpia.

Ethan fue tras ella. Cuando se sentó a la mesa, Linette le tendió la camisa doblada.

—¿No cenas? —preguntó mientras se abotonaba.

—He cenado hace ya rato —dijo acercando la cazuela a la mesa. Mientras se servía, la vio desaparecer escaleras arriba. Esa noche más que nunca hubiese querido envolverla entre sus brazos y colmarla de caricias; al mismo tiempo, una barrera invisible le impedía acercarse a ella. Se debatía entre un montón de sentimientos encontrados y no sabía cómo hacerles frente.

Estaba sirviéndose una taza de café cuando a su espalda una melodía del pasado reverberó como un repiqueteo de campanillas.

—Mi madre nunca me dejó tocarla —recordó con añoranza—. Para mí siempre fue un objeto mágico y misterioso.

—¿Te importa que me la quede? Nunca he tenido...

—Quédatela si te gusta. —No la dejó terminar.

Puso la taza en el fregadero y volvió a salir. Linette cerró la caja de música y la colocó sobre la mesa. Ya en el patio, lo retuvo del brazo.

—Ya es tarde, déjalo por hoy. Vuelve a casa, por favor —rogó.

—No vuelvas a hacerlo, Linette —ordenó entonces reteniendo su mano—. La otra noche ya dijiste todo lo que piensas de mí y lo acepto, pero no quiero tu compasión. No hay nada más humillante.

—Entonces dije muchas cosas que mi corazón no siente —confesó con sinceridad—. Se que nunca me harías daño a propósito.

Ethan bajó la vista, aflojó la presión de su mano, pero la retuvo y acarició su

palma. Como si esa caricia le imprimiese valor para soportar el golpe, porque todos los calificativos hirientes que tan a menudo le había dedicado se tornaron contra él.

—Estamos en paz. Yo también he dicho cosas horribles que me gustaría borrar, pero no puedo. No sabes cuantas veces me maldigo por haberte herido con mis comentarios.

Linette tuvo que contener las lágrimas. Aquellas palabras tenían un enorme valor viniendo de un hombre tan poco acostumbrado a disculparse. Se puso de puntillas y lo besó en la mejilla.

—No es compasión —susurró mirándolo a los ojos—. No lo es.

Ethan le soltó la mano despacio. Ni la miró cuando volvió a la parte trasera.

Esa noche en la cama, Linette no podía conciliar el sueño. Se secó una lágrima pensando que Ethan nunca sería capaz de recibir un sentimiento que no conocía. Su vida en adelante iba a ser mucho más difícil. Sería muy duro amarlo y no podérselo demostrar.

Cuando se durmió, aún se oían en la parte trasera los golpes secos del hacha.

Por fin lucía el sol. Algo bueno, al menos, en aquel día funesto.

Harriet agitó las riendas de vuelta a Indian Creek, harta del traqueteo del carro. Para colmo, el viaje había sido en vano.

Por una vez en la vida, la cicatería de su madre había sido una suerte. Amanda Keller aprovechaba cualquier oportunidad para llenar sus arcas y, con la excusa de prestar un atento servicio siempre a disposición de su clientela, abría su negocio incluso los días de asueto.

Para contrariedad de su hija, se negaba a contraer nuevas nupcias, aunque pretendientes no le habían faltado. Con un hombre en casa, dejaría de atosigarla y le evitaría la obligación de ayudarla en la tienda. Pero ninguno le parecía lo bastante bueno y, por supuesto, a ninguno dejaba meter las narices en el negocio. Su madre necesitaba un pelele que se limitara a ejercer de mozo de almacén, y pocos hombres aceptaban verse relegados al papel de segundones.

El sábado hizo un somero inventario y observó consternada que no había sido bastante previsora. Tendría que acercarse ese mismo día a Kiowa Crossing para abastecerse de algunos artículos, porque un cliente insatisfecho suponía una venta perdida. Y Harriet encontró la oportunidad propicia para congraciarse con su madre. Había tenido que salir casi al alba. Su madre se extrañó de verla tan solícita, pero accedió de buena gana; no le apetecía nada viajar a su edad. Harriet pensaba aprovechar el viaje para aceptar la propuesta de aquel McNabb. Solo por ese motivo aguantaba la tortura de recorrer dieciocho millas, acompañada de un tintineo de cubos que entrechocaban en la trasera a cada bache. Y en un carro de transporte, ¡qué vergüenza!

No fue difícil saber de McNabb, era hombre de sobra conocido. En el mismo almacén general de Kiowa se enteró de la noticia, mientras le preparaban el pedido. Todos sus planes se acababan de ir al traste.

Cuando el carro de Harriet entraba en Indian Creek, en la iglesia el reverendo Bartlett invitó a los presentes a entonar el último himno. Momento que aprovechó la viuda Keller para escabullirse, haciendo caso omiso de la mirada reprobadora del predicador.

Poco a poco, la gente fue saliendo de la iglesia. Linette lo hizo de las primeras. Había tomado la decisión de asistir al sermón con la cabeza bien alta, aunque fuese sola. No tenía de qué avergonzarse.

Desde el día de la lluvia, Ethan se mostraba aún más taciturno. Parecía querer olvidar los problemas a fuerza de trabajar sin descanso, incluso en domingo. Ese mismo día había salido temprano hacia los pastos sin dar explicaciones. Y Linette no lo esperó.

A la salida de la iglesia no se entretuvo en saludos, no estaba de humor para conversar. Había atado el caballo en el abrevadero que había ante el almacén general,

y hacia allí se dirigió sin despedirse de nadie.

Poco después, salieron los Sutton al completo. Matt y los chicos mayores fueron a buscar el carro y Hanna se entretuvo charlando en un corrillo. Emma vio a Linette alejarse calle arriba; le había dolido verla tan sola durante el sermón.

Alice advirtió su cara de preocupación y tomándola del brazo la llevó aparte.

—Emma, no me gustan las habladurías. Pero, créeme, tu cuñada tiene motivos para estar furiosa.

La mujer le hizo un somero relato del incidente: se encontraba en el vestíbulo del hotel y desde allí lo presencié todo. Emma respiró aliviada al saber que, por fortuna, fue la única testigo. Contuvo la rabia al escuchar los pormenores sobre la actitud desvergonzada de Harriet; y se alegró de que, al menos en esa ocasión, su hermano hubiese mostrado algo de cordura. Lo sintió por Linette. Ahora entendía por qué parecía tan desdichada.

—Alice, te ruego que no comentes esto por ahí.

—Puedes estar tranquila, ya te he dicho que no me gustan los chismes, pero he pensado que debías saberlo. Además, aprecio mucho a tu cuñada.

Emma, en lo referente a la vida de los demás, era respetuosa en modo extremo. Pero cuando se trataba de las personas que consideraba bajo su ala, dejaba a un lado la discreción.

Esa misma tarde mandaría a Hanna al rancho Gallagher con cualquier excusa. De ese modo, Minnie y ella harían un rato de compañía a Linette y de paso podrían darle un recado para que durante la tarde del lunes se pasara por el rancho Sutton. Tenía que ayudar a esa pareja, o al menos intentarlo.

Ethan tiró con fuerza. La trucha se debatía furiosa amenazando con romper el sedal. Con un movimiento ágil y certero logró sacarla a la orilla. Salió del río sorteando las matas de punta de flecha y se arrodilló para desengancharle el anzuelo mientras todavía daba coletazos.

—Es enorme —comentó Matt, mirándola de reojo—. Eres un hombre con suerte.

—¿Suerte? —preguntó con una mueca irónica.

Ambos se encontraban casi a la orilla, en la parte menos profunda del río, aun así el agua cubría buena parte de sus botas.

—Yo creo que sí —dijo sin apartar la vista del sedal—. Tienes suerte de estar rodeado de gente con una inmensa paciencia.

Ethan alzó los ojos del anzuelo que tenía entre manos, sabía que en algún momento Matt intentaría romper su mutismo. A fin de cuentas, estaba en lo cierto: era afortunado por contar con personas que lo aceptaban pese a su carácter impenetrable. No se sentía orgulloso de su comportamiento durante las últimas semanas.

—No sé qué me pasa —reflexionó molesto en voz alta—. Me merezco más de un

puñetazo.

Matt adivinó detrás de aquellas palabras una disculpa por el enfrentamiento del lunes. Lo observó balancear la caña con furia. Parecía querer descargar toda su frustración con aquel movimiento violento.

—Solo has tardado tres días. —Hizo una pausa mientras afianzaba la postura abriendo las piernas—. De haber tardado un día más, habría ido a por ti para propinarte una buena ración de golpes.

Ethan rio por lo bajo y lo miró a los ojos. Nadie le conocía tan bien como Matt. Entre ellos no necesitaban muchas palabras. Había intuido sus excusas y le había disculpado con idéntica sutileza. Sintió una paz enorme al haber solucionado los problemas con su cuñado, pero contuvo el impulso de abrazarse a él. Quince años atrás lo habría hecho, pero no era propio de hombres mostrar sus afectos. De modo que le dio un cariñoso golpe en el brazo, que Matt le retornó con idéntica rudeza.

—¡Cuidado! —advirtió Ethan.

Matt echó el cuerpo hacia atrás haciendo esfuerzos para no soltar la caña. El pez debía de ser muy grande. Por fin logró ganarle la partida a una hermosa trucha que, aun en tierra, se empeñaba en prolongar una batalla perdida.

—¿Has pensado qué vas a hacer? —preguntó Matt enganchando un nuevo cebo en el anzuelo—. Así no puedes continuar, lo sabes.

—¿Crees que no me doy cuenta? —Agitó los hombros intentando aliviar la tensión—. Creí que todo sería más sencillo. Cuando decidí casarme, lo hice con intención de empezar de nuevo. Pero, desde entonces, mi vida es lo más parecido al infierno.

—Linette no es feliz —le espetó.

Ethan contrajo el rostro. Le dolió la sinceridad de Matt.

—No es culpa mía —se escudó—. Maldita sea, no sé cómo tratarla. Tuve que escoger a la mujer más complicada y enigmática que puebla estas tierras.

Matt se giró hacia él con semblante serio. No era propio de Ethan eludir su parte de culpa. Pero se relajó al comprobar que su preocupación era sincera.

—¿Qué mujer no lo es? —rio—. Tú tampoco eres muy comunicativo.

Ethan se preparó, el sedal volvía a estar tenso. Tiró con rabia de la caña y la trucha rebotó en el suelo tras él. En un par de zancadas salió a la orilla.

—Me exasperan sus silencios —masculló arrancando el anzuelo con un brusco estirón—. Con todo el mundo se muestra sonriente, para todos tiene una palabra amable. En cambio, a mí me esquivo; no permite que forme parte de su mundo.

Evitó comentar que aún no había consumado su matrimonio. Se trataba de algo demasiado íntimo y personal. Jamás se había sentido tan fracasado como hombre y eso le reconcomía por dentro.

—¿Y qué has hecho tú para merecerla? —inquirió mirándolo a los ojos—. Acéptalo, Linette es dulce y cariñosa con todo aquel que le muestre tan solo una pizca de afecto. Se nota que no ha tenido una vida fácil; cualquiera es capaz de ver

que sufre una enorme falta de cariño.

—Me desprecia —aseguró apretando la mandíbula.

—Y eso es algo que tu orgullo irlandés no puede soportar —añadió con sorna—. Tampoco se ve que tú la aprecies demasiado. Linette es una mujer encantadora. Si a tu lado se siente desgraciada, déjala marchar.

—Ya lo hice —confesó. Matt lo miraba incrédulo, nunca lo hubiese esperado de él—. Le ofrecí dinero suficiente para que se marchara. Prefiero no tenerla a verla triste. Pero decidió quedarse —cabeceó con exasperación—, es terca como una mula.

—¿De qué te quejas? Eso significa que aún te queda una pequeña esperanza. Pero ten cuidado —advirtió—. Muchos hombres estarían dispuestos a revolotear a su alrededor y tú no has hecho más que empeorar las cosas. El incidente con la Keller...

—¿Qué insinúas? —murmuró con una mirada peligrosa—. Y olvida a esa mujer no me interesa ni ella ni ninguna otra. Linette es mi esposa.

—¿Por cuánto tiempo? —le instigó—. Vamos, ya sabes lo fácil que es anular un papel en estas tierras. Esto no es el Este, conozco casos de bigamia e incluso de matrimonios no celebrados. ¿A quién importa una simple formalidad?

—Soy un hombre de palabra —advirtió con seriedad— y adquiriré un compromiso.

Matt cabeceó con una sonrisa burlona. De pronto, su sedal se tensó con tanta fuerza que casi consiguió arrastrarlo. Con firmeza, tiró de la caña. Cuando la trucha dejó de dar coletazos, la cogió con la mano y una vez libre del anzuelo la lanzó a la orilla.

—Un compromiso —repitió—. Reconoce que si te dejara, tu amor propio no lo soportaría. —Lo miró de soslayo y decidió provocarlo—. Trata de imaginarla en brazos de otro hombre.

Se volvió hacia Ethan, que en aquel momento lo atravesaba con una mirada escalofriante, y no pudo evitar una carcajada.

—Jamás —sentenció con tono feroz—. La necesito a mi lado.

—Necesitas una mujer —aclaró Matt—. No te será difícil conseguir otra, eso nunca te ha supuesto un problema. Harriet estaría dispuesta.

—No quiero a otra —zanjó enfurecido—. Todavía no entiendo qué pude ver en esa mujer. Al lado de Linette no es más que una muñeca ridícula y presumida. Harriet solo me pareció perfecta para lucirla colgada del brazo. Con Linette es distinto.

—Linette te parece perfecta para disfrutarla entre tus brazos —añadió burlón— y que no pueda escapar.

—Algo así —comentó con media sonrisa—. Maldita sea, Matt. ¡La quiero conmigo!

—Eso ya lo tienes. Ha decidido quedarse, ¿no es así? —Lo miró de reojo—. ¿Qué más quieres?

Ethan no respondió. Callado y pensativo salió del río y se entretuvo en ensartar las truchas en un cordel. Matt consideró que ya habían pescado lo suficiente, por lo que comenzó a recoger los aparejos.



Durante el camino de vuelta respetó el silencio de Ethan. Estaba satisfecho: su cuñado había dejado atrás años de juventud disipada. Conocía su reticencia a profundizar en sus relaciones con las mujeres y le constaba que pocas veces repetía noche con la misma; incluso en más de una ocasión escapó de las pretensiones de alguna viuda enamoradiza. Siempre huyó de compromisos y formalidades. Hasta que puso sus ojos en Harriet y, para su tranquilidad, le acababa de confirmar que ese asunto era también agua pasada.

Casi habían llegado al final del sendero que discurría paralelo a la fronda del bosque, cuando Ethan se giró hacia su cuñado.

—Se lo que quiero —se sinceró—. Quiero poder hablar con ella cada vez que me siento a la mesa, quiero que al entrar en casa se lance a mis brazos, quiero que nos peleemos por cualquier tontería —suspiró y añadió con media sonrisa—, y luego hagamos las paces. Quiero que me vuelva loco con charlas interminables...

—Eso es lo más habitual —comentó con ironía.

—No sé si lo entiendes. —Matt enarcó las cejas y sonrió—. Me gustaría verla furiosa, y también me gustaría oírla reír. Quiero que a mi lado se sienta viva. Necesito su maravillosa sonrisa cada vez que me mire.

Una vez en el llano se detuvieron antes de tomar caminos distintos. Ethan separó dos truchas y entregó el resto a Matt.

—Con dos tenemos de sobra —insistió.

—Bien, me voy a que tu hermana me regañe... o me sonría, si hay suerte —comentó en broma recordando las palabras de Ethan.

—Para vosotros ha sido tan fácil —añadió.

—No lo creas —le contradijo Matt—. Y, ahora que sabes lo que quieres, ve a por ello. Los dos seréis mucho más felices, te lo aseguro.

Ethan no respondió, pero Matt pudo ver en sus ojos una fuerte determinación. Supo que se había propuesto cambiar las cosas y de sobra sabía que cuando un Gallagher se proponía algo no había nadie capaz de impedirselo. Antes de tomar el camino hacia el rancho Sutton, Matt se giró y lo llamó.

—Ethan. —Este paró y lo miró por encima del hombro—. Pregúntate por qué ella y no otra.

—De eso estoy seguro —aseveró con firmeza—. Porque ella es la única que consigue hacerme estremecer como a un muchacho asustado.

Matt lo contempló mientras se alejaba con su característico andar erguido y arrogante.

—Lo que te ocurre es algo muy sencillo —comentó cuando Ethan ya no podía oír sus palabras—. Solo te falta adivinar cómo se llama.

Desde que vivía en Indian Creek, Linette había conseguido aficionarse al café. El lunes por la tarde, ante una taza humeante, escuchaba sin perder detalle el relato de su

cuñada.

—Él nació cuando mi hermano Sean ya había muerto. Yo tenía diez años y casi se crio como hijo único. No pienses que fue un niño solitario, había muchos chicos en Indian Creek y en casa todos estábamos pendientes de él. Tal vez demasiado pendientes —añadió pensativa.

—Pero no tuvo hermanos con quien jugar, compartir secretos, pelearse... Esas cosas que hacen los hermanos, supongo. —Ella tampoco los había tenido y entendía ese tipo de soledad.

—Te aseguro que fue el niño más feliz del mundo. Fue un regalo inesperado. Mis padres eran ya mayores. Imagínate, de repente un bebé en el rancho. Para mi padre fue un soplo de vida. Había perdido a su único hijo varón y el Cielo le enviaba otro. Fue durante años el juguete de la casa.

Linette pensó en aquel niño que, sin saberlo, había venido para ser la ilusión de sus padres y también para sustituir al hijo perdido.

—¿Se parece a Sean?

—Mucho, todos nos parecemos bastante. Me refiero a los Gallagher, porque mis hijos se parecen más a su padre.

—¿Y en el carácter?

—No sé qué decirte, yo era una niña y a Sean lo recuerdo siempre tan sonriente... A veces pienso que el carácter sombrío de mi hermano se fraguó porque siempre se sintió a la sombra de Sean. Mis padres no paraban de repetir que él sería el dueño del rancho al no estar nuestro hermano. Creo que cargamos demasiadas responsabilidades a sus espaldas.

—Debió de ser duro para él perder a vuestro padre —dijo Linette con dolor en la voz.

—No te imaginas cuanto. Tenían una relación excepcional. Un día, Ethan llegó de la escuela y lo vio en su mecedora, corrió hacia él creyendo que dormía, pero había muerto. Dijeron que su corazón se había cansado de latir. Ethan tenía entonces quince años.

A Linette se le hizo un nudo en la garganta. Imaginó a aquel niño al que, como a ella, la vida convirtió en adulto antes de tiempo.

Emma era consciente de estar pisando un terreno que no le correspondía. Pero deseaba con todas sus fuerzas la felicidad de su hermano. Linette tenía que saber lo que supuso para él quedarse a cargo de las ilusiones de su padre a una edad tan temprana.

—Cuando llegó el doctor nada se pudo hacer. Mi padre había muerto feliz, contemplando lo que había creado con tanto trabajo. Para nosotros fue un consuelo. Mi madre era mayor y a esa edad se espera la muerte de una manera diferente. Y yo ya estaba casada y con dos niños, tenía mi propia casa. Para Ethan fue mucho más duro. Resultó terrible tener que separarlo del cuerpo de mi padre. Permaneció abrazado a él toda la noche, hablándole, pidiéndole que no se marchara. —Tuvo que

detener el relato por un instante porque la emoción le impidió continuar—. Creo que por eso no le quedan lágrimas: aquella noche las derramó todas.

Linette trató de retener el llanto. Ella también sabía lo que era perder a los seres queridos.

—Cuando se hizo de día, Matt, con mucho cariño, le anunció que se acercaba el momento de la despedida. Ya hacía rato que había dejado de llorar. Muy serio, salió de la habitación y al instante oímos ruido fuera. Matt lo encontró tallando un trébol en la tapa del ataúd.

—Un *shamrock* —recordó Linette.

—Le explicó que lo hacía para que supiesen que era un irlandés. Así podrían enviarlo junto a sus padres al llegar al Cielo de los irlandeses y siempre estaría con ellos.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Linette. Emma también tenía los ojos anegados.

—Nunca he vuelto a ver tanta pena en los ojos de Matt. Mi hermano no volvió a soltar ni una lágrima. Durante el entierro y a la hora de las condolencias, se comportó como un adulto. De vuelta a casa de mis padres, desapareció. Mi madre no quiso lutos. Era una mujer única, decidida a vivir sin tristeza, como era el deseo de mi padre. Pero estaba preocupada por mi hermano, las dos lo estábamos. Mi esposo dijo que sabía dónde encontrarlo. Un par de horas más tarde, regresaron los dos. Matt le rodeaba los hombros con el brazo. Fue como si la vida empezase para él de nuevo.

—¿Qué paso en esas dos horas? ¿Dónde estuvo? —preguntó Linette enjugándose la mejilla.

—No lo sé. Nunca le he preguntado a Matt, ni él me lo ha contado. Es algo entre ellos.

Linette admiró a su cuñada. Así eran los Gallagher.

—Tuvo que hacerse cargo del rancho siendo apenas un niño. Mi madre se fue tres años después. También entonces talló un *shamrock* para que pudiese encontrar a mi padre en el Cielo —dijo secándose una lágrima—. Hace once años que está solo. Es cierto que en el rancho todos lo quieren y respetan, pero hasta ahora lo único que ha tenido es mucho trabajo y una casa vacía.

—Entonces, ¿por qué nunca se casó? —Linette no entendía que hubiese permanecido soltero hasta esa edad.

Emma se removió nerviosa. Comprendía la curiosidad de su cuñada, pero era a su esposo a quien debía formular esa pregunta.

—¡Ay, Linette! —Cabeceó con una sonrisa triste—. Escúchame bien: tienes que prometerme que nunca le dirás a mi hermano que yo te lo he contado.

—Te lo prometo. Se que para ti no es fácil hablarme de él.

—Primero el trabajo le absorbía de tal manera que no pensó en buscar una mujer. Más tarde —respiró hondo— puso sus ojos en Harriet, pero sabía que solo lo aceptaría si reunía el dinero suficiente para que ella no tuviese que mover un dedo.

Linette se tensó de una manera que no pasó desapercibida a su cuñada.

—Luego, no sé si te lo ha contado. —Linette negó—. Hubo sequías que hicieron que el negocio no fuese todo lo próspero que debía. Ethan esperó durante años a ser lo bastante solvente para poder pedir la mano de Harriet. Durante ese tiempo, las pocas mujeres solteras de los alrededores se fueron casando. Y hace seis meses le pidió a Harriet matrimonio, pero ella se rio de él. Le dijo que jamás viviría entre vacas pudiendo conseguir cualquier hombre mejor situado que la mantuviese como a una dama.

Hizo una pausa. No sabía si seguir hablando al ver que Linette se había puesto pálida como la cera.

—Linette —preguntó preocupada—, ¿estás bien?

—No me pasa nada. Sigue por favor —pidió muy seria.

Acababa de entender la actitud hostil de Ethan hacia ella. Era el rechazo. Ella lo había rechazado otra vez.

—Linette, no quiero que pienses que soy una entrometida, pero tenía que contarte todo esto. No sé si mi hermano será capaz de sincerarse contigo algún día. Cuando ella lo rechazó, parecía no tener ilusión por nada; descuidó el rancho y se descuidó a sí mismo. Cuando llegó contigo, para nosotros supuso una inmensa alegría. Tú lo harás un hombre feliz, lo sé —dijo tomándole la mano.

Toda la tensión acumulada explotó de golpe en el pecho de Linette. Su cuñada, alarmada, la tomó entre sus brazos intentando calmarla. Al recibir tal muestra de cariño, Linette aún lloró más afligida, sacudiendo los hombros con cada sollozo.

—Vamos, vamos, llora todo lo que haga falta —susurró Emma comprensiva.

Poco a poco pareció calmarse.

—Me parte el corazón saber que lo han despreciado de ese modo. No soporto que nadie le haga daño.

—Nunca te había visto así. Por un momento he creído que estabas embarazada. En mis embarazos siempre me he puesto a llorar sin ton ni son —intentó bromear.

Linette se echó a llorar de nuevo.

—Pero ¿qué pasa? ¿Estás embarazada? Tienes miedo, ¿verdad?

Ella negaba con la cabeza sin dejar de llorar. Emma estaba cada vez más asustada, no sabía qué profunda aflicción podía provocarle aquel llanto. Por fin, Linette consiguió articular palabra.

—No, no lo estoy. Eso es imposible.

—¿Por qué es imposible? Es cierto que lleváis poco tiempo casados, pero no hay nada imposible.

—Sí lo es.

—No digas eso. —Emma cerró los ojos y los volvió a abrir como platos—. No me estarás diciendo que tú..., que vosotros no...

Linette asintió sin levantar la vista. Emma fue hasta la cocina a por un poco de agua. Acababa de quedarse sin habla. De pronto empezó a removerse nerviosa, como

si tuviese mucho trabajo atrasado. Aquello explicaba el carácter cada vez más agrio de su hermano, la tristeza en los ojos de Linette y la relación tormentosa que había entre ellos. Y maldijo a Harriet, que para colmo de males se había interpuesto entre el matrimonio en el peor momento; maldijo de paso a su hermano por caer en la trampa y maldijo a Linette por no saber defender su matrimonio.

Linette la miraba de reojo sin comprender. Emma se sentó junto a ella. Lamentaba no haberse dado cuenta antes de lo sola que se sentía aquella muchacha sin tener a alguien en quien confiar.

—Dime una cosa —dijo tomándole la mano—, ¿serías capaz de confiar en mí?

—Acabo de hacerlo, nadie sabe esto más que tú. —«Y mi marido», pensó.

—Sé que perdiste a tus padres, y luego a tu madre adoptiva. Los echas de menos, ¿verdad? —Linette asintió mirando hacia otro lado—. No puedo sustituirlos, pero trata de verme como a una hermana mayor.

—De alguna forma ya lo eres —dijo sonriendo con tristeza.

—Se que no debo meterme en los asuntos de un matrimonio, y que Dios me perdone, pero voy a hacerlo. ¿Es mi hermano quien no quiere...? —Linette negó con la cabeza—. Eres tú, entonces. ¿Es por algo...?

—Me pasó una cosa terrible al morir mi madre adoptiva.

—¿Eres capaz de contármelo? —Temía remover antiguas heridas.

—Su hermano intentó forzarme varias veces. —Emma se llevó la mano a la boca horrorizada—. Pero no lo consiguió, yo me resistí. Desde entonces, tengo terror a... «eso».

—¿Mi hermano ha sido desagradable contigo?

—La primera vez fue brusco y yo me asusté. Me recordó lo que ese hombre había intentado. Desde entonces, me odia.

—Linette, eso no es odio. —Emma sonrió sorprendida por la candidez de su cuñada—. Es que se siente herido en su amor propio.

—Acabo de comprender que mi rechazo le ha dolido más que cualquier cosa —admitió apenada—, pero ya no tiene solución.

—Te voy a hacer una pregunta muy personal —le advirtió Emma—. ¿Vosotros dormís en la misma cama? —Linette asintió—. Todas las noches en la misma cama. ¿Y no...?

Emma abrió mucho los ojos. Aquello era sin duda una tortura para un hombre y un sufrimiento para Linette. Tomó aire e irguiendo la espalda, se dispuso a acabar con sus problemas de alcoba. No había vuelta atrás.

—Linette, yo he tenido cinco hijos y sé de qué hablo. Te aseguro que no tienes nada que temer. —Antes de seguir, respiró hondo—. Lo que te voy a decir no volverá a salir de mi boca, así que escúchalo bien: Linette, ¡tú no sabes lo que te estás perdiendo!

Linette se quedó mirándola sin pestañear y, tímidamente, en su boca se fue dibujando una sonrisa. En realidad, no lo sabía; no tenía la menor idea de lo que se

estaba perdiendo.

—Ya verás como dentro de unos años nos reiremos al recordar todo esto — aseguró Emma.

—No se si debo... —dudó Linette un poco avergonzada—. ¿Te resultó agradable la primera vez?

—¿Agradable? ¡Más que eso! —Emma desvió la mirada.

—¿Él fue tierno?

—Fue todo —respondió con cara de satisfacción—. ¿Quieres saber algo que no sabe nadie? Nosotros no esperamos al día de la boda. Ocurrió la noche antes de casarnos. Matt no quería que nuestra primera vez lo hiciésemos en una cama. Deseaba que fuera inolvidable para los dos, y esa noche me escapé por la ventana.

Linette la escuchaba con auténtica sorpresa. No era esa la imagen que se había forjado de los Sutton, a sus ojos modelo de matrimonio y padres perfectos. Emma la miró y supo que no podía dejar el relato a medias.

—Fue en los pastos del Oeste —continuó en tono de confianza—, sobre la hierba. Aún me parece que estoy viendo nuestros cuerpos desnudos iluminados por la luz de la luna... Creí que iba a morir de amor. —Su mirada era soñadora—. Al principio, fue todo muy tierno y, luego, se convirtió en algo... salvaje. Aquella noche la recordaré siempre como la más apasionante de mi vida. Al día siguiente, en la boda, todos nos decían que nuestros rostros estaban radiantes de felicidad.

Linette no salía de su asombro. Durante toda su vida adulta, le habían inculcado que todo lo que no se ajustaba a las normas sociales era algo vergonzoso. La obligaron a ocultar que durante años vivió al margen de la sociedad; incluso en Indian Creek había tenido que escuchar el temido insulto. Y, por primera vez, escuchaba de boca de su cuñada que algo «salvaje» podía ser bello e inolvidable.

Lamentó haber juzgado erróneamente a Ethan y se reprochó por no haber sido capaz de ganarse su confianza. Ambos eran introvertidos y la culpa era de los dos. Si ella no le abría su corazón, ¿cómo podía esperar que él le abriese el suyo?

Las cosas tenían que cambiar. Si alguna vez pensó que podía vivir sin amor, estaba equivocada. No, no iba a renunciar a ello. Estaba casada con el hombre que amaba y, para conquistar su corazón, haría cuanto estuviese en su mano. Aunque se dejase la piel en el intento, le demostraría a Ethan que el amor era algo real y maravilloso.

Para empezar, conseguiría mostrarse ante él tan seductora y deseable que no sería capaz de reconocerla. Ya estaba bien de ropa discreta. Pensaba volverlo loco de deseo, aunque no sabía muy bien cómo. Miró a Emma de reojo; si, ella podría ser de gran ayuda.

—Emma, necesito que me hagas un favor —pidió pensativa—. La próxima vez que vayas a Kiowa, quiero que me compres la tela más bonita que encuentres. Tiene que ser espectacular porque pienso hacer el vestido más elegante que hayan visto nunca en este pueblo.

—Desde luego —aseguró aplaudiendo el cambio de actitud—. Pasado mañana Matt tiene que ir a vender unas caballerías, iré con él.

—Que sea azul.

Recordó que Albert le debía un favor. Había llegado el momento de cobrárselo.

Ethan afilaba con esmero la punta del lápiz mientras repasaba mentalmente los apuntes contables que acababa de anotar. Ojeó los pastos a través de la ventana de la cocina. Pronto tendrían encima la cosecha del heno, en tres semanas a lo sumo. Debía pensar cómo distribuir las tareas entre todos los peones, incluso Grace y Linette tendrían que arrimar el hombro.

Ahora era el mejor momento para darle el libro que encargó. Más adelante, la cosecha y el ganado los mantendrían tan ocupados que no dispondría de tiempo libre para leer. Aunque en los últimos días, su relación era tan tirante que tal vez acabara lanzándoselo a la cabeza.

Tan absorto se encontraba, que no reparó en que no estaba solo. Limpió con cuidado las rayas de grafito del filo del cuchillo y, al volverse, se la encontró mirándolo con cara de sorpresa.

—Usas lentes —comentó desconcertada.

Ethan maldijo por lo bajo y con una velocidad asombrosa se quitó los lentes y los guardó en el bolsillo de la camisa.

—¿No te han enseñado a llamar a la puerta? —preguntó entre dientes.

—Pero si está abierta —protestó—. Nunca te había visto con ellos.

—Solo los necesito para leer —sentenció muy erguido—. Y ni una palabra más.

—He entrado porque necesito algo de sosa. —Se excusó mientras removía en la alacena.

Pero Ethan no llegó a oírla porque con cuatro vigorosas zancadas había vuelto a sumergirse en sus cuentas.

Linette regresó deprisa al lavadero y se entretuvo en frotar la ropa empleando mucho más tiempo del acostumbrado. No pensaba entrar en casa hasta que él se hubiera marchado con el ganado. Lo último que quería era comenzar otra jornada con un enfrentamiento.

—Debes tener cuidado con esa mano —oyó la voz de su marido a sus espaldas.

Linette dio un respingo. Se miró ambas manos y alzó la vista sin entender.

—La cicatriz —aclaró—. No debes exponerla a posibles heridas y no haces más que maltratarla.

—Alguien tiene que ocuparse de la colada.

—Utiliza guantes, en el barracón hay de sobra.

—¡No puedo lavar la ropa con guantes de cuero! —protestó incrédula.

La escrutó en silencio con la cabeza ladeada. Linette entendió aquella mirada y se abstuvo de hacer ningún comentario con respecto a los lentes.

Ethan le tomó la mano y le acarició la cicatriz con el dedo índice. Ella trató de retirarla, avergonzada por tenerla tan húmeda y enrojecida, pero él se lo impidió.

—Al menos intenta ser cuidadosa. Si te lastimas en el mismo sitio no cicatrizará bien. Podrías perder movilidad en esa mano.

—Trataré de hacerlo —aseguró incómoda.

No entendía tan repentino interés.

—¿Te pagan bien en el hotel? A tus tartas me refiero.

—A treinta centavos cada una.

—Tienes que saber dirigir tu negocio. Hazte de rogar, la has acostumbrado y te necesita —le explicó sin dejar de mirarla—. Si Alice ve que no las tiene siempre que quiere, aumentará el precio.

—Sabes mucho de negocios.

Ethan, sin soltarle la mano, recorrió con el pulgar el contorno de su boca.

—Todo funciona así —murmuró—. Las cosas, cuanto más difíciles son de conseguir, más se desean.

En ese momento, Linette solo deseaba que inclinara la cabeza y la besase. Ahora que conocía sus besos, soñaba con ellos. Y hacía mucho que no la besaba. Ethan se llevó su mano a la boca y con los labios le acarició los nudillos. Sin añadir palabra, se alejó en dirección a los establos.

A Linette aún le latía el corazón demasiado rápido cuando el sonido de cascos alejándose le indicó que se había quedado sola en el rancho.

Cuando acabó de tender la última camisa, alzó el rostro con los ojos cerrados y disfrutó de la caricia del sol. La tormenta había dejado a su paso un verdor renovado en los pastos. Una ráfaga de viento impregnó el aire con el inconfundible y fresco aroma a ropa limpia y la brisa agitó las sábanas. Linette se estremeció al recibir en la cara y los antebrazos las minúsculas gotitas de agua. ¡Dios! No había sitio mejor en el mundo que los extensos prados de Colorado.

Grace no tardaría en llegar. Recordó que le había comentado su intención de visitar a Doreen a primera hora. También ella pasaría después de comer, le haría compañía y charlarían un rato. La esposa de Gideon, con su carácter risueño y vital, siempre conseguía levantarle el ánimo.

Secándose con el delantal, entró en la cocina. Contempló sus manos con fastidio, se veían ajadas y rugosas. Tal vez Doreen, o quizá Emma, supieran de algún remedio casero capaz de devolverles un aspecto algo más presentable.

Fue al levantar la vista cuando reparó en el paquete sobre la mesa. Con curiosidad, deslizó el envoltorio y se quedó anonadada. ¡Un regalo!

¡Cielo Santo! La vida de una mujer despertaba tanto interés como para escribir un libro, comprobó sorprendida al leer el título mientras acariciaba las elegantes tapas de cuero. El mundo estaba cambiando a paso de gigante.

Lo abrió por la primera página con cuidado.

—*Aquel día no hubo manera de dar un paseo...* —leyó en voz baja.



Estampado en las guardas, observó el sello de una librería de Denver. Su esposo se había tomado la molestia de hacerlo traer para ella.

Al retirar el papel de envolver, sobre la mesa vio una hoja arrancada de su cuaderno de recetas. Extrañada, la leyó. Estrechó la cuartilla contra su pecho, se trataba de una nota de él. Por primera vez, se había tomado la molestia de advertirle que no regresaría a la hora de comer. Con mimo, la dobló y guardó en el bolsillo del delantal.

Y al ver el libro entendió el porqué de sus enfados cada vez que entraba sin avisar en el cuarto de las cuentas. ¡Los lentes! De eso se trataba. Por eso le daba la espalda malhumorado en cuanto la oía acercarse.

—Tonto irlandés —dijo para sí con una sonrisa.

Su corazón rebosaba ternura hacia ese gigante orgulloso. En ocasiones, le entraban ganas de zarandearlo... y luego abrazarlo muy fuerte. ¡Qué pudor tan ridículo! Si él supiera lo bien que le sentaban esos lentes. De haber tenido el valor suficiente, le habría dado cientos de besos cuando lo vio con ellos puestos.

\* \* \*

Al día siguiente, Linette apuró el café del desayuno, ansiosa por volver al desván. Una vez allí, cerró la puerta, aunque sabía que Ethan andaba por los establos. Lo pensó mejor y volvió sobre sus pasos para abrirla de par en par. Así podría oírlo y bajar con rapidez.

El vestido que rescató del baúl lucía en el maniquí tal como lo había dejado la noche anterior. Desde luego, no era el más bonito del mundo, pero a ella se lo pareció. Lo desabrochó y se lo colocó por encima. Los retoques habían quedado perfectos, aunque podría añadirle alguna cinta en el escote y un poco de encaje. También embellecería los puños con idénticos detalles.

El color violeta le pareció maravilloso. Admiró el tramado de finísimas rayas más oscuras que en sentido vertical y horizontal recorrían la tela, formando un estampado de grandes cuadros. El escote en pico, sin ser provocativo, era lo bastante sugerente como para atraer las miradas. Ojalá fuese así. Necesitaba sentirse atractiva y bendijo el día en que comprendió que la ropa no solo sirve para resguardarse del frío.

Pronto sería la fiesta. En el baile estrenaría el vestido nuevo de seda azul. Esperaba con inquietud ese día, pensaba darles a todos una sorpresa. Ya no volvería a quedarse sentada en el banco sin bailar. Tomó el vestido como si fuese su pareja de baile y giró con cuidado al ritmo de una música imaginaria.

Ethan, al entrar en casa, oyó pasos en el desván y se preguntó qué estaría haciendo Linette arriba a esas horas. Subió la escalera y se quedó parado en el quicio de la puerta. Tenía ante sí una escena sublime. Su esposa se movía con soltura en un baile silencioso con la ilusión de una niña ante su primera fiesta.

En un giro, quedaron frente a frente. Ella paró de golpe y escondió el vestido avergonzada; Ethan se acercó despacio, se lo quitó de las manos y lo dejó sobre el baúl.

—Así no —dijo en voz baja.

La ciñó por la cintura y al tomar su mano empezó a girar con ella al ritmo de una lenta melodía que solo sonaba en su cabeza. El corazón de Linette empezó a latir con violencia. Estaba un poco rígida, era la primera vez que bailaban juntos.

—Solo tienes que dejarte llevar. Yo marcaré el ritmo.

La acercó un poco más a su cuerpo y ella sintió el calor de su aliento en la sien. Se sentía incapaz de articular palabra. Un montón de sensaciones nuevas la asaltaban, una plenitud la invadía y a la vez necesitaba algo más. Lo tenía cerca, ¡tan cerca! Cada vez giraban más despacio. La asía con tanta firmeza que podía notar sus piernas pegadas a las de él. Notó su excitación y, para su sorpresa, se sintió complacida y excitada.

Ethan notó los pechos de ella pegados a su cuerpo mientras le acariciaba la espalda. Sintió su mejilla en el hombro y necesitó respirar profundamente. La separó un poco para contemplar su rostro. La escasa luz que entraba por la ventana resaltaba extrañas tonalidades en su cabello y acentuaba el brillo de sus ojos. Bajó hasta su boca y ahogo un gemido al verla entreabierta, reclamándolo, deseosa de ser tomada.

La rozó levemente con los labios, con deleite y con maldad. Quería demorar el momento de besarla para que ella ardiese de deseo por él. Le mordisqueo el labio inferior, jugueteó con la punta de la lengua recorriendo sus labios. Notó que ella jadeaba y entreabría la boca esperando más de lo que le daba. Él la rozaba y se retiraba, le ofrecía un poco y se lo negaba. Cuando sintió que le rodeaba el cuello con los brazos y lo atraía hacia ella, por fin tomó su boca, luchó con su lengua, la saboreó incitándola a saborearlo.

Y ella supo darle lo que él quería. Se deleitó con el tacto de sus labios duros, con su sabor. Atrapó su labio inferior entre los suyos lamiéndolo golosa. Se recreó en el cosquilleo de su piel. Sentía su pecho subir y bajar acelerado, rozando el cuerpo de él.

Ethan odiaba separarse de ella, pero de no hacerlo iba a ser incapaz de parar. Se apartó maldiciendo en silencio con los ojos cerrados y sujetó la cabeza de Linette contra su hombro en un intento por serenarse y controlar la excitación.

—Tengo que irme —consiguió decir—, solo he subido a avisarte para que no me esperes a comer.

—Os llevaré algo más tarde.

—Ya lo hará Grace —dijo acariciándole la mejilla.

Con los labios enrojecidos y entreabiertos estaba bellísima.

Linette no podía creerlo. Por primera vez había ternura entre ellos. Algo mágico estaba pasando y los dos lo sabían.

—No me cuesta nada —insistió.

—Pensándolo mejor —Ethan le apartó un mechón de la frente—, me escaparé un rato. Así no comerás sola.

La tomó de la mano para bajar la escalera. Linette le apretó con fuerza y entrelazó los dedos con los de él.

Sin girarse a mirarla, Ethan sonrió y a su vez le apretó la mano.

—Dijiste que no sabías bailar —comentó en un tono que no denotaba emoción alguna.

—He estado aprendiendo.

—¿Tú sola? No me creo que ese vestido sepa tanto de baile.

—Albert me dio unas lecciones.

—¿Has estado bailando con Albert? —Giró parando en seco en medio de la cocina—. Mañana tendrá que darme unas cuantas explicaciones.

Linette se sintió orgullosa y feliz ante aquella reacción de celos.

—No hay nada que explicar, yo se lo pedí. No quería quedarme otra vez sentada viendo bailar a todo el mundo.

—¿Y por qué no me pediste a mí que te enseñara?

—Quería darte una sorpresa.

Se oyeron las risas de Grace y los vaqueros. Aaron entró en la cocina y se quedó un tanto cohibido girando el sombrero entre las manos, convencido de haber llegado en un momento muy poco oportuno.

En los ojos de Ethan resplandecía la satisfacción del amor propio complacido. La atrajo por los hombros y se despidió con un beso rápido.

—Vamos —dijo a Aaron mientras tomaba el sombrero—. Tenemos trabajo por delante.

Por la tarde, Linette no cabía en sí de contenta. Durante la comida había escuchado la conversación entre Ethan y Aaron; la deuda del vallado estaba saldada y con la venta del ganado todo serían beneficios. La llenaba de felicidad ver a su esposo tan orgulloso de sí mismo por haber triunfado ante una situación adversa. Así quería verlo siempre, orgulloso y emprendedor.

Con un suspiro se llevó la mano a los labios recordando sus besos en el desván. Abrió el costurero dispuesta a continuar con la entretenida labor de añadir rosetas caladas de encaje a aquella blusa demasiado recatada.

Cuando Ethan volvió del barracón de los arreos, se quedó con templándola desde la puerta. No había momento en el día en que parase de trabajar y, desde hacía días, no dejaba la aguja ni a la hora de dormir.

—Te vas a lastimar los ojos si sigues con esas labores —comentó.

—Tú también dedicas mucho tiempo a tus vacas —respondió sin mirarlo.

—Mis vacas... No sientes todo esto como algo tuyo —le reprochó con un amargo deje de decepción.

—Si no creyese que este es mi hogar, me habría ido.

Levantó la vista y lo miró de frente.

—Y tienes razón —continuó con un tono suave, pero firme—. A partir de ahora me referiré a todo esto como lo que es, nuestra casa, nuestras tierras..., pero las reses

son tuyas. —Él la miraba sin entender—. Porque si fuesen mías, les cogería tanto cariño que no te dejaría vender ni una y pastarían en los prados hasta que murieran de viejas.

Su tono bromista lo desarmó. Aquello era lo último que Ethan esperaba oír.

—Así no funciona este negocio —aclaró con media sonrisa.

—Por eso te lo dejo a ti —sonrió a su vez, bajando la vista a la labor de crochet—. Tú eres el ganadero y nadie mejor que tú para sacar el negocio adelante.

Ethan tomó el sombrero y la miró con curiosidad, encantado con el cambio de actitud. No solo parecía contenta, también demostraba confianza ciega en su capacidad para llevar el rancho. Eso aún le gustó más. Cuando se disponía a marcharse, la voz de Linette lo detuvo.

—Ethan. —Él se giró hacia ella—. Es la primera vez que te veo sonreír. Me encantaría que lo hicieras más a menudo.

—Es la primera vez en muchas semanas que me llamas por mi nombre —señaló él con una mirada profunda—, y me gusta mucho cómo suena en tu boca.

Linette exhibió una sonrisa tímida y bajó de nuevo la vista. Su presencia imponente a contraluz le provocaba un cosquilleo en el estómago.

—Otra cosa —añadió, girando talones—. También me gusta verte sonreír, pero aún me gusta más cuando sonrías para mí.

Tras decir aquello salió de la casa. Linette lo oyó montar y alejarse al galope. Repitió para sí una a una sus últimas palabras y no pudo evitar que un suspiro escapara de sus labios.

Poco después lo oyó galopar de regreso. Cuando alzó la vista, lo encontró recostado en el quicio de la puerta.

—¿Qué te parece si dejas eso y vienes conmigo a ver «mis vacas»? —recalcó las dos últimas palabras con ironía.

—¿Me das un minuto? —preguntó ilusionada mientras corría hacia el dormitorio.

Ethan bajó los escalones del porche de un salto. Creyó que tendría que insistir y, por lo visto, estaba deseosa de acompañarlo. Se había equivocado. Linette si consideraba aquello como algo suyo. Ensilló un caballo para ella y con él de las riendas se acercó hasta su appaloosa. Frunció el ceño al verla salir ataviada con falda de montar y un sombrero de hombre. Si en él despertaba aquel deseo fiero, en los peones supuso que causaría el mismo efecto. Solo de pensarlo tuvo que apretar la mandíbula.

—Quedarán pocas reses, con la venta de la otra semana —comentó ella mientras montaba de un salto.

—Solo quedan unas cuantas pastando —montó chasqueando la lengua—, apenas mil.

Linette lo miró con los ojos muy abiertos y al ver su sonrisa indolente se puso colorada.

—¡No me tomes el pelo! Aún me queda mucho por aprender.

—¿Por qué crees que paso tanto tiempo en los pastos? —le explicó girando grupa—. No son muchas, este rancho podría albergar cómodamente dos mil cabezas.

—Ese día llegará —sentenció convencida—. Y, para entonces, entenderé de vacas casi tanto como tú.

—¿Aunque sean solo «mías»?

Desafiándolo con una sonrisa, clavó talones y lo dejó atrás con un movimiento tan elegante que le aceleró el pulso.

Cuando ya llevaban un rato al galope, Ethan la adelantó para que bajase el ritmo.

—No vayas tan rápido, no tenemos prisa.

—Estoy deseando que me cuentes todo sobre el ganado —aseguró con entusiasmo.

A Ethan, por primera vez lo traicionaba su autocontrol. Al verla tan feliz no podía dejar de sonreír. A lo lejos distinguió a los vaqueros que trasladaban las manadas de un pasto a otro. Alzó el brazo y con un silbido le dio algunas indicaciones a Aaron.

—¿Os comunicáis así? —preguntó admirada al ver cómo se entendían con cuatro gestos.

—A tanta distancia no hay otra manera.

—¿Y por qué no vamos? ¿No tienes que trabajar?

—Están todos los peones y no me echarán de menos para mover el ganado. Esta tarde me dedicaré a enseñártelo todo. —Ella le miró agradecida—. Es la ventaja de ser el dueño.

Rodearon un amplio tramo de vallado. Ethan le fue explicando que las reses debían trasladarse de tanto en tanto para no agotar los pastos. Cuando le contó el enfrentamiento entre ganaderos y granjeros que obligó a vallar los ranchos, comprendió el enorme desembolso que había supuesto alambrar una propiedad tan extensa.

—Pero has salido adelante —afirmó orgullosa.

Ethan la escuchó complacido. Si, lo había conseguido.

Se acercaron a un prado donde pacían unos toros de cornamenta.

—¿Estos no los mueves? Son muy diferentes a los otros. Jamás había visto unos cuernos de este tamaño.

—Son longhorn tejanos. Los que ya conoces son hereford, una raza que crece rápido y nos hace ganar más dinero. En cambio, la calidad de la carne de los longhorn es mejor. Por eso no me deshago de ellos. Hay clientes que los prefieren.

—¿Por qué están separados?

—Vaya pregunta. Porque sería como cruzar un oso con una mofeta.

En la mente de Linette se dibujó la imagen con tal nitidez que sorprendió a Ethan con una carcajada.

—Bueno —se explicó aguantando la risa—, no es exactamente eso. Ahora están las madres con los terneros y se ponen a la defensiva; no quiero problemas. Cuando están solo las reses grandes, a veces los trasladamos juntos.

—Ya entiendo. Oye, me gustaría ver a los terneros.

—Otro día. —Linette se giró contrariada—. Y esa falda de montar no te la vuelvas a poner si no es solo para mí y, por supuesto, olvídate de aparecer en el pueblo con ella.

—No veo qué tiene de malo. Es cómoda —replicó alzando la barbilla—. ¿Prefieres que me ponga unos pantalones tuyos?

Ethan acercó el caballo al suyo y se inclinó sobre ella.

—¿Pantalones con ese cuerpo? Por encima de mi cadáver —murmuró en tono amenazador.

—Algunas mujeres...

—La mía no —zanjó sin dar pie a posibles alegaciones—. En cuanto a esa falda, se te ajusta como una segunda piel y la visión de tu magnífico culito botando sobre la silla la quiero en exclusiva.

—¿Por eso no vamos con los vaqueros? —preguntó secretamente halagada.

—Porque los distraerías y se les escaparía el ganado. —La miró de reojo—. Y porque lo mío es mío.

Recorrieron gran parte de los prados y Linette admiró la enorme extensión de la propiedad. Durante todo el camino no pararon de conversar acerca de las cualidades de los pastos y de las distintas tareas que se llevaban a cabo según la estación. Ella lo avasalló con preguntas que Ethan respondía con agrado, satisfecho de verla tan interesada. Y, para qué negarlo, le encantaba su compañía.

—Montas muy bien. ¿Te enseñó tu padre?

—También he aprendido observándote a ti.

—No creo que te hiciese falta. Te mueves a caballo con mucha experiencia.

—Nunca había montado sobre esta silla, por eso me dediqué a observarte. Verte montar es algo... soberbio.

Ethan acercó de nuevo el caballo, la tomó por la nuca y la besó con firmeza. El contacto de su mano y sus labios despertó en Linette un deseo que la hizo jadear.

No se reconocía a sí mismo, la mujer que creyó fría y distante despertaba en él una emoción capaz de derribar todas sus defensas. Recorrió su rostro con la mirada y de nuevo se apoderó de sus labios con una necesidad posesiva y urgente.

Alzó la cabeza a regañadientes, aquel no era el momento ni el lugar.

—¿Una carrera hasta casa? —la retó—. Apuesto a que llego antes que tú.

Linette lo miró de soslayo y salió al galope. Él admiraba encandilado el rítmico sube y baja de sus nalgas; y cuando quiso darse cuenta le había tomado demasiada ventaja.

—Bruja tramposa —masculló riendo entre dientes.

Salió tras ella clavando espuela. De pronto le quemaba la necesidad por darle alcance. Y no solo en aquella carrera.

Elisabeth Watts se había demorado y temía no llegar a tiempo a casa. Aún debía cambiarse de ropa antes de que pasara a recogerla John Collins.

Por suerte, era conocido de su padre y este no opuso objeción alguna a que la invitase de cuando en cuando a dar un paseo, incluso había accedido a que los acompañase una noche a la Tabor Grand Opera House. Pero aquel tipo de veladas familiares no eran del agrado de Elisabeth. Lo que ella deseaba era estar a solas con él y esa tarde era una de esas ocasiones.

Su padre se acercó a abrirle la cancela.

—Gracias —dijo besándole la mejilla—. ¿Qué haces en el jardín? Está muy nublado.

—Tu madre se ha empeñado en que ejerza de ayudante mientras poda sus rosales.

Corrió hacia la casa. La puerta se abrió sin necesidad de llamar. Elisabeth saludó a la señora Mimm mientras le lanzaba el sombrero y, recorriendo el vestíbulo, se alzó las faldas para trotar escaleras arriba.

El señor Watts volvió junto a su esposa, que ya se sacudía la tierra del delantal.

—Acaba de llegar y parece que tiene prisa por marcharse otra vez —protestó.

—Viene de casa de su amiga Leda. La está ayudando con los preparativos de su boda. Ya sabes, cosas de chicas. Y dentro de un rato vendrá John Collins para llevarla a dar un paseo —comentó Rachel quitándose los guantes.

—Viene mucho por aquí ese Collins, ¿no? —preguntó con ironía.

—¡Clifford! Tiene veinte años. A su edad, yo ya me había casado.

Él hizo caso omiso del reproche. Le costaba hacerse a la idea de que su preciosa hija se había convertido en una mujer. No ponía objeción alguna a aquel incipiente cortejo del señor Collins, le parecía un hombre honesto digno de llegar a ser el esposo de Elisabeth, pero la idea de perderla tan pronto era algo que lo mortificaba. Con aire resignado, tomó a su esposa por los hombros y entraron en casa.

Cuando Elisabeth se reunió con ellos en el salón, su padre reconoció con orgullo que cada día era más bella. La adivinó tan dichosa que sintió una pizca de celos hacia aquel John Collins por su habilidad para hacerla feliz, convencido de que con un par de sonrisas de seductor y cuatro miradas lánguidas iba arrebatarle a su única hija.

—Ya me ha dicho tu madre que esperamos al señor Collins —le reprochó con cariño.

—¡Ay, papá! Se me olvidó decírtelo. No te importa, ¿verdad? —preguntó con ojos suplicantes.

—Claro que no. Pero el vestido de antes es muy bonito, no necesitabas cambiarte.

—El vestido de antes es de diario y John me va a llevar al City Park, a pasear junto al lago.

—No hace un buen día para pasear, está muy nublado —opinó padre.

—Hace una tarde fabulosa —replicó ella convencida.

—Pero si hace un rato... —insistió.

—No entiendes nada, Clifford —intervino su esposa impidiendo que la atosigase.

«Ya no es el Señor Collins, ahora es John», pensó el señor Watts molesto. Miró a su esposa con el ceño fruncido y ella le devolvió una mirada de reproche por empeñarse en mantener una actitud tan protectora.

Elisabeth se acicalaba con esmero cada vez que iba a verlo y el resultado saltaba a la vista. Con aquel vestido de algodón color crema estampado en florecitas ciruela estaba preciosa. Y, en esta ocasión, había adornado el peinado con unos prendedores de piedras de cristal a juego con el vestido. No pensaba utilizar sombrero; ante John, quería lucir sus bucles castaño oscuro en todo su esplendor. A su padre no le pasó desapercibido semejante despliegue de presunción y sonrió ante la indudable ilusión de su hija con aquel pretendiente.

En ese momento llamaron a la puerta y la señora Mimm salió a abrir. Instantes después, entró en el salón John Collins y a Elisabeth le brillaron los ojos nada más verlo. Le encantaban su cabello rubio y aquellos ojos claros que destacaban en su rostro tostado.

Con un breve saludo de cortesía, se aprestó a estrechar la mano del señor Watts y a besar la de Rachel. Cuando besó la mano de Elisabeth mirándola con adoración, ella sintió que se estremecía con el contraste entre el suave roce de sus labios y el tacto de sus manos callosas. Temió ruborizarse, pero consiguió disimular ante él el efecto que le provocaba.

—Si me lo permiten, les privaré de la compañía de su hija durante el resto de la tarde —anunció sin dejar de mirar a Elisabeth.

Su padre asintió con la cabeza. Tras un breve intercambio de frases caballerizas, los señores Watts despidieron a su hija, que con semblante dichoso salió de la casa seguida de su apuesto acompañante. Rachel los contempló desde la ventana hasta que los vio desaparecer por la puerta del jardín.

—¡Hacen tan buena pareja! Me parece que sabrá hacerla feliz.

—He de reconocer que me gusta ese joven. Es honrado, sabe lo que significa trabajar y parece que adora a nuestra hija. Pero no puedo evitar sentir este dolor —dijo tocándose el pecho— cuando pienso en que pronto la alejará de nosotros.

—Como mucho la alejará hasta las afueras de Denver. Tal como prospera su negocio no creo que vayan a abandonar la ciudad —lo tranquilizó—. Y piensa en el día que veas esta casa llena de nietos.

Aquello puso de mejor humor a Clifford Watts. Siempre deseó una familia numerosa, pero la concepción de Elisabeth tardó tanto y el embarazo fue tan complicado que desecharon toda esperanza de tener más descendencia. Así pues, se consoló con aquella idea y durante un buen rato soñó despierto con tan prometedor futuro.



A Linette le encantaban los días en que Aaron y Grace comían con ellos. Pero aquel viernes se mantuvo al margen de la conversación, sin apenas prestar atención a las habituales bromas de Aaron.

Grace insistió en preparar café. Ethan se giró entonces hacia Linette y, al verla ausente, le aferró la mano y la sostuvo con firmeza. Cuando los hombres se dispusieron a regresar al trabajo, Linette reclamó la atención de Ethan tirando de su mano. Él se alarmó al ver su cara de preocupación.

—Ethan, cuando tengas un momento, me gustaría hablar contigo —dijo en voz baja.

—¿Es algo que pueda esperar?

Linette encogió los hombros, pero Ethan pudo leer en sus ojos que se trataba de algo importante.

—Solo quería que supieses que ahora empiezo a entenderte mejor. Yo también vi morir a mis padres cuando tenía quince años —dijo tomando sus manos.

—¿Cómo murieron? —preguntó, aunque intuía la respuesta.

—Los mataron —confesó con voz apagada.

Ethan notó cómo una gota de sudor frío le bajaba por la espalda al imaginarla, apenas una niña, presenciando semejante horror.

Después de tanto tiempo, había decidido hablar de su pasado y necesitaba que alguien la escuchara. Por fin lo necesitaba a él.

—Aguarda un momento, ¿de acuerdo? —rogó en voz baja acariciándole la mejilla.

Fue en busca de Aaron. Lo alcanzó junto a la cerca, ayudando a montar a Grace. No tardó nada en darle instrucciones y advertirle que no contaran con él durante el resto de la jornada. Al regresar a la cocina, encontró a Linette limpiando la mesa. Le quitó el paño de la mano y la llevó al porche. Ethan se sentó en el banco. Ella intentó protestar, pero la obligó a sentarse a horcajadas sobre sus piernas.

—Así —dijo rodeando sus caderas con ambos brazos—. Quiero verte bien la cara. Tengo todo el tiempo del mundo para escucharte.

Linette tomó aire y volvió el rostro hacia el horizonte. No sabía muy bien por donde empezar. Ethan ladeó la cabeza buscando sus ojos y enarcó las cejas en señal de apremio.

—Ethan, ¿cuál es el recuerdo más antiguo que tienes? —comenzó.

—¿De cuando era niño? —preguntó extrañado—. Supongo que verme atravesando el patio como una bala y mi madre corriendo detrás de mí.

—Pequeño diablo —sonrió Linette con ternura.

—Imagino que mi madre pensó en alguna ocasión que, más que un regalo del Cielo, fui un castigo divino —añadió con media sonrisa—. Pero hoy no vamos a hablar de mí.

—¿Cuándo me hablarás de ti?

—Tenemos toda la vida para hablar de mí. Estoy esperando.

—Lo primero que recuerdo es silencio, un gran silencio —rememoró pensativa—. Había mucha gente a mi alrededor, todos muy quietos, tumbados en tierra. Y mucha sangre. Algunos emitían quejidos, lamentos tan débiles y apagados que apenas se oían. Yo me puse de pie y comencé a andar entre aquellos cuerpos. Recuerdo que estaba muy asustada y no sabía donde ir. Más tarde, me dijeron que entonces tenía cinco años.

—¡Dios! —murmuró sobrecogido apoyando los labios en su frente.

—Yo no paraba de llorar —prosiguió con la mirada perdida—. Entonces llegó un hombre muy grande a caballo. Su piel me pareció muy oscura, pero no me dio miedo. Sin descabargar, me cogió por la cintura y me acomodó sobre sus piernas. Solo recuerdo que me miró con una amplia sonrisa y yo me abracé a él con fuerza. Me cobijó entre sus brazos y supe que con él no tenía nada que temer. Ese hombre era Cha Aletka<sup>[6]</sup>, mi padre.

Linette rememoró todo lo que le habían contado sobre los siguientes años de su vida. Nada sabía de los cinco primeros. A esa edad, viajaba con sus padres en una diligencia que sufrió el ataque de un grupo de guerreros indios. Al parecer, solo ella sobrevivió y uno de aquellos sioux la rescató de una muerte segura.

El rostro de Linette se animó al recordar su vida entre el pueblo lakota. Ethan disfrutaba escuchándola: le contó la inmensa alegría con que fue recibida por Tanagila<sup>[7]</sup> la esposa de Cha Aletka. Nada más tenerla en brazos, le dijo —aunque ella no entendió sus palabras— que desde ese día sería su madre. Fue adoptada por ellos, que la educaron y criaron como a una auténtica hija.

Ethan la dejó hablar sin apenas interrumpir el relato, aunque le hizo preguntas, interesado por conocer todos los detalles de aquella infancia que recordaba con tanto cariño. Rio cuando supo que aquel guerrero lakota, al no tener hijos varones, se empeñó en educarla como a un muchacho, desoyendo las airadas protestas de su esposa.

—Entonces, sabrás disparar un rifle —dijo asombrado.

—Claro —rio Linette—. Mi padre me quería llevar casi siempre con él, hasta que mi madre se ponía furiosa y me obligaba a aprender cosas propias de mujeres.

—Él te enseñó a lanzar el cuchillo —murmuró fascinado.

—Me enseñó a defender mi vida. Teníamos que estar todos preparados para lo que pudiese suceder —aclaró mirándolo con tristeza—. También lo intentó con el arco, pero no se me daba demasiado bien.

Ethan la miraba con admiración. Y con deseo. Acababa de descubrir en su esposa a una mujer fascinante. Su humilde dama de tréboles se destapaba valiente y guerrera. Una dama de picas. Esa nueva cualidad la hacía a más deseable a sus ojos.

—Cuéntame cómo llegaste a vivir en Kiowa.

—No sé si seré capaz de hacerlo sin ponerme a llorar.

Ethan se desató la badana del cuello y se la puso en las manos.

—Si no hay suficiente con esto, puedes llorar hasta empaparme la camisa.

Le alzó la barbilla con un dedo y depositó un suave beso en su boca. En los ojos de Linette afloraron las lágrimas. Cuando quería, su esposo sabía ser el hombre más tierno y adorable de la tierra.

—Me duele no tener a mis padres y durante años me prohibieron llorar por ellos. —Ethan la miró sin entender—. El marido de Cordelia era militar, luchó en las guerras indias. Ella los odiaba, los consideraban el enemigo.

—No te permitía ni llorar. ¡Maldita mujer! ¿Cuánto tiempo tiene que pasar para que olvides tanta represión? —masculló abrazándola.

Linette puso las manos en su pecho y con una suave presión se enderezó dispuesta a continuar.

—El ataque a la diligencia ocurrió en Wyoming, según me dijeron. Durante diez años viví en las praderas. Íbamos de un lado a otro, siguiendo a las manadas de búfalos. Mi poblado vivía gracias al comercio de pieles. También capturaban broncos salvajes para venderlos una vez domados. Lo cierto —afirmó con la mirada en algún lugar lejano— es que tuvimos que retirarnos hacia el Oeste huyendo del avance del «hombre blanco».

—¿Dónde ocurrió? —preguntó aludiendo a la muerte de sus padres.

—En Montana, en la gran batalla. —Una lágrima resbaló por su mejilla.

—¿Little Big Horn? —preguntó abriendo mucho los ojos—. Pero si esa batalla fue la derrota más sonada del ejército. Custer y todas sus compañías fueron acribillados por los indios.

—Yo era casi una niña —aseguró enjugándose las lágrimas—, pero recuerdo que se unieron todas las tribus: pies negros, brule, lakotas, cheyennes, oglala, y otras que no recuerdo. Todas unidas para luchar contra el «hombre blanco». Mi padre y los demás guerreros se dispusieron para la gran batalla a las órdenes de los jefes. El jefe de mi pueblo era el gran Gall.

Linette hizo una pausa, le brillaban los ojos al recordar aquellos acontecimientos.

—Algunos soldados, al verse derrotados, se ensañaron contra las mujeres y los niños. Consiguieron alcanzar la retaguardia gracias a los rastreadores indios, esos perros vendidos a los casacas azules. —Casi escupió cada palabra.

Ethan le acarició la mejilla conmovido por su repentino arranque de orgullo.

—Caímos en una emboscada y los mataron a todos. Mi padre siempre decía que me convertiría en una hermosa *hinziwin*. —Ethan la interrogó con un gesto—. Una hermosa mujer de pelo amarillo; mi pelo y mi piel clara me salvaron la vida. —Esbozó una mueca demasiado irónica para llamarle sonrisa—. Los militares comprendieron que yo no era una de ellos. Supusieron que habría sido secuestrada o algo parecido, y decidieron rescatarme de aquellos «salvajes».

Ethan decidió no indagar más sobre aquel episodio, podía imaginar lo espantoso

que fue. Respiró profundamente, la levantó por la cintura y se puso en pie a su vez.

—Vamos a hacer una cosa —sugirió en un intento por borrar la melancolía de su rostro—, prepararemos café y, mientras tanto, si quieres, continúas contándome el resto.

—¿Cómo llegaste a casa de la viuda Dempsey? —preguntó Ethan apartando la cafetera del fuego.

Linette tomó dos tazas de porcelana y se sentó a la mesa. Sabía que él las prefería a las jarras esmaltadas.

—Los soldados que me «rescataron» —recalcó con ironía— me trasladaron a Fort Laramie. Un capitán del puesto había sido amigo del teniente Dempsey y sabía que Cordelia, al enviudar, se había quedado muy sola. Ella me acogió y se encargó de mi educación; en realidad, se lo debo todo.

—No le debes nada —adujo llevándose la taza a los labios.

—Eres injusto. Piensa qué habría sido de mí de no ser por ella.

—Cuando nos conocimos parecía que no habías salido nunca de aquella casa.

—Durante ocho largo años, apenas lo hice.

Ethan la observaba mientras, enfrascada en sus recuerdos, daba pequeños sorbos asiendo la taza con ambas manos.

—Con ella nunca pude ser sincera. No quería ni oír hablar de mis padres, se ponía furiosa si los llamaba así. No concebía que yo me sintiese hija de los mismos indios que habían matado a su esposo.

—Te hizo pagar por la muerte de su marido —aseguró cerrando los ojos—. ¿Y aún crees que le debes algo?

Ethan recordó cómo la había visto reaccionar cabizbaja y sumisa ante sus injustos reproches. Ese era el motivo. Durante ocho años, había estado sometida a continuas reprimendas. Y se maldijo por haber estado tan ciego. Arrastrado por la vanidad y el orgullo, había conseguido humillarla con la misma dureza que la agria viuda Dempsey.

—Cordelia y McNabb apenas tenían relación. Ella desaprobaba su vida licenciosa —continuó Linette—. Pero, a su muerte, él se instaló en la casa. Yo heredé la propiedad con la condición de no casarme. Así, su hermano quedaba bien atendido. Nunca confió en que buscara esposa y, de hacerlo, supuso que no sería una mujer adecuada.

—Pero eso era injusto para ti, te obligaba a ser una especie de ama de llaves de ese hombre.

—Él tenía su misma sangre y yo era adoptada. Por eso dispuso que, en caso de contraer matrimonio, la propiedad pasara a manos suyas. Debió de pensar que al desposarme, contaría con la casa de mi marido y era justo que su hermano se quedase con la de ella.

—Muy justa y muy generosa con su hermano —comentó con ironía.

—Cuando ese hombre vino a vivir conmigo, comprobó con disgusto que yo no tenía intención de casarme. Así que, además de una criada, decidió obtener de mí... otra serie de favores.

Ethan se incorporó con brusquedad y la agarró por los hombros.

—¿Te forzó? —preguntó con un siseo.

—Lo intentó varias veces, pero yo me defendí como una pantera rabiosa —dijo Linette estremeciéndose al recordar aquel horror.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Ethan, me haces daño —le advirtió con suavidad.

En la mente de Ethan apareció como un fogonazo la mañana del 21 de junio. Recordó con absoluta nitidez los arañazos en la cara de McNabb, el temor en los ojos de Linette, el desmedido interés de aquel sujeto por atestiguar el matrimonio, su sonrisa sardónica tras la boda. Todo, lo recordó todo.

Linette pudo notar cómo la ira se iba apoderando de él. Los brazos le temblaban y le alarmó su mirada incendiaria. Puso las manos sobre las suyas en un intento por tranquilizarlo, pero él la soltó con brusquedad. Sin decir una palabra, se dirigió al cuarto de las cuentas.

—Ethan, escucha —lo siguió asustada—. No me hizo nada.

—Me estafó a mí —hablaba para sí mientras llenaba el tambor del Colt—, te arrebató tu casa, intentó forzarte.

Mientras se ajustaba la cartuchera Linette intentaba hacerlo entrar en razón.

—No vayas, Ethan. Te lo suplico. Aquel día tuve que callar —argumentó desesperada—. Ibas armado, te habrías buscado la ruina.

—Maldita sea, Linette. Permitiste que te acusara de ser su cómplice, de ser su amante —dijo atormentado—. ¡Y no fuiste capaz de sincerarte conmigo!

—Quería evitar esto. Ethan, por favor... —gimió asiéndolo por la camisa.

Ethan agarró el rifle y salió de la casa a toda prisa sin atender los ruegos de Linette, que lo seguía a pocos pasos. Tampoco la escuchó mientras ensillaba al appaloosa. Sin mirarla ni una sola vez, enganchó el Winchester en el cuerno de la silla, montó y clavó espuelas con furia. Aún con la palabra en la boca, Linette lo vio desaparecer colina abajo.

Durante las horas que siguieron a la partida de Ethan hacia Kiowa Crossing, Linette hizo cuanto pudo por dominar la ansiedad: recorrió el porche arriba y abajo; recogió guisantes del huerto, y, al desgranarlos, le temblaban tanto las manos que se le escapaban entre los dedos saltando como pulgas a su alrededor.

Dio gracias al Cielo porque Grace ya no estuviera en el rancho y todos los hombres se encontraran en los pastos con el ganado. Por suerte, esa tarde no recibió ninguna visita, porque se sentía incapaz de hablar con nadie.

Limpió los cristales de todas las ventanas de la casa con tanto brío que acabó con los brazos doloridos; atendió a los animales; cogió manzanas... Las que no alcanzaba, las derribó a escobazos con tanta rabia que algunas aterrizaron a varias yardas del manzano, la mayoría muy magulladas.

Desesperada por verlo de regreso, recorrió la distancia entre la casa y la falda de la colina tantas veces que perdió la cuenta. Y maldijo, maldijo a McNabb muchas veces. Y también a Ethan. Gritó sabiendo que nadie la oía, y también lloró. Lloraba y volvía a gritar; gritaba y volvía a maldecir. Luego, arrepentida, pedía perdón a Dios en silencio e imploraba para que Ethan regresase sano y salvo. Sobre todo, con las manos limpias de sangre. Y al pensar en él, volvía a empezar una nueva sucesión de gritos, maldiciones y lágrimas.

Preparó la cena, pero fue incapaz de probar bocado. Aún había bastante claridad cuando, tres horas y media después, esperaba sentada en la mecedora. Al oír los cascos del caballo, se incorporó de un salto y atravesó el patio a la carrera.

Ethan aminoró la marcha al remontar la colina. Frenó junto a la cerca y, apoyando el antebrazo en el cuello del animal, recostó la cabeza sobre este con la respiración agitada.

Linette, clavada en el sitio, lo contempló hasta que lo oyó respirar con calma. Ethan por fin alzó la cabeza y palmeó agradecido el cuello del caballo.

Fue entonces cuando ella reaccionó como impulsada por un resorte y se acercó con una mirada cargada de furia.

—¡Estás loco! Has reventado al pobre animal —protestó arrebatándole las riendas de un tirón—. ¡Baja!

Ethan la miró estupefacto y descabalgó sin rechistar. Linette le dio la espalda y llevó al caballo al abrevadero. Él la siguió y, cuando la vio acariciarle la testuz más tranquila, se atrevió a cogerla por los hombros.

—Todo ha acabado, Linette. Está muerto.

Ella retrocedió con brusquedad y se tapó la boca con la mano. Ethan, al ver el pánico en sus ojos, comprendió lo que estaba pensando.

—Escucha. —Ella lo esquivó—. Escúchame, por favor. No he sido yo, murió hace veinte días.

Linette exhaló todo el aire que retenía en los pulmones, pero de pronto apretó los dientes y se lanzó contra él con los puños cerrados.

Ethan la retuvo entre sus brazos y comenzó a mecerla abrazada a él. Ella prorrumpió en sollozos dando rienda a suelta a unas lágrimas retenidas durante demasiado tiempo. La dejó desahogarse y, cuando estuvo más serena, la tomó en volandas. Fue hasta el porche y se sentó en la mecedora con ella en brazos. Durante un buen rato, lloró recostada sobre su pecho.

—¿Ya estás mejor? —preguntó en voz baja intentando que alzara el rostro—. Me gustaría que me escucharas.

Linette asintió sin cambiar de postura, abrazándose a él con más fuerza. Ethan se

sintió un gusano egoísta; le remordía la conciencia por haberla hecho sufrir, pero no podía evitar el cosquilleo que le llenaba el pecho al saber que todas esas lágrimas eran por él. Por primera vez en su vida, el llanto de una mujer, algo que siempre le pareció engorroso e incómodo, le llegaba al alma.

—Por lo visto, McNabb se metió en problemas —le explicó tratando de apaciguarla—. Contrajo demasiadas deudas y dio con un tipo impaciente que acabó con él a tiros. Una vez muerto, varios de sus acreedores acudieron como buitres. Tu casa fue subastada y ahora es propiedad de un comerciante de licores.

Linette alzó la cabeza para mirarle a los ojos.

—Mi casa es esta. Y promete que no volverás a preocuparme —exigió muy seria.

—Al final, no ha servido de nada. No me mires así —protestó—. No soy tonto, quizá me habría limitado a romperle la mitad de los huesos. Puedo pasar por alto el dinero que me estafó y sus artimañas para quedarse con la casa. Pero lo que te hizo a ti, no.

—No quiero perderte, Ethan. Eres lo único que tengo —susurró.

—No sé a quién pretendo engañar —reflexionó acariciándole la mejilla—. Si llego a encontrar a ese tipo, lo habría matado. Nadie hará daño a mi mujer, y el que se atreva a intentarlo es hombre muerto.

«Su mujer». De todas las que había conocido en el pasado, ninguna le había suscitado una emoción tan profunda como para considerarla suya. A ninguna la había dejado acercarse tanto a él. Y a Linette aún la quería más cerca, mucho más. Ya no era capaz de imaginar el futuro sin ella.

—Este es tu sitio, Linette. —Su voz fue apenas un murmullo mientras le besaba los labios una y otra vez—. Por fin estás donde tienes que estar.

Cuando ella se volvió a recostar rodeándolo con los brazos, el cansancio acumulado cayó de golpe sobre él. Reclinado en la mecedora, contempló el cielo que poco a poco se fue tintando de tonos anaranjados entreverados de azul cobalto. Cerró los ojos y así permanecieron abrazados en el porche hasta que oscureció.

Con los músculos entumecidos tras largo rato en la misma postura, él se removió pero Linette se resistía a abandonar su regazo.

—Cariño, no podemos pasar la noche en la mecedora —trató de razonar.

El primer apelativo cariñoso en muchos años. Y el primero de él. Linette sollozaba agitando los hombros. Ethan se quedó mudo.

A pesar de años de correrías entre faldas, comprendió que no entendía nada, absolutamente nada de mujeres.

—Me muero de hambre —susurró en su oído.

Linette se incorporó y lo miró con una sonrisa llorosa.

—La cena estará más que fría —resolvió secándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Ve a ocuparte del caballo. Debe de pensar que te has olvidado de él. Y lávate de paso.

Se puso en pie y estirándose la falda entró en la cocina. Ethan se reclinó en la

mecedora, satisfecho de verla dar instrucciones con tanto aplomo. «Así me gusta», pensó, y de un salto se dirigió al abrevadero.

El agua fría resulto providencial para su cansancio. Fue directo a los fogones donde Linette trajinaba ya en camisón. Levantó las tapaderas atraído por el olor, pero su curiosidad fue premiada con un manotazo. Se miraron a los ojos sorprendidos, ella todavía incrédula por su atrevimiento.

—Hace muchos años que no recibía un manotazo por curiosear en las cazuelas —rememoró con ternura.

Pero un plato cubierto por un paño sobre la repisa atrajo su atención y alargó el brazo para averiguar qué era.

—Apaga el fuego —resolvió.

Cogió la apetitosa tarta de fresas y un par de platos, desoyendo las protestas de Linette.

—Alice espera mañana esa tarta —rezongó.

—Pues le haces otra. Estoy harto de ver cómo paseas estas delicias delante de mis narices.

—Calentaré café —dijo resignada—. Y mañana tendré que volver al bosque a recoger fresas.

—Puedes enviar a Joseph, o a Hanna —rebatía sirviendo una generosa porción en cada plato—. Si es preciso enviaré a todos los peones a por ellas. Incluso estoy dispuesto a ir yo a buscar las malditas fresas.

Linette lo miró escéptica. Sabía que antes llegaría el Juicio Final que el día de ver a Ethan Gallagher recolectando fresas silvestres por el bosque con una cestita. Se sentó a su lado y partió un pedacito de tarta con aparente desgana, pero en cuanto comió el primer bocado se dedicó a devorar su ración.

Ethan la observó de reojo con gesto burlón. En eso eran iguales. A ella los disgustos tampoco le quitaban el apetito. Miró a su derecha sorprendido por un brillo luminoso, después se volvió hacia la ventana del fregadero.

—¿Es necesario que te esmeres en dejar los cristales tan relucientes?

Linette tuvo que hacer serios esfuerzos para no saltar como un puma herido.

—He tenido toda la tarde para entretenerme —le espetó entre dientes.

Ethan adoptó su mejor cara de niño arrepentido.

—Cuando te enfadas, te conviertes en una fierecilla deliciosa.

Linette sonrió, tendría que andarse con ojo porque su querido esposo sabía como desarmarla. Con la vista clavada en él, tomó un bocado de tarta deslizando el tenedor entre los labios con desesperante lentitud. Ethan notó que el corazón empezaba a trotarle en el centro del pecho al reconocer en sus ojos el fuego de una mujer apasionada. Pero había tomado una decisión y se obligó a centrarse en el plato que tenía delante. Se llevó un trozo a la boca y cerró los ojos ahogando un gemido de satisfacción.

—Este placer podría incluso considerarse pecaminoso —afirmó paladeando con



deleite.

—La jalea de fresa me sale muy bien.

Linette tomó una gota de jalea del plato y, muy despacio, se relamió el dedo mirándole a los ojos. Ethan entreabrió la boca, el pulso se le aceleraba de nuevo.

—Creo que no he probado lo suficiente —dijo con la respiración agitada.

Linette rebañó un resto de jalea y le acercó su dedo a la boca. Ethan lo atrapó entre los labios para gozarlo con la lengua.

—¿Demasiado dulce? —susurró Linette.

Antes de terminar de hablar, se encontró pegada al poderoso torso de Ethan, alzó la cara y su boca se encontró con la de él. Linette cerró los ojos y se aferró a él disfrutando de su sabor, de la maravillosa presión de sus labios. Y su lengua se enlazó con la de él en una íntima caricia, tan intensa que la hizo temblar entre sus brazos. La oprimía de una manera tan posesiva que hubiese deseado fundirse en él. Cuando Ethan alzó la cabeza, Linette, aún con los ojos cerrados, apoyó la sien en su barbilla.

—Ethan —susurró—, si tú quieres, yo estoy dispuesta...

Él la besó en el pelo, la tomó por la barbilla y la miró a los ojos.

—Así no, Linette. Antes tenemos que confiar el uno en el otro.

Ya no se conformaba con una entrega sumisa, quería que lo desease más que a nada y no se conformaría hasta verla lanzarse sobre él como una loba hambrienta. Y pensaba conseguirlo con una lenta seducción. Le acarició los labios y Linette permaneció muy quieta rogando que no parara.

—Esa Cordelia sabía lo que hacía —dijo dibujando los labios con el pulgar—. De haber permitido que te mostraras como eres, cientos de hombres habrían hecho cola a la puerta de tu casa. Eres muy hermosa Linette —murmuró—, el sueño de cualquier hombre.

—No quiero a cualquier hombre.

—Eso está muy bien —dijo con media sonrisa vanidosa—. Vamos a ir despacio, confía en mí.

Linette asintió y echo hacia atrás la cabeza. Ethan se inclinó para besarla con ternura. Con el sabor en los labios a jalea de fresa, aquel beso tan dulce prometía delicias aún por descubrir. Si, era un buen principio.

A la mañana siguiente, Linette fue la primera en despertar. Sin moverse, se recreó en prolongar los últimos minutos antes de levantarse. Poco a poco, fue abriendo los ojos y se encontró por primera vez abrazada a él. Trató de quedarse todo lo quieta que pudo, en parte por la sorpresa y también con el deseo de alargar la agradable sensación que le producía el calor de su cuerpo desnudo. Se percató de que tenía una pierna entrelazada con las de Ethan. Él dormía boca arriba y, a su vez, la retenía por la cintura con un brazo. Pensó que no había en el mundo mejor almohada y se deleitó frotando su mejilla contra el vello de su pecho. Le acarició la suave piel desde el

costado hasta encontrar el vello más duro en su muslo, disfrutando de una variada gama de tactos. Posó la mano entre sus piernas, lo tanteó movida por la curiosidad y comprobó que crecía con sus caricias. Giró la cara para besarle el torso y aspiró su aroma. Lo volvió a besar, esta vez casi sin rozarlo, y trazó una senda sinuosa de besos hasta la base del cuello.

—Ese es un juego muy peligroso —murmuró Ethan somnoliento.

Linette intentó incorporarse, pero él se lo impidió reteniéndola con el brazo que la tenía agarrada. Con la otra mano le alzó la barbilla para poder ver su rostro. Se había ruborizado y lo miraba con los ojos muy abiertos. Por un momento dudó, pero los vaqueros estaban al caer y para su primera vez necesitaba tiempo para disfrutar de ella sin límite, así que ejercitó una voluntad férrea para posponer la ocasión. Acercó su cara a la de Linette y la dejó desconcertada con un beso en la punta de la nariz.

—Me gustaría tomar café antes de irme —le dijo con una sonrisa.

Linette bajó la vista azorada, de un salto se levantó y salió dándole la espalda en dirección a la cocina. Él se demoró un par de minutos estirándose en la cama, no quería empezar el día exhibiendo una erección.

Desperezándose, se incorporó para vestirse mientras la oía desenvolverse por la cocina. Cuando salió con la toalla al hombro, vio que Linette lo miraba de reojo mientras apartaba la cafetera del fuego.

Linette oyó accionar la bomba de fuera y aprovechó para servir el café, cortó un poco de bizcocho y batió un par de huevos. Cuando él entró de nuevo, la encontró todavía de espaldas revolviendo los huevos en la sartén.

Todavía estaba sirviéndolos en un plato cuando regresó a la cocina remetiéndose una camisa limpia por dentro del pantalón.

—¿No te sientas conmigo?

—Todavía no me he lavado ni la cara —contestó sin mirarlo.

Mientras Ethan atacaba el plato de los huevos, ella aprovechó para salir y asearse. Volvió a la cocina y se quedó un momento mirándolo desayunar. Él no le quitaba los ojos de encima.

—No hay como una visión exquisita a primera hora de la mañana —comentó observándola como un ave de presa.

Ella vio que el camisón se le transparentaba al trasluz, dejando a la vista su cuerpo desnudo, y corrió a vestirse. Cuando volvió anudándose la trenza, Ethan apuraba su café con cara de diversión. Linette le retiró el plato y al llegar hasta el fregadero se sintió como una tonta porque apenas había dicho un par de palabras.

Ethan se acercó a ella y la rodeó por detrás. Ese gesto hizo que se relajara. Él lo notó y la giró para tenerla de frente.

—La mujer seductora y decidida que conozco de repente se vuelve tímida como un ratón.

—Trato de comportarme como una esposa juiciosa.

—Ah, pero ¿sabes hablar? —bromeó.

Aquello arrancó una risita de Linette que lo miró con adoración.

—Prefiero a mi guerrera a lomos de un mustang con su cuchillo en la bota. La primera vez que te vi, no te imaginé tan valiente.

—Me casé contigo. ¿Te parece poca demostración de valentía?

Entonces fue Ethan el que rio, le acarició la espalda y empezó a jugar con su trenza.

—Juiciosa no significa tímida, y menos conmigo. ¿Por qué te muestras tan vergonzosa esta mañana?

Linette respiró hondo un par de veces. Hablar de ello le resultaba muy embarazoso.

—Ethan, carezco de experiencia. Yo no sé lo que es correcto o no. —Temerosa calló por un momento—. Mi cuerpo me pide cosas que mi cabeza... Dudo si mi comportamiento es el adecuado.

—No tengas miedo de mostrarte como eres —dijo él con tono de complicidad tomándola por la barbilla—. Entre nosotros, los límites los ponemos tú y yo.

Él la ayudaría a adquirir la seguridad que le faltaba. Todavía dudaba entre lo que le dictaba su corazón y las absurdas ideas sobre la moral que durante años embutió en su cabeza aquella arpía.

—Lo intento. Esta mañana por fin me he atrevido a disfrutar de ti —murmuró.

—Aún no me he comido a nadie. ¿Todavía me tienes miedo?

—Ya no.

—Entonces, ¿serás capaz de despedirme como me merezco? —la invitó con voz seductora.

Ella se aferró con ambos brazos a su cuello y apenas con un roce lo besó en los labios. Poco a poco, lo atrajo con más fuerza para profundizar el beso e introdujo la lengua en sus labios entreabiertos, arrancando un gemido de la garganta de Ethan. Lo besó durante largo rato, con una seducción lenta y ociosa, recreándose en su disfrute. Era la primera vez que tomaba la iniciativa de besarlo de un modo tan íntimo, pero gozó tanto con ello que supo que no sería la última. Cuando se separó de él, Ethan la tenía agarrada por las mejillas con ambas manos. Ella apoyó las manos en sus hombros, lo miró a los ojos y, por la expresión que vio en ellos, fue consciente del poder de su feminidad.

—¿Vendrás a comer? —le preguntó sin dejar de mirarlo.

Él asintió con la cabeza. La soltó con lentitud, le dio la espalda y tomando el sombrero salió por la puerta sin mirar atrás. Solo se oyó el ruido de sus espuelas.

Linette salió tras él para contemplar su partida. Por el camino se aproximaban tres de los cinco peones. Ethan se unió al grupo, pero antes de imprimir más ritmo al caballo le envió desde lejos una mirada que la hizo estremecer.

Entonces tuvo la certeza de que necesitaba más que nada en el mundo ser de él y que Ethan fuese suyo.

El sábado, Ethan tenía previsto pasar por el almacén de maderas para saldar por fin la deuda del vallado, y Linette aprovechó para ir con él hasta Indian Creek.

Últimamente disfrutaba relacionándose con sus vecinos. La inmensa mayoría le mostraban su aprecio aceptándola en la pequeña comunidad. Aún no podía creer la amabilidad de Rose Owen, que, conocedora de su falta de tiempo, se ofreció a coserle el vestido.

Ethan desmontó y le dio la mano para ayudarla a bajar. Desde hacía días ambos aprovechaban cualquier excusa para tocarse las manos. Y para besarse. Más de una vez se sorprendían con los dedos entrelazados, como si sus manos y sus bocas buscasen la del otro ajenas a su voluntad.

Linette se sintió observada mientras amarraba su caballo. Al girar, vio a Jason Smith que fumaba con indolencia apoyado en un poste a la entrada del hotel. La saludó ladeando la cabeza y ella le correspondió con un frío ademán.

—¿Le conoces? —preguntó Ethan mirándolo de reojo.

—Me tropecé con él hace un par de semanas al salir de la cocina de Alice —dijo dando la espalda al hombre que no dejaba de observarlos—. Pero si quieres que te diga la verdad, no me gusta su mirada.

—A mí no me gusta cómo te mira a ti —puntualizó.

Tomando su mano, la atrajo hacia él sin dejar de mirar a aquel hombre, en un gesto tan posesivo como protector. Ethan obvió la presencia del extraño y centró toda su atención en ella.

—Yo acabaré enseguida, te esperaré por aquí. No tardes mucho.

Se entretuvo en colocarle un mechón de pelo y al hacerlo recorrió con la yema del dedo la curva de su oreja. Cuando Ethan le dio la espalda, exhaló un suspiro contemplando sus anchas espaldas y su cadera breve.

Linette caminaba a la altura de la lavandería, cuando la rebasaron Hanna, Emma y Minnie apretujadas en el coche de esta última.

Al llegar al cruce de su calle, Minnie agitó las riendas con tanto brío que el Buggie tomó la curva a una velocidad peligrosa. Las tres se tambalearon en el asiento y Linette pudo escuchar un grito de Emma entre las carcajadas de las chicas.

Pero la risa se les heló en el rostro en cuanto vieron a Rose Owen de brazos cruzados con el ceño fruncido. Minnie frenó el coche a la puerta de su casa y las dos jovencitas saltaron del coche mirándose a hurtadillas.

—Nunca más —afirmó Emma sofocada, tratando de poner los pies en tierra firme—. Te aseguro, Minerva, que nunca más montaré en este Buggie si eres tú quien lo conduce.

—¿Se puede saber en qué estás pensando? —le espetó Rose a su hija echando chispas—. Últimamente estás más revoltosa y acelerada que cuando eras pequeña.

—Hanna, deja de reírte por lo bajo que te estoy viendo —dijo Emma con una mirada severa.

—Mamá, no te enfades —rogó Minnie colgándose del cuello de su madre.

—Como te vuelva a ver conducir así, te aseguro que venderé el Buggie e irás a caballo a todas partes —sentenció Rose inmune a las zalamerías de su hija—. O andando, me es indiferente.

Linette se hizo a un lado al reconocer a la esposa de Gideon, que cruzaba la calle principal con andares cansinos. Agitó la mano en el aire para atraer su atención. Doreen, al reconocerla, se acercó al corrillo de mujeres.

—No deberías andar por ahí en tu estado —la reprendió Rose Owen—. ¿Para cuándo lo esperas?

—Podría nacer en cualquier momento —respondió llevándose una mano a los riñones.

—Doreen, sabes de sobra que yo puedo llevarte a casa lo que necesites —le reprochó Linette—. No es necesario que vengas a la tienda.

—Sí, ya sé. Pero no soporto quedarme sola en casa todo el día cruzada de brazos —protestó.

—Aprovecha ahora, porque cuando nazca ese niño echarás de menos poder cruzar los brazos —aseguró Emma.

Doreen sostuvo sobre su vientre la mano de Minnie quien, como hija única, se entusiasmaba al notar los movimientos del bebé.

—Ufff... —exclamó con alborozo al sentir una sacudida—. Eso ha debido de doler.

Hanna la observaba escéptica, pues con dos hermanos pequeños sabía lo suficiente sobre embarazos y niños.

—Vamos, no perdamos más tiempo —intervino Rose.

Ya en el interior del comedor, mientras Linette se quitaba el vestido, Rose destapó el fardo de la costura arrancando exclamaciones y piropos.

—¡Linette, qué elegante! —aseguró Doreen—. Con este satén azul causarlas admiración incluso en la Opera Garnier de Paris.

—¿No será demasiado llamativo? —dudó.

—Tonterías —rebató Rose ayudándola a ponérselo—. Esta es la última prueba, y con unos encajes en el escote y las bocamangas quedará espectacular. Espero que me dé tiempo a terminarlo.

—Si Hanna me echa una mano con su hermano —intervino Emma—, yo te ayudaré a incrustar los encajes y forrar los botones.

La aludida bufó aceptando de mala gana.

—Hanna, no pongas esa cara —intervino Minnie—, yo puedo ayudarte.

—Muchas gracias, pero no es a ese hermano al que hay que entretener —saltó con una miradita fúrica—. Mi madre se refiere a Tommy.

Minnie le dio un codazo, ruborizada hasta las orejas.

—Hice bien guardando los patrones de cuando tú y yo lucíamos esa figura —dijo Rose ajustando el vestido con alfileres a la vez que escudriñaba de reojo a las chicas.

—Casi ni me acuerdo, después de cinco partos.

—No disimules —objetó Rose haciendo girar a Linette—. Sabes muy bien que nuestras cinturas y lo que tenemos más arriba aún despiertan muchas miradas lujuriosas.

Sus respectivas hijas se las quedaron mirando perplejas, al igual que Doreen y Linette.

—Ni una palabra, jovencitas —atajó Emma orgullosa—, podemos estar rondando los cuarenta...

—Pero no estamos ciegas —concluyó Rose con suficiencia.

Linette miró el reloj de pared y se apresuró a quitarse el vestido.

—Tengo que irme —dijo abotonándose a toda prisa—. Ethan estará harto ya de esperarme.

—Venga, venga, no lo hagas esperar —la apremió Emma agitando las manos—. Y no te preocupes por el vestido.

Linette se despidió y salió como una exhalación. Recorrió a toda prisa la calle principal y al llegar cerca de la barbería paró en seco. Un hombre, con ropa de gamuza propia de un trampero, desataba un par de caballos seguido de un enorme perro lobo.

—¡Will Iktomi<sup>[8]</sup>! —gritó llevándose la mano al corazón.

El hombre se enderezó al oír aquel nombre y la miró extrañado. Linette, con los ojos inundados de lágrimas, alzó la mano izquierda y le mostró la palma abierta.

—Wicahpi<sup>[9]</sup>...

Abrió los brazos y Linette corrió hacia él. Ambos se fundieron en un abrazo mientras ella se deshacía en llanto sobre su hombro.

Ethan, que contemplaba la escena desde la distancia, se tensó al ver a su esposa abrazarse a un desconocido. Se aproximó a paso lento, pero a mitad de camino se topó con Harriet, que regresaba de uno de sus paseos.

—Parece que ha aprendido de ti —le espetó con ironía—. Tu esposa en brazos de otro hombre en plena calle.

Ethan la miró de arriba abajo ante una insinuación tan repugnante.

—Dime, Harriet —preguntó con desprecio—, ¿alguna vez has sentido afecto por alguien que no fueras tú misma?

Sin esperar una respuesta le dio la espalda y continuó su camino.

—Que tenga cuidado —le gritó—. Las autoridades han prohibido esas lenguas de indios, podría tener problemas.

—Atrévete a intentarlo —la retó sin girarse.

Frente a la barbería, se detuvo incómodo. Linette y aquel hombre hablaban sin parar en lengua lakota. Ella reía a la vez que se secaba las lágrimas. El perro saltaba alrededor de los dos. Cuando Linette le dedicó su atención, el enorme animal le colocó las patas sobre el estómago aullando como un cachorrillo.

—¡Oh, *Gnaye*<sup>[10]</sup>, cómo has crecido! Si eras solo una bolita de pelo —la oyó decir.

Ethan no se sentía a gusto al margen y decidió interrumpir el encuentro para dar paso a las presentaciones.

—Linette —la llamó.

Ella se giró y corrió hacia él.

—Ven, tienes que conocer a un amigo —dijo arrastrándolo de la mano ante el desconocido—. Ethan, te presento a Will Iktomi.

—Es un placer —saludó tendiéndole la mano—. Ethan Gallagher.

—Will Sanders. Vaya —observó al ver sus dedos entrelazados—, mi pequeña es toda una mujer casada.

—He crecido —aseguró sonriente—. Ethan, Will fue mi maestro. Me enseñó la lengua de los blancos.

—Ya me marchaba, he bajado de las Rocosas y voy de camino a Kiowa a vender unas pieles. Antes de aparecer por allí, tenía que adecentar mi aspecto —explicó rascándose el mentón recién afeitado.

Ethan miró a Linette y al verla tan feliz decidió que el reencuentro con su pasado no podía acabar allí.

—Señor Sanders, nos gustaría que compartiese nuestra mesa, si no le supone un trastorno retrasar un par de horas el viaje.

—No quisiera molestar.

—Los amigos de mi esposa son siempre bienvenidos en nuestra casa.

Al oír aquello, los ojos de Linette se volvieron a llenar de lágrimas.

Después de cenar, Linette llevó al porche una bandeja con tres tazas ante la sorprendida mirada de su invitado. Lo habitual en aquellas tierras era acompañar la comida con café, no tomarlo al final.

—Una vieja costumbre que aún conservo del otro lado del mar. Y, antes de que lo preguntes, aunque soy irlandés odio el té —aclaró Ethan encogiendo los hombros.

Linette volvió provista con una botella de *whisky*. Sanders ofreció a Ethan, pero este rehusó.

—La última vez que la abrí fue para curar una herida —recordó Linette.

—Maldita sea, Wicahpi, ¿usas *bourbon* como desinfectante? —protestó Sanders incrédulo.

—Mi esposa es imprevisible —contestó Ethan tomándole la mano.

Linette miró hacia la yegua de su invitado y formuló una pregunta en lengua lakota. Sanders pudo percibir la incomodidad de Ethan.

—En inglés —rogó.

—Te pasaste años ordenándome lo contrario.

Linette recordó tantas lecciones de inglés a escondidas de su madre.

—No está ensillada —respondió a su pregunta.

—¿A quién le importa eso? —alegó alzando la barbilla.

Sanders, divertido ante su gesto arrogante, claudicó con un movimiento de cabeza. Linette apoyó ambas manos en el lomo de la yegua y se aupó de un salto. Apenas rozó los flancos con las rodillas, el animal se puso a trotar. Se asió con fuerza a las crines y se inclinó para cabalgar al galope. El perro, que parecía dormitar en un escalón, alzó las orejas y salió tras ella.

Ethan la contempló embelesado en su veloz descenso de la ladera.

—Su padre insistió en que no olvidase la lengua de los blancos —explicó Sanders—. Era un hombre muy inteligente, siempre intuyó que el fin de su pueblo estaba próximo y que su pequeña acabaría retornando con los suyos.

Ethan escuchó con atención el relato de todo lo acontecido durante aquellos años. La historia de los últimos hombres que prefirieron morir luchando contra un avance hostil que cercenó su particular modo de vida. E imaginó a Linette. Mientras la observaba a lomos de la yegua, la vio con dos trenzas rubias agarrada a la falda de su madre y feliz entre los brazos de un guerrero cariñoso y paciente que le enseñaba a cargar un rifle.

Ambos opinaban que la llegada del ferrocarril supuso el fin de la epopeya romántica de las grandes caravanas hacia la conquista de tierras vírgenes. Cada yarda de raíles del temido «gran caballo de hierro» constreñía el territorio de las tribus. Y no solo los nativos tuvieron que doblegarse a su avance, también fue el fin de las largas travesías de ganado y de las reses pastando en libertad.

Will Sanders le habló de Little Big Horn y de la muerte de todos sus conocidos.



Ethan escuchó en silencio el relato de un hombre avergonzado. Un desertor del ejército que se enamoró de la vida en las praderas y, en el peor momento, optó por la huida en lugar de enfrentarse a la muerte con valor.

—Los lakotas me llamaron «araña» por mi andar sigiloso. Y eso he hecho siempre, desaparecer sin hacer ruido —dijo con la mirada perdida.

—No te culpes por ello, solo habrías sido un cadáver más —aseguró Ethan—. Somos un par de supervivientes. El mío es un negocio con un gran futuro, pero ya nadie aspira a vivir una vida como la nuestra. La gente prefiere las ciudades y trabajar en fábricas. Tendremos que aceptarlo, Sanders, el Oeste cada vez se parece más al Este.

—Tengo que irme —anunció.

Se levantó al mismo tiempo que Linette subía ya los escalones del porche.

—Me he alegrado mucho de verte, Will —aseguró tomándole las manos—. ¿Volverás?

—¿Quién sabe? —dijo acariciándole la barbilla—. Pero para que no me olvides, tengo un regalo para ti.

Ethan y Linette lo acompañaron hasta el abrevadero y Will señaló la potrilla mustang.

—Es tuya.

—No puedo aceptarla —dijo Linette con la sorpresa de quien nunca ha tenido una posesión.

—¡Claro que puedes! Se convertirá en una gran yegua, como su madre —dijo rebuscando en el interior de su alforja—. Esto no es un regalo. Lo he mantenido vivo durante todos estos años.

Linette reconoció la bolsa ritual en forma de tortuga que su padre siempre llevaba al cuello. El otro corazón. Ahora sabía que aquellos latidos correspondían al tic-tac de un reloj.

—Sigue latiendo —exclamó llevandosela al oído—. ¿Él te la dio?

Se hizo un silencio triste, porque los tres sabían que Will la arrancó de su cuello cuando yacía sin vida.

—Este reloj debió de pertenecer a tu padre blanco —explicó Will—. Lo llevabas escondido entre las ropas cuando te encontraron. Cha Aletka nunca olvidó darle cuerda, era lo único que quedaba vivo de tu vida anterior.

—Nunca me dijo qué era.

—De haberlo hecho, lo habrías avasallado a preguntas. Tuvo miedo de perderte.

Durante la despedida, y mientras contemplaban la partida de Will Sanders, Ethan entendió a aquel guerrero al que no llegó a conocer. Qué poderoso sentimiento era el cariño, capaz de infundir miedo a un hombre valiente. Miedo a sentirse odiado por su amada hija, a que se alejase de él. Dar cuerda a un reloj era una extraña manera de paliar el sentimiento de culpa. Un vano intento por mantener vivo el recuerdo de un hombre al que tal vez él mismo arrebató la vida.

—Ethan, nunca me has dicho qué día naciste —preguntó Linette ya en la cocina.

—El 21 de junio.

Los dos se miraron en silencio. La fecha elegida por Ethan para escribir una nueva página en el libro de su vida y que cambió para siempre la de Linette.

—Debiste habérmelo dicho, no te hice un regalo.

—Créeme, sí me lo hiciste —aseguró en voz baja.

—Quiero que lo tengas tú —dijo sacando el reloj de la bolsa—. Tendrás que darle cuerda todos los días.

Ethan, conmovido, destapó la esfera. «E. T. W.». Las iniciales grabadas en el interior de la tapa podrían significar miles de nombres.

—Nunca dejará de latir, puedes estar segura.

Linette se colocó el delantal y enjuagó las tazas del café.

—¿Qué significa tu nombre en lakota? —preguntó observándola de brazos cruzados.

—Estrella. —Al ver su interés decidió contárselo—. Conforme fui creciendo, me iba dando cuenta de que yo no era como ellos. Mi padre me explicó que yo era diferente porque tenía la suerte de tener esta estrella en la mano, ¿ves?

Al separar los dedos, la quemadura que se extendía por ellos hasta la mitad se abrió adoptando la apariencia de una estrella mal dibujada. Ethan le tomó la mano y recorrió su contorno con el dedo índice.

—Por eso nunca me he avergonzado de esta mano —continuó—. Él decía que yo era una estrella que había llegado del Cielo para dar luz a sus vidas y por eso mi pelo irradiaba luz como las estrellas. Ellos nunca pudieron tener hijos.

—Y cuando llegaste aquí, hubo alguien que te mostró la cara amarga de tener esta cicatriz. —Recordó la crueldad de Harriet—. Piensa que solo ha habido una persona en el mundo capaz de hacerte sentir mal por ello.

—No me sentí mal. Me dolió que dijese que a ti te repugnaba.

—Eso no es cierto, ya te lo dije una vez. A nadie le repugna. ¡Qué tontería! —Le besó la palma de la mano—. Tu padre debió de quererte mucho para explicarte de esa manera el hecho de ser distinta.

Linette se desató el delantal. A Ethan le inquietó verla tan callada. La visita de Will Sanders, unida al recuerdo de sus padres, la habían sumido en una melancolía que ya creía superada. Y le inquietó pensar que tal vez jamás encontraría una vida plena a su lado.

—¿Echas de menos aquella vida? Ya sabes que no nos sobra el dinero, pero quiero que seas feliz aquí.

—¿Qué tiene que ver el dinero? —espetó dedicándole una mirada furibunda—. No quiero que hables así.

Ethan reconoció que, en ocasiones, más le valía mantener la boca cerrada. Se acercó y la abrazó por detrás, pero ella se mantuvo rígida.

—Y tú me asustas cuando te pones tan seria.

Con la nariz le acarició la suave piel de detrás de la oreja y Linette se relajó de inmediato recostándose en su pecho. Él la ciñó más fuerte agradeciendo el cambio de actitud.

—Pues yo no muerdo —bromeó.

—Qué lástima —susurró él en un tono cargado de sensualidad.

La sensación de su aliento en el lóbulo de la oreja y la poderosa solidez de su cuerpo ceñido al suyo le imprimieron el valor necesario para confesarle su más oculto deseo.

—Hay algo que echo de menos de mi vida en las praderas. Es algo que me encantaba de niña, no sé si debo decirlo. Olvídalo, no es apropiado.

—De eso nada —rio entre dientes junto a su pelo—, ahora no me vas a dejar con la intriga. ¿No es apropiado decirlo o hacerlo?

—Creo que no es apropiado hablar de ello. Cordelia diría que es propio de salvajes —sentenció con un tono que denotaba años de censura.

La giró de modo que quedaron cara a cara.

—Olvida a Cordelia.

Linette trató de retirarse en un intento de concluir la conversación, pero Ethan la ceñía por la cintura sin intención de dejarla marchar.

—¿Qué es eso que se puede hacer, pero que es inapropiado decir?

—No tiene importancia —alegó con visible incomodidad.

—¿Es algo que harías delante de la gente?

—¡No!

—Entonces lo harías sola...

—Me gustaría hacerlo contigo —insinuó.

—¿Conmigo sería apropiado?

La proximidad de sus cuerpos y el juego de acertijos se habían convertido en un delicioso estímulo.

—No lo sé. Pero no me importaría hacerlo, aunque luego pienses...

—Lo que piense deja que lo decida yo. Veamos, es algo que siendo niña hacías en las praderas, pero que aquí no te permites nunca y te gustaría compartir conmigo. Basta ya de timidez. Quiero saberlo.

—Me gustaría bañarme desnuda —confesó en voz baja, mirándole a los ojos—, en el río.

Linette advirtió que él se tensaba. Luchando consigo mismo por no cargarla en brazos y llevarla al río en plena noche, se inclinó sobre su boca.

De pronto, los sobresaltaron unos golpes. Ethan maldijo en voz baja y, apartándose sin ganas, se dispuso a abrir la puerta resuelto a estrangular con una sola mano a aquel visitante tan oportuno.

—Se puede saber... —dijo abriendo la puerta de golpe—. ¡Joseph! ¿Ha pasado algo?

Su expresión cambió al ver a su sobrino estrujando el sombrero con cara de espanto.

—No, en casa nada. Quiero decir, si ha pasado, pero no... Mis padres se han marchado con Tommy al pueblo, pero no es eso.

Linette corrió a la puerta y lo hizo pasar. Ethan, crispado por la preocupación, trató de serenarse para no poner al chico más nervioso.

—Con calma, explícanos qué ha pasado —le pidió Linette en tono pausado.

—Durante la cena, Tommy no paraba de llorar. Tenía un poco de fiebre y mi padre ha decidido que, en lugar de ir a buscar al doctor Holbein, acabaría antes llevándolo a su casa. Mamá insistía en que no era nada, pero mi padre se preocupa enseguida.

—¿Y por eso has venido? ¿Crees que es algo grave? —preguntó Ethan cada vez más preocupado.

—No creo, algo propio de niños será.

—Entonces..., ¿qué ha pasado para que vengas con esa cara? —inquirió con impaciencia.

Linette tomó del brazo a su esposo y con una mirada le rogó tranquilidad. De lo contrario, no iban a conseguir que Joseph terminase de contarles qué lo había llevado hasta allí a una hora tan intempestiva.

—Estábamos las chicas, Albert y yo cuando ha llegado Gideon completamente blanco. Doreen se ha puesto de parto y están en su casa ellos dos solos. Quería que buscase al doctor o a la señora Bates, la mujer que asiste estos casos, pero está demasiado lejos. Por lo que me ha contado, las cosas van muy deprisa. Linette —dijo mirándola a los ojos—, tú eres la persona que está más cerca.

—¿Y Albert? —preguntó Ethan.

—Ha salido al galope en busca del doctor, y he decidido venir yo porque no quería que Hanna cabalgara sola de noche. Ella se ha quedado en casa con Patty.

—Has hecho bien —resolvió Linette—. Nos vamos. Ethan, no hay tiempo para ensillar el caballo, me voy con él.

—Tengo que encargarme del que tiene una pata lacerada. En cuanto acabe, me reuniré con vosotros en casa de Gideon. No hay de qué preocuparse, en ocasiones las mujeres tardan mucho más de lo que parece. Linette —preguntó tomándola del brazo—, ¿sabes lo que haces?

—Ayudé a Cordelia a traer muchos niños al mundo. Esta vez tendré que hacerlo sola. Me temo que no tenemos muchas opciones.

—No perdamos más tiempo —dijo Joseph sacándola de la casa.

Cuando Ethan entró en casa de los McRae, solo se oían los gritos de Doreen. Al ir a entrar en el dormitorio, se paró en seco al comprender que lo último que esta desearía sería ver al patrón de su marido presenciando el parto de su primogénito.

Descubrió a Joseph ocupado en calentar agua en una cazuela grande. Al instante salió Linette de la habitación. Llevaba un delantal blanco de Doreen y tenía la frente perlada de sudor.

—Joseph, en ese armario hay jabón. Lávate las manos a conciencia y luego me lo das a mí. Vas a tener que entrar conmigo, porque Gideon está tan asustado que creo que va a desmayarse en cuanto vea algo de sangre. Ahí dentro ya tengo toallas y un par de sábanas.

—¡Pero yo no puedo! ¡Oh, por favor, no me hagas esto! ¡Yo no he visto nunca a una mujer en... estas circunstancias! Si entro, no podré mirarla nunca más a la cara—se quejó horrorizado.

Linette se acercó a él y lo agarró por la pechera de la camisa, dejándolo pasmado con su arranque de carácter.

—Escúchame —masculló entre dientes a una pulgada de su cara—, ¿no quieres ser médico? Pues esta va a ser tu primera práctica. No me vas a dejar sola ahí dentro. Estamos juntos en esto, ¿entendido?

El chico tan solo acertó a murmurar un ininteligible «sí, señora». Con cara de susto tomó el jabón y se frotó las manos con energía.

Ethan, todavía asombrado, decidió averiguar si todo iba bien con el tono más suave que encontró.

—Linette, ¿hay algún problema?

—No creo, va muy rápido, eso es todo. Y Gideon me pone nerviosa porque parece que esté presenciando una agonía. En cuanto entremos Joseph y yo, le diré que salga aquí contigo. Tú vigila el agua y, de paso, vigílalo a él.

—Pero Joseph solo tiene diecisiete años —alegó—, y a Doreen no creo que le apetezca verlo ahí dentro. ¿No será mejor que te ayude yo?

—De ningún modo —se negó ante semejante idea—. A ojos de Doreen, tú eres un hombre y Joseph, solo un chiquillo.

—Entiendo —cedió—. Pero si el parto se complica, no dudes en llamarme. Me trae sin cuidado el pudor que pueda sentir Doreen, lo importante es sacar adelante a ese niño.

—Tranquilo, de momento sigue su curso y el chico no va a ver nada. Se limitará a sentarse a su lado, darle la mano y secarle el sudor. Lo que tendría que estar haciendo su marido. Pero a él no lo quiero en la habitación. No tengo ganas de tener que atenderlo si se desmaya —lo tranquilizó mientras se secaba las manos—. Necesito un cuchillo que corte muy bien, lo desinfectas con lo que encuentres. Ah, y consígueme también un carrete de hilo.

—Doreen tiene mucha suerte de que estés aquí —dijo besándola en la mejilla—. Venga, no la hagáis esperar más.

Linette respiró hondo y entró en el dormitorio seguida de Joseph, que en su vida había estado más cohibido. Al entrar, cerró la puerta tras ellos. Al momento, salió Gideon con cara de funeral y se puso a pasear arriba y abajo. Ethan se acercó a él, le

dio un par de palmadas en la espalda y fue a controlar el agua. Una vez comprobó que hervía, la apartó del fuego. En el silencio, solo se oía un tintineo de espuelas. Buscó un cuchillo en la cocina y lo desinfectó con algo de *whisky*. Gideon le entregó un carrete de hilo que sacó de un costurero. Y sin poder hacer otra cosa, se sentó a esperar en un sillón junto a la chimenea.

—¿Y este sillón? —preguntó tratando de distraer a Gideon.

—Era del padre de Doreen —contestó lacónico.

De pronto, Joseph salió pidiendo el cuchillo y el hilo, haciendo que Ethan saltase del asiento.

—¡Pero vuelve rápido! —gritó Linette desde la habitación, haciendo que el chico se estremeciese encogiendo los hombros.

Como un rayo, tomó ambas cosas y regresó a toda prisa. Dentro se oyó un grito más fuerte que los anteriores junto a las voces de Linette y Joseph. De pronto hubo unos segundos de tenso silencio y un llanto inconfundible.

Ethan cerró los ojos. Aquellos lloros sonaban a música celestial. Se incorporó y fue a estrechar la mano al feliz padre, que tenía el aspecto de ir a desplomarse en cualquier momento. Instantes después, salió Joseph con una sonrisa de oreja a oreja buscando el agua para asear al bebé y a la madre. Mientras templaba el agua hervida con un poco de agua fría, se le veía tan orgulloso como si el mérito fuese todo suyo.

Minutos después salió Linette con un pequeño bulto en los brazos envuelto en una mantita de franela. Se dirigió hacia Gideon y destapó la carita del bebé.

—Es un niño.

Gideon le acarició la mejilla sin atreverse a rozarlo apenas.

—Gideon McRae Jr. —murmuró enternecido.

La tensión de Linette se evaporó al ver tanta ternura en sus ojos. Se plantó frente a Ethan y con decisión le colocó al niño en los brazos.

—Vamos —rogó—. Tu esposa te espera.

Gideon asintió con cara de susto y se apresuró hacia el dormitorio. Linette entró tras él, lo vio abrazarse a ella y, perpleja, comprobó que era Doreen la que lo consolaba a él con dulces palabras.

Ethan se había quedado paralizado en medio de la cocina con aquel diminuto ser en brazos. Había cogido a todos sus sobrinos en numerosas ocasiones, pero era la primera vez en su vida que sostenía a un recién nacido. Con lentitud, como si temiera que se le fuese a caer al suelo, se dirigió hacia el sillón y se sentó muy despacio. Destapó un poco la manta, el niño estaba arrugado, tenía la cabeza cubierta por una rala pelusa cobriza y abría la boquita como si quisiera bostezar.

Joseph iba de un lado a otro de la cocina sin parar de hablar de lo emocionante que había sido ver nacer a un ser humano. Pero Ethan no lo escuchaba. Estaba aturdido por una emoción nueva para él; sin saber por qué, tenía un regusto salado en el paladar y un nudo le constreñía la garganta.

Instantes después, salió Linette con un fardo de ropa blanca, que colocó en un

rincón dentro del balde que había utilizado. Se quitó el delantal, se secó el sudor de la frente con el antebrazo, y apoyando ambas manos en el fregadero respiró aliviada.

Ethan no podía apartar la vista de ella. Deseó abrazarla y felicitarla por la valentía que había demostrado, pero no le salían las palabras.

Ella llenó un vaso con una jarra de agua y se lo bebió de un trago. Ya repuesta, se acercó a Ethan y sonriente le tomó al niño. Cuando se daba la vuelta para llevar al pequeño junto a su madre, Ethan tiró de su cintura con ambas manos y la sentó en su regazo.

Linette se quedó mirándolo con el niño en brazos. Los ojos de Ethan brillaban con una intensidad como nunca había visto. La reclinó sobre su hombro y acercó su rostro al de ella.

—Quiero hacerte un bebé como este —susurró.

A Linette empezó a latirle el corazón más deprisa que nunca y sintió que se sumergía en la profundidad de aquella mirada color castaño. Contempló un momento al bebé y de nuevo levantó la vista hacia Ethan.

—Como este no. —Sonrió con aquellos hoyuelos que lo fascinaban—. Lo quiero con el pelo castaño y los ojos como los tuyos.

Ethan creyó que en el pecho le estallaban fuegos artificiales, se acercó a su boca y la besó con ternura. Poco a poco, se separó de ella y Linette se levantó todavía aturdida con el pulso acelerado en la garganta. Sin mirar atrás, se alejó con paso decidido dispuesta a entregar al pequeño a sus felices padres.

Joseph había salido de la casa, más por no presenciar el arrebato amoroso de sus tíos que para tomar aire. A lo lejos, vio que se aproximaba un carro. Tal como se fue acercando pudo distinguir a dos hombres: reconoció a su padre, que llevaba las riendas junto al doctor Holbein, que le acompañaba en el pescante. En cuanto frenó, de la parte trasera vio saltar a su madre y correr hacia la casa alzándose las faldas.

—¿Cómo se encuentra Doreen? ¿Está Linette con ella?

—Llegáis tarde —afirmó satisfecho—. Tía Linette y yo hemos hecho todo el trabajo. El niño ya ha nacido y ha sido extraordinario, no lo olvidaré en la vida.

—¿Tú has presenciado el parto? ¿Quién ha tenido semejante ocurrencia? —preguntó escandalizada, dejando paso al doctor que, apresurado, se adentró en la casa.

—No lo vas a creer —afirmó entusiasmado—. Cuando el bebé ha nacido, Linette me lo ha entregado para que lo sostuviera mientras cortaba el cordón. ¡Ha sido increíble!

—¡Un muchacho haciendo de comadrona! Si me lo cuentan no me lo creo —rezongó.

Cuando entró en la cocina, Linette le explicó antes de que preguntase.

—Cuando llegamos aquí, la cabeza ya casi asomaba. No nos ha dado tiempo ni a pensar. ¿Cómo está Tommy?

—Bien, al final ha resultado que no era nada, le están despuntando los colmillos.

Lo he dejado en casa, al cuidado de Albert y las chicas. Solo hemos parado un minuto antes de venir corriendo a echar una mano. Pero ya veo que tú solita te has encargado de todo.

—Ya había asistido a algunos partos, pero esta ha sido su primera vez a solas. Ha demostrado una entereza increíble —añadió Ethan rodeándola por los hombros.

—Ya puedes estar orgulloso de ella.

—Lo estoy —aseguró con sus ojos fijos en los de Linette. Sus palabras y su mirada fueron para ella el mejor de los cumplidos. Detuvo la vista en sus labios. Si en ese momento hubiesen estado a solas se habría lanzado a su cuello y lo habría besado hasta robarle el aliento.

La voz del doctor Holbein la devolvió a la realidad.

—Yo ya no puedo hacer nada aquí —anunció tomando su maletín—. El niño ha nacido sano y la madre se encuentra en perfecto estado. Linette, has hecho un excelente trabajo. En fin, os dejo. Voy a ver si Joseph me acerca a casa.

—Doctor, gracias por todo. Ha sido un detalle que haya venido hasta aquí a estas horas —le agradeció Ethan.

—Al saber que la señora Bates aún tenía que vestirse, he decidido acercarme yo. Y no hay por qué dar las gracias. Pero si insistes —rectificó guiñando un ojo a Linette—, tu esposa sabe cómo agradecermelo.

Ethan no entendió a qué clase de agradecimiento se refería.

—Le gustan los dulces —le dijo Linette al oído.

—Así que tienes un admirador. Muy astuto el doctor Holbein —comentó sonriendo mientras el hombre subía al carro.

—Voy a ver si Doreen necesita algo y a conocer a ese bebé —anunció Emma.

—¡Es tan pequeño! —comentó Ethan.

—¿Qué esperabas? ¿Que saliera andando de la habitación? —preguntó Joseph con suficiencia.

El pescozón de su tío le llegó al mismo tiempo que la reprimenda de su madre.

—Sigue por ese camino, aprendiz de matasanos, y tu padre te tendrá limpiando establos tanto tiempo que acabarás adorando el olor a boñiga —advirtió Emma con media sonrisa amenazante.

—Voy a llevar al doctor —dijo entre dientes frotándose la nuca.

—El chico ha sido de gran ayuda dando ánimos a Doreen —aseguró Linette.

—Sería un medico excelente —comentó Matt orgulloso.

—Una mujer de parto no es una enferma, no se necesita un médico para eso —atajó su esposa zanjando el asunto de la medicina.

—Nosotros nos vamos a casa —dijo Ethan—, ya hemos tenido bastantes emociones por esta noche.

—Emma, yo me acercaré mañana por la mañana para ver cómo se encuentra Doreen —comentó Linette.

—No te preocupes, ahora mismo voy a entrar a ver si necesitan algo y, antes de



irme, pondré la ropa en remojo.

Ethan tomó a Linette del brazo. En cuanto se despidieron de Emma y de Matt, salió con ella de la casa y se dirigieron a la puerta del establo, donde permanecía atado el caballo. Ethan montó de un salto y ayudó a Linette a subir.

—Ahora monta de lado y descansa un poco —dijo sentándola sobre sus piernas.

Ella se lo agradeció porque fue entonces cuando empezó a acusar el cansancio. Se acomodó abrazando su cintura y apoyó la cabeza en su hombro.

—¡Qué ganas tengo de llegar a casa para poder descansar! —suspiró cerrando los ojos.

—¿Crees que llegarás despierta? —preguntó girando grupa.

Linette no contestó, se encontraba tan cómoda que habría podido dormir durante horas en esa postura; pese a todo, se obligo a permanecer despierta durante el breve trayecto.

Ethan no podía dejar de pensar en todo lo que había sucedido durante el día. Estaba orgulloso de ella. Acababa de demostrar un coraje digno de la clase de persona que era: valiente y decidida. Justo el tipo de mujer que admiraba y que siempre quiso tener a su lado. Y ya no se contentaba con hacerla suya, quería que ella no pudiese vivir sin él, que dependiese de él en cuerpo y alma. Esa noche habían dado el paso más importante en su relación. Los niños que ambos deseaban eran la promesa de un futuro juntos.

Cuando llegaron al rancho la movió con delicadeza.

—¿Te has quedado dormida?

—No, pensaba en todas las cosas que han sucedido hoy.

—Yo también venía pensando en lo mismo —añadió ayudándola a bajar.

Desmontó y tomó las riendas. Linette lo miraba sin decidirse a entrar en la casa; él giró la cabeza y al ver que no se movía, dejó el caballo y se acercó a ella.

—¿No entras? —preguntó Ethan jugando con un mechón de su pelo.

—Pensaba esperarte —dijo sin dejar de mirarlo.

—Lo de tener un niño lo he dicho muy en serio —le recordó en roscando el mechón en su dedo.

—Yo también.

Ethan la tomó por la cintura consciente de lo que aquello significaba.

—Mañana es el baile —dijo atrayéndola un poco más—. ¿Qué vestido te vas a poner?

—Uno nuevo.

—Quiero verlo ahora. Quiero que en cuanto entremos te lo pongas para mí —sugirió sensual— y luego te lo quites también para mí.

—No puedo, está en casa de Emma —dijo con un brillo especial en la mirada.

—Si no puedes darme ese gusto, tendrás que pensar en algo para compensarme —le susurró al oído.

La soltó con lentitud y con la cabeza señaló la casa. Linette le regaló media

sonrisa seductora y, tras ascender a toda prisa los escalones del porche, desapareció tras la puerta.

Él se quedó donde estaba. Le llegó un resplandor a través de la ventana que se hizo más tenue conforme Linette se adentraba por el corredor.

En cuanto acabó en los establos, ya en el porche empezó a sacar se el cinturón y la camisa. Sin sentarse siquiera, se quitó las botas a trompicones por la cocina. Descalzo y medio desnudo se quedó parado en la puerta del dormitorio.

Linette dormía acurrucada como un ovillo. Con aquel camisón que mostraba sus brazos desnudos y el pelo suelto sobre la almohada tenía un aspecto angelical. De puro agotamiento, no había resistido despierta.

Ethan terminó de desnudarse y se tumbó junto a ella. Con cuidado de no despertarla, la abrazó por la espalda. Tal como la tenía, dormida en sus brazos y completamente pegada a él, se sintió más dichoso que nunca. La besó en el pelo y con un profundo suspiro se resignó a pasar otra casta noche en la misma cama que su esposa. Pero en esta ocasión, le embargaba una tranquilidad especial porque tuvo la certeza de que iba a ser la última.

Era la típica mañana de agosto, con un cielo azul muy claro en el que apenas se distinguía ni una nube. Hacía bastante calor, pero se agradecía. Los habitantes de Colorado soportaban contentos las altas temperaturas, pues para frío ya tenían suficientes meses de crudo invierno. Así que, aquel viernes tan caluroso había doble motivo para estar contento, pues al buen tiempo había que sumarle el hecho de que, tras un año de espera, por fin había llegado la fiesta de la Fundación, el gran evento que se celebraba en honor de los primeros colonos que decidieron establecerse antes de adentrarse en la inmensidad de las Rocosas.

Linette se había esmerado en elaborar una tarta de manzana. Entre otras actividades se iba a celebrar un concurso de postres para que un jurado decidiera cuál merecía ser considerado el ganador. Después, se subastaban entre la concurrencia, aunque lo habitual era que cada familia pujase por el suyo. Esta vez había puesto un empeño especial. No es que pensara en el premio, pero le encantaba la idea de recibir elogios por su buena mano.

Ethan y ella cabalgaron hasta el pueblo en la misma montura por empeño de este. Al no tener que ocuparse de las riendas, Linette pudo sujetar con firmeza la cesta. En escasas ocasiones montaba de lado sobre las piernas de su marido y el estrecho contacto de sus cuerpos suponía un enorme placer.

Ataron el caballo en un abrevadero próximo a la herrería. Allí dispondría de agua y sombra, y no necesitarían preocuparse de él durante varias horas.

—Ve tu sola. Enseguida te alcanzo —le indicó Ethan, a la vez que saludaba al *sheriff* con un movimiento de cabeza.

Mientras él se reunía con este y dos de sus ayudantes, Linette rodeó la iglesia.

Ante la arboleda se celebrarla el concurso de tartas y los juegos posteriores. Por la tarde, como de costumbre, habría música y baile. Observó las largas mesas dispuestas a un lado de la explanada. Habían sacado los bancos de la iglesia y algunas mujeres ya tenían reservado sitio colocando sus cestas de comida.

A la sombra de los álamos se hicieron algunos corrillos, la mayoría de hombres. Las mujeres se reunían en el centro de la explanada. Al contrario que en las ciudades, en el campo eran escasas las oportunidades para presumir y todas, jóvenes y adultas, consideraban que aquella era una de esas fiestas a las que se iba para ver y dejarse ver.

Esta vez Linette estaba especialmente contenta. El vestido malva a cuadros que se arregló, siendo objetiva, le sentaba muy bien. La forma en que Ethan la miraba desde que salieron de casa, le daba la razón.

En el lado opuesto a las mesas, pudo comprobar que ya se había dispuesto un largo tablero desmontable, cedido por gentileza de los dueños del hotel, que ya empezaba a verse lleno de postres de apariencia deliciosa. Un montón de mujeres iban dejando sus pasteles, mientras otras tantas se dedicaban a espantar a los niños que sentían una atracción inevitable por aquella mesa. Cuando iba a acercarse a dejar la suya, Linette fue asaltada por Patty.

—¡Tía Linette! Ven y verás donde nos hemos colocado. Comeréis con nosotros, ¿verdad?

—Claro que sí, ¿dónde iba a comer yo mejor que con la niña más bonita de Indian Creek?

Se inclinó un poco dejando la cesta en el suelo, la niña se colgó de su cuello y estampó un sonoro beso en su mejilla. No hubo levantado la cabeza cuando vio acercarse a Hanna con Tommy en brazos y enseguida adivinó sus intenciones.

—Linette, no sabes cuánto me alegro de verte. ¡Qué vestido tan bonito! Mamá dice que has hecho una de tus tartas, pero eso puede esperar. ¿Te puedes quedar con Tommy? —dijo encadenando un tema tras otro.

—Me sienta bien, ¿verdad? Dame, anda, pero no tardes, que tengo que inscribirme en el concurso. ¡Huy, pero si te han cortado el pelo! —exclamó dirigiéndose al pequeño a la vez que le besaba la cabecita. Por alguna extraña razón, sus hermanos mayores no reconocían el mismo encanto en su hermanito que apreciaba Linette, porque en cuanto la veían venir corrían raudos a cargarla con el pequeño.

Como de costumbre, Hanna, una vez se vio libre del niño, salió a toda prisa a reunirse con sus amigas para cuchichear y reír a discreción. Linette estaba contenta porque su sobrina había reparado en el vestido y además le había gustado. Un detalle importante, porque una alabanza sincera de una chica hacia el atuendo de otra era cosa rarísima de ver.

—Patty, ¿te importa coger mi cesta? Pero con mucho cuidado.

La niña asintió con la cabeza. Poniendo todo su empeño, tomó el bulto encantada

con su nueva responsabilidad y siguió a Linette hasta el sitio que había elegido su madre para comer.

—¡Linette, querida! Y ya veo que Hanna no ha tardado en deshacerse de su hermano —comprobó con resignación—. ¿Dónde has dejado a Ethan?

—Se ha quedado ahí detrás hablando con el *sheriff*, enseguida vendrá. ¿Y Matt?

—Creo que ha ido al hotel por si necesitaban ayuda para traer las tazas.

—Gracias, Patty —dijo Emma a su hija ayudándola a colocar la cesta de Linette sobre la mesa—. Ve a jugar, cariño.

Habitualmente era el marido de Alice, por disponer de más cantidad, el que cedía todo lo necesario para las fiestas de Indian Creek, ya fueran platos, mesas, sillas o recipientes para la bebida. Su generosidad era agradecida por todos, pues evitaba que cada familia hubiese de trasladar menaje desde sus casas.

Al momento, vieron a Matt seguido de otros hombres, todos ellos cargados con cajas llenas de vasos y jarras de metal, que fueron dejando a un lado. En cuanto hubo descargado, se acercó a su mujer y a su cuñada.

—¿Qué tal, encanto? —saludó a Linette pellizcándole la mejilla.

—Vaya, creía que «encanto» era yo —bromeó Emma.

Matt cabeceó por la ocurrencia de su esposa y Linette no pudo contener la risa.

—¿Emma, te importa coger a Tommy? Tengo que ir a inscribir la tarta.

—De ningún modo, ya terminará Matt de sacar las cosas. ¡Ven aquí, amor! —exclamó tomando al niño—. Estoy segura de que quedarás entre las mejores.

Linette sacó su tarta de la cesta y se dirigió a la mesa. Emma la siguió con la mirada, haciéndose visera con una mano y el niño en el otro brazo.

—Creía que «amor» era yo —contraatacó Matt.

Emma se limitó a sonreír sin dejar de observar a su cuñada.

Conforme se fue acercando, Linette empezó a notar un malestar en el estómago. Sabía que el Comité de Mujeres organizaba el concurso con cuyos fondos se cubrirían los gastos de material de la escuela para el nuevo curso. Pero no pudo evitar aquella desazón en cuanto vio a Harriet Keller al frente de la mesa.

Tratando de aparentar naturalidad, esperó su turno. Minnie y su madre la saludaron con la mano desde lejos y ella les devolvió el saludo contenta de verlas.

—Señora Gallagher, me alegro mucho de verla por aquí. —La alegría de la señora Barttlet era sincera.

—Yo también me alegro. ¿Le entrego a usted la tarta que he traído?

—Desde luego, enseguida la anotamos. Amanda, querida, apunta en la lista a la señora Gallagher. ¿Qué número?

—Treinta y cinco. ¿Qué tal todo, señora Gallagher? —respondió la viuda Keller sin levantar la vista del papel.

Linette no lo tomó a mal, pues en la tienda acostumbraba a departir con todo el mundo sin alzar la vista de sus cuentas.

De reojo miró a Harriet que no pareció reparar en su presencia, entretenida en

charlar con un par de mujeres. La mesa estaba abarrotada de postres, podría decirse que no cabía ni uno más, pero la señora Barttlet hizo un hueco a la tarta de Linette en una esquina de la mesa.

Una vez comprobó que ya estaba bien colocada, se dispuso a reunirse con su familia.

—Treinta y cinco, no lo olvidaré —se despidió con una sonrisa de cortesía.

La sobresaltó un estrépito a su espalda. Cuando se giró, no pudo reaccionar: su tarta acababa de estrellarse contra el suelo.

—¡Oh, Señor! ¡Qué lástima! —Se apresuró a intentar arreglar el desastre la señora Barttlet.

—Si es que no cabe nada más. ¡Qué pena de tarta! Se habría obtenido una buena suma con ella —lamentó Harriet con fingida consternación.

Linette, con el rostro demudado, contemplaba la tarta destrozada sin moverse del sitio.

Minnie se acercó corriendo seguida de su madre.

—Harriet, no finjas porque te he visto —le reprochó indignada.

—No sé de qué hablas Minerva Owen —respondió con un aleteo de pestañas.

—Lo he visto todo. Tú has colocado ese plato —dijo señalando uno de los postres — y, al hacerlo, has empujado la tarta de Linette con el otro plato.

Su madre intentó frenarla del brazo para que no entrara en discusiones, pero Minnie no estaba dispuesta a dejarlo pasar.

Linette no se quedó a escuchar la discusión ni las disculpas y lamentaciones de las mujeres que estaban por allí. Se dirigió hacia las mesas de la comida y se sentó en un banco vacío. En ese momento, lo único que necesitaba era estar sola.

Ethan saludó a Matt con una palmada cariñosa en el hombro y tomó a su sobrino pequeño de los brazos de su hermana.

—¿Pero qué te han hecho? —preguntó horrorizado.

El bebé lo miraba divertido. Le dio un beso en la frente y le acarició los pocos rizos que le quedaban, contemplando el aspecto que tenía. Intercambió una mirada con su cuñado. El silencio de Matt fue más que elocuente.

—Pasó lo de siempre, que sus hermanos me sacaron de quicio y se me fue la mano con las tijeras —explicó Emma—. Luego intenté arreglarlo y aún fue peor. Yo lo veo igual de guapo, y ya le crecerá.

Con el niño en los brazos dio un vistazo a su alrededor y su semblante cambió. Se hizo cargo de que algo había pasado. A lo lejos vio a Minnie y su madre, la chica mantenía una acalorada discusión con Harriet.

Tuvo una corazonada y buscó a Linette con la vista. La localizó tres mesas hacia su derecha, de espaldas a todo el mundo, dolorosamente sola. Antes de ir a hablar con ella, se acercó con el niño en brazos a la mesa de las tartas.

Cuando llegó, la señora Owen intentaba poner paz reteniendo a su hija por el brazo, pero ella continuaba la discusión con terquedad ante la mirada atónita de la

señora Barttlet y la viuda Keller, que intervenían de vez en cuando.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Ethan con aquel tono tan calmado que hacía temblar a los peones.

—¡Ha sido ella! —respondió Minnie fuera de sí—, yo la he visto: ha hecho caer al suelo la tarta de Linette. ¡No ha sido un accidente!

Ethan tensó la mandíbula y miró a Harriet con ojos acerados. Cualquiera otra persona hubiese sentido escalofríos ante aquella mirada, pero ella ni se inmutó.

—Ya te hemos dicho que ha sido un resbalón fortuito. ¿No ves lo llena que está la mesa? —respondió la esposa del predicador.

—No se preocupe, señora Barttlet, seguro que tiene usted razón. No tiene importancia, regrese a sus tareas —añadió Ethan sin apartar la vista de Harriet.

Su intención era que las mujeres volvieran a lo suyo y dejaran de entrometerse. De ese modo, podría hablar con Minnie y tratar de averiguar qué había ocurrido.

—Vamos, Minnie, déjalo ya. Tampoco estás segura de lo que dices —le reprochó su madre intentando zanjar la discusión.

—Por lo menos se ha aprovechado y alguien ha dado buena cuenta de ella —añadió Harriet sosteniendo la mirada de Ethan.

Este bajó la vista hacia la esquina de la mesa. Un par de perros devoraba con fruición los restos de la tarta de Linette, dejando tan solo los trozos del plato hecho añicos.

—Harriet, eres la persona más odiosa y detestable de este mundo —le espetó Minnie furiosa.

—Y tú, Minerva, la más entrometida. Vete con tu sucia sangre de ramera a ver en qué hombre de Indian Creek encuentras algún parecido. Cualquiera podría ser tu padre —ordenó con desprecio.

Ethan hizo un verdadero ejercicio de contención. De haberse tratado de un hombre lo hubiese lanzado por los aires a golpes. El pequeño Tommy observaba a unos y otros sin entender nada. La señora Owen tenía los ojos llenos de lágrimas y Minnie miraba a Harriet con los puños apretados temblando de rabia.

—No te atrevas a insultar a la mujer que le dio la vida a Minerva, Harriet Keller —amenazó la señora Owen con ira contenida—. En el cementerio tengo tres hijos enterrados que no llegaron a cumplir el mes. No me importa lo que hiciera con su vida esa pobre chica, porque gracias a ella tengo a mi hija.

—Eres mala Harriet, ¡arderás en el infierno! —exclamó Minnie con la voz temblorosa de ira.

En una fracción de segundo, Ethan decidió que lo mejor era alejar a Minnie antes de que saltase sobre Harriet. La tarta en ese momento era un mal menor. La tomó del brazo y se la llevó de allí. Su madre la siguió en un acto de cordura, antes de liarse a zarpazos con aquella deslenguada. Una vez se encontraron fuera de la visión de esta, Ethan acarició a la señora Owen en la mejilla, que le tomó la mano cerrando los ojos en un gesto de agradecimiento. Tras consolar a la madre, tomó a Minnie por la

barbilla obligándola a mirarlo.

—Déjalo, Minnie, ya no tiene solución. Lo mejor que puedes hacer es alejarte de ella.

—Eso pienso yo —añadió su madre—, aunque... ¡ha sido tan cruel!

—Alguien tenía que ponerla en su sitio —añadió Minnie sin mencionar la vejación que acababa de sufrir.

—Pero eso no le va a devolver la tarta a Linette, ¿verdad? —preguntó con cariño.

Minnie le dedicó una sonrisa triste y tomó a su madre del brazo. Necesitaba alejarse de allí lo antes posible.

Todos en el pueblo conocían la historia de Minnie. Dieciséis años atrás, una de las chicas del *saloon* quedó embarazada y casi al mes de dar a luz enfermó de unas fiebres. Tardó en morir una semana. Nadie quería saber nada del bebé de una prostituta y un *saloon* no era el sitio adecuado para ver crecer a una criatura. El dueño pensó que lo mejor sería llevar a la niña a un hospicio, pero el matrimonio Owen lo impidió. Algunos no entendieron que el dueño de una pequeña destilería, persona respetable y de situación holgada, asumiera la educación de una hija del pecado. Pero el matrimonio acogió a aquella niña como una bendición y, desde ese día, fue una hija para ellos. Nadie en Indian Creek mencionaba el origen de Minnie por respeto a la familia. Pero, por primera vez, alguien se había atrevido a violar ese silencio.

Por parte de Ethan, el asunto no estaba zanjado. Llamó con la mano a su sobrino Albert, que tonteaba cerca de allí con un par de chicas, y cuando este se acercó le entregó a su hermano sin decir ni una palabra. El chico, un tanto extrañado, regresó con sus amigas y entonces supo lo que era ser invisible, porque toda la atención de las chicas la acaparó el pequeño Tommy.

Ethan continuó su camino con la lentitud de un cazador. Cuando estuvo frente a Harriet, se apoyó con ambas manos en la mesa y se dirigió a ella con mucha calma.

—Óyeme bien, nunca vuelvas a tratar a Minerva Owen como lo has hecho porque como yo me entere, y estate segura que me enteraré, será lo último que hagas.

—A mi nadie me da órdenes —replicó en tono burlón.

—No vuelvas a hacerlo. Jamás —dijo recreándose en la pronunciación—. No puedes soportarlo, ¿verdad? Tu querido padre, el perfecto señor Keller...

—Cierra la boca, irlandés del demonio —murmuró mirando a un lado y a otro.

—Qué suplicio para ti y para tu madre tener que verla todos los días. —Sonrió con cinismo al ver su palidez—. ¿Crees que la gente no se da cuenta del parecido? Ella no tiene ninguna culpa, pero ese pelo rubio tan alemán os delata. Una pena.

—Siempre has tenido debilidad por las rubias. Un poco joven para ti, ¿no? —ironizó intentando sobreponerse.

—Haznos un favor a todos, desaparece de aquí. Vete lejos, muy lejos, y déjanos en paz.

—Algún día, pero mientras viva en este poblado de campesinos haré lo que me venga en gana —añadió con falsa ingenuidad—. Mira todo lo que hay por aquí,

porque cuando te canses de degustar día a día el mismo postre, te arrastrarás por probar las tartas de otras casas. A todos nos pasa.

—Eres un escorpión —concluyó con su tono más agresivo.

Sin darle tiempo a replicar, le dio la espalda. Antes de que se alejase, la inoportuna señora Bartlett lo agarró del brazo.

—Señor Gallagher, ¿ha visto usted qué maravilla de tartas? Seguro que está interesado en alguna.

—No lo creo —respondió tocándose el sombrero con cortesía—, la única que me interesaba acaba de echarse a perder.

Y se alejó de allí dejando a la mujer con la palabra en la boca. Aquel incidente le acababa de estropear el día. Miró hacia las mesas y allí se encontraba Linette, tan sola como antes. Daba la impresión de no haber movido ni un músculo.

Se acercó a ella, se sentó a su lado y durante unos minutos permanecieron en silencio.

—Lo que más te apetece en este momento es marcharte de aquí, ¿me equivoco? —Ella no contestó—. No te muevas.

Ethan se dirigió a la mesa elegida por su hermana y se alegró de ver a Joseph junto a sus padres.

—¿Y el niño? —preguntó Emma.

—Lo tiene Albert.

—Supongo que pujarás por la tarta de Linette, no he traído nada dulce precisamente por eso.

—Pues ve pensando en otra cosa, porque te acabas de quedar sin postre. Joseph, ve a buscar a Minnie y habla un rato con ella. Lo que más necesita ahora mismo es un amigo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Emma preocupada.

—Ahora no —zanjó—. Prepara algo de comida para llevar, si no te importa.

—¿Para uno o para dos? —preguntó Emma suspicaz.

—Para dos —casi ladró Ethan.

Odiaba las intromisiones de su hermana, que todavía se preocupaba por él como si fuera uno de sus hijos. Mientras llenaba la cesta de Linette, la vio intercambiar una sonrisa con su esposo y aquello provocó que Ethan fusilase a su cuñado con una mirada de advertencia.

—No he abierto la boca —se escudó Matt.

Con semblante satisfecho, Emma acabó de colocar las provisiones. Sonriendo, entregó la cesta a su hermano. Él correspondió con un «gracias» que servía tanto para la comida como para su esforzada prudencia.

Se encaminó con paso decidido al banco donde Linette permanecía sentada y, una vez allí, se plantó frente a ella enseñándole la cesta. Ella levantó la cabeza y lo miró de frente. Ethan vio una expresión de derrota tan profunda que le obligó a apretar los dientes.



—Vamos —dijo tomándola del brazo.

Linette se agarró a él con dignidad.

Ethan estaba dispuesto a hacer todo lo que estuviese en su mano para acabar con aquella mirada triste. Había tomado una decisión inamovible: Si su esposa no era querida en un sitio, él tampoco lo era, por tanto estaba de más permanecer allí ni un minuto.

Emma y Matt los observaron, contentos en el fondo de verlos marchar.

—Cada vez más, me parece estar viendo al viejo Robert —comentó Matt.

—¿Tú crees? —preguntó Emma sin dejar de mirar a su hermano.

—Yo creo —respondió, tan cadencioso como si acabase de llegar de Texas.

Ethan guiaba el caballo al paso con Linette a horcajadas recostada en su pecho. Cuando llegaron a tierras de los Gallagher trató de incorporarse y él se lo impidió con suavidad.

—No hemos llegado.

—¿Adónde vamos?

—A un sitio que conoce muy poca gente.

Creyó que racionándole la información despertaría su curiosidad y así saldría del mutismo que arrastraba desde hacía más de media hora.

Linette se limitó a reclinarse de nuevo sosteniendo la cesta con ambos brazos. Al adentrarse en el pequeño bosque que se veía desde el rancho, Linette pensó que la llevaba allí, pero aquella zona la conocía bastante gente.

—Debimos parar en casa a coger mis botas —comentó.

—No te harán falta, iremos con cuidado. Y si no puedes andar, te cargaré al hombro.

Aquello por fin la hizo sonreír.

—Peso mucho.

—Pesas menos que una ardilla —murmuró él besándola en el cuello.

Ethan se relajó al ver que se encontraba a gusto. Desde el incidente de la fiesta no había hecho más que preocuparse por ella.

Cruzaron el bosquecillo casi hasta la mitad y, en un punto donde el camino se bifurcaba, tomaron una dirección desconocida para Linette.

—¿Es un sitio secreto?

—Secreto no, porque pertenece al rancho y lo conocemos todos los que hemos vivido aquí. Pero no sube casi nadie. Es un sitio especial.

Conforme iban dejando atrás la espesura, se adentraron en un claro tapizado de hierba y él mandó parar al caballo. Linette estaba fascinada por las distintas tonalidades de verde que tenía a su alrededor. Había una humedad mucho mayor que abajo en los prados y creyó oír el murmullo del agua. Pese a montar delante, bajó todo lo rápido que pudo y le dirigió una mirada interrogante a Ethan.

—Es aquí.

—¿Por qué no me habías traído nunca? Es precioso —le reprochó sin creer lo que veía.

—Porque nunca he traído a nadie, excepto a Matt. También venía con mi padre, pero era él quien me traía a mí. Y, cuando era pequeño, a veces en verano subíamos toda la familia.

Linette se sintió muy honrada de que la hubiese llevado a un lugar que solo había compartido con personas tan especiales para él.

—Se oye agua —comentó ella.

—Ahora verás —dijo mientras desmontaba.

Ató al caballo a una rama a la sombra y le tendió la mano. Linette tomó la cesta, se aferró a él y lo siguió en silencio. Se habían alejado apenas un trecho cuando, al girar una curva, apareció ante sus ojos lo más hermoso que recordaba desde que llegó a Indian Creek. A su izquierda, lo que parecía un torrente se arremolinaba formando espuma, y discurría prosiguiendo la pendiente hasta llegar a un par de escalones de piedra a modo de pequeñas cascadas que caían en un remanso. Allí el agua parecía perder su fuerza y se aquietaba para continuar corriente abajo. Con el día tan claro, el arroyo reflejaba los rayos del sol como un espejo y en los márgenes salpicados de lirios de agua, donde las ramas de los pinos proyectaban su sombra, la transparencia era tal que permitía ver el fondo de arena y guijarros. Linette se abrazó a Ethan y hundió la cara en su pecho. No lloró pero sacudía los hombros por la emoción. Aquel contacto con la naturaleza era lo más parecido a su vida como lakota que tenía en los últimos ocho años.

—Le llamamos la cascada —le explicó acariciándole la cabeza—. En realidad no es más que un escalón. Llamarle cascada a esto es una tontería, pero siempre lo hemos conocido por ese nombre.

Linette, entre sus brazos, se recreó en la vista y los sonidos que la envolvían. Comprendió que debió de ser allí donde fue a mitigar su dolor el día que murió su padre y se sintió dichosa al ver que requería su compañía en aquel lugar.

—¿Te gusta? —Ella asintió—. Espérame aquí, he pensado que es mejor que traiga al caballo para que beba.

Linette se sentó bajo los árboles donde la hierba era más mullida. Merecía la pena el disgusto por la tarta si el premio consistía en disfrutar de aquello.

Ethan anudó las riendas a una rama baja de modo que el animal llegara al agua con holgura. Cuando él se acomodaba en el suelo, ella se puso en pie.

—¿Adónde vas? —preguntó alzando un poco la cabeza—. ¿Ya tienes hambre?

—No es eso, necesito hacer una cosa —le explicó empezando a desabotonarse el vestido.

—Linette, no es necesario —quiso frenarla.

No quería que pensase que la había llevado allí para hacerle el amor.

—Necesito quitarme el corsé, con él estoy incómoda en el suelo.

Ethan se sintió como un idiota por haber sacado una conclusión equivocada y se tumbó con el sombrero sobre la cara. Una vez notó que se acomodaba a su lado, levantó el sombrero. El vestido descansaba a un lado con el corsé encima.

—Mucho mejor así, ¿verdad? —aseguró Ethan.

Desde luego él así lo creía, solo cubierta por la enagua y la liviana camisa estaba muchísimo mejor. Levantó el corsé con una mano estudiando aquel extraño mecanismo. Linette se lo arrebató de un zarpazo y lo escondió debajo del vestido.

—Cuando tengas hambre me lo dices —comentó divertido.

A Ethan aún le costaba entender su curioso concepto del decoro. No le incomodaba la desnudez, en cambio se mostraba pudorosa si él observaba su corsé.

—Antes necesito hacer otra cosa más —añadió Linette.

Él la observaba apoyado sobre un codo. No sin dificultad, consiguió quitarse los zapatos al no disponer del abotonador. Se deshizo en un momento de las ligas y las medias. Cuando estuvo descalza se dirigió al agua con las enaguas arremangadas.

—¿Es muy profundo?

—Te cubrirá más o menos lo mismo que te cubre la camisa —calculó—. ¿Piensas bañarte?

—Solo mojarme los pies.

Siguió contemplándola mientras se adentraba con cuidado en el agua y le encantó ver que cerraba los ojos con una sonrisa de felicidad. Al poco, volvió estudiando con cuidado dónde pisaba para no lastimarse los pies y se sentó de nuevo a su lado. Él se arrimó despacio y jugó con un mechón rebelde que caía parejo a su mejilla. Se inclinó y la besó con dulzura.

Pero Linette respondió con frialdad.

—¿Qué pasa?

—¿Con ella también era así?

El disgusto era demasiado reciente y despertó antiguos fantasmas. Ethan cerró los ojos tratando de mantener la calma.

—No, con ella todo fue superficial. ¡Todo! Y aquel día no fui yo quién la buscó, fue ella la que me buscó a mí.

—Entonces, ¿por qué te dio una bofetada? —replicó, si él estaba dolido, ella también lo estaba.

—Porque en aquel momento dije tu nombre.

Linette creyó morir de felicidad. Se aferró a él y hundió la frente en su hombro.

—Será mejor que volvamos —dijo Ethan con sequedad.

Se puso en pie y ella lo secundó. Aceptó que la ternura y la intimidad se habían acabado, pero antes tendría que escucharla.

—Siempre sospeché algo así, pero necesitaba oírlo de tu boca, eso es todo. Ella me retó asegurando que podía conseguirte en cualquier momento y yo te odié al creerte un juguete en sus manos.

—Ahora soy yo el que exige explicaciones. Si sospechabas que todo lo había urdido ella, ¿por qué te lanzaste contra mí como una fiera? —se revolvió con tono bajo.

—¿No has oído hablar de los celos?! —le gritó.

Aquello hizo cambiar de pronto el humor de Ethan, que volvió a sentarse en la hierba y tiró de ella para que lo hiciese a su lado.

—Si hay celos, significa que hay algún tipo de sentimiento —dijo mirándola a los ojos.

Ethan la tumbó. Al principio se mostró agitada pero su mirada bastó para apaciguarla y él se recreó en ello, consciente de su poder.

—No puedo compartirme, Ethan —confesó en voz baja—. Tus besos, los quiero

todos para mí.

Su confesión lo llenó de orgullo, se acercó a su boca y la tomó con pasión. Esta vez Linette le respondió con idéntica entrega. La besó durante largo rato, y ella disfrutó de él acariciando su cuerpo con osadía. Ethan le abrió la camisa y tomó por primera vez su pecho desnudo. Bajó la cabeza para besarla en el cuello, lo saboreó con pequeños mordiscos que la hicieron temblar. Le acarició el pecho con la mano abierta, jugando a excitarla. Sin dejar de besarla, tomó el otro pecho rozando su endurecido pezón con la palma. Volvió a su boca y ella le hundió los dedos en su pelo; no quería que acabase y lo retuvo para gozar con la delicia que le ofrecía.

Ethan se separó poco a poco y, en contra de su deseo, se obligó a acabar con el juego.

—Tenemos que parar —jadeó.

Se tumbó boca arriba y quedaron uno junto a otro en la misma postura. Durante un rato permanecieron en silencio.

Linette se sentía frustrada. Durante las últimas noches se limitaba a besarla y abrazarla con delicadeza. Si continuaba tratándola con tanta caballerosidad, iba a acabar gritando como una poseída.

Se giró boca abajo y se irguió apoyándose en los antebrazos. Él ladeó la cabeza para mirarla y le guiñó un ojo, con lo que arrancó una sonrisa de Linette.

—Es la primera vez que haces eso.

—Es la primera vez de muchas cosas, pero habrá más —aseguró—. Ahora no tenemos tiempo.

Ethan quería disponer de todo el tiempo del mundo para iniciarla en cada nueva forma de placer y hacerla gozar hasta el éxtasis. Y ese no era el mejor momento.

Linette recordó el asco y la rabia de verse sometida bajo el cuerpo de McNabb, así como el repugnante contacto de su aliento aguardentoso.

—Esto es algo más que lujuria... Supongo que los hombres no creéis en ese tipo de emociones y solo lo consideráis una satisfacción física —comentó bajando la vista.

—No me juzgues por lo que te hizo aquel miserable. Si solo se tratase de ese tipo de satisfacción, no tendría tanta paciencia. Me bastaría con acercarme a Kiowa. Tú has vivido allí y debes de saber que hay sitios para eso —replicó mordaz.

Ella se quedó mirándolo fijamente, pero su mirada se fue transformando en ira tal como se le fueron entornando los ojos. La idea de imaginarlo con otras mujeres la hacía bullir de celos. Ethan adivinó su pensamiento, asombrado ante la capacidad para comunicarse sin palabras que estaban adquiriendo día a día.

—La respuesta a lo que estás pensando es «sí». —Ella giró la cabeza—. ¿Qué esperabas? Tengo veintinueve años y no he sido un monje. Te aseguro que lo mejor es que uno de los dos tenga cierta experiencia y, como comprenderás, prefiero ser yo el que la tenga.

—Si mi comportamiento fuera el de una dama, como Cordelia se esforzó en

enseñarme, te abofetearía por ese comentario tan arrogante —murmuró atravesándolo con la mirada.

—Si fueses una de esas damiselas altivas y remilgadas, el día que te conocí habría salido corriendo.

Aquel comentario divirtió a Linette. Disipada la tensión, Ethan la atrajo dispuesto a no remover más el asunto.

—Desde hace un mes y dieciocho días, solo tengo ojos para una mujer.

—¿Crees en la fidelidad? —le preguntó con los ojos fijos en los de él.

—Creo que nadie va a buscar oro a California si tiene un tesoro en su casa.

Su mirada fue tan sincera que a Linette se le formó un nudo en la garganta, pero quería aprovechar el momento en que él había decidido abrirle su corazón.

—¿Qué harías si pudieses retroceder al 21 de junio?

—Ese es tu problema, Linette, miras demasiado hacia atrás —le reprochó recorriendo el óvalo de su cara con un dedo—. He perdido un tiempo precioso compadeciéndome de mí mismo. Pero ¿cómo voy a mirar hacia el futuro si tú te empeñas en lo contrario?

—Respóndeme, por favor. Para mí es importante.

—Pondría todos mis esfuerzos en seducir a la única mujer que me interesa, en conquistarla para mí y luego le pediría que fuese mi esposa —confesó mientras le acariciaba el pelo—. Me ganaría su confianza y, sobre todo, intentaría comprenderla.

—Ella te diría que sí sin dudarlo —interrumpió con la voz entrecortada.

—No podemos volver atrás, pero tengo toda una vida para convencerte de que soy digno de ti.

—En mi presencia nadie habla mal de ti —le advirtió con seriedad—. Ni a ti te lo consiento.

La besó con tanta ternura que a Linette se le llenaron los ojos de lágrimas. Él notó que ambos rondaban el precipicio del derrumbe emocional y lo que más deseaba era verla feliz. Le acarició la cintura provocándole cosquillas que la hicieron reír y, cuando lo miró con la felicidad reflejada en los ojos, supo cuánto necesitaba mirarse en ellos.

—¿Hazme un favor, quieres? —le pidió suplicante—. Cambia de postura.

Linette se miró el escote, tal como estaba tumbada, la camisa se le abría mostrando los senos casi por entero. Lo miró y comprobó que él no apartaba la vista.

—Si sigues enseñándome eso —entrecerró los ojos y le tomó la mano para que palpase su erección—, esto de aquí no va a disminuir nunca.

Abrió mucho los ojos impactada, más por el tamaño que aquello podía llegar a adquirir que por el atrevimiento de él. Pero se acercó a su boca y lo besó con una seducción muy lenta. Ethan supuso que apartaría la mano como si quemase, por lo que se quedó turbado al sentir cómo lo acariciaba por encima del pantalón.

Linette se separó de él con una sonrisa satisfecha.

—¿Te apetece comer? —preguntó pensando en la cesta de la comida.

La atrapó por la nuca y la besó con ardor. Linette habría deseado prolongar aquellas caricias, pero al ver que él no pensaba seguir, decidió cambiar de postura.

—No me has contestado. ¿Quieres que comamos?

—Que comamos... Tú no sabes lo lasciva que resultas con esa inocencia. —La miró con avidez.

—No te entiendo.

—Ya te enseñaré, pero poco a poco. Una cosa detrás de otra —añadió sutil.

—Voy a por la cesta —dijo poniéndose en pie.

Ethan se sentó apoyando la espalda en un árbol. Linette acarició al caballo en el cuello y volvió con la comida en la mano. Se sentó a su lado con las piernas cruzadas y destapó la cesta, curiosa por ver qué les habría preparado Emma. Tomó un muslo de pollo y le indicó a Ethan con la mano que escogiese a su gusto. Él tomó un emparedado que comió en silencio hasta darle fin.

—Estás muy guapa con ese vestido... ¿o debo decir tu pareja de baile? —comentó burlón.

—No te burles, cada día lo hago mejor. Y, en cuanto al vestido, no se para qué tanto esfuerzo.

—¿Cómo que para qué? Para que te vea yo.

—Las mujeres no lucimos la ropa para los hombres, lo hacemos para despertar la envidia de otras mujeres —sentenció convencida.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Emma.

—Vaya con mi hermana. ¿Te ha enseñado más cosas? —preguntó suspicaz, pero de pronto se arrepintió—. Deja, no me lo cuentes, no quiero saber nada. No me hago a la idea de mi hermana y Matt liados en ese tipo de asuntos.

Ella se echó a reír pero al ver su cara decidió no continuar. Ese tipo de reacciones en él la divertían, como su extraña renuencia a mostrarse con lentes.

Una vez satisfechos, Linette se levantó para volver al agua. Mientras se lavaba las manos en la orilla, lo oyó acercarse a su espalda.

—Ni te atrevas —le advirtió sin girarse.

Ethan la alzó por la cintura y, sin darle tiempo a reaccionar, la giró para tenerla de frente. Vio en sus ojos una mezcla entre sorpresa y deseo.

—Pensabas que iba a lanzarte al agua. ¿No confías en mí? —preguntó acariciándola con la mirada.

—Más de lo que crees.

A Ethan le gustó aquella respuesta. La tomó de la mano y la hizo seguirle.

—Quiero enseñarte una cosa.

La llevó por la orilla cuajada de cañas de abrojo y rodearon el remanso hacia la derecha. Ethan paró un poco más adelante.

—¿Sabes qué es?

—*Mninatakapi* —sonrió por lo evidente del enigma—, una presa de castores.

—A veces olvido dónde te criaste. Debiste contármelo todo, me hubiese ayudado a entenderte mejor.

—Lo sé, pero durante ocho años me obligaron a ocultarlo. Pensé que me rechazarías.

—Entre ellos, ¿alguna vez te sentiste rechazada?

—Jamás. Tú no conociste a mi padre. Era respetado por todos y él nunca lo hubiese permitido.

—¿Era jefe?

—No, los jefes lakotas suelen ser hombres jóvenes. Pero fue un gran guerrero.

—Gracias a ese gran guerrero yo tengo una hermosa mujer de pelo amarillo.

Linette sonrió al ver que él no lo había olvidado.

Continuaron hasta donde el río ganaba en anchura y a su vez perdía profundidad. A partir de allí, el agua discurría paralela al bosque, continuando su curso a través de las propiedades de los Gallagher. Aquel riachuelo constituía, junto a la calidad de los pastos, de las cualidades que hacían de aquellas tierras unas de las más fértiles y ricas de todo Colorado.

Ethan se detuvo y le rodeo los hombros. Ante ellos se extendían hasta donde la vista alcanzaba, como un inmenso tapiz de distintas tonalidades de verde y ocre, las tierras que constituían el rancho Gallagher.

—Esto que ves ante ti es todo lo que tengo: no conozco otro mar. —Contempló la inmensidad de sus tierras—. Este es mi océano, Linette.

—Eres un hombre afortunado —reconoció Linette extasiada ante aquella belleza—. Tienes un sitio al que perteneces y un motivo por qué luchar, como Ahab.

Ethan sonrió por la comparación y la estrechó aún más.

—Es un continuo desafío. Hemos pasado inviernos durísimos que mermaron la cabaña de reses y sequías que nos llevaron al borde del desastre.

—Y los has superado con tesón, tienes que sentirte orgulloso —replicó con admiración.

—Esa dedicación sin límite constituye mi fracaso. He defraudado las esperanzas que puso mi padre en mí para continuar su trabajo. Solo soy un hombre con miles de acres. A mi edad, debería haber formado ya una familia a la que legar tantos años de esfuerzos y ni si quiera he conseguido la suficiente prosperidad para devolver a este rancho su esplendor original.

—Nadie espera de ti que seas mejor que tu hermano Sean. —Él giró el rostro—. Ethan, la gente te quiere por ser quien eres. Lucha por tu sueño, no por el sueño de otros. Tu padre así lo habría querido.

—No sabes lo difícil que resulta comprobar que todos tus desvelos pertenecen a estas tierras. Algunas veces he pensado en abandonar, pero se que no podría hacerlo y ahora menos que nunca. —La apretó más a él.

—Si te fuese concedido un deseo, ¿qué pedirías? —Trató de levantarle el ánimo.

—Pediría ver este rancho tan productivo como siempre debió ser. Y tú, ¿qué



pedirías?

—Volver a ver a mis padres.

—Me refiero a un deseo que se pueda cumplir —dijo mirándola con ternura.

—Entonces, mi deseo ya se ha cumplido. Tú eres mi familia y mi hogar está donde tú estés —contestó sin dejar de mirar al frente a la vez que se abrazaba a su cintura.

Ethan no fue capaz responder. Se le formó un nudo en la garganta al advertir con qué poco se conformaba aquella mujer que tenía a su lado. Durante años, le había cegado el propósito de tener el rancho más rico y la mujer más admirada; y, sin buscarla, se había cruzado en su vida una persona tan desinteresada que para ser feliz solo necesitaba permanecer aferrada a su costado. Cuando por fin pudo hablar, la tomó por los hombros y la miró de frente.

—Quiero que sepas una cosa —se sinceró en tono íntimo—. Harriet Keller me rechazó una vez y le estaré agradecido por ello mientras viva.

Linette se acercó a sus labios y durante largo rato permanecieron fundidos en un beso. Poco a poco, fue ella la que deshizo el abrazo y entrelazó su mano con la suya. Comprobando a cada paso donde pisaba, volvieron hasta el remanso. Una vez allí, sin necesidad de hablar, supieron que era hora de volver a casa. Ethan tomó al caballo de las riendas mientras Linette terminó de vestirse y se colgó la cesta del brazo. Antes de marchar, le dedicó una última mirada a aquel paraje intentando retener toda su belleza.

—La próxima vez vendremos a pie, antes siempre lo hacía así —comentó Ethan calándose el sombrero.

—Como quieras. No sé por qué hemos venido a caballo.

—Por tus zapatos —le explicó—. ¿Te has vuelto a poner el corsé?

—Pues claro que me lo he puesto —replicó indignada—. No esperarás que ande por ahí arriesgándome a que alguien me vea con el corsé en la mano.

Él se limitó a reír por lo bajo, dado que de camino a casa era casi imposible que se cruzasen con nadie. La tomó por la cintura para ayudarla a montar, pero antes de que la elevara, Linette se agarró a sus hombros y se lo impidió.

—Me gusta como eres, Ethan. —Él la miró intrigado—. Hasta ahora conocía al hombre arrogante, autoritario, peligroso cuando se enfada, rudo, mordaz, serio, reservado...

—¿Tengo que darte las gracias? —interrumpió con asombro.

—Y ahora sé que ese hombre que me gusta tanto, además es divertido, irónico, tierno, caballeroso, sensual e incluso a veces se atreve a abrir la puerta de sus sentimientos.

Ethan no pudo sostenerle la mirada, Linette no albergaba ningún rencor hacia él.

—Hubo otras —musitó pegándola a él—, pero te aseguro que ninguna mujer que haya conocido puede compararse contigo. Fui muy afortunado al encontrarte.

—Entonces yo he tenido más suerte que tú —le acarició la mejilla—, porque

conseguí al mejor hombre al primer intento.

Conmovido, cerró los ojos y, tomándole la mano, le besó la palma justo en la cicatriz. Para Linette aquel gesto tuvo más valor que cualquier palabra.

A la vuelta de la cascada, Ethan tuvo que ocuparse de las tareas más imprescindibles, ya que en un rancho no existían los días festivos.

Cuando acabó de revisar el estado de un tramo del vallado, volvió al pueblo. No pensaba hacerlo antes del baile, pero necesitaba comprar sogas nuevas y prefirió hacerlo en ese momento que dejarlo para el día siguiente.

Se encontraba atando el rollo de sogas al cuerno de la silla cuando una voz le hizo girar la cabeza.

—Señor Gallagher, no pensaba verlo por aquí —le saludó la viuda Keller.

—Señora —correspondió sin mucho entusiasmo tocándose el ala del sombrero.

—En realidad, su esposa no debió tomarse la molestia de acercarse hasta mi casa. Habida cuenta que usted tenía asuntos que resolver en el pueblo, podría haberse evitado un viaje.

Por el tono dedujo que aquella mujer intentaba decirle algo. Aquello le irritó porque no era hombre dado a andarse con rodeos y odiaba ese tipo de conversación.

—No es tan grande la distancia —añadió evitando darle pie a seguir.

—Pero seguro que en su casa, tratándose de un rancho, debe de estar muy ocupada. Me sorprendió bastante su visita, porque saldar la cuenta antes de la venta de ganado no es la costumbre.

Ethan recibió el mensaje con toda claridad, y si la viuda Keller esperaba que mostrase sorpresa por ello, estaba muy equivocada. Él no contestó, se limitó a mirarla inexpresivo y siguió con lo que estaba haciendo.

—En fin, no hace falta que le diga que en mi casa, como el resto de rancheros y granjeros, tiene las puertas abiertas y que con toda tranquilidad puede comprar a cuenta. Así ha sido siempre y así pienso seguir llevando mi negocio. Que tenga usted un buen día, señor Gallagher.

Ethan la saludó con un movimiento de cabeza y montó con calma. Notó cómo toda la sangre del cuerpo corría con velocidad agolpándose en su cabeza y luego retrocedía iniciando un veloz descenso para volver a subir. Aquella mujer había cumplido con su cometido, le había informado de que su dócil esposa había saldado la cuenta en la tienda a sus espaldas. Espoleó apenas al caballo para que iniciase la marcha y se alejó despacio. Una vez se encontró lo suficiente lejos de las últimas casas, clavó espuelas con fuerza levantando un remolino de polvo.

El camino le pareció más corto que nunca. Subió la ladera tan rápido que apenas noto el desnivel y a las puertas de casa tiró de las riendas con tanta fuerza que el caballo levantó las patas. De un salto, puso los pies en el suelo y se quedó clavado tratando de mantener la calma. Sin perder tiempo en amarrar al animal, en dos

zancadas se presentó en el porche de casa.

Linette se preparó para el chaparrón. Pensaba haberle informado durante la cena, no esperaba que se enterase tan pronto. A fin de cuentas, suponía que no iba a reaccionar con alegría, de manera que siguió con lo que estaba haciendo volviendo apenas la cabeza cuando advirtió su presencia.

—La cena no tardará nada —comentó en un tono de lo más habitual.

—Quiero que me expliques cómo has cancelado la cuenta en la tienda. —Utilizó un tono bajo y amenazador.

—Pensaba contártelo mientras cenamos, así que por favor ve a lavarte las manos y en cuanto te sientes te daré una explicación.

—He dicho ahora —recalcó masticando cada palabra.

Linette se giró con mucha calma y le sostuvo la mirada con toda tranquilidad.

—¿Has ido a la tienda? ¿Te ha informado Harriet? ¡Qué detalle por su parte! Pero la próxima vez que la veas le dices que se meta en sus asuntos porque, para informar a mi esposo de lo que hago o dejo de hacer, me basto yo misma —replicó sin alzar la voz.

—No sigas por ahí. Ha sido su madre. Con Harriet no tengo nada qué hablar así que olvídate de ella de una maldita vez —respondió con una mirada fiera de advertencia.

Linette se sintió miserable por atacarle por ese flanco. Se habían prometido que el tema estaba cerrado.

—Siéntate, por favor, ¿o seguimos hablando de pie? Como prefieras, seguimos de pie —se rindió ante su silencio.

—Quiero una explicación ahora mismo. Me gustaría saber por qué he tenido que enterarme por otra persona de que actúas a mis espaldas.

—Jamás he actuado con intención de ocultarte nada. Te he dicho que pensaba contártelo durante la cena y ya sabía cómo ibas a reaccionar, porque no sé si sabes que empiezo a conocerte mejor de lo que crees —añadió sin alterarse—. Si de algo tengo que disculparme, es de no habértelo dicho. Pero, de haberlo hecho, ¿me habrías dejado ir?

—Aquí las preguntas las hago yo y no te andes con rodeos —replicó apretando los puños—. Mis cuentas en la tienda y el almacén se saldan todos los años cuando se vende el ganado. ¿Qué te hace pensar que podías ir tú y hacerlo?

—Tome esa decisión porque también son mis cuentas.

—De tus cuentas y las mías me encargo yo. ¿De dónde has sacado cuarenta dólares?

—Cuarenta y cinco. La mayor parte me la diste tú el día que me recordaste dónde está la puerta. El resto ha salido de la venta que he ido haciendo al hotel.

Linette comprendió que la situación estaba empeorando por momentos. A Ethan se le tensaron los músculos de los brazos como no había visto nunca y se acercó a ella con el sigilo de un depredador.

—Te acabo de decir que las cuentas las pago yo, ¿cómo te atreves a utilizar tu dinero para los asuntos del rancho?

—No era mi dinero, me lo diste tú —replicó Linette a punto de perder la paciencia.

—Escúchame bien —dijo acercándose más a ella—: este es mi rancho y lo llevo a mi manera. Aquí mando yo y se hace lo que yo digo. Eso lo sabe todo el mundo y todos me obedecen sin rechistar, pobre del que no lo haga. Así que, en lo sucesivo, no te atrevas a hacer algo a espaldas mías, ¿te ha quedado claro?

—Escúchame tú a mí, Gallagher —se revolvió como una fiera a menos de una pulgada de su cara—, esta también es mi casa. No te atrevas a hablarme como a una empleada porque no lo soy. Te guste o no, tus problemas son los míos y tus deudas son las mías. Esta mañana he tomado una decisión y nada ni nadie me va a echar atrás, ni siquiera tú. No quiero tener nada que ver con las Keller y, mientras me queden fuerzas, los Gallagher no vamos a tener ninguna deuda pendiente con esa gente, ¿entendido?! —afirmó elevando la voz con rabia.

—Nunca me ha hecho gracia el asunto de las tartas. No necesito que una mujer trabaje para mí —insistió arrastrando las palabras.

—Cuando te calmes, te darás cuenta que no pretendo trabajar para ti sino contigo —concluyó dándole la espalda.

Ethan se apoyó en la mesa con las dos manos en un esfuerzo por no dar un golpe. Rara vez perdía el control, pero Linette, con su cabezonería, demostraba una habilidad extraordinaria para acabar con su paciencia. Tras unos segundos, se irguió y dándole la espalda se dispuso a marcharse.

—¿No piensas cenar? —le preguntó Linette con frialdad.

—Se me ha ido el hambre —respondió desde la puerta.

—Más tarde tengo que ir a casa de Emma por el vestido nuevo —trató de retenerlo.

Le dolía que se marchase sin solucionar la discusión.

—Ve con ellos. Nos veremos en el baile —le respondió saliendo por la puerta.

—¡Ethan! —gritó y logró que él se quedara clavado sin girarse—. Una cosa más. Lamento haber comentado lo de Harriet, ha sido mezquino por mi parte y no estoy orgullosa de ello. Te prometo que no volverá a suceder.

Él no se volvió siquiera para despedirse y Linette no pudo ver que su rostro se relajó por una décima de segundo al oír la disculpa. Cuando se quedó sola, los ojos se le inundaron de lágrimas, pero se prohibió derramar ni una: no iba a darle el gusto a ese terco irlandés que tenía por marido. El problema es que ambos eran igual de obstinados y tendrían que acostumbrarse a vivir con ello. Se entristeció pensando en los maravillosos momentos que habían compartido hasta esa misma tarde. Justo habían tenido que discutir cuando faltaban pocas horas para el baile. Rogó con todas sus fuerzas que las cosas entre ellos se calmaran antes de la noche. Por lo menos le había dicho que se verían allí, eso le dio esperanzas.

Durante el camino de vuelta a los pastos, a Ethan le sobró tiempo para disipar el enfado y reflexionar sobre lo ocurrido. Continuaba furioso, pero hubo de reconocer que, de haberle comentado sus planes, habría puesto el grito en el cielo. Recordó su nobleza al disculparse por un comentario injusto. Obstinada y noble. ¿Tendría sangre irlandesa y no lo sabía?

Jamás la había visto así. Sabía cómo era Linette cuando se enojaba, porque tuvo ocasión de comprobarlo la horrible noche de la lluvia. Pero esta vez era diferente. «Gallagher», lo había llamado Gallagher de hombre a hombre.

Tuvo que reconocer que parte de su crispación era fruto de la contención de las últimas noches. Se lo debía después de haberse comportado la primera noche como un patán insensible. Pero tantos abrazos tiernos, besos y caricias sutiles lo estaban volviendo loco. Para colmo, su tímida y dócil resultaba seductora, aquellas explosiones de carácter la hacían mucho más provocativa y deseable. No veía el momento de saborear el placer de verse atacado por esa fiera salvaje que tenía como esposa. Lo necesitaba cuanto antes y, deleitándose en la idea, pensó con una sonrisa golosa que el sitio perfecto para domesticarla sería su propia cama.

\* \* \*

Una par de horas después, Linette, sentada frente al tocador del cuarto de Emma, sonreía encantada con la imagen que le devolvía el espejo. Mereció la pena soportar el engorro de las tenacillas calientes, ya que Minnie y Hanna se habían empeñado en llenarle la cabeza de bucles. Tenía que reconocer que le favorecía el pelo recogido en un mono, del que caían un sinfín de rizos hasta más abajo de la nuca.

Durante la laboriosa sesión de peinado, la habitación se convirtió en un trasiego de gente entrando y saliendo. Patty la observaba ensimismada y le confesó que de mayor quería ser tan guapa como ella. Linette, perpleja ante tal muestra de adoración, le aseguró que cuando creciese se convertiría en la mujercita más hermosa de Colorado.

Matt no paraba de refunfuñar, ya que la invasión femenina del que también era su dormitorio lo obligó a vestirse en el cuarto de los chicos. Entre tanto, el pequeño Tommy no paraba de gritar gateando por la cocina al ver que todo el mundo pasaba junto a él sin prestarle atención.

Albert no dejó de molestar a su madre hasta que consiguió que le planchase la camisa antes que a los demás. Y Joseph insistió e insistió hasta que Linette le reservó su primer baile.

—Este chico parece tonto —aseguró Minnie con ojos entornados.

Hanna no pudo aguantar la risa y Minnie la fulminó con la mirada.

—No tengo demasiada experiencia —dijo Linette—, pero creo que los hombres muestran más interés cuanto menos caso se les hace.

—Qué gran verdad. Al sentirse ignorados se despierta en ellos un instinto de cazador —corroboró Emma humedeciéndose el dedo para probar el calor de la plancha—. Minnie, se está haciendo tarde, es hora de que vuelvas a tu casa para

vestirte. Y tú, Hanna, vístete y encárgate de tu hermana —dijo alargándole su vestido recién planchado.

Antes de irse, Minnie regresó al cuarto con Tommy, que no paraba de gimotear.

—Toma —bromeó entregándoselo a Linette—, un hombrecito que se siente ignorado.

Emma rio la ocurrencia y la apremió para que no se demorase más.

—No hay nada peor que planchar en verano —protestó colocando el vestido de Linette sobre la tabla.

—Déjalo, por favor, puedo encargarme yo.

—Tú ya haces bastante encargándote de Tommy.

Linette acarició la cabeza del pequeño pensando en la pelea de hacía un rato. Ethan no era vengativo, pero cuando se fue de casa estaba tan enojado que quizá ni asistiese al baile, y sin él presente no tenía intención de bailar con otros hombres. Puede que esa noche fuera la más elegante del banco de las que no bailan nunca.

Cuando toda la familia estuvo dispuesta para salir, Albert enganchó los caballos. En el pescante, junto a Matt, se acomodaron Linette y Emma con Tommy en el regazo de su madre. En la trasera subieron los cuatro hermanos mayores. Los chicos protestaron por tener que ir detrás, pero Emma y Linette no estaban dispuestas a arrugar sus vestidos, así que tuvieron que conformarse.

Emma esperaba ansiosa la reacción de los presentes ante la nueva imagen de Linette, en especial quería ver la cara de su hermano, y de paso también la de Harriet. Se amonestó a sí misma mentalmente por tener una idea tan mezquina, pero la verdad es que se moría de ganas. Miró a su cuñada y se sintió muy satisfecha del resultado. Lo cierto es que no había sido tarea difícil, porque Linette tenía una belleza natural y una figura envidiable, ocultas hasta entonces por su falta de coquetería. Ella solo había tenido que darle un par de consejos y enseñarle algunos trucos femeninos. Había sido tan sencillo como destapar un paquete.

A la puerta del salón comunitario, bajó toda la familia y Matt llevó el carro un poco más adelante para atar los caballos.

—¿Quién de vosotros se encarga del bebé? —preguntó Emma a sus cuatro hijos mayores.

El pobre Tommy se quedó con los brazos extendidos y la boquita abierta porque los cuatro huyeron como comadreas. Emma contempló la desbandada con los labios apretados.

—Habían prometido turnarse para que Matt y yo podamos bailar al menos un rato —protestó.

—A mí no me importa hacerlo —sugirió Linette.

Estaba inquieta, quizá todas sus ilusiones quedasen rotas en un momento.

—No estés nerviosa —la regañó su cuñada—, vas a ser la más admirada, te lo

aseguro. Habrá cola para bailar contigo. Mira, ya viene Matt por ahí. Muérdete los labios y humedécelos con la lengua —le dijo mientras le pellizcaba las mejillas y miraba el resultado—. Ahora estás perfecta.

—Señoras —se colocó entre las dos, rodeándolas por la cintura—, déjenme disfrutar de este momento, porque voy a ser el hombre más envidiado de Indian Creek.

Cuando Matt entró en el baile, rio satisfecho ante los silbidos de admiración de algunos hombres, que no dudaron en acercarse y bromear con él sobre lo bien escoltado que iba. Linette buscó entre los presentes a su esposo y cuando lo vio se le aceleró el pulso. En un lateral, charlaba con otros hombres de espaldas a ella. Le temblaron las piernas al contemplarlo, tan alto que destacaba del resto. Lo admiró de arriba a abajo, el pelo ondulado se le rizaba un poco en el cuello. Los músculos de sus brazos y hombros se adivinaban bajo la camisa de rayas. Contempló con deleite las estrechas caderas, y se sorprendió porque la visión de su trasero le provocó un cosquilleo tan intenso que la obligó a apretar los muslos. Las largas piernas enfundadas en un pantalón color tabaco, que mantenía un poco abiertas en lo que era su pose habitual, acababan en las botas negras relucientes. Linette dio por bien empleado todo el tiempo que paso abillantándolas y planchando la ropa, porque el resultado saltaba a la vista: contemplarlo era una auténtica delicia.

Ethan conversaba sobre el negocio con otros ganaderos. De pronto, los que estaban con él cesaron de hablar mirando al frente con la boca abierta. Con curiosidad, se giró a ver que llamaba tanto la atención del grupo.

—Diablos, Gallagher, por eso la tenías tan escondida —dijo uno de ellos con los ojos muy abiertos.

Se quedó como si le hubiesen soldado las botas al suelo. Allí, en la puerta del salón, junto a su hermana y su cuñado que charlaban animadamente con otros vecinos, estaba la mujer más tentadora que recordaba haber visto jamás.

El elegante vestido de satén azul se le ajustaba al cuerpo resaltando sus curvas. Se había peinado de una manera distinta. El pelo recogido dejaba caer algunas ondas que le enmarcaban el rostro de una manera muy seductora. Recorrió las mejillas y los labios sonrosados, y aquellos ojos azules que iluminaban su rostro. Se obligó a moverse y se acercó a Linette, que quieta y con las manos en el regazo, no dejaba de mirarlo a los ojos. Se plantó frente a ella y la tomó por las manos.

—Linette, estás... preciosa. —Miró a su alrededor y frunció el ceño al ver las miradas que despertaba su esposa entre el resto de los hombres—. Esta noche me parece que voy a tener que permanecer pegado a ti como si fuera tu sombra.

—Nada me gustaría más —confesó ella mirándolo sin pestañear—. ¿Te gusta mi vestido?

—Me gustas tú —le susurró al oído.

Ethan se contuvo para no sucumbir al deseo de cogerla allí mismo en brazos y llevársela lejos, donde la tuviera solo para él.

Minnie, que la había visto llegar, se acercó a ellos.

—¡Dios mío, Linette! Esto si es lucir un vestido.

—Minnie, por favor, estoy como siempre —mintió azorada; la mirada de Ethan la ponía nerviosa.

Los músicos empezaron a tocar la pegadiza melodía de «Nelly Billy» y el violinista animó a las parejas a colocarse en la pista para participar en un baile de cuadrillas. Unos cuantos chicos se acercaron a Hanna con la actitud de gallos de pelea. El escogido fue David, el hijo de los dueños del hotel. El chico la tomó de la mano un poco cohibido y, tras mirar de reajo a Matt, la sacó a bailar. Hanna aceptó con fingida timidez ante la mirada de advertencia que desde la distancia le enviaba su padre.

—¿Quieres bailar?

No era una pregunta, Ethan ya llevaba a Linette al centro del salón.

—Ethan, no puedo bailar contigo ahora, tengo mi primer baile reservado.

Él paró en seco con evidente contrariedad. En ese momento, llegó Joseph que, haciendo caso omiso de la presencia de su tío, tomó a Linette de la mano.

—¿Me concedes este baile? —preguntó con aire solemne.

—Será un placer —aceptó haciendo una reverencia.

Ethan se quedó prendado ante la elegancia de su esposa con aquel gesto tan desacostumbrado en aquel territorio. Sin duda, Linette conservaba los modales de una dama. Pensó con admiración que no desentonaría en un ambiente distinguido. Aquella rubia de ojos claros lo tenía cautivado, tan pronto se mostraba aguerrida como cualquier vaquero, como de improviso enseñaba su faceta más refinada. Los vio unirse a las demás parejas que, en grupos de cuatro, se disponían a bailar. Mientras bailaba con Joseph no paraba de sonreír y se alegró de verla feliz.

—Parece que nos hemos quedado sin pareja —dijo con un suspiro de resignación dirigiéndose a Minnie, que permanecía a su lado.

—¿Quién yo? Joseph no es mi pareja, no es nada mío...

Él la miró alzando las cejas y ella, roja hasta las orejas, huyó sin decir palabra hacia un grupo de chicas de la escuela.

Ethan, de reajo, estudió a Harriet. En ese momento, bailaba con un hombre que la contemplaba con adoración. No le importaba en absoluto su presencia, es más, hubiese preferido no verla por allí, y no le gustó nada la manera en que miraba a Linette porque en sus ojos no vio desdén ni burla, sino odio. Se notaba de lejos que detestaba que le hubiesen arrebatado todo el protagonismo aquella noche. No le dio importancia, estando él presente no se atrevería a acercarse a ella.

Los más pequeños correteaban por la sala. Algunas madres decidieron sacarlos de allí para que dejaran de incordiar y el porche terminó por convertirse en un baile infantil paralelo.



Cuando la pieza estaba a punto de terminar, Ethan se acercó a su hermana y su cuñado. Tommy, sin ganas de irse a dormir, daba palmas muy animado por la novedad. Matt tomó al niño de los brazos de Emma y se lo entregó a Ethan.

—Hazte cargo de tu sobrino. Vamos, cariño, acabo de hacer una petición a los músicos —dijo arrastrándola tras él.

Empezó a sonar una rápida pieza tejana, y ambos comenzaron a moverse por la pista al ritmo de la música. La maestría del matrimonio fue enseguida la admiración de los presentes. Nadie dominaba aquel baile como ellos y no tardaron en quedarse solos mientras el resto los animaba con palmas.

Linette se enterneció al ver a Ethan con el bebé, se acercó a él y, colgándose de su brazo, descansó la mejilla en su hombro. Él se sorprendió de esta nueva actitud, pues en público se cuidaba mucho de mantener la compostura. Respiró contento, ya que lo último que quería esa noche era notar cualquier atisbo de enfado. Pero la proximidad no duró mucho porque el niño, al verla, le tendió las manitas y ella lo tomó en brazos.

Cesó la música y el matrimonio fue jaleado con silbidos por su excelente demostración. Matt besó con fuerza a su esposa en los labios, lo que animó todavía más a los que silbaban.

—¿Qué pasa Sutton, no tienes bastante con cinco chicos? —gritó alguien entre el público.

Linette contemplaba la escena, mientras Ethan le explicaba lo que iba a pasar en cada momento.

—Ahora Emma se acercará y le dirá que le quiere. Mira, ¿ves que él le habla al oído? Le estará haciendo alguna proposición cargada de lujuria, y ahora mi hermana se fingirá escandalizada y tratará de apartarlo. Ahora, Matt hinchará el pecho como un semental y la retendrá con más fuerza. He crecido viendo escenas como esta.

—Se nota que son muy importantes para ti.

—Los dos lo son —reconoció—. Matt es más que un hermano para mí. Y a mi hermana ya la ves, es imposible no quererla.

Emma se acercó a donde estaban ellos, todavía con la respiración acelerada.

—¡Me he divertido como hacía mucho tiempo!

—Parecía que teníais una conversación muy interesante —comentó Ethan guiñando un ojo a Linette.

—No sé qué locura me estaba diciendo de cinco niños más. —Agitó la mano desechando la idea, pero se la veía radiante—. De eso nada, ahora os toca a vosotros.

—Ethan no se conformará con cinco —anunció Linette.

Ethan y Linette intercambiaron una mirada capaz de encender un fuego, pero la llegada de Matt los hizo retornar a la fiesta.

—No creas que este es tu último baile —dijo tomando al niño de brazos de Linette—, espero que Tommy aguante despierto y nos deje bailar un par de piezas más.

—Este niño es como tú, ¿no ves lo bien que lo está pasando? Voy a por algo de

beber.

El pequeño reía ante la mirada satisfecha de su padre, que estampó un beso en su rolliza mejilla.

—Tráeme algo, ¿quieres? Si no queda cerveza, que sea ponche —rogó Matt.

La música volvió a sonar, en esta ocasión era un vals, y Linette fue arrastrada de la mano al centro de la sala por un decidido Ethan que no pensaba volver a quedarse mirando. La abrazó por la cintura tomando su mano y ella apoyó la otra mano en su hombro.

—Por fin me llega el turno —dijo entre dientes.

Ambos vieron a Joseph acercarse a Minnie. Al principio esta lo rechazó. Pero, ante la insistencia del muchacho, accedió a bailar con él como si le estuviera haciendo un favor. Se unieron a las demás parejas y cuando pasaron junto a Ethan y Linette, Minnie cruzó los dedos a su espalda y Linette le guiñó un ojo sonriendo a la vez que cruzaba también los dedos.

—¡Vaya par de intrigantes! —aseguró Ethan divertido.

Compadeció a su sobrino que bailaba con una sonrisa beatífica, ajeno a lo que se cocía a espaldas suyas.

—Algunas personas necesitan un empujón para decidirse.

Lo miró a los ojos, consciente de la doble intención de sus palabras.

—Sigue mirándome de ese modo y nos echarán de aquí por conducta indecorosa —susurró.

A Linette el corazón se le aceleró de nuevo. Giraba en sus brazos sintiéndose ligera, sin apartar ni un segundo su mirada de la de él. No necesitaba pensar en los pasos de baile porque él dominaba la situación. Notaba el calor de su mano abierta en la espalda y habría deseado estar a solas con él para no tener que mantener la distancia del decoro. Acarició su hombro duro y él le apretó la mano al notar su caricia.

—¿Qué pasaría si te besara aquí delante de todos? —murmuró parando en seco.

—No lo hagas —gimió.

No hubo ocasión. La música cesó y tuvieron que apartarse a un lado, ya que las parejas se disponían de nuevo a bailar a ritmo de polca.

El doctor Holbein sacó a bailar a Linette. Desde la muerte de su esposa, no frecuentaba bailes y fiestas, pero no había resistido la tentación de acercarse un rato.

Ethan fue a saludar a un corrillo de hombres que charlaban a la entrada del salón.

Desde el fondo, Emma contemplaba a su hija Hanna bailar la polca con David, y frunció el ceño al ver que él aprovechaba cualquier giro para acercar su cara a la de ella.

—Matthew Sutton, ve inmediatamente y quítale a mi niña a ese aprovechado de encima.

—Por la cara de felicidad que pone «tu niña», si hago lo que dices estará enfadada conmigo durante una semana.

Cuando empezó la siguiente melodía, Linette y el doctor se acercaron a los Sutton. Mientras comentaban la buena salud del niño, ambas cuñadas se separaron un poco de los hombres. De pronto, las dos guardaron silencio atentas a la escena que ocurría al otro lado de la sala.

Ethan estaba apoyado en el quicio de la puerta de brazos cruzados. Harriet cruzó el salón, se puso frente a él y lo tomó por el codo. Pero él le apartó la mano a la vez que negaba con la cabeza, ni siquiera se molestó en abrir la boca. Ella le dio la espalda pálida de rabia. La señorita Harriet Keller paladeaba el amargo sabor de verse rechazada en público.

Emma observó a su cuñada que miraba la escena sin pestañear y en sus ojos vio el brillo del triunfo.

En ese momento, las dos fueron requeridas por un par de hombres que las sacaron a bailar. Emma observó a su hermano que no quitaba ojo a Linette, mientras esta giraba por la sala en brazos de un fornido ayudante del *sheriff*.

Cuando acabó la pieza, los músicos anunciaron un breve receso que fue recibido con algunas protestas. Emma se acercó a su cuñada y la tomó del brazo.

—¿Lo estás pasando bien?

—Mejor que nunca —respondió Linette dichosa.

—Ya te lo dije. Hay alguien que lleva toda la noche mirándote con ojos de halcón —dijo señalando a su hermano con la barbilla.

Ethan se encontraba en ese momento en plena conversación con el dueño del hotel y con el padre de Minnie. Clavó en ella su mirada color castaño y Linette sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

Harriet aguantaba sin ganas los halagos de un admirador. Por dentro, ardía de rabia por el ridículo que acababa de hacer. Tenía que haberlo previsto, después del fracaso que supuso el intento de seducción.

Jason Smith la observaba desde un lateral con el cigarro en la boca. Se acercó, decidido a echarle una mano librándola de aquel pesado.

—Señorita Keller —dijo tendiéndole la mano.

Aceptó la invitación y él la atrajo por la cintura. Se dejó llevar encantada, también era una excelente pareja de baile.

—Estás muy bella esta noche, Harriet —susurró mirándola a los ojos—. Siempre lo estás.

Harriet se sintió como una reina en sus brazos, pero decidió mantener la cautela. No se iba a dejar seducir tan fácilmente, aunque ese hombre le atraía como un imán.

—Apuesto a que le aburren a usted estos bailes de pueblo.

—Son la excusa perfecta para abrazar a una mujer y, por favor, no me hables de usted.

Harriet se dejó envolver por el embrujo de su loción de afeitar mezclada con el olor a tabaco. Su pelo negro hasta los hombros conseguía hechizarla.

Junto a ellos paso la pareja formada por el *sheriff* y Linette. Ambos bailaban al tiempo que mantenían una conversación al parecer muy divertida. A Jason Smith no le paso por alto la mirada furibunda de Harriet.

—Es curioso, tan diferentes y tan parecidas.

—Esa mujer y yo no nos parecemos en nada —aseguró desdeñosa.

—Yo creo que sí. Rubias, porte elegante...

—¿Elegante esa? —bufó.

—De edad similar —continuó—. Pero tú eres más lista, ¿verdad Harriet? ¿Sabes que ese parecido podría ser una ventaja? McNabb nunca reparó en ello, pobre diablo.

Se acercó a su oído y Harriet escuchó helada un plan, a su juicio, rocambolesco. Aquel hombre lo tenía todo calculado. La música cesó. Ella se quedó mirándolo fijamente. Así que conocía la historia por McNabb y ese era el asunto que lo había traído a Indian Creek.

Jason Smith se inclinó y rozándole el cuello con los dedos se acercó a su oído.

—Piensa en ello —susurró.

Cuando Jason Smith salió por la puerta del salón, Harriet aún permanecía parada en medio de la pista ajena a la música que ya comenzaba a sonar.

—Señorita Harriet, no puede negarme este baile.

Harriet hizo una mueca de asco. Su rendido admirador no parecía dispuesto a dejarla en paz. Apoyó la mano en su hombro manteniendo el codo bien rígido para guardar las distancias, y durante los minutos que duró el vals trató de fingir que lo estaba pasando bien. Hizo lo posible por mostrarse sonriente, aunque cada vez que

veía girar a la nueva señora Gallagher cerca de ella le entraban náuseas. Se obligo a escuchar a su pareja, porque no soportaba el crujir de la seda que se oía a su paso. ¡Estúpida mujer! Al lado de aquel satén azul, su elegante vestido de percal granate parecía de medio pelo.

Linette, ajena a sus miradas, bailaba en brazos de Ramón, el más joven de los peones del rancho. Cuando paró la música, ambos se reunieron con Grace y Aaron, que esa noche no tocaba el violín. Pero Linette se disculpó porque Minnie y Hanna le hicieron unas señas para que se acercase a la mesa del ponche.

Harriet descansaba con su pareja a un lado de la pista, harta ya de baile.

—Hace rato que se ha agotado la cerveza —comentó el hombre.

—Sí, el reverendo Barttlet no permite más de un barril. Cuando se acaban los treinta y un galones no se sirve ni una gota más —aclaró Harriet—. Y por supuesto, ni hablar de *whisky* o cualquier otra bebida fuerte.

—No hay nada como venir preparado —adujo él sacando petaca del bolsillo de su chaleco.

Harriet contempló cómo daba un buen trago de *whisky* a escondidas. Giró la cabeza hacia la mesa de las bebidas. Allí estaba esa con sus dos amiguitas. Se le ocurrió que no estaría mal verla hacer el ridículo delante de todo el mundo en su noche de gloria.

Le arrebató la petaca a su acompañante y se apresuró a ocultarla en un bolsillo de su falda. Sin escuchar las protestas del hombre, se dirigió muy tiesa hacia la mesa de las bebidas, bastante concurrida en ese momento.

Linette, Minnie y Hanna charlaban en una esquina de la mesa. Ni se percataron de la llegada de Harriet, que con mucha amabilidad se ofreció a ocupar el turno de encargada. Su llegada fue muy bien recibida por la esposa del predicador, que se encontraba abrumada atendiendo a tanta gente.

Linette dejó su taza a medio terminar sobre la mesa. Harriet aprovechó el descuido para terminar de llenar la taza con *whisky*.

El detalle no paso desapercibido a Hanna, que era de naturaleza despierta. Comprendió lo que intentaba hacer Harriet y, cuando un par de hombres la distrajeron solicitando más bebida, retiró hacia atrás la taza con alcohol y entregó a Linette otra que había cerca. Antes de hacerlo, probó un sorbo para asegurarse de su contenido.

—Minnie, vámonos de aquí. Esto está lleno de gente —sugirió Hanna.

No entendía qué se proponía Harriet, pero no estaba dispuesta a correr el riesgo de convertirse en blanco de sus bromas pesadas.

—Hanna, ¡va a empezar un baile de cuadrillas! —anunció Minnie—. Date prisa. ¿Vienes, Linette?

—Id vosotras, creo que ya he bailado bastante por esta noche.

Hanna pensó en contar a su madre lo sucedido, pero se le fue del pensamiento en cuanto David le tendió la mano para sacarla a bailar.

Los músicos volvieron a sus puestos y un solo del *fiddle* atacó los primeros acordes de «La chica me olvidó», anunciando que reanudaban su actuación, melodía que fue recibida con gritos de júbilo por los más jóvenes. Los alegres compases hacían pensar que quién compuso aquella canción, más que pena, debió de sentir alivio ante el olvido de la chica.

Linette buscó a Ethan con la vista. Supuso que debía de estar fuera, porque hacía bastante calor. Después de tanto esperar, solo habían bailado un vals. Estaba decidida a no separarse de él durante el resto de la noche.

Lo buscó por él porche. Algunos niños, cansados de tanta música, corrían de un lado a otro de la calle. Medio en penumbra, apoyado en un poste, distinguió la inconfundible figura de su marido que la observaba en silencio.

—¿Querías matarme de celos ahí dentro?

Su voz profunda no era de reproche, a oídos de Linette sonó como un halago.

—Si hay celos es que hay algún sentimiento —dijo ella en un susurro, recordándole las palabras que él había pronunciado en la cascada.

—Linette, yo a veces... —añadió con gesto de arrepentimiento.

—Ssshh. —Ella selló sus labios con el dedo índice.

Un grito de los chicos hizo que ambos mirasen hacia la calle.

—Más de cinco niños... —comentó Ethan—. Por fin has retomado tus sueños.

—¿Cuándo entenderás que el que ocupa todos mis sueños es el padre?

Ethan la atrajo por la cintura y la estrechó entre sus brazos, loco por sumergirse en la deseada calidez de su boca. Ella se agarró con fuerza a su nuca pidiéndole más. Con osadía jugueteó con la lengua de una manera tan seductora que arrancó un gemido de la garganta de Ethan. Tras un largo beso, Linette se retiró mirándole a los ojos: tenía los labios húmedos y palpitantes. Puso la mano en el pecho de Ethan, que subía y bajaba al ritmo de los vigorosos latidos de su corazón. Deslizó la mano hacia el interior de la camisa y se aferró con deseo.

El suave tirón provocó en él un dolor dulce y excitante. La tomó por los hombros separándola un poco.

—A casa. —Era un ruego y una orden.

—¿Sin despedirnos de nadie?

—Ya los verás mañana —dijo arrastrándola de la mano.

Linette casi volaba tras él mientras se dirigían hacia el caballo a grandes zancadas. Una vez llegaron, desató al enorme semental y poniendo un pie en el estribo se encaramó al caballo en un rápido movimiento. Ella alzó los brazos e intentó montar detrás pero de pronto la elevó tomándola por el talle y la sentó sobre sus piernas.

—Te quiero aquí.

Se aferró a su cintura con ambos brazos y reclinó la cabeza sobre su hombro a la vez que Ethan golpeó con los talones los flancos del animal para que iniciase el trote. Linette disfrutaba de tenerlo tan cerca. Alzó la cara hacia la de él y le acarició el

pecho metiendo su mano de nuevo por dentro de la camisa. Él frenó en seco tirando de las riendas. La tomó por la nuca y la besó con furia, cada vez exigía más y ella se lo dio gozosa. Con una mano le acarició los pechos sobre el vestido, que le dieron la bienvenida endureciendo los pezones. Ella notaba en su muslo la potente erección y se sintió intensamente excitada. Ethan alzó el rostro en un intento de controlar la pasión que se apoderaba de él.

—Así no vamos a llegar nunca —susurró en su cabello.

—No tenemos prisa.

Ethan no pudo evitar sonreír ante la inexperiencia de su mujer en lo referente a las necesidades de un hombre.

El caballo reanudó la marcha y durante un rato permanecieron callados. Ella abrazada a él. Un vez más, sus miradas se buscaron. Linette entreabrió los labios que él le acariciaba con la yema de un dedo.

—No sabes el poder que tienen esos labios. Cuando llegaste no sabías qué hacer con ellos y ahora eres capaz de volverme loco.

—Tú me has enseñado —respondió en un susurro—. Quiero aprenderlo todo contigo. Quiero que tu boca me bese donde nadie lo ha hecho.

Ethan cerró los ojos, aquellas palabras acababan de atravesarle el pecho.

—No seré siempre delicado y cortés, habrá momentos en que me verás demasiado brusco, seré exigente.

Linette hundió la cara en su cuello inundándose de su aroma y lo abrazó aún más fuerte. Jamás se había sentido así, tan poderosa mente femenina al comprobar las reacciones que su cuerpo provocaba en el de su esposo.

—Quiero que tus manos recorran lo que nadie ha tocado —murmuró sacándole la camisa del cinturón.

Necesitaba el tacto ardiente de su piel. Al sentir las caricias en la espalda y el estómago, Ethan tensó todos los músculos. Aquello, a fuerza de controlarse, se estaba convirtiendo en una tortura. En una deliciosa tortura.

De nuevo tiró de las riendas. Le levantó la barbilla besándola con renovada pasión y sintió como un latigazo cuando le clavó los dientes en el labio inferior. Soñó con una loba hambrienta y allí la tenía. Sin miramiento, desabotonó como pudo la parte delantera del vestido, maldijo el corsé y con una mano le abrió la camisa. Se deleitó con la visión de sus pechos rotundos, que se agitaban ante él apenas iluminados. Hundió la cara en ellos respirando su tibio aroma, besándolos con la boca abierta. Ella le tomó la cabeza, cuando le rozó con los labios los pezones erectos. Los acarició con la nariz, con la mejilla, los envolvió con su cálido aliento, provocando los gemidos de Linette cuya respiración era cada vez más entrecortada.

Ethan se irguió de golpe, sorprendiéndola con su brusquedad.

—Monta a horcajadas. —Ella lo miró sin entender—. Haz lo que te digo.

No discutió. Pasó una pierna por encima del cuello del caballo y se agarró con fuerza al cuerno de la silla. Acababa de comprender que iban a cabalgar al galope.

—No hay suficiente luz.

—Sí la hay.

Y, sin darle tiempo a replicar, asió las riendas con fuerza, asegurando a Linette entre sus brazos, y clavó espuelas. El caballo inició un rápido galope por el camino que iluminaba la luna. A lo lejos, ya se veía el resplandor de la lámpara que dejara encendida junto a la ventana. De pronto, tenía prisa, mucha prisa por llegar al rancho.

Cuando llegaron a casa, Ethan la tomó por la cintura y, antes de dejarla en el suelo, la pegó a su cuerpo. Linette rodeo su cuello mientras la besaba. Esa vez su boca encerraba una promesa cargada de lujuria.

—Entra en casa y ve quitándote ese vestido —dijo deslizándola despacio.

Cuando estaba ya en el porche, la llamó.

—Linette, no te des demasiada prisa.

El appaloosa debió de pensar que esa noche se acababa el mundo, de lo rápido que lo desensilló y acomodó en el establo. Ethan entró en casa unos minutos después. Ya en el porche se había quitado las botas. Las lanzó a un rincón y cerró la puerta. La camisa y los calcetines siguieron el mismo camino. En la puerta de la habitación paró un momento y, mientras se quitaba el cinturón, contempló cómo Linette se deshacía del corsé.

Ethan se tumbó en la cama con una pierna sobre otra y los brazos bajo la cabeza. Linette lo observó de reojo mientras apoyaba el pie sobre el colchón para quitarse las medias. Después, se bajó el calzón de espaldas a él, sin dejar de mirarlo a los ojos a través del espejo.

—Lo primero que pienso hacer cuando venda el ganado es comprar un espejo de cuerpo entero —murmuró mirando su trasero y sus piernas con deleite—. Quiero disfrutar viéndote de espaldas y de frente al mismo tiempo.

Linette lanzó la camisa a un lado y, ya completamente desnuda, empezó a quitarse las horquillas. Ethan se incorporó y la cogió por la cintura para sentarla sobre sus piernas.

Una a una las fue sacando. Cada horquilla que quitaba era un beso en la nuca, un mordisco en el cuello... Con la última, le recorrió la espina dorsal con la lengua. Apartó su melena y empezó a respirar más rápido. Se acercó con mucho cuidado. Linette cerró los ojos al notar su aliento. Ethan lamió despacio antes de morderle la nuca, la tentación más codiciada. Linette gimió echando la cabeza atrás. Él le besó los hombros con media sonrisa orgullosa. Su mujer tenía la piel erizada y él también. Cuando ella se inclinó a dejar las horquillas sobre la mesilla, evitó que apagara el quinqué.

—¿Te sientes incómoda? —susurró sentándola a horcajadas.

Linette negó con la cabeza.

—Me gusta verte —dijo ella poniendo ambas manos sobre su pecho—. Pero no



sé qué debo hacer.

Ethan comenzó un recorrido de besos por su escote, su cuello y sus mejillas. Con las manos moldeaba cada curva de su cuerpo y Linette se dejó llevar por la creciente sensación que le pedía más de él.

—Lo que a ti te da placer —murmuró él mordisqueándole los labios—, me lo da a mí.

La inclinó hacia atrás y se inclinó sobre sus senos. Una nueva y desconocida sensación recorrió el cuerpo de Linette como una centella, desde el pecho hasta las ingles. Él decidió demorar el placer y se dedicó a recorrerla con suavidad, negándole lo que ella pedía y dándoselo cuando no lo esperaba. Mordisqueo un pezón mientras con la mano acariciaba el otro, lo introdujo en su boca succionándolo y lamiéndolo con avidez. Ella intentó retenerlo cuando apartó su boca, pero antes de darse cuenta estaba regalándole el mismo placer al otro pezón. Linette le tomó la cabeza con las manos y le alzó el rostro.

—Eres preciosa. Linette... —musitó.

Casi entró en trance cuando la oyó susurrar en lengua lakota, una letanía en voz baja dedicada solo a él.

—*¿Ista Hehin?*

Ella selló su boca con un dedo y lo miró a los ojos.

—Ojos castaños.

Ethan sintió un aleteo en el corazón. Se tumbó de espaldas y de un tirón la hizo caer de bruces entre sus brazos. La besó con una urgencia posesiva estrechándola con fuerza contra su pecho. Le cogió las dos manos y lentamente las deslizó hasta su bragueta. Ella no se hizo de rogar. Uno a uno fue desabrochando los botones. Descendió al suelo y, sin dejar de mirarlo a los ojos, le quitó los pantalones y los calzoncillos. Ethan volvió a sentarla sobre él, quería demorar el momento todo lo posible.

Linette enterró los dedos en su pelo y lo besó cerca de la oreja, como él acababa de hacer. Ethan inclinó la cabeza hacia un lado invitándola a seguir.

—*¿Nazute?* —Ethan apenas reconocía su propia voz.

—Cuello —susurró.

—*¿Wayaspa?*

—Morder.

Ethan recostó la mejilla sobre su hombro y exhaló un gemido profundo cuando le clavó los dientes en la nuca. Aún no se había repuesto y de nuevo le mordió el cuello. Y la garganta. Sus dientes su ponían un dolor delicioso, exquisito.

Linette le tomó la cabeza entre las manos y le alzó el rostro. Parecía quedar hipnotizado con el movimiento de sus labios mientras le susurraban aquella lengua desconocida. Apenas retenía palabras sueltas, solo las más dulces a sus oídos.

—*¿Ci?* —preguntó recorriéndole las nalgas.

—Deseo —dijo acercándose a sus labios.

—¿Cezi?

—Lengua.

Ethan cerró los ojos y entreabrió la boca ofreciéndose a ella. Para entenderla solo tenía que dejarla hacer.

Linette se retiró y lo miró a los ojos. Sentía su miembro duro y palpitante atrapado entre los dos. Se acercó a su oído y lo hizo estremecer con su cálido aliento.

—¿Ce? —gimió él.

Linette guardó silencio. Con la frente apoyada en la de él, deslizó la mano por su pecho, su estómago y, entonces, sus dedos le dieron la respuesta. Se deleitó con su dureza, lo ciñó en una lenta y placentera caricia. Sus dedos cosquillearon uno a uno su glande como cinco plumas sutiles. Ethan le atrapó la mano. Si la dejaba seguir un instante más estaba perdido.

La agarró por la nuca y la besó dejándose caer hacia atrás. Con cuidado acomodó su cabeza sobre la almohada y se colocó de costado. No hubo ni una parte de su cuerpo que no recorrieran sus manos. Ethan la besó en el cuello y cuando sintió en los labios que el pulso se le aceleraba, bajó hasta sus pechos para lamerlos con lentitud.

Linette jadeaba con los ojos cerrados, jamás había imaginado el placer tan intenso que podía proporcionarle su boca. Y quería más. Notó cómo su sexo ardía entre los muslos y gritó cuando él decidió demostrarle lo que era el placer con las yemas de los dedos.

—Ethan... —susurró.

Él se colocó encima y la miró a los ojos mientras se hundía en ella. Era tal como la había soñado, cálida y tersa. Se abrió camino despacio y, cuando Linette le clavó las uñas en la espalda exhalando un quejido, permaneció muy quieto sin dejar de besarla. Su lengua y sus labios se recrearon en una seducción sabia e incitante hasta que notó de nuevo su respiración entrecortada.

Linette no dejó de mirarlo mientras se mecía dentro de ella. Su piel brillaba a la luz del quinqué como metal bruñido. Cerró los ojos y todo desapareció. Oyó tambores, pero eran sus corazones; creyó ver danzas, pero eran sus cuerpos. Cayó en el fuego al oír cantos de guerra, pero solo estaban ellos dos elevándose como llamas para tocar el cielo hasta que se hizo el silencio. Gimió y se aferró a sus hombros. Y poco a poco, su pecho se serenó, porque abrazada a él todo fue calma.

Ethan se incorporó sobre los codos y la miró a los ojos.

—Y yo creía que ya no me quedaba nada por descubrir —murmuró besándola con ternura.

Las palabras se negaron a salir de la garganta de Linette, porque aunque una vez le aseguró no creer en él, la mirada de Ethan no sabía fingir. Sus iris castaños reflejaban más amor del que podía sonar.

Él se tumbó de lado y Linette apoyó la cabeza sobre su brazo. Feliz. Más feliz que nunca.

—Escandalosa —le susurró al oído.

Linette rio tapándose la cara con las manos. Ethan trataba de apartárselas, pero ella lo miraba entre los dedos.

—¿Quieres que te recuerde todo lo que decías tú? —contraatacó con las mejillas del color de las fresas silvestres.

Al fin consiguió verle la cara. La besó en los labios y apoyó la mejilla sobre su cabeza.

—Ethan...

—¿Mmm...? —murmuró con los ojos cerrados.

Linette se incorporó sobre su oído.

—Ha sido maravilloso. Quiero que hagamos esto muchas veces.

Ethan se echó a reír recordando la espantosa noche de bodas, y el mes y medio infernal que acababan de vivir.

—Linette, ¿qué voy a hacer contigo?

La estrechó entre sus brazos y la acarició lentamente. Linette lo abrazó pegando la mejilla a su pecho. Sus manos parecían tener una extraña magia. Lo imitó y deslizó la mano hasta detenerla entre sus piernas. Se recreó en las caricias y se sintió poderosa al notar su creciente dureza.

Ethan la volteó de golpe quedando de nuevo sobre ella. Linette lo miraba con ojos de sorpresa.

—No me detengas ahora, he esperado demasiado —rogó en voz baja.

Linette se aferró a su espalda arqueándose para él. Ethan la colmó de besos al tiempo que sus caderas se movían en busca del placer.

—Cariño, llevo esperándote toda la vida —susurró en su boca.

Lo despertó el frío de la madrugada. La habitación se encontraba a media luz y, todavía confuso, le costó situarse. Miró hacia su izquierda y no tardó en recordar lo que había pasado hacía unas horas al ver a Linette desnuda, durmiendo plácidamente a su lado. Se desperezó y se levantó dispuesto a cerrar la ventana.

El ruido debió de despertarla porque la oyó moverse en la cama. Ethan la observó por encima del hombro y sus miradas se cruzaron con una complicidad diferente.

Ella se desperezó con indolencia sobre las sábanas y al momento la tuvo a su lado buscando el camisón.

—No te lo pongas —le pidió quitandoselo de las manos.

Linette obedeció con una sonrisa y se abrazó a su cintura sin dejar de contemplar sus hombros y su pecho. Ethan la separó un poco de él y disfrutó con su belleza que destilaba feminidad en cada pulgada de su piel, sin dejar de recorrer las curvas de sus senos con la yema de un dedo.

—¿Es lo que esperabas? —preguntó ella consciente por primera vez de su atractivo.

—Mucho más —respondió mirándola a los ojos—. Jamás he visto un cuerpo que

incite a la lujuria tanto como el tuyo. Y lo que más me fascina es que no sientes ningún pudor de mostrarte ante mí.

—¿Debería?

Ethan negó con la cabeza. Linette cada vez se sentía más a gusto, era una delicia disfrutar a un tiempo de la vista y del contacto de su piel.

—Ha merecido la pena esperar —confesó él con sinceridad.

—Yo también lo deseaba. Hace días. ¿Por qué has tardado tanto? —preguntó en voz baja besándole un diminuto pezón.

—Al principio me sedujo la idea de poseer tu cuerpo; pero dejó de ser una prioridad cuando me di cuenta de que el desafío era conseguir a la mujer que va dentro.

—¿Y si esa mujer viene dentro de un cuerpo como el mío? —añadió cada vez más osada.

—Mejor para mí —rio por lo bajo lamiéndole el lóbulo de la oreja.

Linette hundió la cara en el vello de su pecho embebiéndose de él.

—A mi me paso lo contrario —le reveló—. Primero me interesó tener al hombre y luego descubrí que lo quería todo, también deseaba tu cuerpo.

—¿Ah, sí? —dijo sin dejar de besarle el cuello—. Mi cuerpo lo descubriste el día que nos conocimos y desde entonces no has dejado de verlo noche tras noche.

—No me fijaba —replicó ella mirando hacia otro lado.

—Sabes que mientes —susurró él en su oído. Con ello arrancó una risa nerviosa de Linette—. Espero no haberte defraudado.

—Tengo un hombre extraordinario que además tiene el cuerpo más atrayente que jamás pude imaginar. —Ella era toda sinceridad.

—Lo dices porque es el único que has visto.

—Ahora me dirás que no te has dado cuenta de cómo te comen las mujeres con la mirada.

—No presto atención a eso —dijo con la honestidad de quien ha vivido su atractivo como algo natural—. Pero tú no dejarás que me coman, ¿verdad?

—Como alguna se atreva a fijarse más de la cuenta, no necesitaré sacar el cuchillo. Le bastará con mirarme a la cara y huirá si quiere seguir de una pieza —aseguró mordisqueándole el hombro.

—En ti también se fijan los hombres —se quejó recorriéndole la nuca con la boca—. Te miran mucho, demasiado.

—¿Y tú, dejarás que me coman? —preguntó con fingida inocencia.

Linette acababa de descubrir que la coquetería resultaba un juego muy estimulante.

—Aquí solo como yo —atajó él con voz autoritaria a la vez que le arañaba la garganta con los dientes.

Aquella caricia provocó en Linette un escalofrío que le erizó todo el vello del cuerpo.

—¿Te molesta que me miren? —insistió maliciosa, porque la respuesta era obvia.

Ethan la alzó en vilo y la sostuvo por la cintura. Los pechos de Linette quedaron incitantes a la altura de su boca.

—No juegues conmigo, Linette —respondió en tono grave deleitándose con su sabor—. Eres mía... mía...

Con los ojos entrecerrados, ella acarició la tensa musculatura de sus brazos y sus hombros. La boca de Ethan era puro fuego, su lengua un delicioso tormento.

Con exquisita lentitud la deslizó sobre él hasta que puso los pies en el suelo. Linette le dedicó una sonrisa cargada de deseo.

—¿Sabes que me fascinan los hoyuelos que se te forman en las mejillas cuando sonríes? —Los ojos de Ethan despedían un brillo especial.

—No me lo habías dicho nunca —susurró.

—Pues te lo digo ahora. Me entran ganas de morder cuando me los muestras —añadió con sensualidad—. Todo tu cuerpo es tan... apetitoso.

Ethan continuó intensificando el juego de caricias, mordisqueándola primero en las mejillas, luego en el cuello y los hombros. La pegó a su torso para notar la presión de sus pechos, estrechándola más para saborear cada pulgada que recorría con la punta de la lengua. Linette dio la bienvenida satisfecha a ese latente cosquilleo íntimo que ahora reconocía sin dudar y, con total ausencia de pudor, lo asió por las caderas, deseosa de sentir su dureza.

—¿Hay alguna parte que te guste en especial? —lo incitó.

—No me hagas elegir no podría. Y a ti, ¿qué parte de mí te gusta más? —preguntó él con orgullo masculino.

Linette le acarició los glúteos muy despacio con las manos abiertas.

—Esto —susurró clavándole las uñas.

Ethan decidió que ya bastaba de juegos. La alzó agarrándola por las nalgas y la obligó a enroscar las piernas alrededor de su cintura. Estuvo tentado de penetrarla de pie, tal como la tenía, pero optó por el goce de hacerla enloquecer primero. Estaba decidido a mostrarle en qué consistía la verdadera pasión, esta vez sin contenerse. Atrapó su boca con codicia y saqueándola con la lengua la llevó a la cama.

—Llegaremos tarde al sermón —jadeó ella en sus labios sin mucha convicción.

—Que empiecen sin nosotros.

Se dejó caer en el lecho de espaldas con ella en brazos. Linette buscó la boca de Ethan y su melena rubia los envolvió en un íntimo escondite. Fue ella la que buscó su boca. Él la atrajo por la nuca sin dejar de acariciarle la espalda y, con un gemido, profundizó el beso hasta límites todavía inexplorados. Ella jadeaba mientras le mordisqueaba los labios y acercó su parte más sensible a la erección de Ethan, haciéndolo temblar con aquel leve roce al que imprimía un ritmo lento con el vaivén de sus caderas. La alzó sintiéndose a punto de estallar y le lamió los pechos con deleite, provocando que ella arquea se la espalda echando la cabeza atrás.

Giró con ella entre sus brazos y la contempló por un momento bajo su cuerpo.

Ambos respiraban agitados. Se colocó entre sus muslos y, sin dejar de mirarla a los ojos, entró en ella con un envite enérgico. Se vio reflejado en sus pupilas cuando ella tomó aire al recibirlo. Quería verla, ansiaba que sus ojos azules lo miraran de frente al llegar al éxtasis, e inició sus profundas embestidas jadeando al tiempo que hundía los dedos en su pelo y le sujetaba la cabeza con ambas manos para que no apartase la mirada.

Ella ciñó las piernas a su alrededor y se alzó ansiosa por tenerlo muy dentro. Cuando él intensificó el ritmo, Linette sollozó aferrada a sus hombros al sentir que se convulsionaba por dentro. Ethan no quiso resistir más y se dejó llevar con ella. Exhaló un gemido ronco y se deshizo en espasmos, para luego caer desplomado sepultándola en el colchón.

Cuando aún tembloroso intentó ponerse de lado, Linette se lo impidió abrazándolo con fuerza. Ethan se refugió en el hueco de su cuello y ella le acarició el pelo empapado en sudor.

Si durante la noche él le hizo conocer la sensibilidad, ahora acababa de mostrarle lo que era la entrega salvaje. Así era él, esa era su manera de entregarse, y así lo quería. Continuó acariciando su espalda con ternura y lo noto extenuado. Antes de caer dormido entre sus brazos lo oyó susurrar «Linette, te pertenezco». Y tuvo la certeza de que nada ni nadie lograría separarlos jamás.

Ya estaba el sol bastante alto cuando el matrimonio Gallagher saltó de la cama. Se vistieron a toda prisa sin dejar de reír porque, como habían supuesto de madrugada, iban a llegar tarde al sermón. A Linette solo le preocupaba la irrupción en la iglesia. Ya le parecía estar viendo todas las cabezas girándose a un tiempo cuando ellos hiciesen su entrada. Decidió no perder el tiempo en peinados y se limitó a darse un rápido cepillado y retirarse el pelo de la cara recogéndolo en una coleta anudada con un lazo en la nuca. Se miró al espejo y el resultado le pareció demasiado juvenil para una mujer casada, pero lo dejó tal cual. Mientras terminaba de ajustarse el cinturón negro a la espalda, contempló con deleite a su marido, que ese día había decidido utilizar chaleco para poder lucir el reloj. La prenda, de doble botonadura, solapa estrecha y amplio escote en óvalo, estaba a la última moda.

Cuando terminó de peinarse fue hacia ella y la rodeó con los brazos. Estaba tan atractivo que a Linette le palpó muy rápido el corazón.

—¿Dispuesta a exponerte a la mirada reprobadora de todo Indian Creek?

—Si tú estás a mi lado, no me importa —añadió ella con una amplia sonrisa.

—Estoy agotado —murmuró.

—Yo también, pero jamás hubiese imaginado que el cansancio podía ser tan dulce —dijo acariciando su mejilla.

—¿Te hice daño?

Ella negó en silencio y se abrazó a él. Ethan la acogió entre sus brazos

estrechándola con fuerza y hundió el rostro en su pelo.

—Vamos —resolvió soltándola, con la certeza de que ahora sí que iban a llegar tarde de verdad.

Salieron a toda prisa, sin parar más que para tomar al vuelo el sombrero de vestir. Al entrar en el establo, decidieron ensillar solo un caballo para ahorrar tiempo.

Una vez en el patio, Ethan enganchó el pie en el estribo con intención de montar, pero Linette se lo impidió agarrándolo del brazo.

—Yo voy delante. Si monto detrás se me arrugará la falda.

—¿Y delante no se arruga? —preguntó con sorna.

—Se arruga menos.

Sin acabar de entender el asunto de las arrugas, montó tras ella y la acomodó entre sus piernas. Con el caballo al galope, Linette le mostró una estabilidad sorprendente enroscando su coleta para introducirla en el cuello de su blusa. Pareció notar la mirada confusa de Ethan en su nuca.

—Para que no se me enrede —le explicó girando un poco la cabeza.

Ethan no dijo nada. Aún no salía de su asombro al comprobar la transformación sufrida por su esposa.

El trayecto lo recorrieron en menos de la mitad del tiempo acostumbrado. Casi a las puertas de la herrería, Ethan frenó y desmontó de un salto. No esperó a que ella bajara por sus medios, la tomó por la cintura y la hizo descender con facilidad. Una vez puso los pies en el suelo, en el tiempo que él tardó en atar el caballo, Linette se sacó la coleta de la blusa y con dos movimientos de cabeza se recolocó el peinado. Ethan la tomó de la mano, la arrastró tras él y recorrieron veloces el breve trayecto hasta la iglesia para no demorarse más. Pero justo a las puertas se encontró con la oposición de su esposa, que de un tirón lo hizo parar en seco. Se giró y la vio alisarse la falda. Con el pelo cayéndole en ondas por la espalda, la blusa blanca y la falda verde con detalles negros en el bajo, le pareció que brillaba como un ángel.

—¿Cómo estoy? —preguntó ella girando sobre sí misma.

—¿Pretendes seducir al predicador? —inquirió él con mirada felina.

Ambos estallaron en carcajadas por lo descabellado de la idea. Para tranquilidad de Linette, el escándalo no se oyó dentro, ahogado por el himno que cantaban en ese momento a viva voz. Aún jadeantes, no podían dejar de mirarse, pues para ambos era la primera vez que oían la risa espontánea del otro.

Ethan rompió la magia tirando de nuevo de ella, dispuesto a entrar en la iglesia antes de que concluyese el canto, con la esperanza de que así su llegada a destiempo pasara desapercibida.

Irrumpieron cuando los feligreses tomaban asiento, por lo que la mayoría de los presentes giró la cabeza hacia ellos. Emma suspiró satisfecha al verlos cogidos de la mano con exultante complicidad. Linette bajó la vista convencida de que todo el

mundo era consciente de sus problemas para contener la risa. Miró a su esposo y se quedó atónita al comprobar una vez más el férreo dominio que ejercía sobre sus emociones, porque su rostro en ese momento no dejaba adivinar ninguna. Ethan se sentó en el primer hueco que encontró libre y ella se acomodó junto a él. Trató de soltarse de su mano, pero él se lo impidió entrelazándole los dedos a la vez que retenía su mano entre las suyas. Pero no se sintió cohibida, muy al contrario, la llenó de felicidad aquella muestra de afecto en público.

Intentó atender a las palabras del predicador, pero se vio obligada a fijar la vista en el regazo porque cada vez que miraba a aquel hombre mellado y enjuto, con aquellas orejas y el pelo tan ralo y alborotado, la asaltaba una risa tonta al recordar la broma de un momento antes. Cabizbaja, se reconvino a sí misma a adoptar una actitud de seria escucha. Acertó a entender que el sermón de aquel domingo versaba sobre el demonio y sus tentaciones. No entendió el tono amargo del reverendo Bartlett y sus continuas referencias a la maldad que acecha a los puros de corazón en cada esquina. Alzó un poco la cabeza y vio en el primer banco a la señora Bartlett con los ojos enrojecidos, al igual que su hija Matilda. Ambas lucían un aspecto contrito, pero con la cara alta en señal de dignidad. Ojeó a su alrededor y pudo comprobar que la mayoría de los presentes asentían cariacontecidos. De reojo observó a Ethan que muy erguido miraba al frente, dando a entender que lo que allí se decía captaba todo su interés.

Una vez concluido el oficio, fueron de los primeros en salir. Esperaron en el porche la salida de Matt y su familia con intención de saludarlos, ya que su atolondrada partida la noche anterior les impidió despedirse.

—¿No te ha parecido muy severo el reverendo Bartlett? Parecía muy disgustado y no sé a qué ha venido esa arenga tan tétrica sobre el mal —comentó Linette todavía impresionada.

—No tengo la menor idea, porque no me he enterado de nada —respondió Ethan encogiéndose de hombros con absoluta indiferencia.

—¿No prestabas atención? —preguntó sorprendida.

—No.

—¿Y se puede saber en qué estabas pensando?

Él la observó de arriba abajo del modo que un ave rapaz miraría a su presa y ella le aguantó la mirada con una sonrisa.

—No solo en eso —su mirada se convirtió en una caricia—, pensaba también en todo lo que nos ha pasado desde hace días, en cómo has cambiado mi vida, en nosotros dos, en todos los años junto que nos quedan por delante, en nuestros hijos..., y en cosas que me importan mucho más que las monsergas de ese hombre que lleva toda su vida diciendo lo mismo.

—Ethan, tú nunca...

Él le tomó la mano y la sujetó sobre su propio corazón.

—Pero, por encima de todo, pensaba en la mujer que me ha elegido para formar



parte de su vida y... Linette —murmuró con ternura—, ¿qué has hecho para meterte aquí de esta manera?

Linette se quedó sin palabras. Trató de tragar saliva, pero tenía la garganta seca y notó en los ojos un creciente escozor. Se sintió como en un dulce trance incapaz de apartar su mirada de la de él. Pero tuvo que dejar de hacerlo porque con la salida del resto de asistentes, el porche empezó a llenarse de gente. Con el estómago encogido, viró la cabeza y parpadeó varias veces en un intento por mantener la compostura.

Junto a ellos llegaron dos mujeres con las que había coincidido un par de veces en la tienda y con fastidio comprobó que al grupo se unía Harriet junto a su madre. Ethan de inmediato la rodeo por los hombros con instinto protector.

—¡Señora Gallagher! —la saludó una de ellas con sincera admiración—. Jamás he visto un encaje tan delicado. Ya había oído hablar de su habilidad, pero esta blusa es la más bonita que he visto nunca.

Linette, aún demasiado aturdida, recibió con gusto los elogios. El canesú de su blusa y buena parte de las mangas lucían unos calados tan refinados como costosos de tejer, pero la belleza del resultado no pasaba desapercibida.

—Me alegro de que le guste —agradeció distraída—. Si lo desea, puedo facilitarle una muestra.

—Si es tan amable, no sabe cómo se lo agradecería; pero no sé si tendré la paciencia suficiente. Quizá me atreva con algún pequeño adorno.

—Desde luego —aseguró la viuda Keller—, no he conocido a nadie con tanta maestría para los encajes como usted, señora Gallagher.

—Tan solo se trata de práctica —respondió, recordando tantas tardes aburridas en compañía de Cordelia.

—Es innegable —comentó Harriet dirigiéndose a Ethan— que tu esposa posee unas manos extraordinarias.

Si con el doble sentido de su comentario pretendió insultarla, no lo consiguió porque ella estaba tan ausente que ni la oía. Ethan la miró a los ojos con tanta intensidad que Linette sintió que el corazón empezaba a latirle descontrolado, pese a encontrarse ante la atenta mirada de aquellas mujeres.

—Toda ella es extraordinaria —aseguró apretándola por los hombros—. Si nos disculpan.

La viuda Keller, llave en mano, salió disparada hacia la tienda, mientras las demás mujeres continuaron en el porche con su conversación sobre la moda. Solo Harriet se mantuvo al margen. Su atención la acaparaba el feliz matrimonio, que poco a poco se alejaba de allí.

Linette recorrió el trecho que separaba la iglesia del centro de la calle principal inmersa en una nube. Oía lejana la voz de Ethan que muy animado le iba comentando el trabajo que tenía por delante durante la próxima semana, pero ella no lo escuchaba. Supo que pasaron junto a algunas personas y él los fue saludando, a algunos con un gesto, a otros con frases breves de cortesía, pero no reconoció a ninguno. En su

cabeza solo daban vueltas todas las palabras que acababa de escuchar de su boca. Si durante la noche y los días anteriores la emocionó con confesiones tiernas, acababa de colmar su corazón de una dicha infinita. Notó que le faltaba el aire y frenó de pronto. Ethan paró también. Inquieto, le alzó la barbilla tratando de averiguar qué le sucedía. Linette apoyó las manos en sus hombros y lo encaró de frente.

—Te quiero, Ethan —murmuró solo para él.

El rostro de Ethan pasó de la inquietud a la sorpresa y de la sorpresa a la felicidad plena. Le enmarcó el rostro con las manos, la besó apenas rozándole los labios y volvió a mirarla todavía incrédulo.

—Repite eso —rogó.

—Te quiero.

No podía creerlo. Pudo decírselo durante la noche, en la cascada, en cualquier momento de intimidad. Pero así era su mujer: capaz de confesarle su amor un domingo por la mañana, en plena calle y con todo Indian Creek mirando.

Alzó la cabeza, el sol lucía con todo su esplendor y el azul del cielo le pareció inmenso y sublime. Como los ojos de ella. Sonrió encantado con aquel arrebato de espontaneidad, por fin se sentía libre. Como él la quería. La elevó por la cintura y la hizo girar a su alrededor indiferente a las miradas de asombro que suscitaban. Aún en el aire, la estrechó entre sus brazos y la besó de una manera tan apasionada que le enrojeció los labios. Cuando se separó de ella sintió que podría morir en ese momento al ver su sonrisa.

—Otra vez —susurró con ojos suplicantes.

—Te quiero.

Aquellas dos palabras resonaron en sus oídos como una música excelsa. De nuevo tomó su boca y sus lenguas se entrelazaron como si fuera el último beso de su vida. Cuando intentó separarse de ella, Linette se lo impidió aferrada a su cuello.

—Te quiero, te quiero, te quiero... —musitó en sus labios.

Y a Ethan Gallagher, al que jamás le había interesado el amor, por primera vez en su vida le temblaron las piernas.

Aquella demostración de lo que era un matrimonio bien avenido no pasó desapercibida para los habitantes de Indian Creek, que no dejaban de observarlos; los más, con aire divertido ante semejante explosión de cariño; los menos, con gesto severo por mostrar su entusiasmo amoroso en plena calle.

Matt y su familia contemplaron la escena desde lejos sin atreverse a interrumpir un momento tan íntimo. Emma rebosaba de alegría, pero al comprobar que medio pueblo estaba pendiente de las efusiones de la pareja, decidió que era el momento de poner fin.

—Vamos, Matt, si no paran ahora, el próximo domingo el sermón tratará sobre los peligros de la lujuria.

—Mujer, deja a los chicos —protestó sin dejar de reír—. ¿No ves que están en plena luna de miel?

—Si, y en medio de la calle. Vamos.

Se acercaron a ellos y se vieron obligados a iniciar la conversación, porque ellos continuaban mirándose a los ojos como si no hubiera nadie más a su alrededor.

—Buenos días —comentó Matt sibilino—, parece que se os han pegado las sábanas.

Como toda respuesta, Ethan se levantó un ápice el sombrero y le sostuvo la mirada con aire satisfecho. Linette, en cambio, se sonrojó como nunca, porque en ese momento adquirió plena conciencia de dónde se encontraba y de que no estaban solos. Tras intercambiar unas palabras sobre el baile, Ethan decidió que era hora de volver a casa. Rodeó a Linette por la cintura, pese a la presencia de su familia.

—Voy a por el caballo, espérame aquí.

De reojo vio a Emma que lo observaba alerta, temiendo que volviese a empezar el despliegue de pasión. Hizo un amago de acercarse a la boca de Linette y, en el último momento, se desvió para dar le un beso en la mejilla. Se giró sonriente hacia su hermana y le guiñó un ojo. Ella le reprendió en silencio con el dedo índice. Matt no pudo contener la risa ante aquel gesto de niño travieso tan impropio del rudo carácter de su cuñado, en tanto que Linette deseó volverse invisible. Hanna llegó corriendo y se colgó de su brazo acercándose a su oído.

—¡Linette! Ha sido lo más romántico que se ha visto nunca en Indian Creek. Seguro que se hablará de vosotros durante años.

—¡Hanna! —la reprendió su madre abriendo mucho los ojos.

—¡Ay, Dios! —imploró Linette tapándose la cara con las manos.

Joseph llegó con el niño en brazos enzarzado con Patty en una de sus habituales discusiones. Incluso Tommy, contagiado por ellos, intervenía en el rifirrafe enganchado al pelo de su hermano con una sonrisilla demoníaca.

Emma cogió al pequeño en brazos para evitar que dejase calvo a Joseph y trató de poner paz, harta de riñas. Amonestó al mayor, ya que a la hora de discutir con sus hermanos parecía olvidar sus diecisiete años. El chico adoptó un aire adulto y con displicencia se alejó en compañía de su padre. Emma rogó en silencio que aquella engorrosa etapa entre la niñez y la edad adulta pasase lo antes posible y se dirigió a Linette, que charlaba con Hanna ajena a la disputa.

—¿Te has enterado de lo que paso en el baile de anoche?

—Ya sabes que nos fuimos muy pronto —se excusó Linette.

—Si, nosotros volvimos a casa casi después de que lo hicierais vosotros, porque a Tommy empezó a entrarle sueño, pero lo he oído comentar antes de entrar en la iglesia. Al parecer, no se sabe quién llenó la taza de la señora Barttlet de *whisky* y esta, sin darse cuenta, lo tomó de un trago. Como jamás había probado ese tipo de bebidas, por lo visto reaccionó fatal.

—Pobre mujer —se compadeció Linette.

—Dicen que empezó a tambalearse y tuvieron que llevarla a su casa entre dos personas. Su hija, al verla en ese estado, no paraba de llorar y al pobre predicador jamás se le había visto más avergonzado. Para colmo, algunos desalmados reían sin parar al verla balbucear incapaz de dar un paso. En fin, un auténtico espectáculo.

—Ahora entiendo el tono del sermón —comprendió pensativa—. ¿Y no se sabe cómo pudo suceder algo así?

La pregunta quedó en el aire porque Ethan acababa de llegar y la apremió para que montase. Ella le dio la mano y de un salto se colocó sobre sus piernas. Se despidieron de Emma y las chicas al tiempo que giraban grupa.

—Mamá, yo se quién echo el *whisky* en la taza —aseveró Hanna muy seria. Emma se giró contrariada.

—Oye, Hanna —advirtió—, sabes muy bien que no me gustan las bromas.

—¡Mamá! —protestó indignada—. Fue Harriet Keller.

—Antes de afirmar algo así debes estar bien segura —la reprendió en voz baja.

—Durante el primer descanso, Linette, Minnie y yo nos acercamos a la mesa del ponche. Linette dejó un momento su taza sobre la mesa y yo vi cómo Harriet echaba licor en ella. Lo llevaba en una petaca de hombre.

—¿En la taza de Linette?

Emma ató cabos. Si su hija estaba en lo cierto, aquella taza podía estar destinada tanto a Linette como a Minnie, habida cuenta de la discusión que mantuvieron por la mañana.

—Entonces, ¿cómo explicas que llegara esa taza a manos de la señora Bartlett?

—Quizá fue culpa mía... —dijo afligida—, pero no pensé que pudiera pasar algo así.

—Explícamelo de una vez, cariño.

—Cuando vi lo que hacía Harriet, retiré la taza y le di otra a Linette. No imaginé que alguien pudiera confundirse y tomar la otra.

—Hiciste muy bien, Hanna —la tranquilizó su madre—. Pero tienes que prometerme que no dirás ni una palabra a nadie. Si solo lo viste tú, no hay manera de demostrar que dices la verdad. Esa Keller te acusaría de mentirosa y lo último que quiero es que te conviertas en el blanco de su ira. Y sobre todo, ni Ethan ni Linette deben saberlo. A fin de cuentas, a Linette no le pasó nada, pero tu tío no sé de qué sería capaz si se entera.

—No pensaba decir nada a nadie. Solo lo sabes tú.

—Que quede entre nosotras, ¿entendido?

Hanna asintió en silencio. Emma la cogió del brazo y llamó a Patty. Las tres se dirigieron hacia Matt, que en ese momento se despedía de un corro de hombres.

—¿Y Joseph? —preguntó Emma cuando llegó junto a él.

—Por ahí anda con Albert y otros muchachos. Cuando te lo cuente, no lo vas a creer.

Matt señaló con los ojos a sus hijas y Emma entendió que lo que deseaba decirle

no debía ser escuchado por las chicas. Así que, pese a las protestas de Hanna, le encomendó el cuidado de los pequeños con el ruego de que buscara a sus hermanos para regresar a casa.

—Esta mañana en el *saloon* un hombre, con bastantes copas de más pese a ser tan temprano, ha contado a voz en grito que Harriet Keller le arrebató una petaca de *whisky* para hacer una diablura en el baile.

—Entonces Hanna tenía razón —exclamó pensativa.

Él la miró extrañado, pero ella le invitó a que continuase relatándole lo sucedido.

—A todos los que estaban presentes les ha faltado tiempo para ir a contarlo por ahí y el chisme ya está en boca de todo el pueblo.

—Al menos la señora Barttlet ahora ya sabe a quién ha estado brindando su amistad.

Matt se encogió de hombros porque el asunto ni le interesaba ni le afectaba. Rodeó a su esposa con el brazo y miró al frente alzando el ala del sombrero. Hinchó el pecho de satisfacción al ver venir hacia ellos a sus cinco hijos: exhibían tal complicidad que, por un momento, dudó si realmente los que tenía ante él eran los chicos Sutton.

Linette recordaría el regreso al rancho el resto de su vida. Durante el camino, Ethan no dejó ni un segundo de acariciarla, de imprimirle suaves besos en el pelo, en los labios, en el cuello. La mantuvo aferrada a su cuerpo como si entre sus brazos portara la más preciada de las riquezas. Y Linette, abrazada a él con los ojos cerrados, se sintió valiosa y adorada.

Pero tal como la depositó en el suelo, cayó de bruces en la realidad. Al entrar en la cocina recordó que no bastaba con el amor para sobrevivir.

—No he preparado nada para comer —comentó preocupada—. Estará bien cualquier cosa.

—Primero tengo que cambiar las sábanas y hacer la cama —dijo con un hilo de voz.

Ethan la miró extrañado. Al verla tan azorada, comprendió. Le tomó la barbilla y sonrió al ver que se había sonrojado.

—Ocúpate tú de eso —dijo besándola en la mejilla—, yo me encargo de la comida.

Linette corrió a la habitación, en un visto y no visto sacó las sábanas y las llevó a la parte trasera. Accionó la bomba con energía y llenó un balde a la vez que deshacía un poco de sosa. Esta vez no calentó agua, tan solo se apreciaban un par de diminutas manchitas, pero sabía que la sangre solo desaparecía con agua fría.

En cuanto terminó de hacer la cama con sábanas limpias, volvió a la cocina y terminó de colocar los platos y cubiertos. Ethan se disponía a apagar el fuego y llevaba una sartén humeante a la mesa.

—Huele bien —comentó agradecida.

—Huevos y tocino, se puede decir que no sé hacer otra cosa, pero no hemos desayunado y ahora mismo me comería cualquier amasijo que me pusieran delante.

Se sentó en la cabecera de la mesa y ella tomó asiento a su lado. Con gentileza, Ethan sirvió primero el plato de Linette. Cuando le indicó que tenía suficiente, él frunció el ceño al ver con qué poco se conformaba y sirvió el resto de la sartén en su propio plato colmándolo hasta los bordes.

—En el pueblo he oído lo de la señora Barttlet —comentó Linette comiendo con apetito.

—Yo también. Por una parte lamento haberme ido del baile tan pronto. Me habría gustado verla, siempre tan seria... —dijo riendo entre dientes.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? ¿No la has visto en la iglesia? Tenía una cara de sufrimiento, la pobre. No entiendo qué pudo pasar.

—Alguna chiquillada, supongo —comentó Ethan sin mucho interés.

—De todos modos, puede tener la conciencia tranquila, porque no fue más que la víctima de algún desalmado. Aunque el disgusto que le han hecho pasar no tienen perdón.

Al comprobar que ella ya había acabado su ración, Ethan acercó un poco su plato indicándole que podía seguir comiendo y Linette se dedicó a picotear con su tenedor algunos trozos que él ya había cortado. Debido a los nervios que pasó el día anterior, apenas había comido nada y también se habían saltado el desayuno, por lo que tenía más hambre que de costumbre.

—¿Cenaste antes del baile? —preguntó a Ethan pesarosa.

—Llegué hambriento y, antes de ir, me comí lo que dejaste en la sartén.

En sus palabras, Linette intuyó una disculpa.

—No quiero estar preocupada. A partir de ahora, me encargaré de que comas.

Le apretaba la mano como si hablara con un niño desnutrido en lugar de con un hombre cuya espalda era dos veces la suya.

—Podíamos haber ido a comer a casa de Matt.

—Allí ya son bastantes como para añadir dos personas más —le reprochó ella.

—A Emma no le importa, yo antes lo hacía cada vez que me venía en gana.

—Antes no estabas casado —concluyó con mucha calma.

Él se la quedó mirando un tanto extrañado por el nuevo rumbo que empezaba a tomar su vida. En efecto, ahora era un hombre casado y había una persona con él que también tenía opinión, eso ya le había quedado claro el día anterior. Le iba a costar, pero no le quedaba más remedio que ir acostumbrándose a que ya no decidiría él solo.

Linette se afanaba en rebuscar algún pedazo de huevo. Ethan pinchó un trozo con el tenedor y se lo acercó a la boca. Ella sonrió mirando el bocado y aceptó la invitación con delicadeza. Linette tomó un poco y le acercó el tenedor. Ethan abrió la boca y comió lo que le ofrecía mirándola a los ojos.

—¡Qué situación más tonta! Parecemos dos críos —comentó él sin dejar de mirarla.

—Sí que lo es —sonrió ella encogiéndose de hombros.

—Eres maravillosa.

Durante un lapso irreal solo existieron ellos dos. Linette se levantó y tomándole el rostro entre las manos lo besó en los labios. Ethan la sentó en su muslo y la miró a los ojos. Su Linette, tan sencilla y tan guerrera, había logrado traspasar su coraza con la voluntad del amor.

—Mi dulce dama de corazones —murmuró—. Eso te convierte en mi caballero —dijo en voz baja sin dejar de acariciarle el cabello.

—Seré para ti caballero o vasallo, lo que tú quieras que sea. Linette lo besó en la mejilla riendo en voz baja.

—¿Vasallo tú? —Sonrió con una mirada traviesa.

Ethan enderezó la espalda y Linette vio cómo reaparecía ante ella su hombre fuerte y arrogante. Él la besó en el cuello riendo con ganas.

—Por ti, podría intentarlo. —Linette lo sacudió por los hombros—. No disimules, pequeña hechicera. Sabes muy bien que me tienes a tus pies.

—¿Qué haría yo sin ti? —dijo rodeándolo con fuerza.

—Aburrirte mucho —sentenció con una palmada en el trasero.

Entre los dos recogieron los platos. Cuando Linette se situó frente al fregadero, él entró en la habitación.

—Ven.

No le dio tiempo ni a accionar la bomba. Linette entró en el dormitorio y se desesperó al verlo tumbado completamente vestido sobre la cama recién hecha.

—Al menos podías quitarte las botas —se quejó con los brazos en jarras.

—Me las quito si vienes.

—Tengo que lavar los platos.

Ethan se incorporó para descalzarse, se volvió a tumbar y palmeó su lado de la cama para que se diese prisa.

Una vez estuvo en camisa y enagua, se tumbó a su lado cobijándose en su costado. Apoyó la cabeza en su hombro y él la rodeó con el brazo.

—Algún día —comentó Ethan—, cuando venda el ganado, más de un domingo no tendrás que cocinar. Irás al hotel a que te sirvan, no a llevar tartas.

—Lo único que quiero es estar contigo todos los domingos de mi vida. Dónde, no me importa —murmuró besándolo en la mandíbula.

Él la abrazó con más fuerza por toda respuesta y Linette al momento notó que su brazo aflojaba la presión. Se acababa de quedar dormido como un bebé.

\* \* \*

Harriet deambulaba de un lado a otro en el saloncito de su casa ante la severa mirada de su madre.

Acababa de adquirir plena conciencia de su derrota. Ethan Gallagher, ese paleta sin futuro que durante años revoloteó a su alrededor, jamás volvería a poner sus ojos en ella. Y esa certeza convertía su odio hacia su flamante esposa en afán de venganza.

—¿Tú te has propuesto arruinar nuestra reputación?

La viuda Keller, sentada en el sillón, intentaba contener su disgusto, pero el temblor de su labio inferior era revelador. Su hija se volvió furiosa hacia ella.

—¡Nuestra reputación! —le gritó—. No he hecho nada de lo que tenga que avergonzarme.

—No tienes respeto por nada —gimió retorciendo un pañuelito entre las manos—. Nunca en mi vida había visto a alguien comportarse en público de manera tan licenciosa. ¿Dónde se ha visto una mujer soltera sacando a bailar a un hombre? ¡Nada menos que casado! Para encima tener que soportar el bochorno de verte rechazada sin contemplaciones delante de todo el mundo.

—No seas tan remilgada —bufó—. Él se lo pierde.

—¿Remilgada? —La miró con furia—. La gente murmura a mis espaldas porque no he sido capaz de enseñarte lo que es el decoro. Me compadecen por tener que soportar un comportamiento tan vergonzoso de mi propia hija.

Harriet hizo un mohín de fastidio y se paró junto a la ventana de brazos cruzados.



—Como si no fuera suficiente con el escándalo que organizaste en el concurso de tartas —continuó.

—¿También vas a creer eso? —replicó entre dientes.

—Me refiero a tu pelea con Minerva Owen, la gente no habla de otra cosa.

—Eso le pasa por entrometida.

—¿Qué me dices de la señora Barttlet? Por tu culpa está padeciendo un bochorno que no se merece. Y ni siquiera has tenido la decencia de pedirle disculpas.

—Deja de decir tonterías, me aburres —dijo mirándola de soslayo.

—No tolero que me hables en ese tono. Vas a cambiar, ¿me oyes? —gritó levantándose furiosa—. No pienso aguantar más murmuraciones. Si tu padre viviese, no permitiría semejante comportamiento.

—Seguro que se fue contento a la tumba con tal de perderte de vista.

La viuda Keller se puso frente a su hija y la abofeteó con dureza. Harriet no derramó ni una lágrima, miró a su madre de arriba abajo y se dirigió hacia la puerta.

—No sufras —anunció con una sonrisa burlona—. Pronto dejarás de avergonzarte de tener una hija como yo.

Y sin escuchar las réplicas de su madre, le dio la espalda y salió del saloncito dando un sonoro portazo.

Con las mejillas ardiendo, bajó al trote la escalera exterior que discurría por la fachada del callejón y se dirigió al hotel. Si Jason Smith no estaba en el comedor, seguro que lo encontraría en su habitación.

Pensaba subir a buscarlo, le traían sin cuidado los chismorreos. El plan que Smith llevaba fraguando durante semanas no resultaba tan descabellado. Y ahora era el momento de llevarlo a cabo. Ya estaba harta de todo, de su madre, de aquel pueblo y de su vida. ¿Para qué esperar más?

Seguro que a él le parecería una idea excelente y Denver no estaba tan lejos. En su mente se forjó la imagen de la ciudad que aún no conocía. La vio inmensa, bulliciosa y elegante, más cerca que nunca.

Al franquear el umbral del hotel sonrió convencida, Denver la estaba esperando con los brazos abiertos.

\* \* \*

A esas horas, en Denver soplaba una agradable brisa veraniega. John y Elisabeth cruzaban Capitol Hills después de dejar a los padres de ella. Él había comido con la familia en el hotel Albany y, tras acompañar al matrimonio a casa, se empeñó en enseñar a Elisabeth una de las obras en las que estaba trabajando.

A Clifford Watts le pareció una hora demasiado temprana para salir, e invitó a John a tomar un *brandy* con él. Pero la pareja insistió en ir cuanto antes a ver las obras del futuro hotel Brown.

—¿Qué tal le va a tu padre con la búsqueda de su sobrina? No he querido mencionar el tema durante la comida porque noto que le duele hablar de ello —preguntó cuando llevaban ya un buen trecho recorrido.

—Mal. —Frunció los labios—. Sin noticias. A veces pienso que es una tarea imposible, pero ante él tengo que mostrarme esperanzada.

—Entiendo. No hablemos de cosas tristes. —Le acarició la mejilla.

Cuando llegaron a la altura de la calle Lincoln, John se detuvo para que Elisabeth pudiera contemplar el majestuoso edificio en construcción. La estructura se alzaba en la esquina de la Diecisiete con Broadway y solo alcanzaba de momento hasta la cuarta planta. Aun así, permitía adivinar que una vez finalizadas las obras, nada sería comparable en la ciudad al moderno hotel Brown Palace.

—Es imponente —aseguró impresionada.

—No es más que un esqueleto —le quitó importancia—. Pero lo será cuando esté acabado. ¿Quieres saber por qué se levantará este edificio? Al señor Brown no le dejaron entrar en el Windsor por ir vestido como un vaquero, así que decidió construirse su propio hotel. Es admirable, uno de los hombres más ricos de Colorado y tan humilde como cualquier jornalero.

—¿Por qué te lo han encargado a ti?

—Mi hermano y yo ya hemos colaborado otras veces con Frank Edbrooke, el arquitecto. Sabe que trabajamos bien y no nos cuesta entendernos.

Mientras se acercaban a la obra, Elisabeth lo escuchaba con interés y a John no le pasó desapercibida la admiración que despertaba en ella.

—¿Te apetece subir? —Le tendió la mano.

Elisabeth miró a un lado y a otro para asegurarse de no ser vistos. Le sonrió y se aferró a su mano con decisión.

John la condujo a través de lo que en el futuro sería el inmenso *lobby* del hotel hasta los pies de una escalera provisional.

—¿Crees que se llenará? Parece que será un edificio inmenso.

—Sí, tendrá ocho pisos.

—¿Ocho? —preguntó con los ojos muy abiertos. John asintió, encantado de verla tan interesada por la que consideraba su mejor obra.

—Se llenará, seguro. Denver no para de crecer.

—Eso es bueno para tu negocio.

—Muy bueno.

Subían la escalera con cuidado. John delante y Elisabeth detrás, sin soltarle la mano. A cada planta que ascendían, ella se pegaba más a la pared. Por fin alcanzaron la cuarta y salieron al exterior. Era una inmensa superficie ocupada por un bosque de recios pilares de ladrillo macizo, preparados para recibir las vigas del piso siguiente.

Elisabeth dio una vuelta sobre sí misma. La vista sobre la ciudad era un espectáculo asombroso.

—Estarás muy orgulloso.

—Hago mi trabajo, eso es todo —confesó encogiéndose de hombros—. Pero no lo voy a negar, cuando lo vea acabado me sentiré muy satisfecho.

Elisabeth lo miró embelesada. No le costaba nada entender por qué las hermanas

del hospital lo recibían siempre con los brazos abiertos. Cada vez que lo veían llegar, se formaba un revuelo. Todas lo recibían sonrientes, entre maternas y alborozadas. Sin proponérselo, su sencillez unida a su enorme atractivo, hacían de él un auténtico seductor.

Se aproximó al vértice en forma de proa de barco, donde se unían las dos fachadas laterales y John corrió a sujetarla por la cintura.

—No te acerques tanto —dijo arrastrándola hacia atrás.

Elisabeth apoyó sus manos en las de él y giró la cabeza. John pudo apreciar en su mirada un brillo de emoción por la cercanía de sus cuerpos. De la mano, la condujo hacia el hueco de la escalera.

—Bajar aún será más peligroso —comentó un poco preocupada.

—No te sueltes de mi mano. Yo iré delante. Si caemos, prefiero que lo hagas sobre mí antes que aplastarte.

Tal como las palabras salieron de su boca, la imaginación de John empezó a visualizar su cuerpo sobre el de Elisabeth y se le aceleró la respiración. En realidad, soñaba con sentir su cuerpo debajo del suyo, o encima, daba igual.

Cuando llegaron al segundo piso, en lugar de continuar bajando, la llevó hasta la columna más cercana.

—Quedémonos un rato —le rogó.

Quería prolongar todo el tiempo posible el poder estar a solas con ella. Elisabeth se quedó frente a él sin mostrar resistencia. Su silencio y su sonrisa tímida equivalían a un sí.

—Y tú, ¿estás orgullosa de ti misma?

—Mi vida no tiene nada de particular.

—No es eso lo que me han dicho —dijo rodeando su cintura—. Las hermanas cuentan maravillas de ti. Muy pocas chicas dedican su tiempo a leer cuentos y jugar con los niños enfermos.

—Algunos están muy solos. Sus padres trabajan todo el día y no pueden acudir a verlos tanto como quisieran. Es lo menos que puedo hacer.

—Eres un ángel —susurró—. Tienes un montón de amor para dar, ¿verdad?

Elisabeth lo miraba en silencio, no le importó que viese en su interior como a través de un cristal. Su corazón rebosaba amor y ya tenía dueño.

—¿Recuerdas el 23 de julio? —preguntó él con un matiz sensual—. Era martes —murmuró con la respiración agitada por su cercanía—. Ese día empezamos a tutearnos.

—¿Lo recuerdas por eso? —Le acarició la mejilla con la nariz.

—No.

Elisabeth lo retiró un poco para poder verle los ojos. ¿Cómo iba a olvidarlo? Ese martes lo recordaría siempre como el día en que la besó por primera vez.

—Me muero por besarte —dijo John en un susurro.

—Lo has hecho un montón de veces. ¿Desde cuándo tienes que pedirme permiso?

—Me parece que aún no sabes lo que es un beso —dijo en voz baja acariciándole la barbilla con el pulgar.

Se inclinó sobre ella y la besó con una pasión intensa y poderosa. Elisabeth se estremeció de pies a cabeza sacudida por una explosión de placer. Aquella excitante posesión no tenía nada que ver con la dulce caricia de los labios de él sobre los suyos. Cuando John alzó el rostro, se llevó los dedos a los labios desconcertada, los sentía latir. Hizo lo que le pedía su corazón y, sin dudarlo, le rodeó el cuello con los brazos.

John, sin dejar de mirarla a los ojos, esbozó una sonrisa. La estrechó oprimiéndola contra su cuerpo y sus bocas se fundieron en una.

Ninguno de los dos olvidaría aquella tarde de domingo en la solitaria penumbra de un edificio en obras.

\* \* \*

A finales de agosto, Linette aprovechaba cualquier momento libre antes de que llegara el tiempo de cosecha. Cerró el libro sobre la mesa y se sacó un pañuelito del escote para secarse las lágrimas. Enfrascada en la historia de Jane, había perdido la noción del tiempo.

Ni siquiera se percató de la llegada de Ethan que, al verla con los ojos enrojecidos, corrió a acucillarse frente a ella.

—Eh, ¿qué está pasando aquí? —preguntó en voz baja—. ¿Qué te ocurre, cariño?

—No es nada. He estado leyendo —aclaró sorbiendo por la nariz.

—¿Qué?

Ethan parpadeó un par de veces, apretó la mandíbula y se puso en pie de golpe.

—¿Estás llorando por culpa de este libro? —protestó con él en la mano—. Voy a encender una hoguera con él.

Linette se levantó, e intentó arrebatárselo, pero él se lo impedía sosteniéndolo en alto.

—¿Qué estás diciendo? ¡Devuélvemelo!

—De ninguna manera —aseguró esquivándola—. No vas a leer una historia que te hace sufrir.

—No son lágrimas de tristeza. Es un libro precioso, trata de una huérfana...

—¿Una huérfana? —dijo indignado—. Pero ¿en qué estaba pensando Doreen? Me dijo que te encantaría. ¿Es que ha perdido el juicio?

—Y me apasiona —aseguró arrebatándoselo por fin—. No lo entiendes.

—No, no entiendo nada.

Linette sonrió con el libro contra su pecho.

—A veces se llora de felicidad.

Dejó el libro sobre la mesa y se abrazó a su cintura.

—Como vuelva a ver una lágrima más, lo quemaré —susurró Ethan sobre sus labios.

La besó con cariño, pero se separó tan rápido que a Linette le supo a poco. Ethan acababa de recordar la sorpresa que tenía para ella.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —preguntó con una sonrisa enigmática.

—Sabes de sobra que no lo sé.

—Pues a partir de ahora, tu cumpleaños será hoy. Ven —la apremió tirando de ella.

Lo siguió mientras salían de la casa casi a la carrera y, en cuanto estuvieron a la altura del establo, Ethan la tomó por los hombros y la puso frente al carro.

—¿Un carro nuevo? —Ella se giró sonriendo con los ojos muy abiertos.

—Feliz cumpleaños. Es tuyo.

Linette se acercó para observarlo con detenimiento y él la siguió disfrutando de verla tan contenta. Se acodó en el reposabrazos de hierro y esperó a que ella llegase a su altura.

—Ethan, me gusta mucho. ¡Asientos abatibles en la trasera! Te habrá costado una fortuna. —Lo miró preocupada.

—Menos de lo que crees y, además, nos hacía falta. Es un regalo para ti, pero le daremos uso en el rancho.

Linette dio una vuelta completa. Al llegar junto a él, observó un detalle y se tapó la boca con la mano. Se acercó para poder contemplar mejor aquello, tan conmovida que no podía articular palabra. En el respaldo de madera habían claveteado con tachuelas de latón las iniciales «L. G.».

—¿Te gusta? Lo primero que pensé fue en comprar un espejo, pero esto nos hace más falta. Cuando llegue la cosecha, lo usaremos para acarrear el heno...

—Calla y ven aquí, maldita sea. —Se colgó de su cuello.

Sin darle tiempo a salir de su asombro al comprobar que aquella cautivadora boquita se atrevía a proferir maldiciones, lo atrajo hacia ella y lo besó con vehemencia. Ethan recibió aquella reacción con sorpresa y, a la vez que la estrechaba entre sus brazos, entreabrió los labios ofreciéndose por entero. Linette buscó su lengua y él la recibió con ganas de sentirse devorado. Disfrutaba llevando el mando entre las sábanas, pero se estremecía de placer cuando era ella la que tomaba la iniciativa de besarlo. Aquella delicia se prolongó durante largo rato y, cuando por fin se separaron, Ethan apoyó su frente en la de ella. Linette mantuvo los ojos cerrados con la respiración todavía agitada.

—¿Esto significa gracias? —preguntó Ethan encantado.

—Significa gracias y mucho más —respondió sin separarse de él.

—Ahora tengo que desenganchar los caballos —dijo acariciándole la espalda.

Ella le dio un beso rápido en el pecho y se despidió con una sonrisa. Ethan no dejó de contemplarla mientras se alejaba con paso firme. Le fascinaba verla caminar con la espalda erguida y la gruesa trenza ondeando a un lado y a otro. Reparó en el rítmico vaivén de sus caderas. Aquel suave contoneo se convirtió en una llamada incitante. Con los ojos entornados, pensó en ceñir aquella cintura estrecha para acercarla a él y decidió que solo faltaba una cosa para recordar aquella tarde como algo memorable. No, una no, dos cosas.

Se rascó la mandíbula. Para ser perfecto antes debería afeitarse, ya que Linette demostraba especial entusiasmo en prodigarle caricias y mimos cuando estaba recién rasurado.

Saliendo del establo, se topó con Grace que, cesta en mano, caminaba hacia los vallados.

—Me marchó, Aaron me espera ahí abajo —dijo señalando el camino con la barbilla.

—¿Qué llevas ahí? —Ethan curioseó en la cesta, pensando en algún dulce de los suyos.

—Ropa tuya para remendar, no seas fisgón —contestó con una palmada en la mano.

En presencia de los peones, Grace guardaba las formas, pero cuando estaban a solas lo trataba con la misma familiaridad que cuando tenía ocho años.

—Trabajas demasiado, Grace. No me gusta que te lleves trabajo a casa. Ya haces bastante por nosotros.

—No digas tonterías, me sirve para entretenerme y Linette no puede con todo.

Aquellas palabras le provocaron cierto malestar. Aún no contaban con suficiente desahogo económico como para contratar a una persona que ayudase a Linette. De momento, tendrían que seguir contando con la ayuda desinteresada de Grace. La miró de reojo y sintió una punzada en el pecho al ver cómo habían pasado los años para aquella mujer a la que quería como si fuese de su familia. Ya no podía ni montar sin ayuda y aún seguía yendo cada día al rancho, como había hecho toda su vida. Él le acarició la mejilla y ella supo qué significaba, se conocían lo suficiente para no necesitar palabras.

—¿Te gusta? —preguntó señalando el carro.

La madera recién barnizada relucía al sol y los herrajes eran mucho más exquisitos de lo habitual en un carro de transporte.

—Es magnífico, ¿es nuevo? —Él asintió—. Me alegro mucho, Ethan. —Sonrió con sinceridad al ver que le iba cada día mejor.

—Es un regalo para Linette —confesó orgulloso.

Grace se alegró tanto que le tomó la cabeza entre las manos y le dio un beso en la frente.

—¡Ahora sí que estoy contenta! Es una buena chica, se lo merece todo.

—La mejor —aseguró—. Pero tú también eres una buena chica.

La alzó en volandas y la besó en la mejilla. Ella lo obligó a parar, escandalizada por hacerla partícipe de aquella clase de juegos a su edad.

—¡Para ahora mismo! ¿Quieres que nos vea Aaron y te pegue un tiro? —bromeó.

—Está demasiado lejos para vernos —aseguró con una sonrisa maliciosa.

Linette, mientras doblaba ropa, sonreía viendo la escena a través de la ventana. Le extrañó que Ethan rodease la casa hacia el lavadero y, cuando entró recién afeitado, ya no supo qué pensar.

Ethan entró en la habitación y cogió un par de toallas, esponja, jabón, peine. Ahora lo tenía todo. Al volver a la cocina, se acercó por detrás a Linette y la abrazó al tiempo que le mordía el cuello; hinchó el pecho con satisfacción al comprobar cómo conseguía erizarle el vello de los antebrazos.

—¡Ethan! —fingió zafarse.

—El carro no era la única sorpresa. Vamos.

Linette vio sobre la mesa las toallas y supuso que iban al río.

—A la cascada.

A Linette le brillaron los ojos y él se felicitó. Cada día estaba más seguro de saber complacer sus deseos.

Ya en el claro, Ethan dejó las toallas en el suelo y la abrazó por la espalda recostando la barbilla en su pelo. Durante un par de minutos, guardó silencio para que su mujer pudiera disfrutar de la contemplación que tan feliz la hacía. Por fin se puso frente a ella y comenzó a desabrocharle la blusa.

—Hay algo que me preocupa desde hace días —confesó Ethan.

—¿Pasa algo? —preguntó Linette con semblante preocupado.

—No. —Sonrió y ella respiró aliviada—. Me preocupa algo entre nosotros.

Linette levantó la cabeza con brusquedad. Al notar su desasosiego, Ethan le besó el pelo con una sonrisa. Tantos años reprimiéndose y por fin había logrado liberarse de tanta atadura. La chica gris de hacía semanas era un modelo de contención, pero su mujer era transparente como el agua.

—Quiero que seas feliz a mi lado, pero no un poco feliz, tienes que serlo por entero. No me conformo con menos —le explicó peleándose con un botón.

—Y lo soy, ¿vas a explicarme de una vez qué pasa?

—Hace días me dijiste que echabas de menos algo de tu vida en las praderas. —Ella sonrió—. A mi lado no quiero que eches nada en falta.

Acababa de entender tanto misterio, pero lo empujó con ambas manos por haberla asustado. Él la atrajo de nuevo y con una sonrisa golosa le levantó la falda.

—¿Qué llevas debajo?

Forcejeó con una risita palmeándole las manos.

—¡Para! Lo que más te gusta —dijo con una mirada tan ingenua como sugerente.

A toda prisa, Ethan acabó de desabrocharle la blusa y, mientras ella se la quitaba, se agachó y le bajó la falda y las enaguas hasta los pies. Ella salió del embrollo de ropa y él le quitó las botas. Mientras le bajaba las medias, recorrió sus muslos con pequeños mordiscos que la hicieron reír y gritar. Una vez estuvo ante él descalza y solo cubierta por el fino conjunto de culote y camisa de seda, le aferró ambas manos y le alzó los brazos para admirarla. La obligó a girar sobre sí misma; su larga trenza la seguía como una estela. Sintió una creciente erección, pero se impuso a su deseo. Aquel deleite tenía que durar.

Linette se soltó de su mano. Sin mirar atrás, pero consciente de su atenta mirada, se dirigió al remanso. Introdujo los pies y la primera impresión fue que el agua estaba muy fría. En cuanto le llegó hasta la rodilla, se sintió mejor que nunca. Se agachó y con las manos comenzó a mojarse los brazos.

Ethan la miraba con codicia. En aquella postura, la seda permitía una visión de su trasero que le provocó deseos de morder. Le entraron ganas de acompañarla y empezó a quitarse las botas. Se acercó a ella y, de pronto, le entró un arrebató de malicia infantil. Se adentró con sigilo e impulsando un pie le lanzó agua por sorpresa. Ella reaccionó con un grito por la impresión de notar en su espalda el agua fría y se giró con actitud vengativa. Trató de hacer lo mismo, pero como desconocía el terreno, perdió pie y cayó de espaldas al agua. Ethan al principio se asustó al no verla salir, pero de repente la vio emerger como una carpa. No había por qué temer: nadaba como un pez. Y pudo comprobar por la expresión de su rostro que estaba mitad furiosa mitad divertida. Lo cierto es que se sintió culpable pero ¡qué diablos!, habían subido para bañarse.

Él se desnudó ante su atenta mirada luciendo un semblante travieso.

Linette, con una sonrisita peligrosa, levantó un dedo acusador para señalar su miembro erecto y desafiante.

—No esperes utilizar eso esta noche después de lo que acabas de hacer — sentenció.

Ethan soltó una carcajada. Se lanzó al agua y la atrapó entre sus brazos impidiéndole toda posibilidad de escapatoria.

—Este lugar tiene algo especial, hace que aflore tu faceta más desvergonzada — dijo recorriendo su cuello con pequeños mordiscos—. Prometo portarme bien lo que queda de tarde.

—Más te vale.

—Deshazte la trenza. —Ella lo miró confusa—. Con lo que pesa mojada, como gires la cabeza y me golpees con ella, me vas a dejar inconsciente.

Linette así lo hizo. Una vez destrenzados los mechones, se sumergió en el agua y desapareció de su vista. Se quedó hechizado al verla volver; buceaba con los ojos azules muy abiertos y la melena suelta tras ella. Bajo el agua, se desenvolvía con una soltura envidiable. Comprobó que la seda empapada dejaba entrever el color tostado de sus pezones. Se había prometido contención, pero la atrajo hacia él y la besó con lujuria. Sin dejar su boca, empezó a desnudarla. Le costaba porque la ropa se le pegaba al cuerpo. Al ver que tardaba, Linette trató de ayudarlo con más entusiasmo que pericia. Ethan perdió la paciencia. Salió de un salto del agua y con decisión tiró de ella. Cuando estuvieron en tierra firme, ambos se apresuraron a librarla de aquella seda mojada y quedaron desnudos uno frente al otro. Ethan la atrajo entreabriendo los labios, pero Linette fue más rápida. Se lanzó al remanso y desapareció bajo el agua sin darle tiempo a reaccionar. Él se rascó la nuca, por lo visto también tenía ganas de jugar.



Se lanzó al agua y buceó hasta la otra orilla disfrutando de la sensación de absoluto silencio. Salió a la superficie y se peinó hacia atrás con los dedos mientras trataba de localizarla. De pronto, irrumpió a escasas pulgadas de su torso.

—He visto un mapache —soltó como si hubiese hecho un gran descubrimiento.

—¿Y qué hacía? —preguntó sin ningún interés, con los ojos fijos en sus pechos que apenas cubría el agua.

—Lavar su comida.

—Hace muy bien —respondió sensual—, yo también estoy lavando mi comida.

La tomó por la cintura y la mantuvo en vilo. La acercó a su boca para jugar con su ombligo. Con la lengua recorrió el trayecto entre sus pechos y fue bajándola poco a poco hasta lamerle el cuello.

Linette entrecerró los ojos porque aquella caricia, junto a la contemplación de su piel brillante y todos los músculos en tensión, la excitaron de una manera poderosa. Se colgó de sus hombros y con los labios recogió todas las gotas de agua que resbalaban por su cuello. Pero estaba disfrutando como nunca y quiso alargar aquel baño todo lo posible. Se separó de él y salió del remanso en busca del jabón y la esponja. Cuando volvió al agua, se sentó con agilidad en el pequeño escalón de la cascada dispuesta a enjabonarse. Reparó entonces que nunca había hecho tal cosa en presencia de nadie y le entró un ridículo pudor.

—No mires —rogó.

—¿Cómo que no? —Ethan enarcó las cejas acercándose a ella a la vez que le arrebató la esponja y el jabón—. Déjame a mí.

Ella se dejó hacer un tanto apurada. Ethan la recorría con tanto interés como si fuese la primera vez que veía cada una de sus curvas, mientras ella se enjabonaba el pelo. Cuando estuvo lista, se sumergió moviendo la cabeza a un lado y a otro. Ya libre de jabón, regresó escurriéndose la melena.

—Mientras acabas, voy a ver si todavía está el mapache —comentó.

Ethan negó con la cabeza y, sonriendo como un felino, le tendió la esponja y el jabón.

—Ahora te toca a ti —afirmó con voz profunda.

Ella le devolvió el detalle y durante largo rato se regodeó en el tacto jabonoso de su cuerpo. Hizo resbalar su pecho contra el suyo y prolongó al máximo la experiencia más lujuriosa de su vida.

—Cuando me bañaba desnuda con los chicos... —musitó en venganza por el chapuzón.

—¿Qué chicos? —preguntó con voz peligrosa levantándole la barbilla.

—Con cinco o seis años —aclaró conteniendo la risa—. A partir de esa edad nos bañábamos las chicas solas. Y nuestras madres se apostaban a vigilar para que nadie nos viese.

Ethan se sumergió irritado consigo mismo, por la facilidad con que se dejaba consumir por los celos desde que llegó a su vida. Antes de conocerla, no recordaba

haber padecido esa sensación lacerante y mucho menos la habría dejado entrever a nadie. Pero Linette conseguía destapar sentimientos que ni él mismo sabía que escondía. Cuando intentó salir del agua, ella se lanzó a su cuello con tanto entusiasmo que le hizo perder pie.

—Eres una bruja. Me pones celoso y ahora intentas ahogarme.

—Me ha encantado la sorpresa —respondió mirándolo con cariño—. Ahora puedes estar seguro que no echo nada de menos.

—Lo repetiremos más veces antes de que acabe el verano. Muchas —aseguró con media sonrisa.

—No podemos perder el tiempo de esta manera —desaprobó con espíritu práctico.

—Si lo prefieres, nos esperamos al invierno, a que esto esté cubierto por tres dedos de hielo —ironizó.

—Entonces, donde mejor estaremos será en casa, al lado del fuego —insinuó.

—O en la cama —apuntó acercándola más—. Te pegarás a mí para que no pase frío, ¿verdad?

—Para entonces —sonrió con timidez—, a lo mejor estaré tan gorda que no podré ni abrazarte.

—Seguirás durmiendo pegada a mí, yo os abrazaré a los dos —musitó.

Ethan la besó soñando con el momento en que pudiese admirarla albergando a un hijo suyo en su vientre. Era imposible saberlo de momento, pero tal vez tuviera razón y en invierno estuviese en camino ese pequeño tan deseado.

Salió del agua con ella en brazos. Sin parar de besarla buscó una zona de hierba mullida y la depositó con cuidado. Se tumbó junto a ella y comenzó a acariciarle los pezones con la lengua.

—Quiero ser padre antes de los treinta y solo quedan diez meses —murmuró con sensualidad—. Voy a tener que esforzarme mucho.

—Ethan, aquí no podemos. Puede subir alguien.

—No pienso esperar a la noche. ¿Para qué crees que me he afeitado?

Le acarició el cuello con su pulida barbilla y no tardó nada en convencerla.

\* \* \*

—¿No había en Denver un hotel peor? —preguntó Harriet a través del espejo.

Jason era capaz de hipnotizarla con los ojos. Y con la boca, reconoció evitando un suspiro. Por no hablar de sus manos. Él sí era un hombre de verdad, desvergonzado y lascivo. En un par de noches, le había quitado la venda de los ojos enseñándole la osadía de sumergirse en placeres prohibidos.

—Aquí no hacen preguntas. No podemos arriesgarnos a llamar la atención —aclaró desde la cama.

Harriet acabó de peinarse dando un vistazo a su alrededor. Cortinas baratas, empapelado de pésimo gusto y un mobiliario ramplón. No la convencía su argumento, podían haberse alojado en cualquier sitio mejor que aquel hotelucho de la

calle Market, el barrio con peor fama de Denver.

—¿No piensas llevarme a conocer la ciudad? —Se giró con los brazos en jarras.

—No, de momento. No conviene que nos vean.

—Si lo llego a saber, no me escapo contigo.

Jason Smith la agarró por la muñeca y de un tirón la sentó a su lado. El corazón de Harriet se aceleró, la mirada de Jason lucía un brillo peligroso que la hacía temblar.

—Escucha, pequeña, aquí las cosas se harán como yo decida. —Harriet intentó zafarse—. Cuando llegue el momento, saldrás de aquí y lo primero que haremos será ir a presentarte a «tu familia». Yo me retiraré de escena y todo quedará en tus manos. Trata de ser convincente, porque tendrás que engatusarlos lo antes posible. Sé muy bien que hay un dinero esperando, así que tendrás que arreglártelas para hacerte con él.

—¿Y cuándo será eso?

—Cuando yo lo diga.

La tomó por la nuca y la besó con vehemencia. Harriet gimió al sentir el excitante dolor que le producía al clavarle los dientes.

—¿Y mientras? —gimió.

—Ya pensaremos en algo —jadeó mordiéndole un pecho y luego el otro por encima de la ropa—. Hemos repasado el plan. ¿Lo tienes todo claro?

—Seré tan dulce y amable que los Watts se desharán en llanto al recobrar a su sobrina perdida. Cuando me haga con la fortuna de la huerfanita, aprovecharé cualquier ocasión para largarme. Tú me esperarás aquí y, en cuanto llegue, pondremos tierra de por medio.

—Hermosa y condenadamente lista —aseguró cruzando los brazos bajo la cabeza—. No me equivoqué contigo, princesa. Estás hecha a mi medida.

Harriet echó la cabeza hacia atrás y se pasó la mano por el cuello hacia el escote. En la habitación hacía un calor infernal. Él la observó relamiéndose los labios, la lengua de la mujercita de la sombrilla lo había sorprendido con aquella faceta desconocida. Ni ella misma era consciente del poder de seducción que encerraban sus gestos indolentes.

—Apaga la chimenea, por favor. ¡Estamos en agosto!

Aquello le recordó a Jason Smith que aún tenían un pequeño inconveniente que solucionar. Se levantó de un salto y, ante la extrañeza de Harriet, cerró la puerta con llave. Fue hasta la chimenea y mantuvo en el fuego el atizador. Al escupir sobre él, se escuchó un desagradable siseo y Harriet empezó a temblar.

—¿Qué piensas hacer? —balbució tragando saliva.

—Ahora es cuando tienes que demostrarme tu valentía. —Ella se levantó e intentó girar el pomo de la puerta aterrorizada—. Vamos, sabes muy bien que sin quemadura no tenemos ninguna oportunidad.

Ella empezó a chillar con la cara desencajada. Smith se felicitó por haber elegido

aquel turgorio, porque nadie pareció reparar en el escándalo. Pero no tenía ganas de aguantar un numerito de histeria femenina. La cogió por los hombros y, antes de que Harriet pudiese reaccionar, le dio un puñetazo en plena cara. La dejó tan aturdida que tuvo que cogerla en brazos. La depositó de lado en un sillón, con la cabeza colgando de un reposabrazos. Mejor, así no vería nada.

Harriet, casi desvanecida, no opuso resistencia cuando le abrió la mano izquierda. Agarró el atizador candente y cumplió con su desagradable obligación.

Un alarido desgarrador resonó en la habitación instantes antes de que Harriet perdiese la consciencia.

\* \* \*

Emma dejó a Tommy sobre una manta en el suelo de la cocina y le acercó algunas cucharas. Por fin disfrutaba de un rato de tranquilidad para coser botones. Ya era sábado por la tarde y no deseaba dejar la tarea pendiente para la siguiente semana. Fue a por el costurero después de ver al pequeño muy entretenido examinando sus nuevos juguetes.

En menos de un segundo, volvió a la cocina, consciente del peligro que suponía Tommy sin vigilancia. Antes de sentarse, aguzó el oído. Apartó la cortina de la ventana y vio aproximarse un caballo, y sobre él las faldas al viento de una mujer. Por la trenza rubia y su soltura como jinete, supo que se trataba de su cuñada. Sonrió contemplando cómo disminuía el ritmo al aproximarse a la casa. Daba gusto verla, y recordó los tiempos en que ella, con veinte años menos, galopaba con la misma audacia.

Salió a la puerta a recibirla. Linette ató al caballo en un abrevadero y sacó un paquete de la alforja.

—No te esperaba —comentó tomándola del brazo—. Pero me encanta que hayas venido, hay veces que echo de menos hablar con algún adulto que no se llame Sutton.

Linette rio y se acercó al pequeñín que, ante la novedad, alzó los bracitos reclamando su atención. Emma evitó que lo cogiese y ella se limitó a acariciarle la cabeza con palabras cariñosas. Tommy empezó a lloriquear contrariado y su madre le dio un par de jarras de metal que al instante empezó a golpear con una cuchara, encantado con el sonido que obtenía.

—Si lo coges ahora, no querrá volver a la manta —le explicó Emma—. Y bien, ¿cómo es que has venido?

—¿Quieres que te ayude? —se ofreció Linette al ver el costurero y el montón de ropa.

—Claro —exclamó agradecida.

—He venido a contarte una cosa —anunció solemne mientras enhebraba una aguja—. ¡Ethan me ha regalado un carro!

—¡No sabes cuánto me alegro! —dijo entusiasmada—. Eso es que van bien las cosas.

—Cada día mejor —aseguró con orgullo.

La felicidad de Linette trajo a la mente de Emma lo sucedido esa misma mañana.

—Hoy he vuelto a la tienda —comentó con cautela—. El caso es que todo el mundo hablaba de ello, y Amanda ha terminado por derrumbarse.

—No sé a qué te refieres —rehuyó incómoda el asunto.

—Hace casi una semana que no se veía a Harriet. Al principio, su madre fue contando que estaba de viaje en casa de unos familiares. Pero no ha podido aguantar las murmuraciones y ha acabado confesando que ha escapado de casa. Al parecer, el mismo día que dejó el hotel un tal Smith con fama de vividor.

—Si ese es su deseo, que les vaya muy bien.

—La verdad es que he sentido una pena inmensa por Amanda, estaba destrozada —aseguró apretando los labios—. A fin de cuentas, es una madre que sufre. Ha puesto en venta el almacén, piensa mudarse a San Luis con su hermana.

—Emma, lo siento por la madre —mantuvo muy seria—, pero espero no volver a ver a Harriet Keller en mi vida.

—No hablemos más de ello —resolvió—. ¿Cuándo piensas estrenar el carro? Porque hoy has venido a caballo.

—Así pierdo menos tiempo. —De nuevo afloró la sonrisa a su rostro—. El carro es muy lento para mí. Pero de eso venía a hablarte. Ethan ha decidido estrenar el carro con una excursión a Kiowa Crossing. El próximo domingo inauguran la nueva estación y hemos pensado llevar a los chicos con nosotros.

—¿A los míos? —preguntó ilusionada.

—¿A cuáles si no? —replicó Linette ante la evidencia del ofrecimiento—. Me gustaría llevármelos a todos, incluso a Tommy.

Cuando oyó aquello, Emma se emocionó ante la perspectiva de un día entero sin sus hijos alrededor. De pronto, se sintió culpable por cargar al joven matrimonio con toda su prole.

—Quizá sean demasiado estorbo, me parece que vosotros solos lo pasaríais mejor —alegó con el ferviente deseo de que su cuñada mantuviera la oferta.

—Tonterías. Lo pasaremos estupendamente y a vosotros os vendrá bien algo de intimidad —comentó mirándola de reojo a la vez que remataba un botón.

—¿El próximo domingo? —Sonrió haciendo planes.

—Sí, dentro de ocho días. ¿Hace mucho que no vas a la cascada de arriba? —preguntó Linette fingiendo desinterés.

—Ni me acuerdo de la última vez que estuve allí. Me encantaba bañarme en el remanso, ¿sabes?

—Lo imagino —contestó con el mismo tono despreocupado—. Se me ocurre que podíais aprovechar que estáis solos para acercaros a la cascada Matt y tú.

—Sí que es buena idea, y podríamos comer allí. —Emma ya se veía en la cascada.

—Hace calor, podríais bañaros —sugirió sin dejar de coser.

—¿A nuestra edad?

—Lo dices como si fueses una vieja. ¿Qué te pasa? Nadie va a subir a espiar. A lo mejor prefieres dejar la excursión para un día que estén los niños —replicó contrariada ante la indecisión de su cuñada.

La observó de reojo y supo que la imaginación de Emma giraba a la velocidad de un tornado planificando la jornada dominical. Decidió que ese era el momento de entregarle el regalo.

—No, con los niños otro día. Desde que nació Albert, no he pasado ni un día a solas con mi marido. Y ya va siendo hora —se dijo convencida.

—Te he traído un regalo, espero que te guste —dijo Linette entregándole el paquete.

—Pero ¿por qué te has molestado? No necesito que me regales nada —comentó incómoda.

—No me supone ninguna molestia y esto no es nada para todo lo que tengo que agradeceros —añadió con cariño—. Porque el regalo no es para ti, es para los dos.

—Pues no pienso esperar a que llegue Matt —aseguró deshaciendo el envoltorio.

Cuando descubrió el contenido, se quedó sin palabras y abriendo mucho los ojos, extendió las dos prendas sobre la mesa.

—¿Para los dos?

Se giró escandalizada hacia Linette, que le sostuvo la mirada impasible.

—Si lo prefieres, para ti sola —respondió sin inmutarse.

—Pero esto es... la ropa interior más... impúdica y desvergonzada que he visto en mi vida.

Miró a Linette con la mano en el pecho y de nuevo volvió los ojos a la ropa que se exhibía sobre la mesa.

—La he cosido yo. La seda la saqué de un camisón del baúl, espero que no te importe.

Emma negó con la cabeza sin apartar los ojos de aquella ropa. No recordaba haber visto en toda su vida una labor tan delicada y lujosa, con aquella seda casi transparente y encajes finos. Al instante, recordó el camisón de boda de su madre y mentalmente le pidió perdón por el uso que habían dado a aquella prenda. Tuvo que disimular una sonrisa convencida de que estaba perdonada porque Agnes Gallagher, si las estaba viendo desde allá arriba, debía de estar pasándolo en grande.

—¿De dónde has sacado una idea tan... descocada? —preguntó sin salir de su asombro.

—La señora Owen me dio la idea, incluso me dibujó un patrón. Por lo visto, en Europa ya hace tiempo que se usa. Ella conoció estos modelos cuando estuvo en el Este.

—¿Rose? No la Rose Owen que yo conozco desde hace años, es demasiado recatada.

—No veo la falta de recato por ninguna parte —aseguró con convicción—, ¿o es que piensas enseñarla? Lo que va debajo de las enaguas no incumbe a nadie. Además,

resulta muy cómoda ahora que hace calor.

—Entonces, ¿tú también...?

—Claro, yo también me hice un juego como este. No pasa nada, no lo ve nadie.

—Su cuñada enarcó las cejas—. Bueno, casi nadie.

—No quiero ni pensar la cara que va a poner Matt cuando vea esto. Aunque, pensándolo bien —sus ojos se tornaron dos rendijas— no se la pienso enseñar. Será una sorpresa para el domingo y me la verá puesta.

—Por fin lo has entendido —respiró Linette con alivio—. Me tengo que ir.

Emma tomó al bebé en brazos y la acompañó al patio para despedirla. Con el pie en el estribo, Linette le recordó que avisase a los chicos de la excursión y acordaron que la familia Sutton llegaría temprano al rancho de los Gallagher para salir desde allí. De este modo, ellos estarían a un paso de la cascada.

—Albert tendrá que quedarse a cargo de todo, no contéis con él. Y Joseph supongo que no querrá ir, ya es casi un hombre y no creo que le apetezca.

—Como ellos prefieran. Emma, te dejo que tengo trabajo en casa —se despidió ya a lomos del caballo.

—Linette, estoy pensando en lo transparente que puede resultar la seda mojada —comentó recuperando la osadía de siempre.

—Te aseguro que disfrutarías más del baño sin nada de ropa.

—¿Sin nada? ¿Y tú cómo lo sabes? —Emma no salía de su estupor.

—¡Ay, Emma! —alegó azorada—. Utiliza tu imaginación.

—Me pregunto qué ha sido de aquella rubia mojugata que apareció por aquí hace dos meses —enunció su cuñada divertida.

—Se perdió por el camino —respondió con una amplia sonrisa—. Y, si la ves, dile que no vuelva porque desde que se fue soy inmensamente feliz.

Azuzó al caballo para girar grupa y clavando talones salió al galope rumbo a su casa ante la atónita mirada de Emma, que con su hijito en brazos todavía dudaba si estaba soñando o despierta.

—¡Mira! Por ahí vienen —exclamó Linette saludándolos con la mano.

El carro de Matt ascendía la colina con su bulliciosa familia casi al completo, a falta de Albert, que cumpliendo con su obligación se había quedado a cargo del rancho. Los animales no entendían de días festivos y, pese a ser domingo, había tareas imposibles de eludir.

Matt redujo la marcha a las puertas de la casa e hizo un giro para colocarlo junto al granero. Los muchachos bajaron en tropel y se acercaron corriendo hasta donde se encontraban sus tíos. Tras ellos, venía Emma con el bebé apoyado en la cadera y una cesta en la mano. Matt desenganchó los caballos y los hizo entrar en el establo. Salió y cargó un par de cubos de agua para dar de beber a las caballerías.

—Tío Ethan, ¿asistirá mucha gente a la inauguración? Seguro que habrá música —preguntó Hanna entusiasmada con el viaje.

Sus hermanos continuaron preguntando a un tiempo, interrumpiéndose unos a otros sin dejar de discutir por ser el primero en saber qué iban a ver. Ninguno de ellos había estado antes en una celebración de ese tipo y durante un buen rato abrumaron a Ethan.

—No pensé que vendrías con nosotros —comentó Linette a Joseph.

El chico ya era demasiado mayor para excursiones con sus hermanos, y Linette creyó que preferiría pasar el día en su rancho o en compañía de Minnie antes que ir con ellos.

—Es preferible estar un día al cuidado de mis hermanos que recibiendo órdenes de Albert. Cuando mi padre no está, se cree que es mi capataz y me trata como un tirano. Y Minnie está insoportable —comentó con cara de enfado—. Desde que su padre ha comprado el almacén general, no piensa en otra cosa que en jugar a las tiendas.

Linette sonrió compadeciéndose del muchacho, que parecía muy ofendido por haber pasado a un segundo plano en el interés de la chica. En realidad, algo había de cierto. La última vez que fue a la tienda, comprendió que Minnie por fin había encontrado su vocación: tras el mostrador se la veía exultante, con una determinación y un don de gentes que sorprendía a todo el mundo. Su padre podía estar muy contento porque atendía a la clientela de una manera tan solícita y aduladora que a buen seguro el negocio sería el más próspero de todo Colorado.

—Toma un momento. Como no eche a andar pronto, va a acabar conmigo —se quejó Emma.

Le entregó el niño a Linette y dejó la cesta en el suelo. Hasta el pequeño Tommy estaba alegre ante la novedad de un viaje. Emma indicó a Joseph que fuera enganchando los caballos de su tío al carro nuevo e invitó a sus hermanas a ayudarle. Ethan se acercó al establo con ellos y paró a hablar con Matt, que ya salía sacudiéndose las manos en el pantalón. Desde allí, vieron a Emma y Linette



cuchichear entre risas. Matt enarcó las cejas al ver que su mujer, de espaldas a ellos, se levantaba la falda y las enaguas con disimulo, gesto que las hizo reír a carcajadas.

—No sé qué traman, pero empiezo a inquietarme —comentó Matt—. Me siento como un conejo observado por un puma.

—¿Matthew Sutton asustado? No me lo creo. Te estás haciendo viejo —añadió Ethan sonriendo con el ceño fruncido.

No dejaban de observarlas, intrigados por saber qué se traían entre manos.

—Si hay una persona en este mundo capaz de meterme el miedo en el cuerpo, esa es tu hermana —aseguró palmeando el hombro de Ethan—. Bueno, te dejo que Emma me reclama. No te he dado las gracias, pero me haces un gran favor llevándotelos a todos; ya no recuerdo lo que es un día entero de tranquilidad.

Ethan restó importancia al hecho, añadiendo que los chicos se merecían salir de Indian Creek de vez en cuando y que tanto Linette como él disfrutaban de su compañía.

Linette llegó hasta donde estaba su marido con Tommy en los brazos y le entregó al niño para tomar la cesta con las provisiones para el viaje y poder cerrar la puerta de la casa.

Al llegar al carro, oyó discutir a sus sobrinos mientras se acomodaban en la parte de atrás. Cuando estaban juntos parecían olvidar su edad porque, con su comportamiento inquieto y sus peleas, se asemejaban a niños pequeños. Sin hacerles mucho caso, se sentó en el pescante.

—Aún no hemos salido y ya me estoy arrepintiéndome —comentó Ethan entre dientes mientras le tendía al pequeño.

Tommy se negaba a permanecer sentado y jugueteaba de pie en las rodillas de Linette.

—Vamos, cariño. Seguro que lo pasaremos muy bien. Míralo de este modo, esta excursión te servirá de experiencia para el día que tengas que viajar con tus propios hijos —añadió Linette palmeándole el dorso de la mano.

Por toda respuesta él dio un vistazo de soslayo a la concurrida parte trasera del carro, replanteándose durante una décima de segundo la idea de la paternidad. Con un suspiro de resignación, tiró de las riendas y emprendió la marcha.

—¿Has visto lo guapo que es? —comentó Linette contemplando embobada al pequeño.

—Es una versión diminuta de su padre —concluyó Ethan mirándolo de reojo.

—Es que su padre es un hombre muy apuesto.

—¿Más que yo? —preguntó sin mirarla.

—Tú tampoco estás mal.

—No sabes cómo me tranquilizas —replicó con sorna, estudiando su sonrisa maliciosa.

Por fin Linette consiguió sentar al pequeño Tommy en su regazo. El niño, muy entretenido con el encaje del escote de su tía, decidió averiguar qué se escondía detrás

de las puntillas. Ethan observó con los ojos muy abiertos la audaz incursión del angelito en territorio prohibido.

—No. ¡No! —le reprendió ella en tono suave pero firme a la vez que le apartaba la manita.

—Tú eres una mezcla explosiva de Sutton y Gallagher —aseguró Ethan muy serio, dándole unos toquitos con el índice en la frente—. Cuando crezcas serás un peligro.

El niño lo escuchaba con semblante cándido, sin entender ni una palabra, mientras Linette trataba de contener la risa mirando hacia otro lado.

Al final, el carro parecía una fiesta y el trayecto se les hizo más corto que de costumbre.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Hanna.

Los chicos contemplaron boquiabiertos la llegada del tren, hecho que sin duda supuso el acontecimiento más extraordinario de sus cortas vidas. Engalanado con banderas y escarapelas tricolores, hizo su entrada triunfal en la nueva estación. Del primer vagón empezaron a descender autoridades y asociados de la Union Pacific que, desde Kansas, se habían desplazado para la inauguración del nuevo edificio. Pero lo que arrancó aplausos fue la irrupción de la banda de música, todos ataviados con uniformes claros rayados y canotiers de paja a la moda de París. Con pulcritud marcial, se agruparon atentos a las instrucciones del director que pronto dio la señal. Y la alegría que trajo la música hizo más llevadera una celebración con exceso de discursos.

Transcurrida una hora, que a Ethan se le hizo demasiado larga bajo el sol de agosto, decidió buscar el sitio adecuado para comer. Junto a la estación divisó un grupo de robles y apremió a Linette para agrupar a la familia. Al llegar, comprobaron con satisfacción que se trataba de un parque.

—Allí mismo —acordó Ethan señalando una zona sombreada de césped.

Los chicos corrieron con la cesta en la mano para coger sitio, ya que bastantes familias habían tenido la misma idea.

Linette dejó a Tommy en el suelo y extendió una manta fina a modo de mantel.

—Por fin —suspiró sentándose con la espalda en un árbol—. ¿Tenéis hambre ya? ¡Qué pregunta!

Sus caras hambrientas se lo dijeron todo. Con un gesto indicó a Hanna que hiciese los honores y la chica comenzó a sacar de la cesta huevos cocidos, pollo, emparedados, queso, manzanas y un plato con dulces. Amontonó las servilletas y todos esperaron a que Ethan diese la señal. En cuanto su tío tomó el primer emparedado, los chicos se dedicaron a devorar con apetito voraz.

—Dejadme alguno, que este era para vuestra tía —protestó.

—¡Eh! Al menos que quede uno para vuestro hermano, que con tan pocos dientes

no puede comer otra cosa —advirtió Linette.

Por suerte habían previsto comida de sobra. Hanna le tendió un emparedado y Linette se dedicó a cortar pellizquitos que iba metiendo en la boca de Tommy.

—Es como alimentar a un gorrión —comentó a Ethan.

Él la veía tan encantada con el pequeño que la rodeó por los hombros y la besó en el pelo. Pero mientras se ocupaba del niño, no comía; así que le ofreció su emparedado y ella mordió con ganas. Se miraron sin pestañear, pero ocho ojos curiosos los obligaron a desestimar los impulsos románticos.

Cuando estuvieron satisfechos, Joseph y Patty se tumbaron en el césped.

—Me comería otra manzana —comentó Ethan—. Bien, ¿qué os ha parecido la fiesta?

Hanna le lanzó una manzana y él la atrapó al vuelo.

—Ha sido fantástico. Linette, ¿te has fijado en los vestidos? No había visto nunca tantos sombreros juntos —comentó la chica encantada.

—El tren es tan rápido... ¡Parece que puede volar! —comentó Patty entusiasmada.

—Pero si iba muy lento, tonta. ¿No ves que estaba frenando para entrar en la estación? —aclaró Joseph burlón.

—No le hagas caso —dijo Ethan—. ¿Qué sabrá tu hermano? El tren viaja muy rápido, dicen que se puede ir de Nueva York hasta San Francisco en menos de siete días.

—Tío Ethan, ¿algún día viajaremos en tren? —preguntó la niña emocionada.

—Algún día. Estoy pensando —comentó mirando a Linette— que más adelante podríamos tomar el tren aquí en Kiowa y viajar hasta Denver.

Linette le sonrió al ver en qué fangal se acababa de meter él solo, porque los chicos comenzaron a aplaudir y a hacer planes sobre el futuro viaje, como si fuese una realidad a la vuelta de la esquina.

—¿Con los cuatro? —le susurró al oído.

—No era esa la idea —reconoció por lo bajo—. Ya veremos. De momento, aún queda muy lejos.

Tommy empezó a corretear a gatas, pero las niñas protestaron cuando vieron que tenían que salir tras él en su afán exploratorio.

—Ethan, ¿tardaremos mucho en volver a casa? —preguntó Linette.

—En cuanto descanse. El carro no es un tren —bromeó—, nos quedan un par de horas de camino.

—Mientras tanto voy a dar una vuelta con el niño, a ver si consigo distraerlo.

—Voy contigo —se ofreció Joseph.

Linette entretuvo al pequeño con una galleta de soda y, con él en brazos, atravesaron el parque en dirección a la ciudad. Joseph comentaba con admiración la elegancia de las pequeñas mansiones que se alineaban en la calle más cercana. Continuaron calle arriba y Linette apreció una ciudad desconocida. En aquel

momento, fue consciente de que durante su vida en Kiowa se limitó a pisar apenas medio acre de terreno. Pronto llegaron a una zona bastante concurrida, pues los comercios permanecían abiertos a fin de aprovechar la afluencia de visitantes. Joseph curioseaba a través del escaparate de un restaurante cuando una exclamación los sorprendió a ambos.

—¡Marion!

Linette giró la cabeza y se quedó impresionada al ver que la desconocida que salía del restaurante se refería a ella. Hizo ademán de continuar con el paseo, pero la mujer la retuvo del brazo.

—¡Oh, Señor! ¡No puede ser!

—Disculpe —sonrió incómoda—, me confunde con otra persona.

—Es usted quien debe disculparme. Por un momento he creído... Clifford...

La mujer, de cierta edad, se dirigió con la cara demudada hacia su marido que, desde la puerta, contemplaba la escena quieto como una estatua de sal. El hombre reaccionó. La cara de Linette reflejaba que la situación le resultaba muy embarazosa.

—Señorita, le ruego que nos disculpe.

—Señora —aclaró.

El hombre pensó que era una obviedad, a la vista del bebé que portaba al brazo.

—Claro, ¡qué torpeza! Por un momento a mi esposa y a mí nos ha recordado a mi difunta cuñada. El parecido es asombroso y... permita que me presente, soy Clifford Watts y esta es mi esposa Rachel. Hemos venido desde Denver a la inauguración, invitados por la compañía —comentó tratando de evitar que se alejase—. Precisamente, mi hermano trabajó como ingeniero antes de..., en fin, antes de morir. Y, por ese motivo, me invitaron a mí. ¿No le dice nada el apellido Watts?

—Lo cierto es que no —se disculpó sin entender—. No he conocido a nadie con ese apellido.

—Verá, llevamos años buscando a la hija de mi hermano, mi sobrina. Desapareció siendo una niña y... ¡se parece usted tanto a su madre! Al verla, hemos pensado que tal vez pudiera tratarse de usted.

Joseph decidió intervenir, la mujer no quitaba ojo de la mano izquierda de Linette, oculta en ese momento porque con ese brazo sostenía a Tommy. El chico advirtió que ella también había reparado en el escrutinio de la mujer, porque hacía lo posible por no mostrar la palma de la mano.

—¿Vamos, tía Linette? —apremió tomándola del brazo.

—Tendrán que disculparme —balbució—, pero llevamos bastante prisa. Tenemos que regresar a casa y se nos hace tarde.

—Le ruego...

—Estoy segura de que se confunden de persona —concluyó nerviosa.

Linette necesitaba alejarse de aquel matrimonio cuanto antes. Por alguna extraña razón, se le había formado un nudo en el estómago. ¿A qué venía aquel encuentro? Y el descarro con que aquella mujer le miraba la mano. No, otra vez no. Nada iba a

cambiar ahora.

Sonrió a Joseph, que caminaba a su lado sin atreverse a pronunciar palabra. Aquel incidente no había sido más que una tonta confusión.

\* \* \*

El paseo dominical por el City Park se había convertido en una costumbre sagrada. De regreso, John acompañó a Elisabeth a casa.

—¿No quieres pasar? —preguntó abriendo la cancela.

—No sé si debo, en ausencia de tus padres.

—Está la señora Mimm, y no creo que mis padres tarden en regresar de Kiowa Crossing.

John aceptó de buena gana al ver cómo le rogaba con los ojos. También él necesitaba estar junto a Elisabeth cada minuto del día.

Al primer golpe de aldaba, los recibió la señora Mimm.

—¿Tan pronto en casa?

—Estaba cansada de caminar y estos zapatos me molestan —se excusó.

—Anda, sube a cambiarte mientras preparo un poco de té para el señor Collins.

—Preferiría café, si no es molestia.

—Claro que no es una molestia, pase al salón. No tardaré nada.

Elisabeth lo acompañó hasta la puerta del saloncito y se excusó para cambiarse de calzado.

John se acomodó en el sofá y, mientras esperaba, ojeó los retratos familiares.

—Tengo una familia muy pequeña —explicó Elisabeth sentándose a su lado—. Mi madre es hija única, como yo. Y el único hermano de mi padre murió..., ya conoces la historia.

La señora Mimm apareció con una bandeja provista de dos servicios de café, que dejó sobre una mesilla.

—Gracias, señora Mimm.

—Elisabeth, hoy estoy muy ocupada. He aprovechado que no está tu madre para hacer inventario de la despensa, así que si necesitas algo, allí me encontrarás —informó con una mirada cómplice—. Pero me temo que tendrás que entrar a avisarme, porque ya sabes que desde allí no se oye nada.

A John le entraron ganas de estamparle un beso en cada mejilla. Esa mujer era una joya. Y Elisabeth le agradeció con los ojos el detalle, tenía un gran valor dada la escasez de sus momentos de intimidad.

Cuando se encontraron a solas, John retomó la conversación.

—Supongo que algún día te gustaría tener una gran familia.

—Así es —sonrió mientras servía el café.

Bajó la vista porque empezó a ruborizarse, temía que se le notase en la cara que soñaba con esa familia. Y, en ese sueño, siempre aparecía él.

—A mí me pasa lo mismo.

John no dejaba de mirarla, mientras ella se concentraba en no derramar ni una

gota. Le tomó la taza de las manos al ver que le temblaban y la devolvió a la bandeja.

—¿Estás nerviosa? —preguntó acariciándole la sien con la nariz.

Elisabeth negó y lo miró a los ojos. La atrajo hacia él y la besó despacio. Pero cuando ella se abrazó a su cuello, profundizó el beso con la intensidad que ambos deseaban.

La tumbó en el sofá y colocó las manos a ambos lados de su cabeza. Elisabeth le acarició los labios. Los ojos de John chispeaban de deseo. Cuando se inclinó de nuevo sobre ella, sintió todo su peso y se entregó a sus besos. John la atrajo por las caderas, levantó la falda y la acarició por encima de las medias. La mano le temblaba cuando la deslizó bajo el calzón y por fin se apoderó de su muslo. Con la boca recorrió el cuello de Elisabeth y se recreó en su escote. Ella le acarició la espalda por debajo de la chaqueta y arañó su camisa cuando él le moldeó los pechos por encima del vestido.

John creyó que estaba en el Cielo cuando ella lo acercó de nuevo a su boca. Al incorporarse en un intento por controlar la respiración, Elisabeth alzó el rostro buscando sus labios.

—John, no dejes de besarme —jadeó.

—Elisabeth —comentó desde el vestíbulo la señora Mimm en voz muy alta—, parece que tus padres ya llegan. Desde la cocina los he visto abrir la cancela. A ver qué nos cuentan sobre la inauguración.

El comentario pretendidamente desenfadado de la señora Mimm provocó que John se levantara como un resorte. Cogió a Elisabeth de las manos y de un tirón la puso de pie a su lado. Ella se llevó la mano al pecho: el corazón le latía como si acabase de correr diez millas. Miró a John, él se peinaba con las manos y a toda velocidad se enderezaba la corbata y estiraba la chaqueta. Ella, con cara de susto, se alisó el vuelo de la falda con cuatro manotazos y se recolocó los bucles.

Se sentaron como dos autómatas, pero se incorporaron de un salto al oír que se abría la puerta de la calle. Elisabeth carraspeó y se dirigió al vestíbulo para recibir a sus padres con su mejor sonrisa.

—¿Cómo lo habéis pasado? —preguntó besando a uno y a otro.

—Ah, Collins, está usted aquí —lo saludó Clifford tendiéndole la mano.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó besando la mano de Rachel—. Elisabeth ha tenido la amabilidad de invitarme a café.

—Me molestaban los zapatos —explicó apresurada—. Hemos vuelto muy pronto del paseo. Y, en la fiesta, ¿había mucha gente?

—Muchísima —comentó su padre—. Aún estamos medio aturridos, porque hemos visto a una mujer...

—En fin, yo ya me marchaba —interrumpió John—. Mañana debo presentar unos presupuestos... Celebro que se hayan divertido. Elisabeth —le besó la mano a toda prisa y salió por la puerta.

Elisabeth lo miró marchar con ojos anhelantes, no podían despedirse sin una

palabra. Cuando la puerta se cerró, su mirada se cruzó con la de su madre y bajó la vista.

—Durante la cena tenéis que contármelo todo. Ahora tengo que ayudar a la señora Mimm, he prometido que le echaría una mano con el inventario.

Su padre ni reparó en su rubor ni en la prisa que se dio en escabullirse hacia la cocina. Pero Rachel, al entrar en el salón, sonrió al ver intactas las dos tazas de café.

\* \* \*

En cuanto llegaron a tierras de los Gallagher, los muchachos empezaron a impacientarse, ansiosos por contar a sus padres todo lo que habían visto. Subiendo la colina, ya vieron que Matt y Emma los esperaban.

Una vez frenó el carro, los chicos bajaron en tropel y Matt, antes de hacer otra cosa, se dirigió al asiento de Linette.

—Buena chica —dijo en tono agradecido pellizcándole la mejilla.

De inmediato se giró y, abriendo los brazos, se dispuso a recibir a sus dos hijas que corrían dispuestas a colgarse de su cuello. Emma besaba a Joseph a la vez que le revolvía el pelo y tomaba de sus brazos al pequeñín, que se lanzó hacia ella como si no viera a su madre desde hacía un mes.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Ethan que había presenciado en silencio el recibimiento de Matt.

—Les hice un regalo.

—¿Qué tipo de regalo?

—No te gustará saberlo —concluyó Linette dando por zanjado el tema.

Ethan se fijó en Matt. Luego en Emma. Ambos tenían el pelo húmedo. Sospeché la naturaleza lujuriosa del regalo y con un estremecimiento hizo un gesto con ambas manos para que Linette no continuara.

—Joseph, ve a por los caballos —le indicó su padre.

Ethan dirigió el carro al establo. Desenganchó los animales y esperó a un lado a que Joseph sacase los suyos.

Estaba apilando heno en una de las cuadras, cuando el chico entró. Se quedó contemplándolo en silencio con un pie apoyado en el esparcidor de estiércol.

—Tu padre debe de estar esperándote —comentó Ethan a la vez que amontonaba heno en el pesebre.

—Quería comentarte algo —se encogió de hombros—, aunque puede que sea una tontería.

—¿Quieres que hable con tus padres de tu interés por la Medicina?

—No se trata de eso. Es algo que ha pasado hoy, en Kiowa.

—Suéltalo.

El chico le contó con todo detalle el encuentro con aquel matrimonio. Ethan lo escuchaba muy serio, no entendía por qué Linette no le había mencionado nada sobre el incidente.

—He pensado que era mi obligación decírtelo —dijo incómodo—. No creo que

tenga ninguna importancia, pero no imaginas cómo se puso Linette. No quería ni oír hablar del asunto, insistió mucho en que me olvidara de ello.

—No te preocupes. ¿Watts has dicho que se llamaban?

—Sí, Clifford y Rachel Watts.

—Fuera te esperan hace rato —concluyó revolviéndole el pelo—. Y, Joseph..., de esto, ni una palabra a nadie.

—Descuida —aseguró el muchacho saliendo por la puerta.

Durante el resto de la tarde, Ethan estuvo inquieto. No hacía más que pensar en las palabras de Joseph. Si el parecido era tal que incluso pensaron que podía ser sobrina suya, puede que hubiese alguna relación de parentesco. Podía darse esa coincidencia, ya que Linette desconocía su verdadero origen. Y estaba el reloj; tal vez las iniciales... No, de ningún modo podía olvidar el asunto como si nada hubiese sucedido. Linette era muy intuitiva, si el encuentro con aquellas personas la había inquietado era por algún motivo. Tenía que hacer algo al respecto. Una buena ocasión sería aprovechar el viaje a Kiowa para la venta de reses.

Horas después, en la cama, continuaba absorto ideando la manera de averiguar más cosas sobre el matrimonio Watts de Denver.

Linette, abrazada a él, guardaba silencio. Trató de apartar de su mente el encuentro con aquella pareja. Era feliz al lado de Ethan y no iba a permitir que nada interfiriese en su vida.

—¿En qué piensas? —preguntó acariciándole vello del pecho.

—Pensaba que la felicidad consiste en estar tumbado boca arriba, con los brazos bajo la cabeza —aseguró en voz baja—, y tenerte enroscada a mí como una serpiente.

Linette emitió una risa dulce y se aferró aún más a él.

Ethan la besó en la cabeza y cerró los ojos. De todos modos, no había de qué preocuparse. Quizá no fuese más que una simple coincidencia.

Linette se levantó a apagar el farol y volvió a la cama. Ethan la atrajo con fuerza. No había tardado ni medio minuto y ya echaba de menos sentirla pegada a él. Por nada del mundo pensaba renunciar a la felicidad que la vida le había regalado, porque su felicidad era Linette.

Esa noche, a los dos les costó conciliar el sueño.

\* \* \*

—Hemos repasado lo que tienes que decir cientos de veces —advirtió Jason Smith—. ¿Seguro que lo recuerdas todo?

—Palabra por palabra —afirmó Harriet muy seria.

Al cerrar la mano, tuvo que disimular una mueca de dolor. La quemadura era superficial y casi estaba curada. Aun así, no olvidaría nunca el trato que le estaba deparando Jason Smith. Sus caricias no compensaban el daño que era capaz de causarle.

Él le tomó la barbilla y, ante su resistencia, la sujetó con fuerza.

—Ya ni se nota —confirmó observando su pómulo—. Tienes que perdonarme,



preciosa, pero el golpe fue inevitable. Gritabas mucho.

Cuando doblaron la esquina de la calle Quince, aminoraron el paso antes de llegar a la mansión de los Watts.

—Ese hombre está deseando abrazarte. Cuando me presenté en su despacho el otro día, faltó muy poco para que se echase a llorar como una damisela —rio con sorna.

—¿Te habló del dinero?

—Al saber que estabas sola en el mundo, aseguró que no tenías de qué preocuparte porque hace años que custodia un dinero que es tuyo. Debemos seguir la historia de McNabb tal como él me la contó. No olvides que pueden indagar en tu pasado.

—McNabb está muerto y la hermana también.

—Pueden hacer averiguaciones. Si nos ceñimos a la vida de esa Linette, no habrá problemas. Si preguntan, la gente les hablará de la hija adoptiva. Y esa, ahora eres tú.

A las puertas de la casa, Jason empujó la cancela.

—Recuerda todo lo que hemos hablado. Yo desaparezco, pero no olvides que te estaré vigilando, ¿está claro?

—En cuanto me haga con el dinero, volveré a buscarte al hotel —reparó el plan.

—Nos casaremos en cuanto salgamos de aquí —murmuró con deseo.

—Ya podríamos estar casados —argumentó suspicaz.

—Cariño —sonrió acariciándole la garganta con el pulgar—, muéstrate feliz. Tu familia te espera.

Jason Smith respiró hondo antes de golpear la puerta. Si mantenían la calma, todo iría bien.

La familia Watts los recibió con sincera alegría. El señor Watts las había puesto al corriente de la visita del señor Smith, y los tres esperaban impacientes el momento desde hacía una semana.

El más emocionado era sin duda Clifford, que se abrazó a Harriet en cuanto la vio. Rachel y Elisabeth se mostraron encantadas de tenerla con ellos. La señora Mimm, por su parte, se secaba el rabillo del ojo al verlos tan emocionados.

Durante más de una hora, conversaron sobre todas las etapas de su vida. Clifford y Rachel preguntaban preocupados por saber si había llevado una vida dichosa. Y Elisabeth se conmovió al conocer los tumbos que había dado, de una tribu sioux hasta que fue acogida por aquella viuda caritativa. Por fin ya no estaba sola, al menos los tenía a ellos. Harriet incluso derramó unas lágrimas sin soltar la mano de su supuesto prometido, que presenciaba admirado su excelente actuación.

—Es terrible, querida. Permite que te llame Arabella, no me acostumbro a tu nuevo nombre —confesó Rachel tomándole la mano entre las suyas.

—Ese nombre me lo puso mi querida madre adoptiva, ¡fue un ángel conmigo! Ella se encargó de hacerme olvidar las costumbres de aquellos salvajes. Pero es hora de que asuma mi verdadera identidad ahora que por fin sé que soy Arabella Watts.

—Gracias al Cielo que llegó a mis manos aquel anuncio —aseguró muy serio Smith.

Harriet dejó escapar una lágrima con la mirada perdida. Los Watts no se atrevieron a romper el silencio en un momento tan conmovedor.

—Y ¿esas heridas? Precisamente en la mano izquierda —preguntó Clifford preocupado.

—Sufrió un percance muy aparatoso —se apresuró a responder Smith—. Sin duda culpa mía, debí suponer que no montabas a caballo.

La miró con pesar y Harriet le sonrió con ternura.

—Resbalé de la silla y me golpeé en la cara. En la mano no sufrí más que una escoriación que reabrió la cicatriz —explicó—. No es nada grave. En Colorado Springs me atendió un doctor. Pronto podré quitarme el vendaje.

Harriet exhibió la palma de la mano dejando a la vista parte de la quemadura enrojecida que sobresalía del vendaje.

—En la cara apenas se aprecia el golpe, pero quiero que te vean esa mano en el hospital —insistió Clifford solícito.

—En mi equipaje llevo un antiséptico. Eres muy amable por preocuparte, tío Clifford, pero no será necesario. Y ahora —lo miró con un suspiro, a fin de desviar la conversación—, hágame de mis padres.

Clifford le contó con lágrimas en los ojos la violenta muerte de su madre y el tesón con que la buscó su padre durante el resto de su vida. Harriet escuchó la historia entre sollozos abrazada a Rachel. Cuando Elisabeth le mostró el daguerrotipo en el que aparecía con sus padres, cerró los ojos y lo apretó contra su pecho con ambas manos.

—¿Qué harás ahora, querida? Ha sido todo tan repentino —dijo Clifford—. ¿Piensas instalarte definitivamente en Colorado Springs?

—La decisión la tiene mi futuro esposo —confesó bajando la vista.

Jason Smith tuvo que morderse la lengua para no reír a carcajadas ante tal demostración de candor.

—¿Hace mucho que estáis prometidos?

—Tres meses —confesó feliz—. Tras el entierro, tío Rice se instaló conmigo. Yo no podía vivir con un hombre sin estar casada. Por tanto, le cedí la casa a mi tío. Acepté la invitación de unas primas lejanas de mi madre y me mudé con ellas a Colorado Springs.

—En realidad, yo estaba de paso en esa ciudad, camino de San Francisco. Aún no he decidido dónde invertir mi fortuna —intervino Smith, dirigiéndose al señor Watts.

Para tranquilidad de la familia, explicó que era veterano de guerra y que, al morir su madre, había decidido vender la casa familiar y trasladarse desde Maryland a Colorado. Sus argumentos resultaron tan convincentes que incluso el señor Watts se ofreció como consejero, si decidía invertir en minas.

—California es un territorio rico en oro. Aunque no descarto invertir en minas de

plata —aclaró demostrando estar al corriente en asuntos financieros—, y la plata ya se sabe que está en estas montañas.

—Ya hablaremos con más calma —concluyó Clifford Watts.

—Fue una suerte que me acogiesen las primas O'Gradie —comentó Harriet—. De no ser por ellas, no te habría conocido.

—El destino, amor mío —aseguró besándole los nudillos.

Una semana después de su llegada, Harriet Keller ejercía su reinado en casa de los Watts. Aún se sorprendía al comprobar cómo aquel trío de incautos se desvivía en atenciones hacia su recién recobrada «sobrina».

No había vuelto a ver a Jason desde que se esfumó con la excusa de no dejar ningún asunto pendiente en Colorado Springs. Lo imaginó nervioso al ver que los días pasaban, pero no convenía mostrar excesivo interés a fin de no levantar sospechas.

Abrió el armario del dormitorio de invitados y suspiró gozosa. Aquello sí era el vestuario de una dama. «Tía Rachel» se había empeñado en costearle todos aquellos vestidos y sombreros. Vivir en Denver era una delicia. Tal vez pudieran quedarse allí, porque la posibilidad de que se descubriese el engaño resultaba remota, por no decir imposible.

Abrió el cajón del comodín y acarició encantada su nueva ropa interior. Lástima que el señor Collins se mostrara tan frío. Rio con malicia imaginando la cara de la «primita» si al final John entrase por la puerta convertido en sobrino político. No le duraría mucho el disgusto. A fin de cuentas, no era más que una chiquilla y por suerte hombres había en abundancia en la ciudad.

Miró hacia la calle apartando los visillos y se preguntó dónde estaría Jason en ese momento. Seguro que conocía cada uno de sus movimientos. Lo más sensato era obedecer sus instrucciones, pero en lo tocante a la boda, lo pensaría con más calma.

A cuatro calles de allí, Rachel Watts salía de la sombrerería acompañada de Elisabeth.

—Hija, ¿piensas contarme qué te preocupa? —preguntó tomándola del brazo—. Estabas tan distraída que no has prestado atención ni a la mitad de los modelos que nos han enseñado.

—Ayer me disgusté con papá, eso es todo. Cree que estoy celosa de Arabella y no es cierto.

Rachel recordó que Clifford le había comentado algo de pasada.

—Sabes que no vamos a dejar de quererte.

—¡Mamá! —protestó—, ¿tú también vas a empezar con eso? Es solo que no me gusta la actitud de Arabella. Si le pregunto algo, se muestra esquiva; y solo piensa en compras y más compras.

—Tenemos que ser pacientes, seguro que actúa así a causa de la vida que ha

llevado.

—¿Y qué hay de la señora Mimm? Se pasa el día dándole órdenes como si fuera su doncella.

—De eso me he dado cuenta y no me gusta nada. Hablaré con ella.

—Creo que papá se precipitó al meterla en casa.

—Cariño, cuando tu padre recibió la visita del señor Smith hace un par de semanas, le encargó a Tom Coleman que hiciese algunas averiguaciones.

—¿El nuevo empleado de su despacho?

—Sí, ese joven. Y en Kiowa Crossing confirmaron palabra por palabra todo lo que nos contó tu prima. Cierto es que algunas personas le comentaron que la creían casada, pero su partida fue tan repentina que no se atrevieron a asegurarlo.

Rachel decidió callar sus propias dudas. Aquella recién llegada a la que Clifford adoraba, no hacía más que levantar sospechas. Era imposible que una quemadura mostrase ese aspecto después de dieciocho años. En cuanto a su carácter, ya empezaba a estar un poco harta de tanto capricho, por no hablar de su actitud con John Collins.

—Hay algo más —comentó Elisabeth con visible enojo.

—Haremos una cosa. Ya casi hemos llegado a la calle Lawrence. Nos detendremos un rato en el restaurante Cook's a tomar una crema helada de esas que tanto te gustan.

—No me estás escuchando.

Su madre solo quería distraerla porque sospechaba el verdadero motivo de preocupación de Elisabeth.

—Dime, te escucho —dijo apretándole el brazo.

—No me gusta como se comporta con John.

—No estarás celosa...

—¿Es que no se puede hablar con vosotros? —se quejó exasperada—. Cada vez que abro la boca me echáis en cara que todos mis problemas son celos infundados.

—¿Te ha dado algún motivo para que te preocupes?

—¡Claro que me ha dado motivos!

—¿Y él?

—¡Por supuesto que no! John es todo un caballero. Parece mentira que me preguntes eso —dijo al borde de las lágrimas.

—Lo sé, cariño —aseguró con intención de arreglarlo—. No debería ni haberlo sugerido. Anda, no te enfades conmigo y cuéntamelo todo.

—Anteayer, John nos llevó a presenciar el espectáculo de *Mademoiselle* Carolista.

—Ah, ya sé, esa acróbata que anda sobre la cuerda floja. Tu padre me comentó que la exhibición tuvo lugar cerca de su oficina.

—Arabella aprovechaba cualquier excusa para colgarse del brazo de John. Hasta a él se le veía incómodo por su proximidad. Estoy harta de tener que llevarla conmigo

a todas partes.

Su madre la entendió. Para la pareja resultaba un fastidio tener que soportar una compañía impuesta.

—Y en cuanto John entra en casa —continuó—, no hace más que acribillarlo con miraditas y mohines provocativos.

—Lo siento por tu padre, pero no pienso callar más —se dijo a sí misma en voz alta—. Elisabeth, tengo que darte la razón. Yo también he notado el descarado con que se muestra ante el señor Collins y no me gusta nada.

—Me alegro de que reconozcas que no son imaginaciones mías —confesó aliviada.

—No quería decirte nada para no preocuparte. Solo espero que su prometido vuelva pronto a por ella. No me gusta su actitud, ni cómo trata a la señora Mimm, ni cómo derrocha nuestro dinero, ni sus continuas quejas, ni cómo con cuatro arrumacos es capaz de hacer lo que quiere con tu padre. Ya está dicho —concluyó respirando hondo—. Y ahora, vamos a por esa crema helada.

\* \* \*

Ethan, aún medio despierto, se frotó los ojos con la mano derecha porque el brazo izquierdo lo tenía atrapado debajo de Linette. Miró hacia ese lado y la vio dormida, tan serena que infundía paz. Con la cabeza apoyada en su hombro, el cabello se le desparramaba por la espalda y una de sus hermosas piernas descansaba sobre la suya.

La primera luz del día se filtraba entre los encajes, iluminando su cuerpo con arabescos de luces y sombras que resaltaban la belleza de su piel satinada. Ethan recorrió la longitud del brazo de Linette con la mirada. Al comprobar qué parte de su anatomía agarraba con tanta firmeza la mano de ella, entendió a qué se debía esa conocida sensación que empezaba a subirle hasta la boca del estómago. Rio entre dientes ante tan primaria muestra de posesión; la fiera marcaba su territorio.

La visión de su cuerpo desnudo con los pechos presionando su costado y la firme opresión de su mano en lo más íntimo, le excitaron de inmediato. Le apartó la mano, con cuidado de no despertarla, y ella se removió sobre las sábanas elevando los brazos por encima de la cabeza.

Ethan se mordió el labio de satisfacción al ver cómo se erguían sus pechos con ese movimiento. Se inclinó y con la boca recorrió delicadamente su pubis, su estómago, sus senos. Con la lengua jugó a rodear su ombligo y, cuando internó apenas las yemas de los dedos en ella, se excitó aún más al comprobar que estaba preparada para acogerlo. El deseo pudo con él y se colocó entre sus muslos. Apoyado en los antebrazos la miró y ella, aún medio dormida, esbozó una sonrisa mimosa. Resultaba tan seductora que cerró los ojos y respiró hondo.

Entró en ella con cuidado. Linette entreabrió los ojos y los labios al tiempo que se colgaba de su cuello y sus piernas lo rodeaban en una silenciosa aceptación. No hubo palabras, solo miles de besos. Y los jadeos de ambos con cada lenta y profunda embestida acompañaron el balanceo acompasado de las caderas de ella. Juntos se

adueñaron del placer entre gemidos, y sus cuerpos exhaustos quedaron laxos sobre las sábanas.

Pasados unos deliciosos minutos, Ethan se incorporó todavía dentro de ella. Odiaba tener que abandonar tan cálido refugio.

—Buenos días —susurró besándola con dulzura.

—Buenos días —sonrió—. ¿Qué ha pasado...?

—¿Qué parte de lo que acaba de pasar es la que no has entendido? Lo digo porque... ¡Ay!

El pellizco que recibió de Linette en la nalga le recordó que las bromas de buena mañana no siempre son bien recibidas. Ella intentó adoptar una actitud de seriedad con escaso resultado.

—Debemos levantarnos —dijo con un beso rápido, al tiempo que lo apartaba.

Ethan se tumbó boca arriba con los brazos bajo la cabeza para observar cómo se colocaba el camisón y se anudaba la bata mientras hablaba sobre el desayuno y las provisiones para el viaje. Sonrió sorprendido al comprobar que con un gesto tan cotidiano, la dulce y sensual Linette se acababa de convertir en la práctica y activa señora Gallagher.

Mientras se vestía, oyó las voces de Grace y Aaron en la cocina. No había acabado de asearse cuando fueron llegando los cinco peones, preparados para el transporte del ganado hasta Kiowa Crossing.

Tras el desayuno, Linette no dejó ni un momento los preparativos del viaje. Sería y enfrascada en el trabajo, no paraba de moverse por la cocina. Ethan la notó demasiado silenciosa. Se puso frente a ella y con un dedo le alzó la barbilla para que lo mirara a los ojos.

—Me gustaría tanto acompañarte —encogió los hombros—. Cabalgar junto a ti, dormir a tu lado bajo las estrellas, solos los dos en la misma manta.

—Solos los dos —señaló hacia la puerta con media sonrisa—, y todos los peones.

—Tardarás mucho —protestó con ojos tristes.

—Tardaré lo justo. Las largas travesías pasaron a la historia, Linette. Ahora tenemos el ferrocarril en Kiowa. —Impidió que lo interrumpiera con un gesto de la mano—. Sé que te parecen muchos días, pero las reses no pueden avanzar más de diez millas diarias.

—No veo por qué.

—Porque pierden peso —explicó con paciencia apoyando la frente en la suya—. No pienso hacerles recorrer más de seis millas al día. Cuanto más robustas las vanda, más me pagarán por ellas, ¿lo entiendes?

—Eso supone menos de cuatro días —añadió muy seria—. Sí, lo sé. Tienes asuntos que resolver en Denver y ahora soy la esposa de un ranchero.

—No. Ahora eres una ranchera —la corrigió con una mirada cariñosa—. Tienes que cuidar de todo, incluso me temo que tendrás que salir con Aaron a vigilar el ganado que queda. Lo dejo todo en tus manos.

Linette se abrazó a él con fuerza. Con semblante animoso lo miró a los ojos, dispuesta a asumir su responsabilidad. Ethan sonrió, al verla tan en su papel de ganadera y le dio un beso largo y apasionado. ¡Dios, cómo iba a echarla de menos!

—Vamos, vamos —interrumpió Aaron con una carcajada—. Que no se va a la guerra.

Linette escondió la cara en el pecho de Ethan, él la estrechó entre sus brazos y miró a Aaron alzando los hombros con impotencia. Este bufó y les dio la espalda. «Recién casados», pensó encogiéndose de hombros.

Pronto la cocina se convirtió en un revuelo de gente que entraba y salía; de alforjas cargadas, de voces y protestas de Grace ante las chanzas de los peones, y de carcajadas y chillidos de estos al esquivar sus manotazos. Cuando al fin todo estuvo a punto, Aaron, Grace y Linette salieron al patio a despedir a los vaqueros.

Linette, a los pies del appaloosa, se resistía a soltar la mano de Ethan.

—Súbeme —rogó alzando los brazos.

—No, cariño —musitó inclinándose hacia ella—. Si te subo, no te voy a dejar bajar.

—Pues baja tú —exigió de brazos cruzados—. Tengo que contarte algo importante antes de que te vayas.

Ethan suspiró con impotencia y accedió a sus deseos bajando de un salto.

—¿Qué es eso tan importante? —preguntó rodeándola por la cintura.

—Anoche soñé que teníamos una niña.

—¿Una niña? —preguntó con extrañeza—. No había pensado en esa posibilidad.

—Pues es una posibilidad muy real —replicó—. ¿O crees que vas a poder elegir?

Ethan alzó las cejas y Linette negó con la cabeza.

—De momento no, todavía no puedo saberlo. —Él chasqueó la lengua y Linette rio por lo bajo—. Soñé que teníamos una niñita de siete años que leía sentada a la sombra de un roble. La vi con sus bucles castaños, tenía los mismos ojos que tú y usaba unos pequeños lentes.

—Linette, no lo estropees —protestó frunciendo el ceño.

—No lo entiendes. La vi levantar la vista ante un desconocido y con la barbilla muy alta le explicó que solo necesitaba los lentes para leer. —Sonrió soñadora—. Si la hubieses visto, tan pequeña y tan arrogante. Era igualita a ti.

—De todos modos, no es más que un sueño —arguyó.

La idea de ver a su niña con lentes no le seducía en absoluto. Linette se colgó de su cuello y a Ethan se le erizó el vello al oírla reír muy bajo.

—Sé que te morirías en cuanto esa niña te echase los brazos al cuello —susurró besándole el lóbulo de la oreja—. Ethan, nuestra hijita llevaba un pequeño cuchillo en la bota.

Ethan se estremeció al pensar en aquella niña valiente y decidida, mitad él y mitad Linette. La apretó con fuerza y le dio un beso rápido. Montó de nuevo y la acarició con la mirada desde lo alto del caballo.

Miró hacia su derecha, los peones ya se mostraban impacientes.

—Aaron —ordenó con tono bajo y autoritario—, cuida de ella.

Giró grupa y los peones al verlo iniciaron el trote camino de los pastos del Oeste. En el último momento, Ethan se giró hacia Linette.

—Una pequeña Gallagher, ¿eh? —preguntó con ojos entornados—. Me gusta la idea.

Ambos sonrieron y Linette le lanzó un beso en el aire antes de que emprendiera el trote. Ella lo contempló mientras se alejaba. Casi se sobresaltó cuando Aaron le pasó un brazo por los hombros.

—Los días pasan rápido, hija.

—Es la primera vez —argumentó—. Supongo que acabaré acostumbrándome.

—Eso seguro —añadió Grace acercándose a ellos—. Y llegará el día en que te alegres de perderlo de vista por unos días.

—Alégrate, mujer, porque vas a perderme de vista durante un buen rato —le espetó él con insolencia a la vez que le daba una palmada en el trasero—. Vamos, Linette, te contaré cómo celebrábamos cada San Patricio mientras vivió el viejo patrón. ¡Esas sí que eran fiestas!

Con ella del brazo, caminó hacia la casa sin hacer ningún caso de las protestas de Grace.



Cinco días después de su partida, Ethan se encontraba cómodamente sentado en el salón de los Watts. No le costó dar con la familia, eran bien conocidos en los ambientes acomodados de la ciudad. Miró a su alrededor y se sintió como un extraño. Sus ropas polvorientas tras días de viaje desentonaban en aquel entorno.

—Me temo, señor Watts, que la mujer que dice ser su sobrina no es más que una impostora —aseguró Ethan tomando un sorbo de café.

—Es absurdo, no pensará usted que no me he tomado la molestia de realizar averiguaciones —cabeceó Clifford Watts.

Ethan lo estudió en silencio. Dejó la taza sobre la mesilla y se acercó hasta la chimenea.

—Estoy absolutamente seguro —afirmó tomando un daguerrotipo—. No sé quién es esta mujer, pero estaría dispuesto a jurar que es mi esposa.

Clifford Watts se removió en el sillón. La situación resultaba delirante: años y años buscando a su sobrina y en menos de dos semanas se encontraba con dos mujeres que afirmaban ser Arabella.

—Lamento desilusionarle —respiró intranquilo—, pero no albergó ninguna duda respecto a mi sobrina Arabella.

Tuvo que sacar un pañuelo del bolsillo para secarse la frente al recordar que esa misma mañana la había acompañado a las oficinas del Banco Nacional de Denver. Consideró que era su obligación poner a nombre de Arabella el dinero en metálico que le legó su difunto padre y ahora se arrepentía de haber actuado con tanta premura. Tal vez fuese más prudente posponer la visita al notario para la entrega de las escrituras sobre sus posesiones en Boston.

—Creo que comete un error —zanjó Ethan—, pero si mis argumentos no le convencen, no tengo nada más que decir.

—Admito que las coincidencias son extraordinarias. Esa misma historia me la ha contado Arabella con todo detalle. Y coincide con lo que averigüé en Kiowa Crossing; pero no demuestra de ningún modo que su esposa sea mi sobrina.

—Fue usted quién la llamó Marion en Kiowa, no lo olvide —dijo dándole la espalda.

El señor Watts creyó estar viviendo una pesadilla. No podía haber cometido el error de abrir sus brazos a una impostora, no ahora que acababa de hacerle entrega de parte de la herencia. De ser así no sabía cómo iba a explicárselo a Rachel y Elisabeth. Además, si llegara a saberse, se convertiría en el hazmerreír de todo Denver.

Cuando se estrechaban la mano, se oyó el aldabón de la entrada.

—Debe de ser mi sobrina, ha salido de compras. Ahora tendrá la oportunidad de conocerla —explicó.

Ethan abrió la puerta de la sala y se sorprendió al encontrarse con un hombre tan alto como él.

—Ah, John —exclamó Clifford Watts a su espalda—. Permita que les presente. John, el señor Gallagher venía convencido de que su esposa podía ser nuestra Arabella, pero lamentablemente estaba en un error. John Collins, un amigo de la familia —aclaró dirigiéndose a Ethan.

Se estrecharon la mano, a Ethan le sorprendió la mirada de aquel hombre, que lo estudiaba con mucho interés. Le calculó unos veinticinco años y la fuerza de su mano no era la de un caballero ocioso.

—Señor Gallagher, olvida su sombrero —advirtió Clifford Watts.

Acompañó a Watts al salón y vio correr a una joven hacia la casa a través del ventanal. Ethan se irguió de golpe.

—¿Señor Gallagher? —inquirió Watts al verlo absorto.

Y entonces se escuchó una risa coqueta en el recibidor. Ethan apretó el sombrero hasta doblar el ala. Aquella voz..., aquella risita falsa era inconfundible. Olvidando todas las normas de cortesía, él mismo abrió de par en par la puerta de la sala.

No podía ser otra. Harriet Keller, de espaldas a él, desplegaba todos sus encantos ante un cariacontecido John Collins.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó con tono amenazador.

John se quedó impresionado por la transformación que sufrió el rostro de Harriet, pero ella mantuvo la compostura y se giró muy despacio.

—La pregunta es ¿qué hace usted aquí, señor Gallagher? Recuerdo haberle dejado muy claro que no aceptaba su propuesta matrimonial.

—Déjate de tonterías. Ahora vas a explicar a estos caballeros quién eres en realidad.

—Arabella Watts, ya se lo habrán dicho. Por fin he encontrado a mi familia.

—¿Tu familia? Da gracias que no vaya hasta San Luis y traiga aquí a tu madre para que vea en qué te has convertido. —Harriet trató de replicar pero él se lo impidió—. ¿No lo sabías? Ha abandonado Indian Creek a causa del escándalo. Señor Watts —se dirigió al aturdido—, esta mujer es Harriet Keller, nacida en Indian Creek, hija de Amanda y Klaus Keller. Por cierto, tiene veintiocho años, no los veintitrés que tiene su sobrina, es decir mi esposa. Porque es esa la edad que debe tener si desapareció con cinco años en 1866. ¿O me equivoco?

John Collins presenciaba la discusión sin perder detalle. A Harriet empezó a temblarle la barbilla y roja de ira se dirigió exaltada hacia su supuesto tío.

—No creas una palabra. Este hombre actúa por despecho por que me negué a casarme con él cuando vino a Kiowa. Y no conozco a esos Keller.

—Ahora renuncias a tu sangre alemana. —Cabeceó chasqueando la lengua—. ¿Y esa mano? ¿Has sido capaz de herirte a propósito? —Ella escondió la mano instintivamente—. Imagino que la habrá examinado algún medico. Señor Watts, cualquier doctor podrá atestiguar la antigüedad de esa herida.

—Caballeros, tal vez si hablaran con más calma, podría aclarar se este malentendido —intervino John Collins.

Harriet decidió acabar con la conversación y se lanzó sobre su tío deshecha en llanto.

—No lo permitas, tío Clifford. No permitas que me insulte —suplicó entre hipidos—. En cuanto venga Jason a por mí, juro que le dará su merecido.

—¿Jason Smith? —Ethan miró hacia el techo y apretó los labios—. Entonces eran ciertos todos los rumores. No me extraña que tu madre haya huido muerta de vergüenza.

—¡Basta ya, señor Gallagher! —ordenó Watts—. Le abro las puertas de mi casa y tiene la desfachatez de insultar a mi sobrina. No le conozco de nada, ¿quién dice que no viene usted en busca de dinero? Durante estos años he tenido que aguantar a un centenar de bribones que solo querían enriquecerse a costa mía.

Los sorprendió a los tres la vehemencia con que abrió la puerta, mientras Harriet continuaba el berrinche aferrada a los hombros de su tío.

Ethan se giró desde el último escalón.

—Mi esposa fue rescatada por un regimiento que la llevó a Fort Laramie. Si es necesario, iré hasta allí y, no lo dude, volveré —aseguró—. Algún día le enseñaré también el reloj de plata de su hermano.

—¡Usted me lo quito! —gritó Harriet sin mirarlo.

—Una mentira más —dijo torciendo el gesto—. Señor Watts, pregúntele a su sobrina qué iniciales hay grabadas en ese reloj.

Harriet se giró con una mirada de odio.

—«E. W.», maldito embustero —escupió las palabras—. Edward Watts. ¿Qué pretende?

Ethan no había apartado la mirada de Clifford Watts, que en ese momento palideció como un moribundo. Giró en redondo y cruzó el jardín satisfecho. Harriet acababa de cometer su primer error.

John Collins aprovechó para quitarse de en medio.

—Señor Watts, tendrá que disculparme. Elisabeth ya habrá salido del hospital. Iré a ver si la alcanzo de camino.

El hombre asintió todavía impresionado, sin dejar de palmear la espalda de la desconsolada Harriet.

—John, le ruego que no...

—Cuenta con mi discreción.

Casi a la carrera salió de la casa, su intuición le decía que aquel hombre era sincero. Lo alcanzó a unas cincuenta yardas.

—¡Señor Gallagher! —Ethan volvió la cabeza con el pie en el estribo—. Suerte que no se ha marchado usted —respiró aliviado.

—Tengo prisa, Collins.

—Es necesario que hablemos. —Le tomó del brazo—. Gallagher, no me pregunte por qué, pero le creo. Y sé cómo ayudarle. Desde aquí a Fort Laramie hay más de doscientas millas, tardaría usted una eternidad en ir y volver. Hace un par de años

construí una casa para un veterano de ese puesto: el teniente Fetterman, vive a siete millas hacia el fuerte, en Welby.

—Puede que ese hombre haya oído hablar de mi esposa, o incluso recuerde su paso por el Fuerte.

—No pierde nada intentándolo.

—¿Por qué hace esto, Collins?

—Tengo motivos para desconfiar de esa mujer.

Se entendieron con una mirada y entre los dos se estableció una repentina camaradería.

—¿Puedo preguntarle qué relación le une a los Watts?

—Elisabeth y yo nos vamos a casar. —Se rascó la nuca—. En realidad, ella aún no lo sabe...

Ethan sonrió a pesar de todo. Cada vez sentía más simpatía por aquel Collins.

—No me cabe duda de que lo conseguirá —dijo mientras montaba—. Tengo que dejarle. Teniente Fetterman, en Welby —recordó.

—Siguiendo la calle Franklin hasta el final verá el camino hacia el fuerte, no tiene pérdida.

—Gracias, Collins —se despidió.

—Suerte.

Elisabeth llevaba ya una tormentosa semana sin noticias de John Collins. A primera hora de la tarde, salió por la puerta lateral del St. Joseph y, no había hecho más que acomodarse en su coche de paseo, cuando lo vio aproximarse a grandes zancadas. Azuzó al caballo y con gesto altivo emprendió un rápido trote para desaparecer cuanto antes de allí, pero John la alcanzó en una carrera y engancho las riendas con una mano.

—¡Para y baja de ahí! Tenemos que hablar —ordenó.

Elisabeth forcejeó con él para hacerse con el mando, pero sus esfuerzos fueron infructuosos.

—¿Por qué habría de hacerlo? —protestó sin mirarlo, muy furiosa.

—Porque apenas me caben las piernas en ese carrito de juguete que conduces —replicó enfadado ante su obstinación—. ¿No bajas? Como prefieras.

Al ver que ella no pensaba ceder, detuvo aquel pequeño Buggie de los que llamaban «de doctor», y se sentó comprimiendo a Elisabeth contra el lateral. El vehículo estaba pensado para dos pasajeros a lo sumo, siempre que uno de ellos no tuviese la envergadura de John Collins.

—Usted y yo no tenemos nada de que hablar, señor Collins —afirmó alzando la barbilla.

—¿Ahora ya no soy John? ¿Vuelvo a ser el señor Collins? —preguntó irónico—. Me da igual, vas a escucharme te guste o no.

—No pienso hablar con usted. Su comportamiento me ha demostrado qué clase de hombre es.

John, con aparente calma, dirigió el coche hacia las afueras de Denver: necesitaba un lugar en el que pudieran hablar tranquilos, sin la presencia de curiosos. Cuando Elisabeth comprobó que se dirigían hacia el norte por la calle Franklin e iban dejando atrás la zona más poblada, se impacientó al verse sometida a su voluntad.

—Quizá pretende usted llevarme a un sitio aislado para abusar de mí. La culpa fue mía por permitirle excederse de aquella manera y ahora me cree una mujer carente de moral —atacó con ira.

—¡Deja de decir tonterías! ¿Qué clase de hombre crees que soy? Me he propuesto respetarte hasta que nos casemos.

Aquella afirmación encolerizó a Elisabeth de tal modo que empezó a golpearlo con furia y a propinarle empujones a la vez que intentaba arrebatarse las riendas.

—Maldito presuntuoso, ¡fuera de mi coche ahora mismo! —mascullaba con los dientes apretados.

John paró en una zona apartada, estupefacto ante la nueva faceta que acababa de descubrir en Elisabeth.

—Así que sabes maldecir —comentó divertido.

—Diga lo que tenga que decir y rápido —exigió ella con los brazos cruzados y mirando hacia otro lado.

Él le tomó la barbilla y le volvió la cabeza con suavidad. Al principio, Elisabeth se resistió pero no pudo evitar sucumbir al tacto de su mano. Lo miró con los ojos llenos de ira, aunque su corazón latía por él.

—Cariño, si cuando te muestras angelical me vuelves loco, tengo que reconocer que furiosa aún me gustas más. Elisabeth... —susurró.

La besó apenas rozándola, pero ella lo separó con cuidado. No pensaba caer rendida en sus brazos sin una explicación.

—John, te lo ruego. No juegues con mis sentimientos —suplicó más calmada—. Desde que nos conocemos, pasas a verme casi a diario, salvo cuando estás de viaje. Incluso hay días que más de una vez. Y ahora, ¿qué he hecho para no saber nada de ti de pronto?

—Vengo de tu casa.

—¿Después de una semana sin aparecer? Si pretendes que te crea...

—Si me dejas que te explique.

—Eres distinto desde aquella tarde en casa. Se que no me comporté como corresponde a una dama...

—No, cariño. Nada de eso. Tú eres una mujer de verdad —aseguró mirándola con adoración—. Te entregas a mí de una manera tan apasionada que me haces perder el control.

—Por eso desapareciste con tanta prisa en cuanto viste a mis padres, sin una palabra cariñosa hacia mí —le reprochó dolida—. Desde entonces, no has vuelto

siquiera a tomarme la mano.

—Qué pronto olvidas —adujo enojado.

—No he olvidado ni una sola de tus caricias —murmuró entrelazando sus dedos con los de él—, pero cada vez que me besas a escondidas, con miedo a que nos descubran, ¿cómo crees que me siento?

—¿Y qué quieres que haga si siempre que nos vemos estamos rodeados de gente?

—Pensé que te avergonzabas de mi conducta y que por eso te acercabas a mí de manera furtiva.

—No sé cómo has llegado a pensar eso. Aquella tarde tuve que salir de tu casa... no lo entenderías. Mi estado era muy evidente. —No sabía cómo explicárselo—. En fin, tus padres habrían sospechado. Yo solo pretendía defender tu reputación ante ellos, y la mía, claro está. Tú no sabes a qué me refiero.

—Se de qué hablas. Cuando empezaron a venir pretendientes a mi casa —bajó la vista—, mi madre me explicó todo lo que tengo que saber con respecto a los hombres.

Cuando se atrevió a volver a mirarlo, comprobó que él la estudiaba con el ceño fruncido.

—¿Has tenido muchos pretendientes? —preguntó celoso.

—Por supuesto —aseguró.

John sonrió ante su actitud presumida. Su vida iba a ser muy divertida junto a aquella fierecilla morena.

—Elisabeth, desde aquella tarde no duermo ni como —confesó en tono íntimo jugando con un rizo junto a su oreja—. Al ver que respondías a mis caricias con tanta pasión, supe que no podré vivir sin ti.

—¿Y por qué hace una semana que no sé nada de ti?

—La última semana sin verte ha sido un infierno y no he podido aguantarlo. Por eso he pasado por tu casa hace un rato. Pero mientras viva allí tu prima, me verás muy poco. Siento que tengas que oír esto —confesó con semblante serio—, pero se me insinúa de un modo tan provocativo que temo causar una idea equivocada en tu familia. La creo muy capaz de urdir alguna mentira para buscarme problemas. Y comprende que no puedo citarme contigo a espaldas de tus padres. De llegar a oídos suyos no me permitirán volver a verte jamás.

—Temí que pensaras que yo era una libertina como ella.

Al ver confirmadas sus sospechas, Elisabeth detestó mucho más a aquella prima recién encontrada.

—¿Qué nos está pasando? Hace unos años esta ciudad no era más que un poblacho de mineros y ahora nos empeñamos en comportarnos con unos modales tan refinados como si esto fuera Filadelfia. No critico a tus padres —se excusó—, entiendo que hayan querido educarte como a una dama, pero es absurdo tener que guardar las apariencias de un modo tan ridículo. No puedo soportar tomarte a escondidas como si mostrarte mi amor fuese algo sucio. Estoy cansado de paseos

castos en los que no puedo ni darte la mano, estoy harto de sesiones de ópera...

—Creí que te gustaba —comentó sorprendida.

—¡La odio! —masculló con gesto vehemente—. Solo asistía para poder disfrutar de tu compañía. Elisabeth, te quiero desde el día en que te vi por primera vez en el hospital.

—John... —susurró acariciándole la mejilla.

—Pero, desde que te tuve entre mis brazos, solo sueño con despertar cada mañana con tu cuerpo desnudo sobre el mío —confesó sin dejar de mirarla—. Quiero sentir tus bucles oscuros esparcidos sobre mi pecho, quiero llevarte de la mano junto a mí hasta el día que muera, quiero que tengas a mis hijos, o muchas hijas que se parezcan a ti. Elisabeth, dime que te casarás conmigo.

—John, ¡te quiero! —exclamó sonriéndole feliz—. Solo con mirarme a los ojos, haces que me estremezca. Lo único que deseo es estar a tu lado y poder decirte cuánto te amo todos los días de mi vida.

John se acercó de nuevo a su boca y la besó con ternura. Elisabeth notó que el pulso se le aceleraba y cerró los ojos gozando de aquel placer que tan bien recordaba. Él la atrajo hacia sí y la estrechó entre sus brazos profundizando el beso. La sentó en su regazo y ella le acarició la nuca a la vez que respondía a su pasión con idéntica entrega.

Elisabeth no supo cuánto duró aquel momento mágico. Cuando al fin John se separó de su boca, lo contempló extasiada: tenía los labios húmedos y jadeaba levemente sin dejar de mirarla a los ojos. En ese momento, supo que jamás podría pertenecer a otro hombre que no fuera él. Recostó la cabeza en su hombro y se abrazó a su torso. Durante unos minutos, permanecieron en silencio disfrutando el uno del calor del otro.

—Te quiero así de atrevida —dijo acariciándole el pelo—. Pocas mujeres habrían desnudado sus sentimientos ante un hombre como lo acabas de hacer tú.

—La valentía está empezando a abandonarme —aseguró—, no sé que haría si nos vieses ahora.

Elisabeth agradeció que aquel coche que le había regalado su padre fuera cubierto. Se moría de miedo de pensar que alguien pudiera sorprenderlos en semejante actitud.

—Ahora estamos prometidos, aunque aún tengo que hablar con tu padre —recapacitó—. Espero que apruebe la boda.

—Seguro que sí, pero prefiero decírselo yo primero.

—Está bien que vayas preparando el terreno —comentó pensativo—. He dicho que te respetaré hasta que estemos casados. Pero, si se le ocurre oponerse, estoy dispuesto a raptarte.

Elisabeth se incorporó y le rodeó el cuello con los brazos con una sonrisa de sorpresa ante la idea del rapto. Cada vez le gustaba más el carácter osado de su futuro esposo, mucho más seductor que cuando se comportaba con ella con tanta

caballerosidad.

—Algún día les contaré a nuestros nietos que su abuelo me pidió matrimonio hablando de cuerpos desnudos —comentó con una risita.

—No ha sido muy delicado por mi parte, pero es lo que siento.

—¡No quiero un hombre delicado! Conmigo quiero que seas siempre tan impetuoso como esta tarde. Y tienes que saber una cosa —añadió con picardía—. Respecto a mis bucles..., he de confesarte que no son naturales.

—¿Ah, no? —La miró divertido.

—Me los hago con unas tenacillas, mi pelo es de un ondulado ingobernable.

—Así quiero que seas conmigo —precisó besándola en el cuello—, a ratos dulce y a ratos indomable. No sabes lo seductora que estabas cuando intentabas echarme del coche.

—¿Puedo preguntarte algo? —añadió con una sonrisa traviesa—. Desde que te conocí, hay una duda que me quita el sueño. ¿Tienes el pecho cubierto de vello?

—Sí, ¿te molesta?

—¡Oh, no! ¿Y es igual de rubio que este? —Entornó los ojos mesándole el cabello.

—Eso no lo sabrás hasta que te cases conmigo —respondió sensual.

—No pienso esperar hasta entonces para averiguarlo.

Y, sin darle tiempo a reaccionar, comenzó a desatarle la corbata de lazo y a desabotonarle la camisa. Él la dejó hacer, incrédulo ante semejante despliegue de osadía. Elisabeth le abrió un poco la camisa con ambas manos y pudo comprobar que, aunque de un tono más oscuro, John era tan rubio por dentro como por fuera.

—Mmm... —gimió golosa.

Acercó la mejilla y se deleitó con su caricia. Cuando alzó la cabeza, el corazón le latió con fuerza al ver el deseo reflejado en los ojos azules de él. Prolongó ese instante de intimidad con un par de besos suaves en su pecho.

John la estrechó entre sus brazos y la besó con pasión. Se solazó explorándola y Elisabeth aceptó la invitación deseosa de poseerlo. Él se dejó hacer mientras le acariciaba los pechos, ahogando un gemido al comprobar cómo se endurecían bajo la tela.

—Para, para, para... —suplicó John obligándose a no proseguir—. Y a tu madre métele prisa con los preparativos de la boda, porque como tenga que esperar mucho más, una noche treparé hasta tu dormitorio y te haré mía tan rápido que no te dará tiempo ni a pestañear.

Elisabeth le dio un beso fugaz en los labios, encantada de despertar en él sentimientos tan lujuriosos, y volvió a su sitio con las mejillas sonrosadas y la respiración agitada pero más feliz que nunca.

—¿Me llevas a casa? —preguntó devorándolo con los ojos mientras se recomponía el vestido.

—Si quieres que continúe siendo un caballero, vas a tener que dejar de mirarme



de esa manera —advirtió anudándose la corbata.

Ella se colgó de su brazo y apoyó la cabeza en él sonriendo. Se sentía dichosa de poder compartir su amor con tan íntima complicidad. De pronto, recordó el motivo del malentendido que los había llevado a aquella situación.

—Estuve hablando con mi madre, ¿sabes? —le explicó—. Por mi prima: no me gusta nada. Y mi madre también está disgustada con su forma de proceder.

—No me extraña —comentó azuzando las riendas.

—Ayer hablé con papá para que le entregue cuanto antes su herencia. Espero que entonces se instale por su cuenta, porque no soporto verla en mi casa.

John evitó comentar la visita de aquel Gallagher, aunque en secreto aspiraba a que aquel hombre consiguiera regresar con pruebas que demostrasen sus palabras.

—Ese problema se acabará pronto —señaló convencido—. En cuanto disponga de dinero, esa mujer no creo que se quede bajo el control de tu padre. Y además, nos vamos a casar y vendrás a vivir conmigo.

—John —susurró apretándose contra él—, quiero que sea cuanto antes.

—Me robas el corazón cada vez que te oigo decir mi nombre —confesó rodeándola con un brazo.

—¿Y si digo «te quiero»?

—Me robas entero —murmuró besándola con dulzura.

Respiró con una paz que no había sentido en su vida y la soltó a fin de mantener la compostura.

Acelerando el paso, el Buggie de Elisabeth se perdió entre la multitud de carros y caballerías que abarrotaban la calle Franklin.

—Así es, hijo. Ahora, tendrá que armarse de paciencia —comentó el teniente Fetterman alzando una mano temblorosa.

Ethan asintió para indicarle que no tenía prisa. La enfermedad se había cebado con un hombre aún joven. Era el abatimiento lo que le confería el aspecto de un anciano. Verse impedido para empuñar un arma debió de suponerle un golpe brutal. Un fin absurdo para una carrera heroica.

Al menos la suerte se había puesto de su parte tras el desagradable encuentro en casa de los Watts. Separado de los peones tras la venta del ganado, no podía demorarse más de una semana, y viajar hasta Fort Laramie le hubiese llevado al menos veinte días. Por fortuna, apareció John Collins con aquella información tan valiosa.

El teniente Fetterman rubricó el escrito. Ethan se abstuvo de intervenir mientras lo doblaba y ensobraba con visible dificultad. Brindarle ayuda habría supuesto una afrenta a su pundonor.

—Nunca le estaré lo bastante agradecido, teniente —afirmó tomando el sobre que le tendía—. Su declaración tiene un enorme valor.

—En ese papel constato todo lo que vi. Ya le he dicho que no participé directamente en el rescate de aquella niña, pero recuerdo muy bien su llegada a la guarnición. Aunque se la llevaron pronto a Colorado. Fue una suerte que aquella viuda se interesara por ella.

—Sin duda —afirmó sin ánimo de entrar en polémicas.

Ethan estrechó su mano. Desde su sillón, el teniente contempló con añoranza el aspecto vigoroso de aquel hombre.

—Señor Gallagher, muchas veces he pensado en ella —confesó con la mirada perdida—. No hay mayor honor para un soldado que morir en el campo de batalla y no postrado en un sillón como una marioneta inútil.

Sus palabras trajeron a la memoria de Ethan la muerte absurda de su hermano Sean. La vida, en ocasiones, se empeñaba en convertirse en una broma pesada.

—Le queda la vida, teniente.

—¿Qué clase de vida? —Se compadeció—. Hoy más que nunca comprendo el coraje de aquella muchacha. Señor Gallagher, sus ojos reflejaban la valentía y el odio de un joven guerrero dispuesto a morir luchando.

El teniente Fetterman no podía haber descrito mejor a Linette, pensó de vuelta a Denver. La mujer que junto a él mostraba de nuevo su valentía tantos años oculta.

A las afueras, paró en unos establos a refrescar el caballo. Y tras sacar una camisa limpia de la alforja, preguntó por una barbería cercana para tomar un baño.

Su apariencia era mucho más presentable cuando por segunda vez en el mismo día golpeó la aldaba de los Watts. Pero el hombre que lo esperaba en el salón parecía haber envejecido diez años en una hora y media.

—Señor Gallagher, no le esperaba tan pronto —confesó tendiéndole la mano.

—No crea que he venido tan rápido por su dinero —anunció con acidez—. Traigo un documento que demuestra que mi esposa es la persona que busca.

—Tome asiento, por favor.

Ethan negó con la cabeza y le tendió el sobre. No le quitó la vista de encima mientras el hombre descifraba la dificultosa escritura.

—Una quemadura que cubre por completo la palma de la mano hasta la mitad de los dedos. Léalo, lo especifica bien claro —insistió.

Clifford Watts cerró los ojos dejando caer el brazo. Ethan esperó a verlo repuesto y cuando el hombre abrió los ojos de nuevo, le tendió la mano reclamando la carta.

—«E. T. W», esa es la inscripción del reloj —concluyó guardando el documento en un bolsillo.

—Edward Taylor Watts...

—Puede estar tranquilo, señor Watts —anunció—. Soy dueño de un rancho en el que cabría con holgura la ciudad de Denver y aún me sobrarían acres; infórmese, si lo desea. No me interesa su dinero, es más, puede encender esa chimenea con él.

—No sé cómo decirle esto... —confesó poniéndose en pie—. Señor Gallagher, creo que le debo una disculpa, trate de entender...

—El único que pierde es usted, porque morirá sin poder abrazar a su sobrina. Consuélese pensando que sus padres estarían orgullosos de ella porque es una gran mujer. No le molesto más.

—Señor Gallagher —rogó—, sé que le insulté de una manera imperdonable, pero quiero que sepa que no he necesitado leer esta carta para convencerme de que he cometido un grave error.

Ethan hizo una última concesión, empezaba a sentir lástima por aquel hombre, víctima de su propia decisión.

—No soy tan estúpido como imagina —sonrió con tristeza—, aunque mi comportamiento demuestre lo contrario. Mi sobrina... esa mujer... ¡ya ni sé cómo llamarla! Había algo que no encajaba en su relato, y decidí salir de dudas. En cuanto usted salió de aquí, hice venir a un empleado de las minas, un mestizo, buen muchacho —atajó con la mano— y muy trabajador. Su madre es una india sioux...

—No dispongo de tiempo —se impacientó cogiendo el sombrero.

Clifford Watts lo miró de frente con aspecto derrotado.

—La mujer a la que he abierto mi casa y brindado mi cariño no sabe ni una palabra en lengua lakota —confesó.

La puerta del salón se abrió y ambos giraron la cabeza hacia la recién llegada.

—Oh, lo siento, papá. —Hizo ademán de marcharse—. No sabía que tenías visita.

—Pasa, cariño —indicó con la mano—. Señor Gallagher, mi hija Elisabeth.

—Es un placer, señorita —dijo estrechándole la mano—. John Collins me habló de usted.

—¿Es amigo de John? —preguntó sonriente.

—Nos conocemos poco, pero sí, lo considero un amigo. Señor Watts, el parentesco con mi esposa es innegable. —Sonrió por primera vez—. Los mismos hoyuelos.

Elisabeth lo miraba sorprendida, pero recordó de pronto el motivo de su llegada.

—Papá, no encuentro a Arabella. Cuando John ha vuelto al trabajo, ella ha insistido en que la acompañara a ver unos sombreros y, a la altura de la calle Lawrence, se encontraba tan fatigada que ha decidido regresar a casa por su cuenta. Estoy preocupada por si se ha perdido, tendría que estar aquí hace más de media hora. ¡No he debido dejarla sola!

Los dos hombres intercambiaron una mirada y el señor Watts bajó la vista.

—Me temo, señor Watts —suspiró Ethan—, que será mejor que la espere sentado.

\* \* \*

Linette llevaba ya una semana sola en el rancho y parecía que el tiempo trascurría más lento sin Ethan en casa. Grace se había marchado hacía rato y los peones no tardarían en regresar a sus casas. Así que, para distraerse, decidió hacer una tarta para cuando Ethan estuviese de vuelta.

Ya no hacía falta consultar la libreta de recetas, se la sabía de memoria. Preparó la masa y la volteó varias veces. «Cuanto más se amasa, mejor sale», recordó. Una vez

estirada, la dispuso en el molde engrasado y recortó los bordes.

Mientras pelaba una manzana, miró a su alrededor y se sintió orgullosa. La alegría que desprendía aquella cocina se debía a su esfuerzo.

—¿Esta es manera de recibir a un hombre que lleva una semana fuera de su casa?  
—La voz le hizo saltar de la silla.

Distraída, no había oído el trote del caballo. Se volvió. Apoyado en el quicio de la puerta, de brazos cruzados, Ethan la observaba con una sonrisa radiante. Linette dejó la manzana y corrió a colgarse de su cuello. Él la recibió entre sus brazos y le dio un largo beso. Una semana sin ella era demasiado tiempo.

—¿Me has echado de menos? —Linette le esparcía pequeños besos por toda la cara.

—Cada minuto. —Su mirada hablaba por sí sola.

Linette le cogió de la mano para que se sentase junto a ella.

—Mientras termino, me cuentas cómo te ha ido.

—Mejor de lo que pensaba. Los precios han subido y me han pagado por las reses más de lo convenido. Linette, esto cada día va mejor. El próximo año podremos aumentar la cabaña en quinientas cabezas más.

Ella asintió orgullosa. Tanto esfuerzo había merecido la pena.

—Estuviste muchos días en Denver... —sugirió con curiosidad.

—Tenía cosas que hacer —se limitó a decir.

Tiempo habría para contarle el motivo de su viaje y cuanto había averiguado. Durante días, se había debatido entre la obligación moral de ayudarla a conocer su origen y el miedo a que se alejase de su lado. No quería pensar en ello, porque la preocupación le producía el dolor más intenso que había sentido en su vida.

Linette tampoco preguntó, confiaba en él.

—Te he traído una cosa —Ethan cambió de tema—, la compré para ti.

—¿Un regalo?

Él asintió. Linette parecía una niña el día de Navidad, deseosa por destapar la sorpresa.

—Espera. Antes de dártelo, ve a por una cinta de terciopelo estrecha.

Corrió al dormitorio y rebuscó en el primer cajón de la cómoda. Revolvió en una cajita de cartón y escogió la más estrecha que tenía. Supuso que se trataba de un broche o un colgante. Si no, ¿para qué la cinta?

Regresó ansiosa a la cocina. Ethan palmeó indicándole que se sentara sobre él. Disfrutaba demorando el momento de enseñarle su regalo. Linette corrió a su regazo con la cinta en la mano, que él miró con aprobación. Del bolsillo del pantalón sacó algo que ocultó con la mano boca abajo. Tomó la de ella y en su palma dejó caer un objeto pequeño.

—Para mi dama de tréboles.

Linette contempló emocionada un pequeño *shamrock* de oro. Aquello significaba mucho más que cualquier palabra de amor.

—Pero yo no soy irlandesa.

—Tu apellido es irlandés —concluyó.

Lo tomó con cuidado y lo pasó por la cinta azul, alzándolo para contemplar su brillo. Recordó con un nudo en la garganta la partida de *poker* que unió sus vidas y una lágrima se le escapó mejilla abajo.

—Algún día podré regalarte un collar de perlas para que lo cuelgues de él —le dijo en voz baja, secándole la mejilla.

Linette hundió la cara en su cuello; no hacía falta, él era todo lo que necesitaba para ser feliz. Lo besó agradecida y se anudó la cinta al cuello. Ethan hizo un gesto de aprobación, le quedaba perfecto.

Se levantó dispuesta a terminar la tarta mientras él le contaba los pormenores del viaje. Cuando limpiaba la mesa de restos de harina, Linette se quedó muy callada. Ethan supo que alguna idea bullía en su cabeza.

—Ethan, no quiero pensar que esto es porque supones que morirás antes que yo.

—Pero ¿quién ha hablado de morirse? —protestó, pero su mirada se oscureció de repente—. Recuérdame dentro de un rato que tengo que ir a casa de mi hermana a cortarle la lengua.

Linette lamentó haber sacado el tema, sabía que estaba molesto porque se había enterado de un detalle tan íntimo por boca de otra persona y para colmo había dejado a Emma en evidencia.

—De todos modos, no me lo quitaré nunca, lo juro.

Él sonrió conmovido. Nunca le había hablado de la muerte de sus padres, pero comprendió que con aquellas palabras le estaba diciendo que ese colgante se convertiría en su señal en la vida eterna.

Linette se quitó el delantal y abrió el horno para comprobar el estado de cocción de la tarta, pero seguía pensativa. Tanto silencio escamó a Ethan. Desde luego, era pertinaz. Cuando algo se le metía en la cabeza no paraba hasta quedarse tranquila.

Decidió no pensar en ello. Se reclinó en la silla y cerró los ojos. Tenía los músculos de las piernas agarrotados de cabalgar durante horas. Las últimas veinte millas las había hecho casi volando, ansioso por estar con ella.

Mientras la oía trajar por la cocina, recordó qué lejano quedaba el tiempo en que no tenía ganas de regresar a su propia casa. Qué diferente era ahora su vida. Linette lo llenaba todo de felicidad. Por fin estaba en casa con ella y una tarta en el horno impregnaba el ambiente con su aroma. Olor tibio a pastel de manzana... Se sintió feliz: el Paraíso debía de ser algo así.

—Ethan...

—Ven aquí y dame un beso —pidió sin abrir los ojos.

—Pero..., si yo muriese antes que tú...

—¿Otra vez con la muerte? —Dio un salto en la silla.

La idea de la muerte de Linette le erizó el vello.

—Si. Me preocupa morir y que tú no tengas *shamrock*.

—Ni pienso tenerlo; no esperes que yo lleve ninguna joya.

—¿Qué pasará entonces? No nos pondrán juntos y tú no podrás encontrarme.

Ethan la miraba ceñudo, harto ya del tema.

—Si eso llega a pasar, no habrá problema porque con lo testaruda que eres seguro que te envían al Cielo de los irlandeses. Si no, ya te buscaré yo. En cuanto llegue allí preguntaré por una rubia que lanza cuchillos, no creo que haya tantas.

Ella rio con la idea. Él encontraría la manera de estar juntos toda la eternidad. Y si no, algo se le ocurriría a ella.

Ethan se puso en pie, estirando la espalda y los brazos.

—¿Vas a lavarte un poco?

—Huelo mal, ¿verdad? —Ella sonrió—. Después, porque ahora pensaba ir un rato a los pastos.

—Es tarde, los peones ya se habrán marchado.

—Voy dar un vistazo rápido —resolvió—, ¿y ese beso?

Linette le tomó la cara entre las manos y lo besó con dulzura.

—No tardes —susurró.

No pensaba hacerlo, un rato de trabajo y de vuelta a casa. Tenía una idea en mente para más tarde.

Eran casi las seis de la tarde y a Harriet le rugía el estómago. Durante la comida, evitó probar bocado para hacer más creíble su fingido disgusto. Y después, tuvo que marcharse con lo puesto; al menos consiguió librarse de la cargante «primita» a tiempo y pudo pasar por el banco. Apretó los dientes, no había podido cancelar la cuenta y tuvo que dejar un fondo; escaso, eso sí. De haber retirado todo el dinero con tanta prisa, habría levantado demasiadas sospechas en aquel banquero impertinente.

Pronto pasaron los mozos anunciando la próxima parada en Cheyenne.

—No estés nerviosa —advirtió Jason—. Si tu «querido tío» ha dado aviso a las autoridades, nos buscarán en los trenes a Kansas; nadie imaginará que hemos tomado la línea que va a Chicago. Pensarán que nos dirigimos a Nueva York o a Boston.

—Eso espero, por ello comenté tantas veces mi deseo de conocer Nueva York.

—Bien hecho. De todos modos, cambiaremos de tren en Omaha para despistar. En cuanto paremos en Cheyenne, iremos al vagón restaurante. Y después —murmuró en su oído— sueño con hacerte el amor. Este traqueteo es muy excitante.

Lo miró de reojo con media sonrisa complacida; lástima que no entrase en sus planes.

El tren fue disminuyendo la velocidad. Harriet se asomó por la ventanilla, la estación de Cheyenne bullía de pasajeros arriba y abajo. Por fin se encontraba a sus anchas. El brusco frenazo la hizo tambalear.

—¿Estás bien? —La sujetó por la cintura.

—Mejor que nunca.

Harriet puso sus manos sobre las de él y se las deslizó hacia abajo con una mirada sugerente. Por nada del mundo quería que le pusiese las manos encima, pero tenía que ser cauta para que no sospechara.

—Voy a preguntar a los mozos cuanto tardaremos en llegar a Omaha.

Jason era listo y no se le pasaba ningún detalle. Lo primero que hizo fue registrar su bolsito por si se le había ocurrido la idea de sacar el dinero. Por suerte lo encontró vacío. Más tarde, él se empeñó en bajar del tren en Hughes y se agenció un par de maletas y sombrero; dos viajeros sin equipaje podían levantar sospechas. Tendría que ser cuidadosa y actuar con rapidez.

Se dirigió al descansillo de la izquierda y preguntó a uno de los mozos.

—¿Tardaremos mucho rato en partir?

—Unos quince minutos.

—En ese caso, bajaré a estirar las piernas.

Le regaló su mejor sonrisa y el hombre se afanó en darle la mano para ayudarla a descender. Harriet se alejó segura de que no le quitaba ojo de encima. ¡Qué tontos llegaban a ser los hombres! Cuando llegó al edificio de la estación, salió por otra puerta y rodeó el edificio. Desde el lateral, podría observar el tren sin ser vista. Y ahora contaba con su mejor baza, un testigo que la había visto bajar.

Cuando Jason Smith regresó al vagón y no la vio, salió de nuevo al pasillo a buscarla. Empezó a inquietarse cuando recorría un vagón tras otro sin dar con ella. Preguntó a los mozos, ninguno la había visto. Al fin dio con uno que la recordaba.

—Si se refiere a la señorita del vestido verde, no creo que tarde. Bajó a estirar las piernas hace diez minutos —advirtió el hombre.

—¿A dónde fue?

—La perdí de vista cuando entró en la estación.

Jason se mordió el labio inferior. Bajó de un salto y corrió hacia la estación. Allí, los que la recordaban, coincidían en que había salido por la puerta contraria. El silbido del vapor anunció que pronto se pondría en marcha y tuvo que decidir entre quedarse a buscarla o subir al tren en una fracción de segundo. Y optó por subir, no podía correr el riesgo de encontrarse con las autoridades pegadas a sus talones. Corrió hacia el tren y logró tomarlo ya en marcha.

Fue hasta su vagón y se reclinó en el asiento con los ojos cerrados. Aquella pequeña víbora había conseguido darle esquinazo.

Harriet contempló con una sonrisa satisfecha la partida del convoy. Respiró hondo y se dirigió a las taquillas.

—¿Hacia dónde sale el próximo tren?

—San Francisco.

¡La ciudad del oro! La más grande del Oeste. ¿Y por qué no? Justo en dirección contraria. Allí no la buscarían ni Jason ni los Watts. Con el dinero de la «querida» Arabella, pensaba empezar una nueva vida y buscar un marido acorde con sus aspiraciones.

Se acarició el estómago. Bendito corsé que era capaz de guardar todos aquellos billetes.

—Adiós, Jason —suspiró.

Iba a echar de menos a aquel granuja.

\* \* \*

En cuanto Ethan regresó, decidieron tomar un bocado rápido e irse a la cama cuanto antes. Para empezar se entretuvieron en travesuras lujuriosas que encantaban a Ethan y que Linette calificaba como propias de burdel, aunque siempre acababa confesando que no conocía pasatiempo más delicioso para avivar la pasión.

Después de hacer el amor, Ethan giró de costado con ella en los brazos y permanecieron entrelazados.

—¿No estás cansado? Ha sido un viaje muy duro.

—Me hacías mucha falta —confesó jugando con su pelo.

—Y tú a mí. —Sonrió besándolo en la mejilla—. Te he echado mucho de menos.

Ethan respiró hondo, giró para quedar boca arriba y la colocó sobre él.

—¿Ves esta cama? Es nuestro paraíso, Linette. Tú y yo solos.

—Solo nosotros dos —reafirmó.

A Ethan le hizo gracia su tono solemne.



—¿Y a los niños? ¿Los dejarás venir a esta cama? —preguntó Linette.

—Bueno, a ellos sí —aceptó con media sonrisa—. Pero que no vengan mucho. Esta cama es solo para ti y para mí.

—Quiero llenar esta casa de amor y de niños —afirmó imaginando el futuro.

—Lo primero ya lo has conseguido tú, de llenarlo de niños me encargaré yo —susurró besándola en el cuello con deseo.

Rodaron entre risas sin dejar de besarse, para quedar de nuevo frente a frente.

—Soy muy feliz contigo —murmuró Linette acariciándole los labios con un dedo.

—Tus ojos me inspiran paz. —Ella sonrió encantada, pero Ethan recordó lo sucedido en Denver—. Y a veces, inquietud.

—¿Por qué? —preguntó sorprendida.

—Me inquieta pensar que puedo perderte, que llegue a casa un día y tú no estés. Es como un tormento.

Linette le acarició el cabello con una sonrisa irónica. Él la interrogó con la mirada y ella negó con la cabeza. No pensaba hablar de ello, carecía de importancia. Linette se había acostumbrado a los rodeos retóricos de que era capaz con tal de evitar llamar al miedo por su nombre. Solo habla dos palabras con las que utilizaba ese tipo de atajos dialécticos, la palabra «miedo» y el verbo «amar».

—No vas a perderme —aseguró Linette—. No pensaba decirte esto, pero si yo hubiese sabido que tu felicidad estaba al lado de esa mujer —Ethan intentó protestar y ella se lo impidió—, me habría apartado de tu camino.

—¿Habrías antepuesto mi felicidad a la tuya? —Ella asintió—. Yo no sería capaz.

—Ya lo hiciste. —Él la miró extrañado—. El día que me facilitaste el dinero para que me marchara. Tú no querías que me fuera. —Ethan sonrió para sus adentros al comprobar hasta qué punto sabía Linette leer en su interior—. Y, aun así, me diste libertad para hacerlo. Pero yo ya había decidido que no me iba a mover nadie de tu lado.

—Sí, eres testaruda.

—Tú también.

Los dos rieron. Mientras le acariciaba el rostro, Linette recordó algunas de las rarezas de su carácter obstinado.

—¿En qué piensas? —preguntó al verla sonreír.

—En que me gustas mucho con lentes.

—No sigas —gruñó girando la cabeza.

—¿Qué pasa? No entiendo por qué te molesta que te vea con ellos.

Lo asió de la barbilla intentando contener la risa.

—Con lentes no parezco yo, me miro en el espejo y veo a otra persona, eso es todo. Y no te atrevas a reírte —advirtió.

—¿Los necesitas desde hace muchos años?

Ejerció toda su voluntad por ponerse seria.

—Desde la escuela, pero solo para leer, ya lo sabes. Y, antes de que lo preguntes, allí no me causaron ningún problema. Nada que no pudiera solucionar con cuatro puñetazos.

—Tú no sabes lo atractivo que estás...

—Basta.

—Pareces un profesor. Cuando te vi con ellos me entraron ganas de comerte —susurró en su mejilla.

—Pues no soy un profesor solo entiendo de ganado. Y vamos a dejar el tema —masculló.

—Sí lo eres, y muy bueno —aseguró abrazándose a su cuello—. ¡Me has enseñado tantas cosas! A no mirar tanto hacia el pasado, a comportarme con naturalidad, me has enseñado a amarte sin miedo. ¿Te parece poco? —Él le regaló una mirada profunda—. Y además estás adorable con lentes.

—¿Seguro que el brujo de tu poblado...?

—*Shaman*.

—¿... que el chamán de tu poblado no te enseñó algún sortilegio? —inquirió incómodo—. Porque tienes una habilidad especial para sacarme de quicio.

Ella se lanzó sobre su boca y lo besó con una pasión tan intensa que Ethan se rindió al instante. Con la mano recorrió su espalda, sus pechos, su cintura y la detuvo en su vientre.

—Quiero ver crecer a un hijo mío aquí dentro cuanto antes —susurró.

Linette le retuvo la mano. No podía decírselo todavía, no hasta estar bien segura. En Kiowa había visto con sus propios ojos con qué facilidad podía malograrse un embarazo en los primeros meses. Solo estaba de una falta, tal vez fuese una falsa alarma. Tendría que guardarlo para sí hasta que pasaran un par de semanas más y que la reconociera el doctor Holbein. De pronto, la asaltaron todas las dudas.

—¿Y qué pasará si no vienen? —preguntó preocupada—. Mis padres nunca pudieron, y Grace y Aaron tampoco han tenido hijos.

—Entonces no tendré que compartirme con nadie —aseguró con una caricia—. Te dedicarás a cuidar de mí.

—¿De verdad no te importaría? —Sus ojos reflejaban una angustia profunda.

—No. —Su sinceridad la tranquilizó—. Pero sí vendrán. La primera vez que te vi desnuda supe sin dudar que tu cuerpo está hecho para la maternidad, y yo pondré todo lo que esté de mi parte —dijo rozando su pecho con los labios.

—Cuando crezca mi barriga, ¿aguantarás tantos meses sin acercarte a mí? —preguntó seductora.

—Disfrutaremos igual, pienso seguir haciéndote el amor tanto como ahora.

—Pero no creo que se pueda. —Lo miró dudosa.

—Sí se puede, hablé con el doctor...

—¡Por Dios! —Lo fulminó con la mirada—. ¿Con el doctor Holbein? ¿Esa es tu idea de la discreción?

—Yo no sé nada de embarazos femeninos y quién mejor que él para informarme —se excusó divertido al verla ruborizada—. Me dijo que lo hagamos con cuidado y no habrá problemas.

Linette le dio la espalda de brazos cruzados, rezongando sobre la vergüenza que le iba a dar cruzarse con el doctor a partir de entonces. Ethan consiguió enfurecerla con un inoportuno ataque de risa. A él no le importaba lo más mínimo lo que pensarán los demás sobre sus actividades amorosas.

—¿Qué hubieses preferido, que preguntara por ahí a ver qué opina el resto de Indian Creek sobre el asunto? —Ella le lanzó una mirada venenosa por encima del hombro—. O quizá debí consultar al predicador.

Se tumbó boca arriba y prorrumpió en carcajadas tan potentes que debieron de oírse hasta en el pueblo. Aquello acabó con la paciencia de Linette, que hizo un amago de abandonar la cama. Pero él la rodeó con un brazo y se lo impidió.

—Mmm... Parece que yo también poseo cierta habilidad para sacarte de quicio —murmuró con malicia mordisqueándole un hombro.

Forcejeó para escapar de sus brazos de hierro, pero Ethan escogió la mejor manera de aplacar su ira.

—Eres un demonio —musitó agarrando su cabeza mientras él le devoraba un pecho.

—Sí, iré al infierno —corroboró acometiendo el otro pezón.

—Seguro.

—Pero, en el último momento, te agarraré de un brazo y te vendrás conmigo. Ya verás qué bien lo vamos a pasar allí —aseguró con un tono cargado de lujuria.

Rio con picardía disfrutando de sus caricias. Ethan sabía cómo incitarla. Linette deslizó la mano entre los dos y atrapó su miembro acariciándolo con delicadeza.

—Duro y caliente —susurró en su oído—. Como el cañón de un Winchester recién disparado.

—Yo no diría tanto —confesó riendo entre dientes.

Mientras lo ceñía se humedeció los labios sin dejar de mirarlo y él sintió escalofríos al ver su incitante boca entreabierta.

—Vas a conseguir que se dispare antes de tiempo —gimió con los ojos cerrados.

Linette se arqueó contra él y le lamió el cuello. La excitaba recordar los sutiles placeres que él le había enseñado a dar y obtener.

Ethan la recorrió con la boca hasta el borde del delirio. Se recostó sobre su espalda y tomándola por la cintura la colocó a horcajadas sobre su cuerpo.

Erguida sobre las rodillas, se alzó el cabello para dejarlo caer a su espalda y con un brioso movimiento de cabeza sacudió la melena a un lado y a otro. Él le acarició los pechos y ella se acercó a su boca con una mirada salvaje. Cuando Ethan oyó de sus labios aquellos cálidos susurros en lengua lakota, la asió por las caderas para gozar de una lenta penetración. Linette tembló de placer.

—Dicen por ahí que cabalgas muy bien —dijo entre jadeos.

—Y es verdad —gimió.

—Demuéstramelo.

Linette no podía creerlo. Ethan y ella solos en Denver. Se apretó a su brazo mientras recorrían las calles envueltos en una algarabía abrumadora.

—Me encanta, Ethan —comentó sonriente—. Nunca había visto tanta gente.

—No siempre es así —le explicó acariciándole la mano—. Esta multitud ha venido con motivo del festival.

Ethan le explicó que, en menos de veinte años, Denver se había convertido en la tercera ciudad más grande del Oeste, por detrás de San Francisco y Omaha. Por ello, sus autoridades idearon una celebración acorde con su importancia, capaz de competir con el Carnaval de Nueva Orleans. Así surgió el Festival de la Montana y la llanura, que cada septiembre se convocaba en honor de todos los habitantes de Colorado, los de las Montañas Rocosas y los de los llanos. Durante cuatro días sus calles se llenaban de desfiles con bandas de música, espectáculos y las más diversas atracciones.

Cuando se vieron rodeados por la muchedumbre, Ethan decidió sacar a Linette de allí, harto de empujones.

—Estas fiestas están bien para un rato, prefiero la tranquilidad del rancho.

—Yo también —aseguró Linette—, me ahogaría entre tanto edificio.

—Entremos aquí —decidió.

—Ethan —lo detuvo al ver la fachada—, es demasiado elegante.

—Como nosotros —aseguró besándola en la mejilla.

Ethan empujó la puerta del Five Points Cafe y ella lo siguió de la mano. Cuando se sentaron junto a las vidrieras, Linette le dio un golpecito en el brazo para que dejase de reír por lo bajo.

—¿De qué tienes miedo? Parece que te vayan a comer los camareros.

—Sabes muy bien que no he estado nunca en un sitio así, ni si quiera en el hotel del pueblo.

—Para todo hay una primera vez —sugirió con una mirada seductora—, y una segunda, y una tercera...

—Para —rogó en voz baja al ver que se aproximaba un camarero.

—Una Coor's, ¿y tú?

—No lo sé —susurró—, ¿otra Coor's?

—Ni pensarlo —convino—. Una limonada helada para la señora.

Cuando el camarero se alejó, era ella la que tenía que disimular la risa. Ethan le alzó la barbilla encantado de verla tan contenta.

Al momento les sirvieron las bebidas y Linette entendió su negativa.

—Si tú no bebes alcohol.

—Esto es solo cerveza, no se puede considerar alcohol y hoy es una ocasión

especial. Pero es muy fuerte para ti. Si dejas que te bebas una botella como esta empezarás a decir tonterías, como la señora Bartlett.

Los dos hicieron un esfuerzo por contener la risa.

—Mejor la limonada está riquísima —comentó con un suspiro de satisfacción—. ¿Es cierto que bajan la nieve desde las montañas?

—Sí —dijo apurando un trago.

Ethan no encontraba el modo de decírselo, además temía su reacción.

—No pensaba que vendríamos a Denver tan pronto —comentó agradecida.

—Linette, tenemos que hablar. El Festival no es el único motivo de este viaje. — Le tomó la mano—. He conocido a tu familia.

Ella soltó la cuchara muy pálida y recordó el encuentro en Kiowa.

—No culpes al chico, lo hizo por tu bien —atajó adivinándole el pensamiento.

—¿Qué te hace suponer que quiero conocerles?

No supo qué responder.

Linette tragó saliva e hizo un esfuerzo por no levantarse y largarse de allí. Una vez más, alguien se erigía en árbitro de su vida sin tomarse la molestia de recabar su opinión.

—Por favor —rogó Ethan.

Sin dejar que lo interrumpiera, le contó cuanto sabía. Según el relato del señor Watts, su padre era ingeniero de la Union Pacific y se trasladaba con su familia para hacerse cargo de la supervisión del tramo de Cheyenne a Rawlins cuando tuvo lugar la masacre.

—Cariño, llevan años buscándote. Para mí ha sido una decisión muy difícil. Cuando tu tío sugirió que solo buscaba tu dinero, juré no volver. Pero no podía ocultarte algo así.

—No me interesa ningún dinero —dijo nerviosa—. ¿Y cómo voy a reaccionar? No los conozco, no puedo sentir afecto por esa familia que acaba de aparecer de la nada.

—Creo que al menos debes dejar que te conozcan. Tu tío por fin respirará tranquilo. Debe de haber supuesto un golpe muy duro para él verse víctima de un engaño.

Cuando Ethan le explicó la comedia urdida entre Harriet y Smith, Linette se apiadó de aquella familia desconocida.

Ethan pagó la cuenta un poco más tranquilo, por fin la había convencido.

De camino a casa de los Watts, casi ni hablaron. El temor a perderla empezaba de nuevo a devorar por dentro a Ethan.

—Aquí es —dijo empujando la cancela.

Linette contempló la elegante mansión y cerró los ojos recordando las diferentes etapas de su vida.

—Ethan —paró antes de entrar—, a pesar de todo nunca dejaré de querer a mis padres. El amor que me dieron fue tan inmenso que lo sentiré todos los días de mi

vida, aunque ellos no estén.

—Tus padres fueron un personas formidables —dijo tomándole la cara con las manos—. Tienes que sentirte orgullosa y para honrarlos no olvides lo que te enseñaron. ¿Preparada?

Linette asintió y le apretó la mano con todo su corazón. Salvo a Will Iktomi, Ethan era el único hombre blanco al que había oído elogiar a sus padres.

Cuando la puerta de los Watts se abrió, Linette temblaba como una espiga al viento. Pero el recibimiento fue tan cálido y emotivo que hasta Ethan se sintió cómodo entre ellos. El señor Watts, con los ojos llenos de lágrimas, se deshacía en disculpas y agradecimientos hacia él.

—Sepa que lo considero mi sobrino, tanto como a Arabella.

—En ese caso, tendremos que tutearnos, ¿no crees?

Clifford le dio un abrazo agradecido por que no le guardase rencor. Ethan, poco dado a efusiones, recibió tal muestra de afecto con visible incomodidad. Y se sintió rescatado con la llegada de John Collins, que no salía de su asombro al comprobar el parecido de Linette con la difunta tía Marion.

—Tío Clifford, no creo que pueda acostumbrarme a un nuevo nombre a mi edad. Prefiero que me llames Linette.

—Por supuesto, tesoro. Lo importante es que estás aquí, el nombre es lo de menos.

Linette escuchó la historia de sus padres envuelta en un torrente de emociones. Se sintió dichosa al saber que la quisieron tanto. Rachel y Elisabeth no dejaban de preguntarle; ella se sintió conmovida y feliz al comprobar que no hubo ni una pizca de censura o desprecio cuando les relató su vida en las praderas. Aquellas personas encantadoras se esforzaban por hacerla sentir a gusto entre ellos. Hasta la señora Mimm se unió a la familia sin poder contener las lágrimas.

Esa tarde, por respeto al señor Watts y para no empañar la dicha del encuentro, se evitó nombrar a Harriet.

—Cuando empezabas a andar —le explicó su tío tomándole la mano—, te caíste con la mala fortuna de apoyar la mano en las brasas de la chimenea. Tardó meses en curar. En el Hospital de Niños de Boston tuvieron que entablillarte la mano para que no se retrajera al cicatrizar.

—Al final ha sido una suerte —aseguró tomando las manos de su tío entre las suyas.

La corriente de simpatía que había nacido entre Ethan y John se convirtió esa tarde en auténtica amistad. Ambos se interesaron por los negocios del otro, incluso John insistió en enseñarle algunas de sus obras en la ciudad.

—Me temo que hoy no podrá ser, John. Se nos hace tarde. Cariño, el tren sale en media hora —confirmó mirando el reloj de pared—. Olvidé el reloj, me habría gustado enseñártelo —dijo al señor Watts.

—Pero no podéis marcharos ahora —adujo Rachel sin soltar la mano de Linette

—. Ethan, estaremos encantados de que os quedéis con nosotros unos días.

—Eso es del todo imposible, no puedo ausentarme del rancho en tiempo de cosecha.

—Permite al menos que se quede Linette unos días. Nosotros podemos llevarla de vuelta a Kiowa en el tren —rogó Elisabeth.

—Ethan tiene razón, tenemos mucho trabajo. Además, no he traído ropa.

—No te preocupes, tengo vestidos de sobra y te quedarán perfectos —resolvió Elisabeth.

—Deja que disfrutemos de su compañía unos días más —casi suplicó Clifford—. Después de tantos años, me resisto a perderla de nuevo.

Su cariño era tan sincero que Ethan no fue capaz de negarse. Miró a Linette y adivinó su deseo.

—¿Tres días?

Linette asintió con lágrimas en los ojos. Le dolía separarse de Ethan, pero necesitaba tiempo para conocerles.

—Pero quiero que vengas mí a buscarme.

Ethan sonrió y se despidió de todos. Linette lo acompañó hasta la cancela.

—Por fin sabes quién eres —murmuró acariciándole la mejilla.

—Linette Gallagher, hace tiempo que lo sé.

Ethan la besó en la frente. Si, esa era ella, su mujer. Ojalá nada cambiara, aunque un tormento interior no lo dejaba vivir desde que la vio tan feliz con su nueva familia.

—Cuando vengas a buscarme, trae el carro.

—Si traigo un par de caballos nos costará la mitad de tiempo. ¿Y por qué no en tren?

—Aún no hemos dormido juntos bajo las estrellas.

Ethan esbozó una sonrisa. Linette le puso las manos en los hombros y, sin importarle si los veían a no, le dio un beso en la mejilla.

—Este por traerme a Denver.

Lo miró a los ojos y lo besó en la otra mejilla.

—Este por encontrar a mi familia.

Lo miró de nuevo y con ternura lo besó en los labios.

—¿Y este? —preguntó Ethan rodeando su cintura.

—Porque te quiero —sonrió.

El 14 de septiembre, Ethan regresaba a Denver hastiado del traqueteo del carro. Las cuarenta y cuatro millas se le hicieron eternas, pero Linette así lo había querido y dormir abrazado a ella a cielo raso resultaba una idea muy tentadora.

En cuanto rebasó la estación de la Union Pacific, el tráfico de vehículos en la calle Diecisiete se fue haciendo más denso, pese a ser domingo.

Desde la entrada de la calle Quince divisó la casa de los Watts y un impulso le

hizo frenar el carro a cincuenta yardas.

En ese momento, la cancela se abría de par en par para dejar paso a John Collins a lomos de un imponente ejemplar de mustang. Ethan sabía que contaba con una cuadra bien surtida, pues a menudo él y su hermano se desplazaban a caballo para supervisar sus obras en otras ciudades a fin de ganar tiempo.

Rachel y Linette corrieron a recibirlo alborozadas, seguidas de Clifford. Ethan se quedó contemplando la escena y algo se rompió dentro de él. Linette no parecía la misma: vestía ropas muy elegantes y su peinado era el de una dama. Estaba tan bonita que tuvo que apartar la vista.

En ese momento, supo que todo había acabado. Desde que conoció a los Watts, había pretendido en vano alejar de la mente la idea que lo consumía. Durante días se debatió entre el egoísmo y la lealtad hacia ella. Y ahora la derrota se mostraba ante sus ojos. Perteneían a mundos distintos y él, un simple ganadero, no podría ofrecerle jamás la vida de comodidades a la que había sido destinada. Linette era una mujer poseedora de una fortuna. Una dama de diamantes.

La dama sencilla aunaba valor, pasión y ahora fortuna. Ethan cerró los ojos con amargura. La experiencia le había enseñado a jugar sus cartas y cuando tenía en su mano el *poker*, acababa de perderlo todo.

La miró por última vez para retenerla en su memoria. Cada vez que cerrara los ojos la tendría con él, aunque no lo refugiara el calor de su abrazo. Aunque nunca más podría reclinar la mejilla en su pecho para dejarse envolver por los latidos de su corazón. Tendría que atesorar en sus recuerdos su sonrisa, la ternura del olor a jabón perfumado, sus enfados, sus caricias. Y cada noche moriría al recordarla sudorosa abajo su cuerpo, cuando su boca convertía como ninguna cada palabra de amor en un susurro de seda.

No, no podía permitir que renunciara por él a algo que durante años le fue negado. Tendría que aprender a vivir sin ella. Aunque al hacerlo quedarán todos sus sueños rotos y la oscuridad, como una niebla espesa, se instalara para siempre en el rancho Gallagher y en él.

Dejarla libre sería su mayor muestra de amor. Porque la amaba, la quería con todo su corazón.

Bajó la cabeza y, al ver la cadena que sobresalía del bolsillo del chaleco, sacó el reloj. Al abrirlo se le hizo un nudo en la garganta.

—Linette...

Cuando algo se proponía... En el interior de la tapa, se había entretenido en dibujar con un clavo afilado un *shamrock*, su señal para la vida eterna. Y soñó con el momento más dulce, esperar a la muerte con la cabeza en su regazo susurrándole «te quiero», aunque solo fuese una vez.

Murmuró una maldición al barrer una lágrima rebelde con el dorso de la mano. Respiró hondo y, tomando la decisión más dura de su vida, tiró de las riendas para girar de regreso a casa.



No había recorrido ni cien yardas cuando reconoció a la mujer que se acercaba hacia él.

—¡Ethan!

Elisabeth se acercó alegre pero, al ver su expresión, la sonrisa desapareció de sus labios.

—Linette te estará esperando —comentó en voz baja.

—Por favor dale esto. Es suyo —rogó entregándole el reloj.

Elisabeth se inquietó al ver cómo el carro se alejaba calle arriba. ¿Pero qué estaba pasando? El corazón le empezó a latir con violencia y, sin pensarlo dos veces, corrió hacia su casa como nunca lo había hecho.

Todos en el jardín de los Watts se sobresaltaron al verla llegar en aquel estado.

—Elisabeth, ¿qué te sucede? —preguntó John asustado.

—¿Ha ocurrido algo? —insistió su padre.

—Linette... —jadeó—, es Ethan. Se marcha.

—No puede ser —replicó nerviosa—. Dijo que vendría a por mí.

—El carro va en dirección al Este por la calle Diecisiete. Me ha dado esto para que te lo entregue.

Cuando le puso el reloj en la mano, Linette sintió una punzada en la boca del estómago. Vio el caballo a su lado y no dudó.

—John, lo siento —dijo montando de un salto—. Te lo devolveré.

«¡Estúpido!»... «Estúpido... terco». Linette saltaba a lomos del mustang sin reparar en los vehículos que la iban esquivando en su galope temerario por la Diecisiete. «Otra vez no». Esta vez no pensaba someterse a la voluntad de nadie. Y menos de él. Si no le quedó claro un mes atrás, ahora lo entendería. Y de qué manera.

Tiró de las riendas e hizo un quiebro peligroso para esquivar un ómnibus que se le venía encima. El cochero se puso en pie en el pescante gritándole mil maldiciones que se perdieron en el aire.

Estaba loco de remate si pensaba que iba a alejaría de él. ¡Harta! Estaba muy harta de que todos los que decían quererla tanto hubiesen convertido sus veintitrés años en una sarta de parches tan dispares que parecían unidos por la mano de un ciego.

Primero su querido padre, que por amor se empeñó en educarla a su modo; sin poder elegir, se vio convertida en una lakota de aspecto extraño. Después los malditos casacas azules que, por su bien, decidieron erigirla en espectadora de excepción mientras cosían a sus padres a tiros. Y, por si el daño fuera poco, la enviaron bien lejos a una casa desconocida, con una mujer que la miraba como a una criatura anormal.

Cordelia, la «bienintencionada» Cordelia, que, por su salvación, la manipuló a su antojo hasta hacer de ella una marioneta sin gracia, un ratón asustado, una mala

imitación de mujer.

Al cruzar ante la estación de la Union, vio a lo lejos un carro. Agarró las riendas con tanta vehemencia que los nudillos se le tornaron blancos. Un carro cargado con frutas se apartó de su camino perdiendo en el quiebro la mitad de la mercancía.

«No, Ethan Gallagher. Te equivocas si piensas que mi vida está en tus manos». Conforme se fue aproximando, galopó más y más rápido. El camino quedó sembrado de horquillas a su paso. «Te equivocas si crees que puedes elegir mi destino. No soy una de tus vacas... Soy una mujer... ¡Una mujer!... Y mi vida es mía».

Ethan oyó galopar a su espalda y arrimó el carro a un lado. Pero cuando el impetuoso jinete llegó a su altura, se cruzó en su camino con un quiebro imprudente que obligó al caballo a alzar las patas. Ethan tiró con fuerza de las riendas y sus animales pifiaron entre relinchos.

Se quedó pálido, porque desde lo alto del imponente semental negro, Linette le dirigió una mirada capaz de hacer temblar al más valiente de los hombres.

Imaginó lo que se le venía encima cuando descabalgó ante él en un revuelo de enaguas. Ethan enderezó la espalda y le sostuvo la mirada.

—¿Dónde crees que vas, Gallagher?

¿«Gallagher»? Iba a ser duro lidiar con ella, muy duro.

—Linette —dijo con calma—, este es tu lugar y yo no pertenezco a él.

—Baja de ese carro y di todo lo que tengas que decir.

Ethan sintió que una mano se apoderaba de su corazón y empezaba a estrujarlo muy despacio. Descendió del carro y le acarició la mejilla con suavidad.

Ella le apartó la mano de un manotazo.

—El patrón acaba de decidir que se marcha sin una de sus reses. Porque es eso lo que soy para ti, ¿verdad? Un animal que no piensa.

La tomó de los hombros con suavidad y notó que ella se estremecía. Si no acababa pronto, uno de los dos iba a acabar derrumbándose.

—Linette, no... —Le puso un dedo sobre los labios—, por favor, no me interrumpas. Has encontrado tu lugar. Pertenece a mundos distintos y no puedo permitir que renuncies a la vida que te mereces. Además, está el dinero. Sabes que no puedo aceptarlo. Todo lo que tengo es gracias a mi esfuerzo, y así va a seguir siendo.

—Y ahora se supone que yo debo decir que renuncio a ese dinero para no herir tu orgullo —masculló mirándolo de frente. Sus ojos eran dos cuchillos—. ¡Pues no! No renuncio a nada.

—Tu padre dedicó su vida a buscarte, la idea de que seguías con vida le ayudó a vivir y, con esa ilusión, lo guardó para ti. Debes aceptarlo en su memoria.

—Por supuesto. Pero no es esa la razón —anunció con vehemencia—. Soy la misma mujer ahora que cuando no tenía ni un mísero centavo. ¡Soy la misma! Dentro de este vestido elegante está la chica del vestido gris. Tendrás que aceptarme sin condiciones, con dinero o sin dinero, con ropas elegantes o sin ellas, con lo que tenga o con lo que deje de tener. Del mismo modo que yo te acepto a ti.

—Anularemos el matrimonio y empezarás una nueva vida.

La miró por última vez muriendo por dentro de tanto como le dolía dejarla y le dio la espalda.

Linette supo que si lo dejaba subir al carro no volvería a bajar.

—¡Me mentiste! —gritó—. Dijiste que eras mío.

Ethan cerró los ojos.

—Y lo soy Linette, eso no va a cambiar. Te dejo libre porque te quiero.

—¡Demuéstralo! —gritó temblando de rabia—. Que no sean solo palabras. ¿No entiendes que no puedes decidir por mí?

—Tú me has hecho el mejor regalo, me has enseñado a quererme a mí mismo. Por favor, deja que yo te haga el único regalo que puedo ofrecerte.

—Es mi vida, Ethan, ¡soy yo quien decide! Si de verdad me quieres, regálame la libertad de elegir.

—Solo quiero tu felicidad —murmuró.

—Yo solo puedo ser feliz si estoy contigo.

En ese momento, Ethan supo que acababa de perder la batalla. Nada. Nada destruiría esa unión que no se fraguó el día de la boda, tampoco aquella noche de agosto en la que fue suyo y ella de él. Ni él mismo iba a ser capaz de deshacer el nudo invisible que los enlazó para siempre mediante un baile silencioso en la soledad del desván.

Giró en redondo y la miró de frente.

—¡Al infierno con todo! —gritó para sí mismo—. ¡Al infierno el orgullo, el dinero, la nueva vida y todos los parientes muertos!

Ethan hizo una pausa y respiró hondo antes de continuar.

—¡Y al infierno los sacrificios por amor! Te quiero y eso es lo único que me importa. Linette, tú eres todo mi mundo.

Abrió los brazos y Linette ya no pudo contener el llanto. Se lanzó a refugiarse en su abrazo y sus bocas se unieron en un beso largo lleno de posesión, deseo y amor.

—No dejes de quererme, Linette, nunca —murmuraba besándola una y otra vez.

Linette le tomó la cara entre las manos y él se miró en esos ojos azules llenos de lágrimas que le daban la vida.

—No pienso permitir que el dinero nos separe —aseguró devolviendo el reloj al bolsillo de su chaleco—. Te querría igual aunque no tuvieras más fortuna que esta camisa. Entiende eso, Ethan, solo te necesito a ti.

—Olvídate del dinero. No voy a dejar que te alejes de mí ni media yarda.

Fue Linette esta vez la que le dijo con un beso íntimo y posesivo que nada los iba a separar.

—No es tanto como crees —insistió separando la cabeza para ver sus ojos.

—Deja de pensar en ello.

—Harriet consiguió que mis tíos le dieran una buena parte.

Ethan tensó la mandíbula. A Linette, tan desinteresada, no le preocupaba en

absoluto. Y aunque para él ese dinero no significaba nada, no pensaba permitir que ese par de serpientes se saliesen con la suya. Era cuestión de justicia y haría lo necesario para meterlos entre rejas.

—Esa mujer apenas dejó fondos en el banco. Pero contamos con algunas propiedades y terrenos en Boston que se pueden vender. Aunque si tú no los quieres, yo tampoco los quiero.

—Tú decides —sonrió, Linette podía ser muy persistente.

—Con el dinero que obtengamos con la venta, podríamos darle un impulso al rancho y contratar más peones. De este modo, no tendríamos que matarnos a trabajar como hasta ahora.

Lo primero que pensaba hacer es contratar a alguien que ayudara a Linette.

—Además...

—¿Todavía hay más? —Su voz sonaba burlona.

Algo le dijo que durante el resto de su vida iba a tener que oír más de un discurso de la señora Gallagher.

—Podremos hacer feliz a mucha gente.

—Es tuyo, puedes hacer lo que quieras.

Linette fingió no escucharlo. Tarde o temprano conseguiría vencer su testarudez.

—¿No te sentirías orgulloso de poder pagar los estudios de Medicina de Joseph? ¡Es su sueño! —Ethan sonrió, su generosidad no había mermado ni un ápice—. Y en marzo volveremos a celebrar San Patricio con una gran fiesta.

—No la pagarás con tu dinero —advirtió.

—Claro que no —le reprochó con los brazos en jarras—. Pienso asar una de tus terneras.

—Nuestras terneras —corrigió.

—Nuestro dinero —lo desafió alzando la barbilla.

—Me rindo. —Ethan suspiró alzando la vista al cielo—. No puedo contigo, cuando te propones algo...

—Conozco a alguien aún peor —dijo mirándolo con ternura—. ¡Dios mío! Casi se me olvida. Ethan, soy medio irlandesa.

—Créeme, no me sorprende nada —añadió con una sonrisa malévola mientras acariciaba con el índice el *shamrock* de oro que pendía de su cuello—. ¿Y la otra mitad?

—Mis abuelos paternos nacieron en Gales.

—Mitad irlandesa, mitad galesa y con alma de lakota —rio sin dejar de mirarla—. Tuve que ir a elegir a la mujer más peligrosa y obstinada de este lado del océano.

Linette no pudo esperar a que la viera el doctor Holbein, ya lo había dicho él: ¡al diablo con todo! Se moría por ver su cara de felicidad.

—Llevo dentro más sangre irlandesa de la que imaginas —susurró mirándolo con ternura—. Ethan, hay un pequeño irlandés naciendo dentro de mí.

El color abandonó de golpe el rostro de Ethan. Aturdido, le acarició el vientre con

suavidad y la miró a los ojos. Ella asintió con la cabeza y sonrió. Por fin volvía a ver los deliciosos hoyuelos de sus mejillas.

—Un hijo. ¿Cómo? —fue lo único que acertó a decir.

—Ethan Gallagher, sabes muy bien cómo ha llegado este bebé hasta aquí —respondió pegándose a él.

Él soltó una carcajada de felicidad. Esa era su mujer, no había duda. La tomó en brazos mirándola encantado.

—¡Bruja lasciva! ¿Es ese comportamiento apropiado para una dama?

—No soy una dama.

—Sí lo eres, un *poker* de damas —dijo mientras se la comía a besos—. Eres una dama lanzando el cuchillo..., una dama arreando el ganado..., una dama cuando me vuelves loco en la cama..., cuando te enfadas... Una auténtica dama, y eres mía —la apretó con fuerza contra él—. No sabes como te quiero Linette, hasta me da miedo.

Ella sollozó emocionada. Por primera vez vibraban el miedo y el amor en boca de Ethan.

—Espero que estas lágrimas sean de felicidad —dijo junto a sus labios.

—Nunca me han hecho falta palabras, ¡pero suena tan bien!

—Lo oirás todos los días de tu vida, todos.

—No sé qué me pasa —dijo enjugándose las mejillas y riendo a la vez—. Creo que es por el embarazo, últimamente estoy muy sensible.

—Ya me explicarás esta noche cómo estás de sensible.

Ethan le mordió el cuello a la vez que la agarraba por el trasero con las dos manos.

—¡Para! ¿Quieres arruinar mi reputación?

—Tu reputación está a salvo conmigo, eres mi mujer.

La estrechó con orgullo, era suya y la quería pegada a él.

—Te quiero, irlandés cabezota. —Lo besó con ternura.

—Y ahora dime cómo te has atrevido a cabalgar de ese modo estando embarazada —le reprochó preocupado—. No quiero que te arriesgues, ¿de acuerdo? Ya me encargaré yo de cuidarte.

—¡Oh, Robert está perfectamente! —dijo palmeándose el ombligo.

—¿Robert?

A Ethan empezaron a flaquearle las piernas al concebir a su hijo como una persona real.

—Si prefieres otro nombre..., pero así se llamaba tu padre, ¿no? Robert Gallagher yo creo que es perfecto. Algo me dice que esta vez es un hombrecito.

—Sí, Robert es perfecto.

La miró con tanto amor que ella no pudo evitar ponerse a llorar de nuevo. Él se apresuró a secarle las mejillas, sorprendido ante el remolino de sensaciones que llegaba a producir un embarazo.

—Si es niña...

—Arabella —afirmó Ethan con decisión—. Llamaremos Arabella a la primera. A las demás, ya veremos —añadió él sin dejar de sonreír.

Linette no cabía en sí de felicidad. La idea le encantaba.

—Tal vez el Cielo nos bendiga con un montón de niñas que sean tu tormento y llenen el rancho de pretendientes —sugirió con malicia.

—Los estaré esperando sentado en el porche, con el rifle cargado —aseguró con peligrosa tranquilidad.

Linette empezó a reír al imaginarlo rodeado de jovencitas furiosas, sentado a la puerta de casa con actitud impasible y el rifle en el regazo.

—No te ocultes —le apartó la mano con delicadeza—, no hay nada más bonito que verte reír.

—¿Qué significa eso del *poker* de damas? —recordó.

—Algún día te lo contaré. ¿Nos vamos a casa, señora Gallagher?

—Antes tengo que devolver el caballo a John y no podemos marcharnos de Denver sin despedirnos.

—Bien, pero luego, al rancho.

—¡Ah, no! Tienes que acompañarme al banco. Necesito dinero para hacer algo muy importante antes de volver a casa —dijo tirando de él con determinación.

—Dime primero dónde vamos.

La perspectiva de ir de compras por la ciudad con su mujer lo aterrorizó. Linette se colgó de su cuello con una sonrisa juguetona y le susurró la respuesta.

—A comprar un espejo.

## Epílogo

*Rancho Gallagher, Indian Creek, Colorado*  
*Agosto de 1894*

Para Ethan, el domingo era el mejor día de la semana. Linette acababa de preparar el desayuno y avisó a su numerosa familia para que acudiera a la mesa. Había que darse prisa para no llegar tarde al sermón.

Además, era un día muy especial: Joseph volvía a casa. Por fin, tras dos años ejerciendo en el hospital de Denver, regresaba a hacer se cargo de la consulta del doctor Holbein, que retirado de la profesión, acababa de mudarse con su hija.

Minnie y él llevaban tres años casados y volvían con su hijito. Echaban de menos la vida sencilla de Indian Creek y habían decidido establecerse definitivamente allí. Un nieto más para los Sutton, el cuarto.

Emma y Matt se quejaban porque desde hacía treinta años no se habían visto ni un momento sin un niño a su alrededor pero eran felices con aquella nueva generación. Porque Albert se casó con una belleza pelirroja de Denver con espíritu de ranchera que había traído al mundo a dos Sutton de pelo rojizo que eran el terror del rancho.

Y Hanna se había casado con David. Empezó yendo al hotel con la excusa de llevar tartas y al final se quedo allí para siempre. Con su pequeño en brazos y otro en camino, dirigía con entusiasmo el establecimiento junto a su esposo, aunque contaban con la ayuda de sus suegros.

En cuanto a Patty, se había convertido en la belleza más perseguida del Estado y su madre, para evitar el acoso de tanto enamorado, la obligaba a acudir al pueblo acompañada de Tommy, cosa que ambos aceptaban de muy mala gana.

Linette entró en la habitación y movió la cabeza, como venía haciendo todos los domingos desde hacía años. En cuanto ella dejaba la cama, empezaban a aparecer los niños que hábilmente se hacían un hueco en el lecho de sus padres. Allí estaba Ethan con los brazos en cruz y a ambos lados, acurrucados y revueltos, sus hijos pequeños.

—Por aquí que no vengan mucho, ¿eh? —le recordó Linette.

Eso había dicho años atrás, pero los niños sabían que el domingo había vía libre para retozar un rato con papá. Ethan simuló un gesto de impotencia con las manos y Linette sonrió al verlo tan orgulloso. «El león y sus cachorros» pensó. Habían construido un hogar lleno de amor y de niños, como ella quería.

No se conformaron con cinco. Linette siempre reía diciendo que no estaba nada mal: seis en diez años. El primero, Robert. La Segunda, Arabella. La tercera, Eliza, no vino sola; su mellizo Frank fue una sorpresa para todos y, como su hermano, el vivo retrato de su padre. Dos años después nació Jack y el último había sido Brendan.

Excepto Arabella y Jack, que eran rubios como Linette, los otros cuatro eran auténticos Gallagher.

Sobre todo Robert, que era el más irlandés. Un virtuoso del *fiddle* a sus nueve años, para orgullo de Aaron, que aseguraba que su discípulo lo superaba con creces. Al fin, tras dos generaciones en silencio, aquel violín que viajó desde la vieja patria volvía a sonar a manos de un Gallagher.

Arabella y Eliza eran la admiración de todos y el principal motivo de preocupación de su padre, asustado al imaginar su belleza cuando creciesen.

El rancho Gallagher había cambiado un poco durante esos diez años. Hicieron construir un ala nueva que se convirtió en un salón, donde pasaban cómodamente las veladas frente al fuego. También ampliaron el número de dormitorios conforme aumentó la familia, aunque, desde hacía tres años, el desván se había convertido en territorio de las niñas.

Sobre todo en aquellas fechas. Durante el mes de agosto, los Collins enviaban a Indian Creek a sus tres hijas a pasar una semana de vacaciones al rancho. Ellas estaban encantadas de poder disfrutar de aquellos días en el campo y tanto Arabella como Eliza esperaban su llegada con impaciencia.

A cambio, el matrimonio Collins invitaba a los niños Gallagher todos los meses de septiembre para que asistieran al Festival de la Montana y la Llanura. Aquellos cuatro días suponían para ellos el acontecimiento más esperado del año. Ethan y Linette los acompañaban cada año al Festival. Pero ellos dos se alojaban en casa de los Watts porque sus tíos les hicieron prometer que todos los años los visitarían, y durante esos días disfrutaban de su compañía.

Clifford Watts bendecía cada mes de septiembre al ver su casa invadida por nueve niños a la hora de comer. Y Rachel ayudaba dichosa a la señora Mimm en la cocina, que entre dientes maldecía por tener que cocinar a su edad para dieciséis personas.

El negocio de Ethan era más que próspero. Se habían convertido en proveedores de carne para los mataderos del Este. Ahora en el rancho trabajaban veinte peones y Gideon McRae era el capataz, aunque Ethan, que se resistía a convertirse en un hombre de despacho, acudía regularmente al trabajo en el campo. Contaban con un matrimonio que les ayudaba en las tareas de la casa y los animales. Tenían también quien se encargaba de las abundantes coladas, y aún seguían acudiendo a diario Grace y Aaron, que habían adoptado el papel de abuelos de los bulliciosos niños Gallagher. Ethan les había regalado un coche con capota, que Aaron se veía obligado a utilizar entre juramentos porque aseguraba que su trasero nunca debió conocer otro asiento que una silla de montar.

Después de dejar a los más pequeños a cargo de Truddie y tras luchar con el peinado de cinco niñas, Ethan y Linette consiguieron acabar de vestirse. Ethan la miraba como un halcón a través del espejo mientras se arreglaba el escote. Linette le guiñó un ojo.

Un estruendo de carreras sobre su cabeza les hizo alzar la vista hacia el techo. Las



cinco niñas corrían por el desván como potrillas.

—¿Las llevaremos nosotros de vuelta a Denver? —preguntó Ethan preocupado por la resistencia del suelo del desván.

—Elisabeth y John vendrán a por ellas el sábado que viene. Quieren pasar un par de días con nosotros. Ya sabes cuanto les gusta esto.

Sí, ya imaginaba que les gustaba mucho. Ethan sonrió para sus adentros. Si las suposiciones de Linette eran correctas, la más pequeña de los Collins había sido engendrada en la cascada de arriba.

Miró de reojo el cajón abierto de la cómoda y observó a Linette rebuscar en su cajita de cintas. Continuaba guardándolas en una vieja caja de cartón que en su día contuvo clavos; y junto a esta, descansaba la vieja caja de madera tallada.

—Algún día averiguaré lo que escondes con tanto secreto en esa caja.

—No me digas después de todos estos años que nunca has intentado abrirla. ¿No te ha podido la curiosidad?

—Sabes que no. Siempre he esperado a que me lo enseñes tú, el día que lo consideres oportuno.

En silencio lo miró a través del espejo mientras se anudaba la corbata y le tendió la llave. Ella tomó con una sonrisa, acababa de entregarle el único rincón de su corazón que todavía no conocía.

Tomó la caja, se sentó en la cama y, tras accionar la pequeña llavecita, levantó con cuidado la tapa.

—No suena la música —dijo levantando la cabeza.

—No le has dado cuerda.

—Más tarde.

Recordaba aquella cajita que su madre no le dejaba tocar. Con treinta y nueve años se sintió como el niño que fue, al abrir la tapa de aquel objeto soñado.

Lo primero que sacó, con mucho cuidado, fue la bolsa en forma de tortuga que perteneció al padre de Linette. La funda que contuvo tantos años el reloj. Ambos eran los únicos objetos que la mantenían unida a sus dos pasados, el que conoció y el que no. Tras esta, sacó un par de fotografías: una de Cordelia y su marido, otra de la viuda con Linette. El recuerdo de su pasado gris. Ethan pensó en el enorme corazón de su esposa; aunque rememoraba aquellos años con tristeza había un lugar en su recuerdo para la viuda Dempsey. Sacó también la fotografía de sus padres que le dieron sus tíos, en la que ella aparecía en brazos de su madre. Paso el dedo índice con cuidado por el rostro y el cuerpecito de aquella niña, tan parecida a su hija Arabella con la misma edad.

Debajo de las fotografías encontró un trozo de papel doblado varias veces. La miró sin entender y ella le indicó que lo abriera con un gesto de la mano. Al desdoblarlo, no sin dificultad, leyó perplejo: «Pasaré el día en los pastos. No me esperes a comer. E. G.». Levantó la vista, conmovido al ver que había guardado esa nota como un tesoro durante tantos años.

—Mi única carta de amor —le explicó bastante turbada—, por lo menos para mí lo fue.

Volvió al contenido de la caja. Entre un par de hojas secas y unas piedrecitas a las que no encontró significado, encontró un naipe boca abajo. Cerró los ojos antes de darle la vuelta. Nunca lo habría imaginado: la dama de tréboles.

—La has guardado todos estos años.

Tirando de su brazo, la sentó en sus rodillas y la besó con todo el amor que sentía por ella.

—Dime que te he hecho feliz, que no te arrepientes de haberme dicho que sí aquel día, que no deseas otra cosa que estar a mi lado —rogó mirándola con ternura.

—«No me pidas que me aleje de ti porque donde tú vayas, yo iré; donde tú estés, allí estaré».

Ethan nunca creyó que se alegrarla tanto de oír una cita bíblica.

—Te quiero, Linette, más que a nada —murmuró tomando su boca.

—Solo hay una cosa que me falta.

Ethan se apartó de ella con una mirada inquisitiva. No esperaba un comentario semejante.

—Es una fantasía que tengo desde hace años, pero no creo que me la concedas nunca, irlandés testarudo.

—Pide lo que quieras.

—Me gustaría acariciar tu cuerpo...

—Eso lo haces a diario —atajó divertido.

—Pero hay una parte de ti que no me muestras nunca y que me hace arder de deseo.

—No te queda ni una pulgada de mí por explorar.

—Sueño con tu cuerpo desnudo sobre mí...

Lo miraba con tanta intensidad que a él se le aceleró el pulso.

—Linette, no me hagas esto ahora, que hay nueve niños ahí fuera esperando —murmuró.

—... y verte puesta una única cosa: los lentes.

Ethan sonrió, se inclinó sobre su boca y susurró su respuesta con voz calmada y profunda.

—Ni lo sueñes.

## Notas de la Autora

Indian Creek es una población ficticia.

El resto de enclaves, ciudades, calles, edificios, instituciones, establecimientos mercantiles y hosteleros, marcas comerciales, periódicos, líneas de ferrocarril, hospitales, empresas y negocios que se citan son reales. Con la salvedad de que la ciudad de Kiowa Crossing, en años posteriores, cambió su nombre por el actual de Bennett. Todos ellos existieron en 1884 en el emplazamiento que se detalla. La mayoría de ellos persisten en la actualidad.

Solo me he permitido tres licencias. La inauguración de la estación de Kiowa es pura ficción; el hotel Brown Palace de Denver se empezó a construir en 1888, cuatro años después del tiempo en que transcurre la acción; y la funambulista *Mademoiselle* Carolista atravesó la calle Larimer de Denver sobre la cuerda floja en 1861, veintitrés años antes.

Cabe aclarar que la palabra «estación» es un anacronismo. En aquella época y zona, se llamaban «depósitos»; me he permitido utilizar la denominación actual para evitar equívocos.



OLIVIA ARDEY nació en Alemania pero al poco su familia regresó a Valencia, ciudad donde reside con su marido y sus dos hijos. Ha crecido, vive y trabaja entre libros. Apasionada del género corto, es autora de relatos y cuentos infantiles. Muchos de ellos premiados, han sido publicados en diversas antologías y revistas. Uno de ellos fue traducido y publicado en Italia en la revista *Romance Magazine*. Es autora de la columna *Del libro al paladar* en la web literaria *La Pluma Afilada*, donde comenta novelas y las recetas que sus páginas esconden.

# Notas

[1] Se denomina «bronco» a un caballo que aún no ha sido domado. <<

[2] Sioux es el nombre que los blancos utilizaron para denominar a las tribus lakotas, dakotas y nakotas. <<

[3] El dólar Morgan, acuñado durante el siglo x lucía en el reverso un águila que sostenía en una garra una rama de olivo y en la otra tres flechas, y sobre aquella el lema «En Dios confiamos». En el anverso, el busto de *Miss Liberty*, la libertad. <<



[4] Técnica para agrupar el ganado. De ahí viene el nombre de los actuales rodeos de exhibición. <<

[5] Joseph Smith fundó en 1830 la religión mormona. Los mormones fundaron Salt Lake City en 1847. <<

[6] Rama de árbol, en lengua lakota. <<

[7] Colibrí, en lengua lakota. <<

[8] Araña, en lengua lakota. <<

[9] Estrella, en lengua lakota. <<

[10] Tonto, en lengua lakota. <<